3 1761 08695688 5

4108
RS

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/romancerodeeling01carr

ROMANCERO

DE

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

LS
C3176r

ROMANCERO

DE

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

SACADO DE LA OBRA INMORTAL DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POR SU ADMIRADOR ENTUSIASTA

MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ

PRIMERA PARTE

TOMO PRIMERO

519670
20.3.S1

MADRID
JOSÉ GÓNGORA Y ÁLVAREZ, IMPRESOR
San Bernardo, núm. 85.
1890

ES PROPIEDAD

Á CERVANTES

DEDICATORIA

Príncipe de los ingenios!
Ilustre y ameno crítico
A quien con razón llamamos
De las musas regocijo,
Tú que escribiste el más grande
Y el más bello de los libros
Que es á pesar de tus émulos,
Admiración de los siglos;
Tú, cuya cuna modesta
Fué ocasión de cien litigios
Como lo fué la de Homero
Entre los pueblos antiguos; (1) *
Perdóname ¡oh gran Cervantes!
Perdona, si á tanto aspiro
Que á D. Quijote y á Sancho
Sin tu vénia resucito.

* Las notas van al final del tomo. Para evitar enfadosas interrupciones, aconsejamos al lector que las vea después de terminada la lectura del texto.

Yo sé muy bien que al primero
Hundiste en sepulcro frío
Porque nadie osado fuese
A sacarle de tal sitio;
Sé que colgaste tu pluma
Dó alcanzar nadie ha podido
Y que al colgarla dijiste:
—«Tate, tate, folloncicos».

Bien mirado, hartos dolores
Te costó tener tal hijo
Que entre duelos engendraste
O en calabozo sombrío. (2)
Hartos quebrantos sufriste,
Pobre, desnudo, afligido,
Más aún entre cristianos
Que de los moros cautivo.
Blanco de Paz te calumnia,
Lope te insulta engreído,
Te excomulga un sacerdote,
Y un juez te cuelga un delito. (3)
A un señor duque de Béjar
Rica joya ofreces tímido
Y él desdeñándote, muestra
Que de tal favor no es digno. (4).
Por falsos Avellanedas
Te miraste escarnecido.
Te robaban é insultaban
Cometiendo dos delitos! (5)

También yo en tu mies me meto
Poniendo en lenguaje mísero

La historia de las hazañas
De tu D. Quijote invicto.
Pero, al menos, me proclamo
Admirador de tu estilo
Y gozo con las grandezas
De tu ingenio peregrino.
Me seducen tus conceptos,
Me entusiasmo con tus giros,
Y crecer veo la imagen
De tu manchego perínclito.
En bella y castiza prosa
Sus hechos dejaste escritos;
Permite que en mal romance
Haga yo á mi vez lo mismo.
Eco soy de tus palabras
Y en cuanto puedo te sigo,
Que es tu prosa fácil verso
Según suena en mis oídos. (6)

Por lo demás, D. Quijote
Que es de hidalgos prototipo,
Un ROMANCERO merece
Más que un Cid ó un Baldovino.
El, aunque loco, hace cuerdas
A las gentes de su siglo
Y deja en cien lenguas cultas
Sus altos hechos escritos. (7)
Cada bote de su lanza
Destruye opresores grillos,
Y hace brotar la luz pura
Que ilumina los sentidos.
Supersticiosas creencias

Mata enterrando vestiglos,
Y da fin á mil sucesos
Fantástico-laberínticos.
Aunque en magos y en gigantes
Piense despierto ó dormido
Bien se ve que á todos pone
En soberano ridículo;
Bien se vé que esos engendros
De un calenturiento juicio
Sólo son los poderosos
Que oprimen al desvalido.
La fuerza bruta que lucha
En un palenque sombrío,
La razón que se desborda
Al ver la ausencia del juicio.
¡Feliz loco que así piensa
Realizando altos prodigios!
Feliz loco una y mil veces
Que admirarse al mundo hizo. (8)

Sobre su rocín escuálido
Mal armado y mal comido,
Fija su vista en los hombres
Y quisiera redimirlos.
El con risa y llanto esparce
Aunque haga mil desatinos
Los tesoros de su fé,
Amor casto y valor cívico.
Si piensa entrever gigantes
En los movibles molinos
Compensan tales quimeras
Sus generosos instintos.
Más que los altos palacios

Busca la choza del mísero,
Y al proteger á los pobres
Jamás calumnia á los ricos.
Sólo aborrece á los fuertes
Cuando abusan de los tímidos,
Y si protege á los buenos
Quiere enmendar á los pícaros.
Antes que el acero, esgrime
Las armas del raciocinio
Y es, á la vez que valiente,
Candoroso como un niño.

Su ideal es Dulcinea,
Angel de luz, noble mito
Y encantadora esperanza
Que flota en cielos purísimos.
Un *más allá* misterioso,
Un porvenir puro y limpio,
Acariciado del alma
Y sólo entre sueños visto.
Santa VIRTUD á quien rinden,
Su corazón y sus bríos
Culto, y por la cual pelea,
Lleno de interés solícito.
Y si en su lucha incesante
Acaso se vé vencido,
Ni su heróica fé desmaya,
Ni le intimida el peligro.
Sigue adelante, adelante;
Lucha, cae, se alza atrevido
Y no ceja en su demanda
Ni abandona su camino.

Que es paladín del progreso:
Acaso el progreso mismo
Que busca un sol de justicia
En mundos desconocidos.

¡Ah! ¿por qué no confesarlo?
Yo Cervantes, que te admiro,
Sé, sin embargo, que hay gentes
Que el Quijote no han leído.
¿Podré su atención llamando
Con el ROMANCERO mío
Lograr que fijen sus ojos
En tu noble inmortal libro?
¿Podré lograr que achicándolo
Agrade á los entes frívolos
Y aun que aprendan de memoria
Algún pasaje los niños? (9)
Tal vez mi proyecto es vano,
Loco mi intento atrevido,
Tal vez en mí nadie busque
Lo que en tí encontrar no quiso.
Mas á pesar de estas dudas
Franca licencia te pido;
Que mi buen deseo es grande
Aunque mi talento es chico.
Sírvame al menos de excusa
El que ambos somos tullidos:
Tú de mano y yo de ingenio;
¡Ah! ¡quién trocara contigo!
También ¡ay! la suerte adversa
Pobres á los dos nos hizo.....
Ya en algo nos parecemos
Aunque es triste el parecido.

Dirán, tal vez, que profano
Tu gloria; mas te suplico
Les enseñes que no amenguo
Ni un átomo de tu brillo.
Peor fuera que, cual otros
Escritores poco dignos,
Hurtase ajenos primores
Para darlos como míos.

Queriendo abreviar tu obra
Pequé acaso de prolijo;
Mas ¿quién en mezquino espacio
Pudo encerrar lo infinito?
Harta pena me produce
Cada parte que mutilo,
Cada párrafo que abrevio,
Cada concepto que omito.
Al hacerlo, me parece
Que deshojo imprecavido
Las más valiosas flores
De un ramillete magnífico.

A tí, pues, ¡oh gran Cervantes!
Este trabajo dedico;
Lo que haya de bueno es tuyo;
Lo que haya de malo, es mío.

ROMANCERO

PRIMERA PARTE

«Retráteme quien quisiere, dijo Don Quijote; pero no me maltrate.»
(CERVANTES.—*El Ingenioso Hidalgo*, Segunda parte, capítulo LIX.)

ROMANCE I

Vocación malhadada.

En un lugar de la Mancha,
De cuyo nombre acordarse
No quiso, aunque bien pudiera,
El gran MIGUEL DE CERVANTES,
Nació y vivió un buen hidalgo
De presuncioso linaje;
Lanza en astillero; adarga
Y espadón récio y cortante.
Era de rostro moreno,
Asaz enjuto de carnes;
Hombre de honestas costumbres
Si bien de fiero talante.
Frisaba ya en los diez lustros
Ó cincuenta años cabales,

Y diz que nunca fué bello
Aunque ostentára buen talle.
Una sobrina y un ama
Cuidaban de su menaje,
Y él, de la hacienda enfermiza
Que le legaron sus padres.
Tenía un flaco rocín,
Y sutil como un alambre:
Galgo listo y corredor
Que diz que se bebe el aire.
Vestía su vellorí
Que cortó bien un mal sastre
Y usaba en días de fiesta
Un buen sayo de velarte.
Lentejas diz que comía
Los viernes, lunes ó martes,
Y el domingo un palomino
Para más refocilarse.
Los sábados no faltaban
Duelos y quebrantos (carne
De alguna res despeñada
Ó muerta) y en lo restante
De la semana, su olla
Dispuesta con mucho arte;
Un salpicón por la noche
Ú otro cualesquier fiambre.
Iba alguna vez de caza,
Y al volver del monte ó valle,
En dulces ratos de ocio,
Á la lectura entregábase.
Libros de caballería,
Que llenaban sus estantes,
Constituyeron al cabo
Sus delicias terrenales.
La historia de *Belianís*
De Grecia, Los Doce pares,
El Palmerín de Inglaterra
Y otros libros semejantes,
Llenaron de tal manera
Su magín de disparates
Que, ya despierto ó dormido,
Sólo acertó á ver gigantes.

Gustábale con extremo
Hallar en los libros tales
Á más de mil maravillas
Mil conceptos rimbombantes.
Mientras que un héroe ponía
Èl sólo en fuga cobarde
A un ejército aguerrido,
Llevándose por los aires
En alígero caballo
A una princesa adorable,
Dábale gusto al hidalgo
Desleir la culta frase
Bien cuajada de retruécanos
Que hallaba en ciertos pasajes.
Sobre todo, le encantaban
Giros tan interesantes
Como aquel de: «la razón
De la sinrazón que facen
Á mi razón, de tal guisa
Mi razón confusa trae
Que con razón decir puedo
Que ya non soy razonable
Cuando de esa fermosura
Doliente vengo á quejarme».
Tanta invención y grandeza
Hallaba en este lenguaje
Que llenando poco á poco
Fué de libros sus estantes.
Para adquirir obras nuevas
Vendió de su hacienda parte,
Y con sabios, brujos ó héroes
Procuró identificarse.
Y tanto al fin consiguiólo
Que, sin dar noticia á nadie,
Quiso salir por el mundo,
Cual buen caballero andante,
Para enderezar entuertos,
Para castigar maldades,
Y ostentarse valeroso
En mil batallas campales.

II

Preparativos.

Convencido ya Quesada,
(Que así se llama el hidalgo,
Aunque también se asegura
Que se apellidó Quijano); (10)
Convencido, repetimos,
De que ha de hallar en los campos
Ó en las lejanas ciudades,
Ó en los reinos apartados,
Amor, poder y fortuna,
Triunfos y dichas y aplausos,
(Á no ser que se los trunque
Algún envidioso mago),
Con muchísimo sigilo
Pasó revista á sus bártulos
Y dió con una armadura
De sus parientes de antaño.
Quitóla el orín y el moho,
Y buscando luego un casco
Halló sólo un morrión
Que está de celada falto.
De cartón púsole una;
Probarla quiso en el acto
Y dos golpes con la espada
La dió, haciéndola pedazos.
Sintió mucho el contratiempo;
Mas no desmayó su ánimo;
Púsole de hierro barras
Y se quedó tan ufano.
—Ahora, dijo, necesito
Dar un nombre á mi caballo;
Que si el del Cid fué Babieca,
Bucéfalo el de Alejandro,
Y otros cien, nombre sonoro
Por su fortuna llevaron,

No ha de ser menos el mío
Siendo quien lo monta, tanto.»
Dijo, se quedó suspenso,
Y cuatro días pensándolo
Estuvo, hasta que por fin
Dando de repente un salto
Baja á la cuadra y exclama
Á su rocín contemplando:
—Rocín valeroso y firme
Que has de ser mi sustentáculo
Y testigo de mi gloria
Y admirador de mis lauros;
Rocín noble y bien apuesto,
Aunque un poco extenuado,
Que en ex-rocín te conviertes
Pues yo de rocín te saco;
Sábete, rocín amigo,
Que has ascendido á caballo
Y si fuiste rocín-antes
Hoy *Rocinante* te aclamo;
Que es nombre que me parece
Sonoro, estruendoso y magno.
Y puesto que soy tu dueño
Y nuestro sér se ha trocado,
Yo también quiero aplicarme
Nombre más digno del caso;
Más propio de mis proezas,
Más retumbante y más alto.
Esto es hecho, desde ahora
Sepa el mundo que me llamo
Don Quijote de la Mancha,
Con lo que á mi patria ensalzo.
Y puesto que todos, todos
Los caballeros magnánimos
Á quienes imito hoy
De alguna dama invocaron
El nombre, yo aunque no tenga
Dama, ni esté enamorado,
Si bien me miré algún día
De Aldonza Lorenzo esclavo,
(Que es hija de un labrador,
Tal vez un rey destronado,

Á la cual jamás he visto
Aunque la ponderan tanto),
Juro á Dios que por Aldonza
Tengo que lidiar bizarro;
Mas no con su nombre á secas,
Que esto me huele á prosaico,
Sino con otro pomposo
Que al mío parezca algo
Y algo tenga de princesa
Cuando lo pronuncie el labio.
Llamémosla DULCINEA
DEL TOBOSO, nombre amado
Que comenzando por dulce
Jamás podrá ser amargo.»
Dijo, vistióse al instante,
Y puesto de punta en blanco
Tomó su ada ga y su lanza,
Montó su rocín escuálido,
Y abandonando sus lares
Salióse por fin al campo,
Antes que asomára el alba
Cielos y tierra alegrando.

III

La primera salida.

ENCIMA de Rocinante
Marcha D. Quijote altivo
Más delgado que un fideo,
Tieso como un cebollino.
Su figura extravagante
Diera pavor á los niños
Y risas á gente moza
Dejando á los viejos bizcos.
Los campos de Montiel
Atraviesa pensativo;
Que algo le aqueja y le apura

Alborotándole el juicio.
  Nadie le armó caballero
Y sin serlo no le es lícito
Llevar empresa en su escudo,
Medir de su espada el filo
Con el filo de la espada
De caballero enemigo.
  Es forzoso á todo trance
Llenar estos requisitos
Y el primero con quien tope
Tiene que ser su padrino.
  Hay además otra duda
Que le asalta de improviso:
¿Quién será el encantador
Nigromante ó adivino
Que sus acciones comente
Y describa los servicios
Que á la humanidad entera
Prestará en lo sucesivo?
  Sus empresas inmortales,
Su valor, pujanza y bríos
Serán pasmo de los orbes
Y admiración de los siglos;
¿Quién va á ser el coronista
De tanto y tanto prodigio?
. . . . . .
  —¡Oh tú, exclama entusiasmado
Parándose en su camino;
¡Oh tú quien quiera que seas
Que has de llevar el registro
De mi vida, no te olvides
De mi Rocinante amigo!
Y tú, mi hermosa princesa
Á quien mi amor nunca he dicho,
Tú, que eres prez del Toboso
Y reina de mi albedrío,
¿Por qué ¡ay de mí! me desdeñas
Con afincamiento altivo,
Mandándome que no aporte
Á ese tu alcázar magnífico
Para mostrarte las cuitas
De un corazón mal ferido?

¡Plégaos, señora, membraros
De vuestro homilde cativo!»

IV

Cabe la venta.

En estos dulces monólogos
Llegó por fin á una venta
Que por palacio feudal
Tomó su magín enferma.
Toca un cuerno un porquerillo
Que él en un enano trueca,
Creyendo que era el heraldo
Que anunciaba su presencia,
Y al ver dos mujeres públicas
Que estaban junto á la puerta,
Las convierte en altas damas
Á quienes cortés se acerca.
Ellas al ver su figura
Tan escuálida y grotesca
Y al oir que las llamaba
Interesantes doncellas,
Con tal carcajada y broma
Á su saludo contestan
Que, picado el buen hidalgo,
Un sermón les endereza.
Sale el ventero, y al verle
Armado y furioso, apresta
Tal lluvia de cortesías
Que su mal humor refrena.
- Si busca vuesa merced
Algún esposo en mi venta,
Fuera de que no hallará
Cuarto, ni cama, ni cena,
De todo lo demás tengo
Muy abundante cosecha.»

Así le dijo el ventero
Y D. Quijote contesta:
—Gracias, noble castellano,
Yo acepto vuestras ofertas
Y admito vuestro agasajo
En esta su fortaleza.
Por lo demás, necesito
Muy poco, aunque el hambre arrecia,
Que no he probado bocado
Andando distancias luengas.
Como caballero andante
Mi cama será una peña,
Mi descanso el pelear,
Mi arreo, las armas estas.

. . . . . .

Y teniéndole el estribo
El ventero, á duras penas
Bajóse de Rocinante
Y puso los pies en tierra,
Cuando la noche tendía
Su gran manto de tinieblas.

V

Paréntesis.

Contar lo que aquella noche
En la venta aconteció
Es para nuestros recursos
Una empresa superior.
Sólo Cervantes pudiera
Emprender tal narración;
Sólo su regocijada
Péñola lo describió.

. . . . . .

Hay sin embargo que hacer
De las tripas corazón,

Salga pez, ó salga rana,
Ó alguna cosa peor.
Nuestra insuficiencia es grande,
La dificultad feroz;
Téngalo por Dios presente
El benévolo lector.
Sabemos que querrán unos
Disminuir la ración
De versos, en tanto que otros
La querrán más por mayor,
Á pesar de que este siglo
Tan sólo tiene afición
Á la prosa y á los números,
Al mercantilismo atroz
Y á la soberbia política
Que ya se ha erigido en dios.
Habrá quien quiera exigirnos
Tan exacta proporción
Entre el texto y los romances,
Que no discrepe una voz,
Ni falte una sola coma
Ni sóbre una admiración.
Querrán vernos maniatados
Al hacer nuestra labor
Calcando frase por frase
Las que aquel genio escribió.
Habrá también quien pretenda
Que variemos la acción
Y acaso los personajes
Ó el incidente menor
Para hacer gala importuna,
Traida sin ton ni son,
De una originalidad
Que no hay debajo del sol.
Habrá quien tache el estilo
De demasiado ramplón
Y las voces castellanas
Que ya *el buen tono* anticuó
Por traer otras exóticas
De extranjero relumbrón.
Dirán, si omitimos algo,
Que quitamos lo mejor,

Y si al texto nos ceñimos
Que es servil la imitación.
Y si de nuestra cosecha
Ponemos algo ¡qué horror!
Lo tendrán sin duda alguna
Por torpe profanación.
Habrá tal vez algún crítico
Tan grande exterminador
Que con su recio mandoble
Nos divida al punto en dos.
Pues es ya cosa sabida
Que hay quien siente gran fruición
Al triturar la obra ajena
Si no es amigo el autor.
A estos censores que siempre
Van buscando algún borrón
Sin hallar una belleza,
Una imagen, una flor
Ó un pensamiento ingenioso
Téngalos la obra ó no,
Rogamos con mucho mimo
Y por el amor de Dios
Que nos traten con blandura
Aunque estén de mal humor.
Cuando su crítica ejerzan
Miren bien si en su opinión
En circunstancias análogas
Lo harían mucho mejor.
El *criticar* y el *hacer*,
Cosas diferentes son,
Que lo primero es muy fácil,
Pero lo segundo no.
Y si bien el cuadro nuestro
Es copia de otro mejor
No creemos que el traslado
Merezca reprobación.
Nosotros al edificio
Que un gran genio levantó
Añadimos el adorno
De la versificación.
Si al hacerlo no llenamos
Los deseos del lector

Téngase al menos presente
Que fué sana la intención.
Si variamos el texto
Porque el asonante atroz
Que huye del consonante
Cual si le tuviese horror
Y las líneas octosílabas
Y la exacta medición
Y el deseo de abreviar
Nos suelen llevar en pos,
Téngase también en cuenta
Que ofrecimos en rigor
Sacar este Romancero
Del Quijote; pero no
Poner en verso el Quijote
Ni hacer su refundición,
Que fuera loca arrogancia
El competir con su autor.
Así y todo, este trabajo
Es de consideración,
Pues gran suma de paciencia
Por lo menos exigió.
. . . . . .
Dicho esto, reanudemos
La suspensa narración
Contando lo que en la venta
Aquella noche pasó.

VI

Don Quijote y el ventero.

Reconciliadas *las damas*
Con el digno caballero,
Trataron de desarmarle
Quitándole gola, peto
Y morrión; mas fué vano
Su más solícito empeño,

Pues el casco atado estaba
Con cien nudos al pescuezo.
Aquí fueron los apuros
De la flor de los manchegos
Que de hambre y de cansancio
Y de sed estaba muerto.
Brindáronle con un poco
De mal cocido abadejo,
Y con un trozo de pan
Mulato tirando á negro;
Mas como cortar no quiso
Las cintas del casco pérfido,
Era de ver la figura
Que presentaba comiendo.
Ayudáronle las mozas
Y el socarrón del ventero
Que á la boca le llevaban
El consabido alimento.
Trató luego de beber,
Y fué el mayor contratiempo
Pues la celada, no quiso
Recibir del jarro un beso.
Así, pues, fué necesario
Darle, como con pistero,
Con una caña horadada,
Que puesta por un extremo
En los labios, por el otro
Iba el vino recibiendo.

. . . . . .

Después de acabar la cena
Llamó Don Quijote al dueño
Del mesón aparte, y díjole
Humilde de hinojos puesto:
—No me moveré de aquí,
Noble señor de estos reinos,
Si vos no me concedéis
Un don que alcanzar pretendo,
Que ha de redundar en honra
Vuestra, y bien del mundo entero.
Se trata de que mañana
En este castillo vuestro
Y en su soberbia capilla,

Me habéis de armar caballero.»
El ventero que le oía,
Y era bellaco y despierto,
Vislumbrando que su huésped
No tenía sano el seso,
Le contestó con gran sorna
Poniendo el rostro risueño:
—Bien sabe Dios, señor mío,
Que vuestra elección celebro
Y que al teneros en casa
Todo me rejuvenezco.
No hay capilla en el castillo,
Pues aunque capilla tengo,
No la tengo, porque ahora
La derribé con objeto
De levantar otra nueva
Que ha de parecer un templo.
No es menester sin embargo
Que la haya, pues lo de menos
Es el sitio, y donde quiera
Puede armarse un caballero
Si es urgente que se arme.
—Urgentísimo.—Lo creo;
Y si os place, aquí en un patio
Hoy mismo, sin ir más lejos,
Podéis velar vuestras armas
De la noche en el misterio.
—Decís muy bien.—Siempre tuve
Amor á los caballeros
Andantes, y si traéis
La bolsa llena...—No entiendo...
—Digo, señor, que si hay
Moneda...—¿Hablais de dinero?
—Justamente.—Yo creí
Que me era ocioso el traerlo.
La vil moneda es la causa
De mil delitos y enredos
Y sin ella en este mundo
No habría tantos entuertos.
Por el metal fementido
La virtud pierde su puesto,
Y hasta la santa justicia

Suele trocarse en cohecho.
Por esto, pues, he creido
No haber menester dineros.
  Pues mal creísteis, y os juro
Que un paladín andantesco
Debe sacar por los mundos
Repleta bolsa, escudero,
Camisas para mudarse,
Y un botiquín bien dispuesto
Por si hubiere cuchilladas
En los marciales encuentros.
. . . . . .
Convínose Don Quijote
En seguir el fiel consejo,
Y trasladándose á un patio
Con sus marciales trebejos
Quedó velando sus armas
Grave, pensativo y tieso.

VII

Vela de armas. — Espaldarazos.

  Mientras que junto al fogón
El ventero refería
Á diez ó doce arrieros
Y á las hembras consabidas
Las cosas de Don Quijote
Explicando su manía,
Nuestro hidalgo, que sus armas
Colocó sobre una pila
Que estaba al lado de un pozo,
Suspiraba ó sonreía.
  Era la noche apacible,
La atmósfera estaba tibia,
La luna bañaba el suelo,
La tierra en calma yacía.
Mas ¡ah! de pronto una sombra
Por el corral se desliza,

Llega al pozo, se alza un brazo
Y una osada mano aplica
Á las armas del insigne
Don Quijote.—¡Atrás! él grita,
Atrás! quien quiera que seas,
O ¡vive Dios que mis iras,
Probarás, mal caballero,
Entrando conmigo en liza!»
Era el tal recien llegado,
Que en mal hora allí venía,
Uno de los arrieros
Que estaban en la cocina
Y que dar agua á su recua
Sin duda se proponía.
Y como no hiciese caso,
El caballero se indigna
Gritando con voz de trueno:
—¡Acórreme, hermosa mía,
Dulcinea del Toboso,
En esta mi primer cuita,
O en esta primera afrenta
Que contra mí se imagina!
Y enarbolando su lanza
Tal palo con ella aplica
En la cabeza del pobre
Arriero, que sin vida
Por poco allí no le deja
Bañado en su sangre mísera.
Llega un segundo arriero
A quien otro palo arrima,
Y entre golpes y alaridos
Ármase tal sarracina
Que la venta se alborota
Y el cielo se viene encima.
Las mozas, los arrieros,
Piedras al hidalgo tiran
Y en vano el ventero acude,
En vano á todos indica
Que está demente aquel hombre;
Nadie cede en su porfía.
Entre tanto nuestro héroe
Sin abandonar la pila

Donde están puestas sus armas,
Que él vela, y á nadie fía,
Con voz irritada y fiera
Les dice: –Tropa maligna,
Nó cejéis, venid, llegaos,
Acometed trogloditas.
Non fuyais, y si lo hacéis
Decid á quien os envía,
Decid al menguado príncipe
Que en las torres se cobija
De este castillo endiablado,
Que sufro sus villanías
Porque aún no soy caballero
En regla; mas vendrá un día
En que á ese follón aleve
Castigue mi justa ira.
A vosotros entretanto
Mi cólera os desafía,
Llegad, venid; de vosotros
No se me importa una higa.»
De tal modo la pelea
Y el furor creciendo iban,
Que el ventero, temeroso
De alguna mayor desdicha,
Procuró atajar el fuego
Con sagaz superchería.
Acercóse á Don Quijote
Y con palabra melíflua
Le dijo:—Yo estaba ajeno
De cuanto aquí acontecía,
Mas si os faltó aquesta gente
Vuestro valor la castiga.
Os dije, que aquí en mi alcázar
Oratorio no tenía;
Mas basta que hayais velado
Vuestras armas sin mancilla
Dos horas, para que estéis
En condición de ceñirlas.
Os falta la pescozada,
¿Queréis, señor, recibilla?
—Al punto.
Y trayendo un libro

En donde lleva la lista
De la paja y la cebada
Que á los traginantes fía,
Hizo encender á un muchacho
Un cabo de cera limpia.
Fingió como que rezaba
Y haciendo hincar de rodillas
Al neófito, atajando
Todos la broma y la risa,
Dióle un gran golpe en el cuello;
Luego, con su espada misma
Un cintarazo en la espalda,
Y después con mucha prisa
Dijo: —Que una de estas damas
Esta heróica espada os ciña.
Hízolo al punto una de ellas,
Y el hidalgo al recibirla
Quiso averiguar el nombre
De la que así le servía.
—Yo me llamo la Tolosa.
– ¿Y esa vuestra noble amiga?
– La Molinera.—Pues de hoy
En adelante por digna
Remembranza de este acto
Don, vuestros nombres reciban.
Seréis *Doña Molinera*
Y *Doña Tolosa.*—Viva
Vuesa merced muchos años.
– Gracias, doncellas invictas.
. . . . . .
Poco después, de la venta
El caballero salía,
No sin hacer un discurso
Lleno de frases muy finas
Con cuyo fin, llegó al cabo
La hora de su partida.

VIII

Andresillo y su amo.

La del alba diz que era
Cuando el digno D. Quijote
Dejando atrás el ventorro
Llegó muy cerca de un bosque.
Iba contento y ufano
Lleno de ardiente transporte
Al verse tan caballero
Como el mejor de los orbes.
Por lo demás, recordando
Del ventero las razones,
Pensaba volver á casa
En busca de plata ó cobre,
Camisas para mudarse
Y un escudero que forme
La pareja interesante
Que ha de cruzar cien naciones.
Iba con tal regocijo,
Tan repleto de ilusiones,
Tan felíz y alborozado,
Que apenas oyó unas voces
Lastimeras que exhalaban
Sin saber cómo ni dónde;
Mas al doblar un recodo
Del camino, frente hallóse
De un espectáculo triste
Que le puso en confusiones.
Atado á una añosa encina
Descubrió un mísero joven,
Casi un niño, á quien un pícaro
Daba terribles azotes.
—Aquí te quiero, escopeta,
Debió decir D. Quijote;
(Y si escopeta no dijo
Fué porque no era conforme

Que usaran armas de fuego
Los andantescos varones;)
Pero empuñando la adarga,
La lanza en el ristre, al trote
Se acercó al punto en que el chico
Daba berridos atroces.
—¿Qué faceis, mal caballero?
Dijo encarándose al hombre
Que zurraba, ¿desde cuándo
Se ha visto que así se porten
Con criaturas indefensas
Los barbudos infanzones?
Quien á débiles maltrata
Mostrando entrañas de bronce
Merece ser perseguido
Como las bestias feroces.
No dan al mundo las madres
El fruto de sus amores
Para ver que venga un monstruo
Á deshacérselo á golpes.
Esto digo y lo sostengo
Aunque lo sienta y se enoje,
Que si yo tiro una piedra
Nunca mi mano se esconde.
Lanza teneis; no muy lejos
Está su caballo: monte
En él y venga y pelee
Con quien defiende á ese pobre
Doncel!» Dijo, y con tal furia
Se preparó á dar un bote
De su lanza, que turbado
El otro replica entonces:
—Á mí, señor, no me alcanzan
Aquesas suposiciones,
Que nunca infanzón he sido
Ni caballero ni noble.
Yo soy simplemente el amo
De ese bribón ó ese zote
Que me guarda mis ovejas
Con descuido tan enorme,
Que no hay día en que no pierda
Cualquier res de las mejores.

Así, pues, más que guardarlas
Las desguarda el monigote.
Y al castigar sus desmanes
Aun dice que le doy golpes
Por no pagar la soldada
Que le debo.—Y ahora doile
La razón; pagadle al punto
Y desatadle del poste
Ó del tronco, seor villano,
Antes que más me incomode
Y os aniquile aquí mismo
Por mentiroso y por torpe.
Páguele al momento y déjele
Que con otro se acomode
Ó viva libre.—Lo malo
Es, señor, que, aquí en el bosque
No tengo dineros, véngase
Conmigo Andrés, y el importe
De la deuda, allá en mi casa
Sahumado daréle.—Ahorre
El sahumerio y pague en reales
Bien limpios.—Antes me ahorquen,
Gritó el muchacho vertiendo
De nuevo mil lagrimones,
Que verme con él á solas
Bajo sus puños enormes.
¿No veis, señor, que en marchándoos
Vendrá á destriparme á coces,
Y aun á desollarme vivo?
—Eso, según y conforme;
Que él va á jurar ahora mismo
Respetarte por mi nombre
Invocando á Dulcinea
Cuyo gran poder conoce.
Y para que nunca alegue
Ignorancia, sepa al postre
Que yo soy el caballero
Aquel que en mil ocasiones
Ha de probar su bravura
Haciendo inscribir en bronces
La historia de sus proezas
Dignas de eterno renombre.

Don Quijote de la Mancha
Soy en España y en Londres;
Haced que en vuestra memoria
Mi recuerdo no se borre.
Respetad á este muchacho
Y pagadle en plata ó cobre,
Ó ¡vive Dios! que aunque oculto
Esteis en gruta ó en monte
Ó en lo más hondo y oscuro
Del seno del mar salobre,
Nadie podrá resguardaros
De mi lanza y mi mandoble.»
Así dijo el buen hidalgo
Y obedeciendo sus órdenes
Quedó desatado el chico;
Juró entre dientes el hombre;
Y sintiendo las espuelas
Partió Rocinante al trote;
Mas á medida que aquél
Se va lleno de ilusiones
Creyendo que infames grillos
Con mano potente rompe,
Se oyeron nuevos quejidos,
Nuevos denuestos y golpes.
Era que el amo al muchacho
Volvió á atar á un alcornoque
Y le aplicó en las espaldas
Más de doscientos azotes.

IX

A casa.

—Feliz yo, pensó el hidalgo,
Que ahora acabo de salvar
De un mal fin á un inocente
Que agradecido me está,
Puesto que queda pagado
Y libre de un amo tal.

Vamos, Rocinante amigo
Aprieta los pasos más.

Me falta un buen escudero
Y en mientes le tengo ya;
Tal vez será un poco rústico,
Mas me tiene voluntad,
Y aunque es padre de familia
Pienso que me seguirá.
Vamos, Rocinante amigo,
Aprieta los pasos más.

Del tierno Amadis de Gaula,
Del intrépido Roldan,
De Palmerín de Inglaterra,
De Olivante el inmortal,
Y del digno caballero
Quirielison Montalban
Quiero imitar las hazañas;
Sus glorias quiero emular.
Vamos, Rocinante amigo,
Tiende tu vuelo fugaz
Como relámpago súbito
Que cruza la inmensidad »

. . . . . .

X

Lluvia de palos.

Bien que el rocín entendiese
De su amo las palabras,
Bien que á su olfato llegasen
Los efluvios de la cuadra,
Es lo cierto que corría
Hacia su pueblo con ánsia
Presintiendo acaso el lance
Que á los dos les esperaba

Y que pagó con usura,
Don Quijote de la Mancha.
Es el caso que, llegando
Ambos á una encrucijada,
Vieron venir hacia ellos
Numerosa cabalgata.
Eran varios mercaderes
Que de Toledo llevaban
Sedas á Murcia; y tan luego
Como nuestro héroe alcanza
Á verlos, dice entre dientes:
—Aquí principia otra hazaña;
Probemos á Dulcinea
Que ella en mis sentidos manda.»
No bien se acercó la gente,
Que una decena formaba
De hombres, con voz tonante
Así el hidalgo les habla:
—Suspendan los caballeros
Andantes, su ruta rápida
Y el mundo entero detenga
Al punto su móvil planta,
Si antes aquí á mi presencia
No confiesa ó no proclama
Que mi sin par Dulcinea,
Emperatriz de la Mancha,
Del Toboso reina, es
La doncella más preclara
Más gentil y más garrida
Que Dios fizo en viva estampa.»
Los mercaderes que vieron
Y oyeron cosas tan raras,
Paráronse y se quedaron
Inmóviles como estatuas.
Y uno de ellos, que creyó
Justo tomar la palabra,
Dijo:—Señor caballero,
Buena será su demanda
Y nosotros no abrigamos
Empeño alguno en negarla;
Mas, como no conocemos
Tan bella y augusta dama,

Más justo será que vos
Tengais á bien el mostrárnosla.
—Si yo os la muestro ¿qué mérito,
Tendrá entonces mi palabra?
¿No basta que yo lo diga?
¿Que yo lo afirme no basta?
Poco hiciérades vosotros
Viendo la verdad palmaria;
Antes bien, en confesarlo
Sin verla, está la importancia
Del caso, y os juro á todos
Que habreis hoy de proclamarla
Ó por Dios que aquí sereís
Conmigo en campal batalla!
—Si al menos fuéseis servido,
Gentil señor, de enseñárnosla
En retrato, aunque este fuera
Como un grano de mostaza,
Desde luego satisfecho
Yo por mi parte jurára
Que era hermosa, aunque de un ojo
Fuese tuerta, y con legañas
Del otro, betún y azufre
Y bermellón le manaran.
—¡No le mana, calla, infame!
Lo que dices no le mana,
Sino algália entre algodones
Y puro, oloroso ámbar.
Y porque calumniadores
Os mostrais contra mi dama
Yo os daré lo merecido,
Tropa cobarde y menguada.
Apenas aquesto dice
La espuela en el jaco clava;
Dá un respingo Rocinante
Y tropieza por desgracia.
Viene á tierra el buen hidalgo,
Todos ríen, y él exclama:
—¡Non fuyais, torpes follones,
Non corrais, caterva insana;
Esperad que desenrede
Mis miembros de estas mis armas.

Llegad que yo os desafío,
Descortés tropa liviana!»
. . . . . .
Al oir tales denuestos
Le quita un mozo la lanza
Y con ella en su individuo
Lluvia de palos descarga.
En vano alzarse pretende
Lleno de impotente rabia.
¡Pobre hidalgo! su adversario
Á palos le aturde y maja,
Hasta que al cabo, rendido,
Mientras los demás se marchan,
Allí le deja por muerto
Pálido, mústio y sin habla.
¡Pobre, infeliz caballero,
Don Quijote de la Mancha!

XI

Escrutinio.

Molido, descoyuntado,
Desmayado y medio muerto
Le encontró en aquel paraje
Un vecino de su pueblo.
Á fuerza de mil trabajos
Pudo desentumecerlo,
Quitarle las armas todas
Y sentarle en su jumento.
Los marciales atavíos
Carga en Rocinante; luego
Colócale tras del burro
Y marchan con paso lento.
Mujerilmente sentado
Va el insigne caballero,
Y va el vecino delante
Conduciéndole del diestro.
De este modo á casa llegan

De noche y en el momento
En que el ama y la sobrina
Con el cura y el barbero
Del lugar, se lamentaban
Con amargo desconsuelo,
Congojas y conjeturas,
Ignorando el paradero
De su amigo, tio y amo
Á quien echaban de menos.
—¡Ay de mí!, decía el ama,
Ya seis días transcurrieron
Y mi señor no parece (11)
Ni el rocín y armas he vuelto
Á ver; todo me confirma
Que ha dejado de ser cuerdo
Al leer esas novelas
De encantados caballeros
Que Dios confunda y estén
En los profundos infiernos.
—Decís bien, replica el cura,
Esos librotes protervos
Que inficionan la república
Y alborotan á los necios
Con engañosas ficciones
Y fabulosos sucesos,
Donde todo es imposible,
Absurdo, falso y grotesco,
Tienen la culpa de haber
Trastornádole el cerebro.
Por esta razón, señores,
Mañana mismo os prometo
Revisar la biblioteca,
Y libro que no sea bueno
Sin piedad será entregado
Por mi propia mano al fuego.»
Al decir esto el buen cura,
Sendos aldabazos dieron
En la puerta de la calle;
Todos acuden corriendo
Y ven entrar al hidalgo
Que más parece un espectro.
Allí se renueva el llanto;

Allí brotan los conceptos
Lastimosos; allí alzan
Los ojos todos al cielo.
El ama, se desespera,
La sobrina hace pucheros,
Santíguase el señor cura
Y Nicolás hace gestos.
—¡Ay señor! ¿venís lisiado?
—¡Ay señor! ¿estáis enfermo?
—No es nada, nobles amigos,
Replica el buen caballero,
Solo aspiro á descansar
Del combate más violento
Que sostuvo hombre valiente
Contra diez jayanes fieros.
—¿Jayanes? pregunta el cura;
¿Jayanes hay de por medio?
Está visto, esos librotes
Le han sorbido todo el seso.
Es preciso hacer mañana
Un auto de fe con ellos.

En efecto, al otro día
Entre el cura y el barbero
Se hizo de ellos escrutinio
Y á excepción de algunos buenos
Que se hallaron, casi todos
Pasto de las llamas fueron (12).

XII

Descanso forzoso.

Cuando el licenciado Pérez
(El cura), más afanado
Con maese Nicolás
(El barbero) estaba echando
Librotes por la ventana

Que da á un corral inmediato,
Donde ha de alzarse la pira
Y celebrarse el gran auto,
Oyéronse fuertes voces
De D. Quijote en el cuarto.
Con el ama y la sobrina
Los dos van, y al buen hidalgo
En camisa y soñoliento
Ven de pie, tirando tajos
Y cuchilladas al aire
Con acero imaginario.
Sujetáronle entre todos
Y á la cama le tornaron
Donde al cabo de un instante,
Con comedimiento extraño
Díjole al cura:—Por cierto,
Señor Arzobispo amado,
Que es mengua para nosotros
Los Doce Pares bizarros,
Dejar que en este torneo
Nos venzan los cortesanos (13).
Lástima grande es el verme
Molido por el bastardo
Don Roldán que con el tronco
De una encina dióme un palo,
Y aun pienso que fueron muchos
Según estoy magullado.»
Con muy prudentes razones
Logró el cura apaciguarlo
Distrayéndole; y su ama
Le ofreció con agasajo
Alimento al ver que estaba
Por el hambre traspillado.
—Está bien, tráiganme al punto
De yantar, dijo el hidalgo,
Que respecto á mi venganza
Sé dó me aprieta el zapato.»
Comió, bebió y se durmió;
Dos días estuvo echado
De sus pasados desvelos
Y fatigas descansando,
Y al tercero levantóse

Más tranquilo y reposado.
Se vistió como solía
Con sus calzas y su sayo,
Y á visitar á sus libros
Se fué derecho en el acto.
Buscó el sitio en donde estaba
La biblioteca y fué en vano,
Que por consejo del cura
La puerta habían tapiado.
—¿Dónde está la biblioteca?
Preguntó, y bañada en llanto
La sobrina respondióle:
—¡Ay, señor, que vino un mago
Sobre una nube de fuego
Y todo se lo ha llevado!
—Ese mago, dice al punto
Don Quijote, es un bellaco
Encantador enemigo
De mi gloria y de mis lauros,
Que protege á un caballero
Que conmigo vendrá al campo
Y al cual habré de vencer
Con mi armipotente brazo.
Pase el hurto de los libros
Que aun sin ellos, yo me basto.»

Transcurrieron quince días
Tranquilos, é imaginaron
Todos que ya el juicio había
Don Quijote recobrado.
Mas ¡ah! que mientras estaba
Al parecer tan sensato,
Èl bajo cuerda, vendía
Cuanto pudo hallar á mano.
Apercibió ropa blanca,
Pidió un broquel de prestado,
Preñó una bolsa no chica,
Buscó un escudero apto,
Y en conferencia secreta
Ambos á dos concertaron
La hora de salir al mundo
Mil aventuras buscando.

XIII

Segunda salida.—Los molinos de viento.

En pos va del caballero
El rechoncho Sancho Panza;
Labriego glotón y simple,
Bien cargado de camándulas,
Muy decidor de refranes,
De negra y espesa barba,
Poco pulcro, malicioso
Y un tanto cobarde y mandria.
El uno va en Rocinante,
El otro en asno cabalga,
Y ambos aprietan el paso
Porque á atajarles no vayan.
Sin despedirse de nadie
Dejaron familia y casa
Y van, cual va un fugitivo
Que hizo alguna cosa mala.
Lejos al fin de su pueblo
Acortan su ruta rápida
Y el escudero bisoño
Toma al punto la palabra.
—Mire, señor caballero
Andante, dice en voz alta,
Que no olvide el trato hecho
Ni su palabra empeñada;
Puesto que por mis servicios
Me ofreció prenda tan brava
Como ser gobernador
De una ínsula; no vaya
A dármela muy pequeña,
Sino muy rica y muy ancha,
Que cuanto más grande sea
Mejor sabré gobernalla.
—Te lo ofrecí, y lo repito,
Que esa fué siempre la usanza

De los nobles caballeros
Que reinos é ínsulas ganan,
Y hubo algunos que hasta en conde
Marqués ó duque trocaban
A sus fieles escuderos,
Después de recias batallas
En que un imperio adquirían
Por la virtud de sus armas.
Y aun fuera cosa bien fácil
Que si me diese la gana,
Tal vez un reino te diera
Cuando menos lo pensaras.
—De ese modo, señor mío,
Si yo soy rey, será infanta
Mi prole, mi mujer reina...
—Justo.—Lo siento en el alma,
Que aunque lloviesen coronas
Sobre el mundo, no habrá trazas
De hacer que Mari Gutiérrez
Use cosas tan bizarras.
Condesa será más fácil,
Y así le suplico me haga
Conde, que con ser aqueso
Si no me sobra, me basta.»
En estas y otras curiosas
Dulces familiares pláticas,
Iban amo y escudero
Cruzando por la explanada
De los campos de Montiel
Á do el acaso llevara
Otra vez al caballero
Don Quijote de la Mancha.
Y sucedió que á deshora,
Cuando menos lo cataran,
Muchos molinos de viento
Sus ojos á ver alcanzan.
Quedó mirando el hidalgo
Las fuertes y luengas aspas
Y al punto:—Aquí Sancho amigo,
Dijo embrazando su adarga,
Comienzan las aventuras
Que mis buenos hados guardan.

Todos aquellos gigantes
Que me insultan y me llaman,
Van á ser ahora vencidos
Por mi arrogante pujanza.
—Señor, que no son gigantes
Sino molinos.—Te engañas
Que tú no entiendes las cosas
Que á los caballeros pasan.
Ahora verás.» Y picando
Espuelas, al trote avanza
Diciendo:—¡Viles criaturas!
Titanes de ruín prosapia,
Non fuyais, que aunque sois muchos
Y manejais bien las armas,
Yo aunque vengo solo, os reto
Á ruda y campal batalla
Jurando haceros gigote
Porque sintais mi arrogancia.»
Agitó el aire entre tanto
De los molinos las palas
Y él gritó de nuevo:—En vano
Vuestros brazos me amenazan,
Que aunque ellos miden dos leguas
Á mí no me importa nada.»
Y aguijando á Rocinante
Al fin al galope arranca;
Se acuerda de Dulcinea
Y al molino fiero ataca;
Mas la lanza se le rompe,
Giran furiosas las aspas,
Y caballero y caballo
Despiden á gran distancia,
No sin que el pobre escudero
Que lo vió todo con lástima,
Creyendo muerto á su amo,
Vertiese copiosas lágrimas.

XIV

Don Quijote y Sancho.—Pláticas familiares.

Consolando á Sancho iba
El ilustre caballero;
Pues si bien muy magullado,
Aún no le faltaba aliento
Y animoso le decía:
—Sábete, fiel compañero
De mis triunfos, que la guerra
Tiene accidentes diversos.
Sin duda el mago alevoso,
Que me robó el aposento
De mis libros, ha trocado
Aquellos gigantes fieros
En molinos, por quitarme
La gloria del vencimiento.
Vamos por este camino,
Que en este camino mesmo
Hemos de hallar aventuras
De mucho mayor provecho.
En esta mi rota lanza
Un asta nueva pondremos,
Que no faltará una rama
De buen roble ó duro acebo
En el bosque; y es seguro
Que no he de ser yo el primero
Que hizo de un tronco un mandoble.
Antes bien, fué con un leño
Con lo que Perez de Vargas
Español y caballero,
Machacó miles de moros;
Razón por la cual le dieron
Sobrenombre de Machuca;
Y sus parientes y deudos
Se llamaron desde entonces
Vargas Machuca.—Yo creo,

Señor, eso muy del caso:
Mas si le parece cuerdo,
Yo mejor preferiría
Tomar algún alimento,
Pues hace más de dos horas
Que todo me desfallezco.»
Rióse de buena gana
Don Quijote, y con acento
Jovial le dió su permiso
Para acudir al repuesto
De fiambres que en la alforja
Previamente dispusieron.
Comió y bebió Sancho Panza
Dando á la bota un gran tiento
Sin que su amo probase
Bocado; tendió sus velos
La noche, y allí en el campo
Pasarla se propusieron
Bajo el ramaje frondoso
De algunos árboles viejos.
Y es fama que dicha noche
Sancho la pasó durmiendo
Y su señor abismado
En un mar de pensamientos,
Invocando á Dulcinea
Con amoroso desvelo.

XV

Los frailes y el coche.

No bien el sol alegrando
Fué los cielos y la tierra,
Cubriendo de resplandores
Montes y valles y selvas,
(Mientras que le saludaban
Mil avecillas parleras),
Cuando nuestro Don Quijote
Tiró á Sancho de una oreja

Diciéndole:—Sancho amigo
Ya es hora de que amanezca.»
Dió un bostezo el escudero,
Estiró brazos y piernas,
Y dando un beso á su bota
Que estuvo un rato suspensa
Sobre su rostro, gimió
De no encontrarla más llena.
Y como ya Don Quijote
Su lanza tuvo compuesta,
Ambos á dos su camino
Siguieron con mucha flema.
Iban hacia Puerto Lápice
Que á eso de las tres y media
De la tarde divisaron;
Y el hidalgo con presteza
Exclamó:—Aquí, Sancho amigo,
Vamos á hallar por docenas
Las aventuras; aquí
Nuestra fortuna comienza.
Mas te encargo antes de todo
Que aunque riñendo me veas
Con mil caballeros juntos,
Los venza yo ó no los venza,
De hacer armas contra ellos
Prudentemente te abstengas;
Que de la caballería
Las leyes así lo ordenan.
Mas si de gente villana
De baja estofa y ralea
Acometido me vieses,
Puedes emplear tu fuerza
Defendiéndome, que eso
Los estatutos aceptan.»
—No haya miedo, señor amo,
El escudero contesta,
Que con esos caballeros
Yo por mi gusto me meta;
Que soy de genio pacífico
Y poco dado á pendencias.
Mas si vienen á agraviarme,
Ó alguno me vapulea,

Me pienso que será lícito
Acudir á mi defensa.
—Es muy justo; pero ruégote
Que tus ímpetus contengas.»
De tal modo platicaban
Cuando por la carretera
Se vió asomar á dos frailes
Sobre dos mulas pequeñas.
Detrás, y á muy corto trecho,
Marcha un coche que rodean
Cuatro ó cinco de á caballo
Y otros dos de á pie, que eran
Mozos de mulas, y aunque
Luego se tuvo por cierta
Cosa, que en el coche iba
Una señora, de tierra
De Vizcaya, que á Sevilla
Marchaba, sin que tuvieran
Los frailes nada que ver
Con el coche ni con ella,
Es lo fijo que el hidalgo
Forjó al punto en su cabeza
Otro raro desatino
Que explicó de esta manera:
—Ó yo, Sancho, me equivoco,
Ó allí delante me espera
La más famosa aventura
De cuantas hubo á estas fechas.
Aquellos dos negros bultos
Que cabalgando se acercan
Son sin duda nigrománticos
Que dentro del coche llevan
Maniatada y dolorida
Una afligida princesa;
Mas yo vengaré el entuerto
Cual mi profesión lo ordena.»
—¡Ay, señor! ¿qué es lo que dice?
Observe por Dios y vea
Que esto me huele á molinos
Y que se engaña de veras.
Los que llama negros-mancos...
—Nigrománticos.—Cualquiera

Al pronunciar nombres tales
Se trabuca y se marea.
Digo solo, que esos hombres
Son dos frailes de la regla
De San Benito; y el coche
Con la gente que le cerca
Deben de ser caminantes
Ó personas pasajeras.
—¿Qué sabes tú de esas cosas?
Deja que me acerque, deja.»
Clavó al punto en los costados
De Rocinante la espuela
Y llegándose á los frailes
Les habló de esta manera:
—Dejad ¡oh gente endiablada!
Á esa forzada princesa,
Ó aparejáos á morir
Aunque Merlín os proteja.»
Al oir tales razones
Detiene un fraile las riendas
Y dice todo turbado
Viendo facha tan grotesca:
—Nosotros, señor, no somos
Gente endiablada y perversa,
Pues somos dos religiosos
Que cruzan por estas tierras
Sin saber si en ese coche
Vienen infantas ó reinas.
—Ahora lo veréis, bellacos.»
Y sin buscar más respuesta
Al reverendo acomete
Con tal pujanza y tal fuerza
Que de no tirarse al suelo
Allí la muerte le diera.

XVI

Petición de Don Quijote.

Viendo que un fraile caía
Y el otro apeló á la fuga

Acercóse Sancho Panza
Al primero con gran furia
Y comenzó á despojarle
De todas sus vestiduras.
—¿Qué haceis, mal hombre? gritaron
Dos mozos que van en busca
Y en pos de los frailes. ¿Quién
Eres, gran hijo de... Judas,
Que así en ladrón te conviertes
Desde los piés á la nuca?
¡Vil malhechor! ¿por qué causa
Así á la gente desnudas?
—Yo no desnudo ni visto
Á nadie, ni á nadie excusa
Pido, tomo lo que es mío.
—¿Y qué es tuyo, vil criatura?
—Los despojos del combate
Que aquí con grande fortuna
Libró y ganó D. Quijote
Mi señor.—¿Así con burlas
Te vienes? Ahora verás
Si te libras de una zurra.»
Diciendo de esta manera
Acometida tan brusca
Le dan, que apenas acierta
Á librarse de la lluvia
De puñetazos, mordiscos,
Patadas, gritos é injurias
Que ambos á dos le propinan
Mientras que el fraile en su mula
Sube otra vez apelando
Á precipitada fuga.
Asaz molido el buen Sancho
Con ojos llorosos busca
En vano al gran D. Quijote,
El cual, con gentil premura,
Tan pronto como vió en tierra
Al fraile bajo su mula,
Llegándose á donde estaba
El coche, con campanuda
Voz, y con aire de triunfo
Dijo:—Vuestra fermosura,

Señora, puede facer
De sí lo que más la cumpla
Ó la viniere en talante;
Que ya es libre de la turba
De encantadores malignos
Causantes de su tortura.
Y porque tímida y triste
No peneis, señora, nunca
Por saber quien os liberta
De esclavitud tan absurda,
Sabed que soy D. Quijote
De la Mancha, aquel que junta
Al deber de caballero
Una pasión casta y pura
Inspirada por la hermosa
Dulcinea, mi presunta.
Y pues que á mi dama os nombro,
Y sólo en ella se funda
Mi fuerza, por la cual quedan
Mordiendo la arena inculta
Vuestros fieros robadores
Vencidos en buena lucha,
Ruégoos, señora, volvais
Á desandar vuestra ruta,
Y acercándoos al Toboso
Donde encontrareis sin duda
Á mi casta Dulcinea,
La mostreis cuánta es la suma
De mi valor y el servicio
Que os fice dándoos ayuda.
Id luego; yo os lo demando
Como premio á mi bravura.

XVII

Reto vizcaino.

Tan obstinado mostrábase
El bueno de D. Quijote,

Que un vizcaino escudero,
Que iba precediendo al coche,
En mal chapurrado estilo
Dijo:—Por Dios que criosme
Si no os vais, así te matas;
Que ya cánsame que estorbe.
—Si tú fueras caballero,
Replicó el hidalgo entonces,
De seguro castigara
Tus muy bellacas razones.»
—¿Yo no caballero? Juro
Tan pronto, cristiano, arrojes
Lanza, y espada sacares,
Como probárate entonces
Que por tierra hidalgo, y mar
Fuí siempre y un mientes doite.»
Así dijo el vizcaino,
Y viendo que D. Quijote
Arroja la lanza y tira
De la espada, abroquelóse
Con una almohada que iba
En el pescante del coche,
Y ambos á dos levantados
Los aceros... mas quedóse
La narración suspendida
Sin que dieran de aquel choque
La más pequeña noticia
Los coetáneos cronicones.

XVIII

Fúria del caballero.

Después de mil diligencias
Hallóse en un gran infolio
La historia del caballero
Escrita con grande acopio
De datos, por Cide Hamete
Benengeli, ilustre moro

Tan veraz como sapiente,
Tan hábil como curioso.
  Tradújose al punto el libro
En castellano, y ya todos
Supieron el desenlace
De aquella aventura monstruo
Á la cual dió feliz cima
El manchego valeroso.
  Fué el caso que, arremetiéndole
El vizcaino de pronto,
Tal cuchillada le tira
Que si no se inclina un poco
La cabeza le rebana
Y allí le deja redondo.
  Mas por mucho que librarse
Supo de embite tan gordo
No pudo evitar le diera
Con la espada sobre un hombro
Llevándole la celada,
Y para mayor oprobio
Media oreja ¡media oreja!
Que en sangre bañó su rostro.
  Allí fueron los clamores;
Allí fué el quedarse absorto
Todo el mundo; allí la ira
Del hidalgo valeroso
Que asiendo con ambas manos
Su tizona, dió de pronto
Tal mandoble en la cabeza
Del vizcaino brioso,
Que á no tener sobre ella
La almohada, hendido y roto
Hubiera sentido el cráneo
En cien diferentes trozos.
  Aun así fué tal el golpe
Que atontado y tembloroso
Bañado en su propia sangre
Cayó en tierra como un plomo.
  Al ver esto D. Quijote
Se apeó, puso en los ojos
Del vencido su tajante
Espada y díjole fosco:

—Ríndete, ríndete al punto
Ó la cabeza te corto.»
Y como no respondiese
Iba á hacerlo: mas de pronto
Vió llegar á las señoras
Del coche, que con sollozos
Y lágrimas le pidieron
Que le perdonara.—Otorgo,
Fermosas señoras mías:
Mas la vida le perdono
Á condición de que vaya
Á la ciudad del Toboso
Y puesto ante Dulcinea
Humildemente de hinojos
Sin mas restricción ni excusa,
Se ofrezca á servirla en todo.
—Sereis, señor, complacido.
—Me basta, punto redondo.»

XIX

Esperanzas de Sancho.

Al montar en Rocinante,
Terminada la pendencia,
Acercóse Sancho Panza
Y con la rodilla en tierra
Besando humilde su mano
Se explicó de esta manera:
—Ya, señor, pienso ha llegado
El buen instante en que vuesa
Merced me va á dar la ínsula
Ganada en esta refriega.
Y si la hora ha llegado
Démela muy grande y buena,
Que gobernarla prometo
Con discreción y prudencia.
—Estás, Sancho, equivocado;
Que las aventuras estas

Más disgustos que provecho
Suelen dar; ten pues paciencia,
Que ya vendrán otras horas
Y tu gobierno con ellas.»
—Dios le bendiga y conserve
Por mil años la existencia.
—Sí, pero nunca te olvides
Cuando aquestos triunfos veas,
De invocar el nombre amado
De mi sin par Dulcinea.»
Túvole Sancho el estribo,
Montóse con mucha flema
Y apartándose de allí
Sin que á ninguno dijera
«Adios» á un bosque inmediato
Ambos la marcha enderezan.

XX

Juramento singular.

Graves coloquios tuvieron
En el bosque nuestros héroes
Y es lástima suprimirlos
Por ser un poco más breves.
Sancho teme á la justicia
Y aun tomar Iglesia quiere
Por si la Santa Hermandad
Lo del vizcaino huele
Y tendiéndoles la garra
En una cárcel los mete.
Don Quijote por su parte
Afirma que nada teme;
Que en su concepto es loable
Enderezar á la gente
Aunque parezca violento
Que con palos la enderecen.
Trataron también, y el caso
De singular nada tiene,

Que D. Quijote curase
La oreja por donde vierte
Hilo á hilo ó hebra á hebra
Su sangre hidalga y caliente.
Mojó Sancho un pañizuelo
En agua, y luego con éste
Lavó el rostro al caballero
Que le hablaba de esta suerte:
—Bien, Sancho, á mí se me alcanza
Que esta herida no es muy leve;
Mas yo he de hacer cuando en paz
Las aventuras me dejen,
Un bálsamo peregrino
Que los males más rebeldes
Y las heridas mortales
Cura milagrosamente.
Este bálsamo se llama
De Fierabrás, y es tan fuerte
Su virtud, que si algún día
En dos pedazos me vieres
Dividido, con juntarme
Las partes, y echarme de ese
Licor, me verás contento
Sanar en un periquete.
—¡Oh, señor! si eso es tan bueno,
La receta de ese aceite
Venga al punto, y el gobierno
Con la ínsula se quede
En donde está, que yo opino,
Ó tengo malo el caletre,
Que á dos reales cada onza
Venderé próximamente,
Con lo cual dentro de un año
Bien podría enriquecerme,
Á no ser como me temo
Muy caros los ingredientes.
—¿Caros? con solo tres reales
Tres azumbres hacer puedes.
—Pues entonces ¿á qué aguarda?
Tráigale, señor, y enséñeme
Á fabricarlo.—Te he dicho
Que la impaciencia refrenes.

Con el tiempo ya irás viendo
Prodigios mayores que ese.
Ahora sólo te suplico,
Pues otra vez sangre vierte
Mi oreja, que me la cures
Un poco más formalmente
Con unas hilas y ungüento
Que en esas alforjas vienen.»
Sacó Sancho lo que dijo
Su señor; quitóse éste
El casco, y al ver de pronto
Que ya celada no tiene,
Pues reparado no había
Hasta allí en tal incidente,
Lleno de asombro y de ira
Pálido, pajizo, verde,
Tembloroso, miró al cielo
Y dijo con voz rugiente:
—Juro á Dios y por los cuatro
Evangelios, desde este
Día, hacer la vida mesma
Que hizo aquel marqués valiente
De Mántua; juro á los cielos
No comer pan á manteles
Ni folgar con mi mujer
Hasta que esta afrenta vengue.»
Y como Sancho apartarle
De tal empeño quisiese,
Viendo que era un tanto duro
Dormir en el campo siempre,
Mal comer y andar al trote
Haga calor, llueva ó truene,
—Mire, señor, le decia,
Lo que propone; no intente
Con juramentos livianos,
Que al más justo varón pierden,
Imitar al señor Mántua
Viejo chocho y pisaverde.
Júntese con su mujer
Cuando la haya; coma y cene
Con regalo; tenga en cuenta
Que no hay cosa que le afrente

Si el vencido caballero,
Cual mandásteis, fué á ponerse
Á los pies de mi señora
Dulcinea humildemente,
Con lo cual, sin nueva falta,
Ningún castigo merece.
—En esa parte, buen Sancho,
Confieso que razón tienes,
Y hasta anulo el juramento
En cuanto á él se refiere;
Mas lo afirmo y ratifico
Y aun lo hago más solemne
De hacer la vida que dije,
Mientras tanto que no encuentre
Y gane en marcial contienda
Otro casco como este,
Ó al menos otra celada
Tan fina y de tan buen temple
Como la mía; y no juzgues,
Sancho, que no hay precedentes
En la historia, ni lo digo
Á humo de pajas, pues viene
Mi empeño, al pie de la letra,
Á imitar el incidente
De aquel yelmo de Mambrino
Que causó la mala suerte
De Sacripante.—Maldito
Sea yo, si dá mi caletre
En descifrar lo que habla;
Aunque bien claro se entiende
Que intenta ganar un casco
De oro ó plata reluciente,
Tomándolo del primero
Que en la cabeza lo lleve,
Que es lo mismo que encontrar
Cosa que ninguno pierde.
—Diste en el quid, Sancho amigo,
Que en la guerra todo debe
Subordinarse al rigor
Del que manda porque vence.
—No lo niego; pero digo
Que será una mala peste

Estar esperando aquí
Que esos caballeros lleguen.
—¿Qué sabes tú?—Lo que veo
Es que á estos sitios no vienen
Mas que simples arrieros
Que gastar cascos no suelen
Ni celadas.—Te equivocas:
Antes que asome en Oriente
El sol, verás muy garridas
Grandes magníficas huestes,
Que atraídas por mi fama
Vendrán solo para verme
Y por probar la pujanza
De mi brazo; y si no vienen
Tomaremos un castillo
Donde haré el bálsamo ese
De Fierabrás por curarme
Esta oreja que me duele.
Entre tanto, mira á ver
Si en nuestras alforjas tienes
Algo que yantar.—En junto
Sólo encuentro unos rebeldes
Mendrugos, una cebolla
Y un poco de queso.—Vienen
De molde, que un caballero,
Que ha jurado mantenerse
Con lo que Mántua comía
Ser frugal y parco debe;
Y aunque no coma en un mes
No se apura ni entristece.

XXI

Cabreros hospitalarios.

Después que dentro del bosque
La comida despacharon,
Que fué tan frugal cual pueden
Los lectores figurárselo,

Á ruego de Sancho Panza
Y viéndose enfermo su amo,
Pernoctar se propusieron
Á ser posible en poblado.
Á este fin el valeroso
Manchego, montó á caballo
Siguiéndole el escudero
Que iba subido en su asno.
Vino no obstante la noche
Y solamente se hallaron
Cerca de una cuantas chozas
De cabreros, que sus hatos
Guardaban allí; pidieron
Hospitalidad y grato
Recibimiento se obtuvo
De todos; siendo el buen Sancho
Muy gustoso al ver que al fuego
Guisaban ciertos tasajos
De cabra que seducían
Su paladar y su olfato;
Y aun sintió más regocijo
Cuando á cenar le invitaron
Lo mismo que á Don Quijote,
El cual con grande agasajo
Le obligó á que se sentase
Francamente allí á su lado,
Y hasta le otorgó licencia
Para comer en su plato
Y escanciar su agua ó su vino
Juntos en el mismo jarro,
Cosa que no agradecía
Demasiadamente Sancho
Pues encogiendo los hombros,
Dijo resuelto á su amo:
—Á mí no me engordan nunca
Cumplimientos cortesanos
Que entre el cumplo, y entre el miento
Muy poca distancia hallo.
Quiero más comer cebolla
Con pan, ya en pie, ya sentado,
Siempre á mis anchas, que andar
Aunque coma gallipavos,

Limpiándome á cada instante
Siempre que bebo los labios,
Sin poder mascar de prisa,
Ni estornudar, ni hacer algo
Que se parezca á un regüeldo....
—Erupto se dice, Sancho. (14)
—Ya lo veis, ni aun puede uno
Hablar en estilo llano.

XXII

Reflexiones de Don Quijote.

Cenaron con los cabreros,
Pues bien lo necesitaban,
Y como no hubo manteles
Sino unas pieles de cabra
Curtidas, que sobre el suelo
Los pastores colocáran,
Quedóse en pie el juramento
Hecho á los manes de Mántua.
Comieron, pues, sendos trozos
De carne un tanto salada,
Pan, queso, vino abundante
Y por postre avellanadas
Bellotas; y al mirar estas
Don Quijote se entusiasma
Diciendo:– Dichosos siglos
Y dichosa edad dorada
Aquella en que todo el mundo
Con esto se regalaba
Sin haber *tuyo* ni *mio*,
Ni injusticias, ni añagazas,
Sino candor, inocencia,
Doncellez que caminaba
Libre y segura de mónstruos
Que pretendieran catarla!
Mas ¡ay! que andando los tiempor
Las costumbres se depravan,

No se respeta la hacienda
Ajena, la fuerza manda
Y ya guardarse no saben
Viuda, doncella ó casada.
Por esto, amados amigos,
Se inventó la noble y santa
Profesión de caballeros
Andantes, que cual yo vagan
Por el mundo, defendiendo
Á toda indefensa dama;
Buscando menesterosos
Para enjugarles las lágrimas
Y aliviando, en fin, las penas
De las doloridas almas.
Esto soy yo, y pues me dísteis
Albergue y cena tan amplia,
Yo en mi nombre, y en el nombre
De este mi fiel Sancho Panza,
Con el alma y con la vida
Cabreros, os doy las gracias.»

XXIII

Medicina barata.

Para hacer más agradable
La velada, aquella noche
Un pastor recien llegado
Cantó un romance de amores
En el cual se retrataban
Los suyos con mil transportes.
Gustó mucho la canción
Al insigne D. Quijote
Y aun pidió al pastor Antonio,
Que era gentil y muy joven,
Que otra nueva le entonara;
Mas Sancho, dándole voces
Exclamó:—Basta de fiestas,
Señor, que serán las once,

Y esta gente que madruga
No está para oir canciones.
—Ya te entiendo, Sancho amigo
Mucho el vinillo alegróte
Y recompensa de sueño
Te pide; pasa la noche
Durmiendo, que yo velando
Cumplo más mis vocaciones.
Vete á acostar, pero antes
Un poco de ungüento pónme
En esta endiablada oreja
Que me frie y me corrompe.»
Vió un pastor la roja herida
Y pidiendo mil perdones
Dijo:—Si vuesa merced
Quiere aliviar los rigores
Del dolor, yo de curarle
Me encargo.»—Gracias, buen hombre,
Acepto tu beneficio;
Cúrame con mil amores.»
Mascó un poco de romero
El pastor, con sal mezclóle
Y poniéndole un buen parche
Logró calmar sus dolores.

XXIV

El enamorado Grisóstomo.

Estando en esto llegó
Un mozo que de la aldea
Les traía bastimentos
Y dijo:—¿Sabeis las nuevas
De lo que en estos instantes
En el lugar se lamenta?
—Nada sabemos.—Pues pasa
Que hoy ya está sin existencia
El estudiante Grisóstomo
Fiel amador de Marcela

La hija de Guillermo el Rico,
Que, como sabeis, es hembra
Que cruza los andurriales
Saltando de breña en breña
Con hábito de pastora.
Y es el caso, que por ella
Tan loco estaba el mancebo
Que en su testamento deja
Prevenido que le entierren,
Como si fuese una bestia
Ó algún moro beduino,
No en cementerio ni en tierra
Sagrada, sino en el campo
Do él la vió por vez primera.
También previno otras cosas
Muy parecidas á esa;
Mas los abades del pueblo
Oponen toda su fuerza
Diciendo que es gentilismo
Disponer de esa manera
Del cuerpo; y todo se haría
Cual los abades ordenan,
Si Ambrosio, aquel estudiante
Que tan buen amigo era
Del muerto, no se obstinára
En exigir se obedezca
La voluntad del finado;
Y como es mozo de cuenta
Hijodalgo y tan discreto
Cuanto Grisóstomo era,
(Pues el vestir de pastores
Ambos, solo fué por ella),
En el lugar ha movido
Tal confusión y tal gresca
Que mañana con gran pompa
Muy cerca de aquí le entierran,
Y yo salir me propongo
En cuanto Dios amanezca
Á ver la gran ceremonia.
—Todos iremos á ella.»

Quiso saber D. Quijote

Historia tan novelesca
Y sólo en sustancia supo
Que la llamada Marcela
Era una ingrata hermosura
Tan esquiva, tan honesta,
Tan afable y tan adusta,
Si es que alguno la requiebra,
Que enfermos de mal de amores
Cuantos la ven, tristes quedan,
Como sucedió á Crisóstomo
Que murió de amor por ella.
Y son tantos los amantes
Que la siguen y la cercan
Disfrazados de pastores,
Por ver si más la interesan,
Que no hay roca al pie del monte
Ni tronco en el valle ó selva
En donde alguno no haya
Puesto el nombre de Marcela.»

XXV

Don Quijote abre su pecho.

Por los balcones de Oriente
El día se iba asomando
Cuando á nuestro Don Quijote
Los cabreros despertaron
Diciendo:—Puesto que quiere,
Señor, acudir al acto
De dar tierra al fiel Grisóstomo,
Ya es hora de que partamos.
Hiciéronlo juntamente
Todos, dejando los hatos
Á la merced de un pastor
Que por hallarse lisiado
De un pie, voluntariamente
Ofrecióse para el caso.
Montó alegre en Rocinante

Don Quijote muy gallardo,
Y Sancho Panza en su rucio
No menos ledo y ufano,
Mientras en torno y á pie
Iban los demás marchando.
Al cabo de un cuarto de hora
De camino, en no lejano
Sendero, vieron venir
Á seis pastores bizarros
Con negros pellicos puestos,
Bastón de acebo en la mano
Y las sienes coronadas
De adelfa y ciprés amargos.
Con ellos iban dos hombres
Muy gentiles á caballo,
Y tres mozos les seguían
Que sin duda eran sus fámulos.
Al reunirse unos con otros
Corteses se saludaron
Y al saber que todos iban
Al entierro, por un tácito
Acuerdo, se confundieron
Y su marcha reanudaron.
Al lado de Don Quijote
Iba un mozo á quien Vivaldo
Llamaban, y tras razones
Muy cuerdas y finos tratos,
Gallardamente emprendieron
Curiosísimo diálogo;
Pues preguntándole el joven
La razón de ir tan armado
Por un país tan pacífico,
Don Quijote le habló tanto
De su andante profesión,
De los servicios prestados
Por insignes caballeros,
Terror de brujas y magos
Y malandrines, que el joven
Se quedó desconcertado
Mirándole de hito en hito
No sin cierto sobresalto.
Hizo no obstante un esfuerzo

Y dijo:—Lo que yo extraño,
Señor caballero andante,
Es que todos esos guapos
Adalides, vuestros émulos,
Siempre que están en el caso
De perder la vida, invocan,
No á Dios y á todos sus santos,
Sino tan sólo á sus damas;
Lo cual me huele á profano
Y gentílico.—Esa duda,
Replica al punto el hidalgo,
Está muy puesta en razón;
Mas, aparte de que al cabo
De la aventura, se puede
Cumplir como buen cristiano,
Antes de dejar el alma
Al cuerpo en su último tránsito,
Hay que tener muy en cuenta
Que nuestro espíritu es flaco,
Y que todo caballero
Andante, para ser bravo,
Cumplido y hasta perfecto,
Debe estar enamorado.
—De ese modo, vos también
Lo estaréis?—¿Por qué negarlo?
Lo estoy, dijo Don Quijote
Un gran suspiro arrojando.
—¿Y puede saberse el nombre,
De la que el alma ha robado
Á un caballero tan digno,
Gentil, discreto y magnánimo?
Decidlo, si os es posible,
Que yo, y todos los que vamos
Aquí, con el alma y vida
De saberlo nos holgáramos.»
Quedóse un tanto perplejo
Nuestro valeroso hidalgo,
Y entre segundos suspiros
Y hasta terceros desmayos:
—No sé, dijo, si la ingrata
Mi enemiga, por quien ando
Vivo en el mundo y por quien

Á la vez muerto me hallo,
Es gustosa en que yo os diga
Que la sirvo y que la amo.
Sólo diré que su nombre
Bello, dulcísimo y grato,
Es Dulcinea; su patria
El gran Toboso; su rango
Altísimo, pues que tiene
En mí un indigno vasallo.
Su hermosura es cual la pintan
Los poetas ó los bardos:
Que son sus cabellos de oro,
La su frente elíseos campos,
Sus cejas arcos del cielo,
Sus ojos soles radiando,
Rosas sus mejillas bellas,
Corales ricos sus labios,
Perlas sus dientes, su cuello
Pulido y terso alabastro,
Mármol ebúrneo su pecho,
Marfil sus menudas manos,
Su tez blanca cual la nieve,
Y todo lo que no alcanzo
Á ver, porque está encubierto
Por los respetos humanos
Que la honestidad previene,
Todo ¡ay de mí! es tan gallardo,
Tan celestial, tan divino,
Que no es posible pintároslo.
– ¿Y la prosapia? – El linaje
No cede á Curcios ni á Gayos,
Ni á Moncadas y Mendozas,
Ni á Guzmanes y Alencastros.
Y á esto que digo, señores,
Nadie replique en contrario,
Que basta que yo lo afirme,
Puesta en el pecho la mano,
Diciendo: – *Nadie las mueva*
Que estar no quiera con Roldán á prueba,
Según escribió Cervino
Bajo las armas de Orlando.»

XXVI

El entierro.—La aparición.

En estas pláticas iban
Cuando vieron por las quiebras
Que dos montañas formaban,
Bajar hasta una veintena
De pastores enlutados,
Coronada la cabeza
De tejo y ciprés; seis de ellos
Sobre unas andas, cubiertas
De cien olorosas flores,
Tristes el cadáver llevan
De un hombre de treinta años,
Que aunque está muerto, conserva
Trazas de gran gallardía
Y de varonil belleza.
De este modo, con un paso
Mesurado, todos llegan
Al pie de una dura roca
En donde labran á fuerza
De pico, la sepultura
Que va á encerrar cuanto resta
En el mundo, de aquel hombre
Que amó con tanta fijeza.
Cabe al fin de aquella fosa
Uno de los que la abrieran:
—Mirad, dijo, buen Ambrosio,
Si es aquí do darle tierra
Debemos, según él quiso
Y es también voluntad vuestra.
—Aquí es, le responde Ambrosio,
Aquí es donde él la viera
Por primera vez; aquí
Donde desdeñado de ella
Se vió por desdicha; en este
Sitio, con voz dulce y tierna

Mi buen amigo, cien veces
Me dió de sus duelos cuenta.»
Y volviéndose hacia todos
Los que aquel caso presencian,
Cual si hablase á Don Quijote,
Díjoles de esta manera:
—Este cuerpo que aquí veis
Yerto, convertido en piedra,
Tuvo un alma en la que el cielo
Puso infinitas riquezas.
Nadie, nadie cual Grisóstomo
Mi amigo, mostró en la tierra
Más ingenio y cortesía,
Más agrado y gentileza.
Fénix de amistad; magnífico
Sin tasa; grave sin mezcla
De presunción; siempre alegre
Sin dar nunca en la bajeza,
En ser bueno fué el primero;
Mas ¡ay! que su mala estrella
Le hizo también sin segundo
En sufrir su suerte adversa.
Víctima de un desdichado
Amor, sacó gran cosecha
De desdenes, pues en vano
Quiso rogar á una fiera,
Importunó á un mármol frío,
Siguió del viento las huellas,
Dió á la soledad sus voces,
Sirvió á ingratitud horrenda,
Y recibió al fin la muerte
De esa pastora funesta
A quien el triste quería
Dar memoria y fama eterna
En todos esos papeles
Que como tierno poeta
Escribió, y que yo, sumiso
Debo entregar á la hoguera
Tan pronto como á la tumba
Este cadáver descienda.»
Y era verdad, en las andas,
Entre las flores aquellas

Que cubrían el cadáver,
Sus páginas entreabiertas
Mostraban diversos libros
Y papeles; y era cierta
La cláusula de que al fuego
Los destinara el poeta.
Mas Vivaldo, que escuchando
Estuvo la triste arenga
Anterior, dijo:—No creo,
Señor Ambrosio, que sea
Justo, sino muy cruel
Que deis al olvido esas
Producciones de un amigo
Que amásteis con tantas veras.
Si él despechado, dispuso
De esos papeles la quema,
Ved que no es cuerdo cumplir
Absurdos que un triste ordena.
Pensamientos luminosos
Que el genio en el mundo siembra
No esteriliza una tumba;
La humanidad los hereda.
No intenteis matar lo eterno.
Dejad florecer la idea
Que es patrimonio del alma,
Y al cuerpo inerte dad tierra.»
Diciendo así, apoderóse
Vivamente y con gran priesa
De unos cuantos manuscritos
Que eran amantes endechas
Dulces, blandas, y sonoras.
Leyó en voz alta una de ellas
Y todos los circunstantes
Puestos de hinojos, con tierna
Melancolía, sintiéronse
Arrastrar por el poeta.
Ya Vivaldo preparábase
Á dar lectura á otra nueva
Canción, no menos sentida
Ni con menos primor hecha,
Mientras todos renegaban
De la fementida hembra

Que puso en trance de muerte
Á un hombre de tales prendas
Cuando á sus ojos atónitos,
En lo alto de una peña,
Una visión encantada,
Una mágica belleza,
Se apareció de improviso
De tantos encantos llena,
Que á no conocer algunos
Á la pastora Marcela,
Por algún ángel del cielo
Tomado todos la hubieran.

XXVII

Tan discreta como hermosa.

No bien allí á la pastora
El joven Ambrosio vió,
Cuando sintiéndose lleno
De suprema indignación,
Con cólera y con espanto
De esta manera exclamó:
—¿A qué vienes á estos sitios
Redoblando mi dolor?
¿Pretendes tal vez gozarte
En ver muerto al que te amó,
O quieres que resucite
Al oir tu dulce voz
Para someterle luego
A más áspero rigor?
¿Qué pides? ¿qué necesitas?
Habla al punto, porque estoy
Dispuesto á servirte en todo
Como él siempre te sirvió.
—No vengo, no vengo, Ambrosio,
Para aumentar tu aflicción,
Dijo entonces la doncella
Con grave y sonora voz.

Vengo á salir por mi honra,
Vengo á defender mi honor
Que con denuestos é injurias
Atropellais sin razón.
¿Qué quereis? ¿por qué ultrajais
A la que á nadie ofendió,
A no ser que ofensa sea
Guardar la buena opinión?
Si Dios quiso hacerme hermosa,
Cual decís, no seré yo
La que escupiéndome al rostro
Rechace lo que es de Dios,
Y á sus favores responda
Con ingrato disfavor.
Si ciegos amantes mios
Vienen de mi huella en pos,
¿Qué he de hacer para sacarles
De su terca obstinación,
Puesta la mano en el pecho
Que nunca el dolo sintió,
Sino hablarles con franqueza
Para atajar su pasión,
Diciéndoles que no puedo
Corresponder á su amor?
Soy rica, libre, dichosa,
Y aun no fijé mi elección;
Porque las flores, los campos,
La soledad, el rumor
De las fuentes, los gorjeos
Del canoro ruiseñor,
La esplendidez de los cielos,
Los puros rayos del sol,
El trato con mis amigas,
Mis ovejas, mi rincón
En la selva, constituyen
Mi grande y único amor.
No quiero que á destrozarme
Venga nadie el corazón
Maltratando al propio tiempo
Mi recato y mi pudor.
Este es mi ser y mi esencia,
Estas mis ideas son.

Si el desdichado Crisóstomo
Dicen que por mí murió;
Si hay jóvenes que me siguen
Con funesta obcecación,
No será porque mi alma,
Ni mis ojos, ni mi voz
Amores finjan á nadie
Ni á nadie ofrezcan favor.
No haceis justicia al llamarme
Monstruo altanero y atroz
Ni es lógico el exigirme
Que mienta sin vocación.
¿Qué diriaís si yo diera
A cuantos vienen en pos
De mis huellas siempre un *sí*
En vez de darles un *no*?
Entonces me tacharían
De liviana con razón
Diciendo que la vergüenza
Sepulté con el candor.
Oh! si es ese vuestro empeño,
Si es tal vuestra presunción,
¡Maldito sea mil veces
Vuestro egoismo feroz
Que escarnece á las mujeres
Guardadoras de su honor,
Y se burla de las tristes
Que entregan su corazón!»
Diciendo así, la pastora
Las espaldas les volvió
Y de la peña y del monte
Huyó con paso veloz,
Dejando á todos estáticos,
Y aun sintiendo grande amor,
Al ver en ella reunidas,
Cual si las juntase Dios,
Tan sobrehumana hermosura,
Tan perfecta discreción.

XXVIII

Deslices de Rocinante.

Después que Ambrosio y los suyos
Dieron á su camarada
Sepultura y sobre ésta
Vertieron flores y lágrimas,
Despidiéndose de todos
Don Quijote de la Mancha
Seguido de su escudero
Salió otra vez á campaña.
Dos ideas bien diversas
En su mente aposentaba:
La una buscar á Marcela
Con objeto de ampararla
Si fuese preciso; la otra
Limpiar aquellas montañas
De alevosos malandrines
Que en ellas se cobijaban.
Pensando, pues, de este modo,
Por el bosque donde entrara
La hermosa pastora, ellos
Siguieron también su marcha,
Buscándola en todas partes;
Mas sin poder encontrarla.
Andando de esta manera
Y sosteniendo una plática
Sabrosa, luego se hallaron,
Cuando menos lo pensaban,
En un prado deleitoso
Donde sus cintas de plata
Tendía un manso arroyuelo
Entre juncos y espadañas
Brindando con su frescura
A pasar la siesta cálida.
Prendados de tan ameno
Lugar, y teniendo ganas

De matar la sed y el hambre
Que un tanto les molestaba,
Ambos, de común acuerdo,
Dejando silla y albarda,
Puestos en la verde alfombra
De yerba, su alforja sacan
Y de ella los bastimentos
Que aquella misma mañana
Los cabreros generosos
Dieron al buen Sancho Panza.
Mas fué el caso, que este último
No cuidó de poner trabas
A Rocinante y al rucio;
Y aunque el primero frisaba
En edad harto madura
Y era de costumbres castas
Por naturaleza, el diablo
Quiso que esta vez llegaran
A su nariz los efluvios
De unas yeguas que pastaban
Cerca de allí, y eran todas
Recien venidas de Yanguas.
Sintió Rocinante el dardo
De amor, cobijó esperanzas
Indignas de la mesura
De su condición sensata,
Y dando un relincho, al trote
Se dirigió á donde estaban
Las yeguas, acariciando
Mil ideas temerarias.
Pero su pecaminoso
Intento, no logró hallarlas
Dóciles, sino altaneras;
Siendo su desdicha tanta
Que con coces y mordiscos
Le consumieron la estampa,
Quitándole los arreos
Y dejándole á sus plantas
Tan mal parado y molido
Que el verlo causaba lástima.
Y no paró aquí su daño
Ni su desdicha extremada;

Que para mayor afrenta,
Y para mayor desgracia,
Los arrieros yangüeses
Dueños de aquella yeguada,
Viéndole tan flaco y feo,
Cogieron sendas estacas
Y tantos palos le dieron
Que por poco no le matan.

XXIX

Los yangüeses.

Viendo aquel desaguisado
Que á Rocinante se hacía
Don Quijote y Sancho Panza
En su defensa corrían
Diciéndole aquél á éste:
—Según los ojos me avisan
Hijo Sancho, aquesos hombres
Que obran con tal villanía,
Nunca fueron caballeros
Ni lo serán en su vida;
Sino gente soez y baja
De torpe ralea, indigna
De que yo con sus garrotes
Mi valiente espada mida.
Dígolo, porque en tal caso,
Bien puedes, sin que lo impidan
Los estatutos de la
Andante caballería,
Venir en mi ayuda y darles
Una lección merecida
Por el insolente agravio
Que han hecho aquí á nuestra vista
Maltratando á Rocinante
Con ruín alevosía.
Ven pronto á tomar venganza.
—Señor, señor, por su vida,

¿Qué dice vuesa merced
De venganza? No vé ¡ay mísera
De mi ánima! que allí,
Llenos de furia inaudita,
Hay más de veinte enemigos,
Siendo así, que por desdicha
Somos dos y aun si me apuran
Uno y medio?—Nadie diga
Eso, que yo solo valgo
Por ciento;» y lleno de ira
Sacando su fulminante
Espada, con tanta prisa
Se acercó, tirando un tajo
Á un yangüés, que si le atina
Un poco más, para siempre
Muerto á sus pies le derriba.
Llegó Sancho al propio tiempo
Echando su cobardía
A un lado; mas los yangüeses
Que vieron se las habían
Siendo tantos, con dos solos,
Sus garrotes solicitan;
Y tal lluvia de estacazos
Descargan con gran porfía
Sobre el escudero inerme
Y el caballero estantigua,
Que al verlos caer exánimes,
Creyendo que muerto habían
Á alguno, con gran presteza
De aquel sitio se retiran
Llevándose con sus yeguas,
Locamente requeridas
Por Rocinante, la causa
De tanta y tanta desdicha.

XXX

Efectos de una paliza.

Después de no breve rato
Sancho con voz sepulcral,

Sin moverse de aquel sitio
En donde echado se está,
—Señor Don Quijote, dijo,
Tenga de mí caridad
Y deme por Dios un sorbo
Del licor del feo Blas;
Que si las heridas cura
Pienso también que valdrá
Para el vil quebrantamiento
De huesos que dado me han.
—Pecador de mí! ¿qué dices?
(Con idéntico metal
De voz responde el hidalgo),
Si yo lo tuviese acá
¿Qué nos faltara, buen Sancho
Para al momento sanar?
Mas te juro por quien soy,
Que luego, sin más ni más,
Antes que pasen dos días
Le habremos de fabricar.
—Y hasta entónces ¿quién nos mueve
De este mísero lugar?
¿Quién nos dará de beber?
¿Quién de comer nos dará
Si ninguno de los dos
Nos podemos levantar?
—Culpa fué de Rocinante.
—Sí, sí, valiente animal.
Yo le creía persona
Tan casta y tan regular
Como yo; pero bien dicen:
Que no se logra jamás
Conocer bien á las gentes
Ni nada seguro hay
En el mundo, ni de nadie
Se puede un hombre fiar.
—Y es lo fijo que este duelo
Bien empleado me está,
Pues no debí yo ponerme
Con gentes de estofa tal.
Así, pues, desde ahora mismo
Lo que digo has de observar:

Siempre que tropa villana
Nos ultraje desleal,
Tú solo, tú solo, Sancho,
La tienes que castigar
Poniendo mano á tu espada;
Pues yo en la mia, jamás
La pondré, como no sean
Personas de calidad,
Y gentiles caballeros;
Que en este caso verás
Todo el valor de este brazo
Que há poco en lucha campal
Al brioso vizcaino
Supo vencer y domar.
—Pero, señor, si yo soy
Pacífico por demás;
Si las flaquezas del prójimo
Se nos manda perdonar,
¿Por qué he de meterme solo
En tanto berengenal?
Si no nací vengativo
¿Cómo serlo? Si no hay
Razón que parezca insulto
Si no se toma por tal;
Si al buen callar llaman Sancho
Y este nombre á mí me dan:
Si es mejor que amontonarse
Tener calma y despreciar
Las intenciones perversas,
¿A qué fin he de tomar
Armas por cosas que á mí
Ni me vienen ni me van?
—Calla, Sancho, que no puedo
Oirte desatinar.
Si no fuera porque ahora
Mucho doliéndome está
Una costilla, bien pronto
Te sabría demostrar
Que es tu discurso cobarde
E inconveniente además.
Hombre que todo lo teme
Pocos medros logrará,

Que en corazones pigmeos
No cabe gigante afán.
Si como tenemos hoy
Lances que acaban en mal,
Topásemos aventuras
De esas que provecho dan,
Y te cediese una ínsula,
¿La habrías de gobernar
Con esa flaqueza impropia
De tu sexo, de tu edad
Y que tan mal se acomoda
Con un ánimo marcial?
Aprende de mí que estoy
Pronto á morir ó á triunfar;
Aprende de aquellos fieros
Paladines de la edad
Pasada, que acometían
La más grande y más audáz
Empresa, lidiando á veces
Con algún mago faláz
Que quitándoles las fuerzas,
Los embriagaba quizás
Convirtiéndoles en piedra
Ó en blanca estatua de sal.
– Justo, lo mismo que han hecho
Conmigo un instante há.
—Explícate.— Cuando iba
Muy furioso á pelear
Y á requerir mi tizona,
Se acercó hasta mí un jayán,
Y dándome con un pino
Me encantó de un modo tal,
Quitándome vista y habla,
Que todo me vine á helar.
—¿Qué más hielo que el vil miedo,
Que sientes? Sábete ya
Que los magos no se meten
Con escuderos jamás.
Levántate, pues, del suelo
Y venme Sancho á ayudar
Que aunque los huesos me duelen
Y esta costilla me está

Martirizando, es preciso
Que procure pernoctar
En algún sitio lejano
De este paraje infernal.
—¿Mas cómo alzarme si estoy
Partido por la mitad?
Vamos, hijo, otro esfuercito
Y Dios te lo premiará.»

XXXI

Otra venta ó castillo.

Buscando la carretera
Lleva Sancho en su jumento,
Como si fuese algún saco
De trigo, al buen caballero.
Detrás Rocinante marcha,
Derrengado y medio muerto,
Purgando las liviandades
Que en tal estado le han puesto.
De este modo y caminando
Despacio, mústios y tétricos,
Después de andar como cosa
De una legua, quiso el cielo
Que el camino real hallasen;
Y un poco después, no lejos
De allí, una mala posada
Ó venta, que tomó luego
Don Quijote por castillo
De torres altas cubierto.
—Que no es castillo, decía
Sancho.—Pues yo te sostengo
Que lo es.—Señor, que es venta.
—Es castillo y yo lo veo.
—¿En dónde tiene los ojos?
—¿Dónde tienes tú los sesos?
—Es venta y mala.—Es castillo,
Y castillo alto y soberbio.

—Pues fuere lo que quisiéredes
Ya estamos, señor, adentro.»
Y era verdad, Sancho Panza,
Sin andarse en cumplimientos,
Se entró de rondón, llevando
A su rucio del cabestro;
Y como en aquel instante
Le preguntase el ventero
Si aquel señor tan escuálido
Iba herido ó sólo enfermo:
—No es nada absolutamente,
Responde el buen escudero;
Es que cayó de una peña
Y al golpe que dió su cuerpo
Se abrumaron las costillas
Y se le quebró algún hueso.»
Vino en esto la ventera,
Mujer de sensible pecho,
Y después una hija suya
De rostro agraciado y bello,
Con las cuales contrastaba
Una criada, modelo
De fealdad, pues era tuerta,
Gibosa, baja de cuerpo,
Ancha de cara, el cogote
Muy llano, escasa de pelo,
La nariz roma, y el todo
Mandado hacer exprofeso
Tal vez por el mismo diablo
Para dar un susto al miedo.
Llamábase Maritornes,
Y entre ella y todos pusieron
En una cama, más dura
Que los guijarros y el hierro,
Á nuestro asandereado
Y molido caballero.
Trató de curarle al punto
La ventera, y viendo el cuerpo
Con muchos más cardenales
Que encierra el sacro colegio:
—Esto, dijo, más parece
De grandes golpes efecto

Que caida;» pero Sancho
Que guardar quiere el secreto
De la paliza, responde
Con poco seguro acento:
—No hay tal, que no fueron golpes
Ni palos, ni nada de eso;
Sino picos que tenía
La peña, y se le metieron
Dejándole cada uno
Una mancha en el pellejo.
Y ahora, señora, que tiene
Las manos en el barreño,
Ó en la masa, ó en la estopa,
Que me dé de ésta le ruego
Algo, que no faltará
Quien la dé seguro empleo,
Pues me parece ahora mismo
Que el lomo me está doliendo.
—¿Luego tú también caiste?
—No caí; pero os confieso
Que me dió tal sobresalto
El porrazo de mi dueño
Y señor, que de acordarme
Me duelen todos los miembros.

XXXII

Maritornes.

Después que allí le dejaron
Y Don Quijote dió gracias
A la piadosa ventera
Que el llamó «fermosa dama»
Y al ventero á quien cien títulos
Nobiliarios encajara,
Sancho se puso unas bizmas,
Hizo en el suelo una cama
Con una estera de anea,
A la que añadió una manta,

Y ambos conciliar el sueño
Quisieron, si bien fué vana
Su ilusión, pues los dolores
Reposar no les dejaban.
Y fué el caso que en el mismo
Desván donde ambos se hallaban,
Un arriëro su lecho
Hizo también con las jalmas
Y aparejos de su recua;
Y allí acostado esperaba
A la fea Maritornes
Que le empeñó su palabra
De ir á hacerle compañía
Lo que de noche restara.
Estaban los tres despiertos
Casi á oscuras, pues les daban
De soslayo los reflejos
De una luz harto lejana,
Cuando entregándose todos
A mil ideas fantásticas,
(De esas que la oscura noche
Suele engendrar en el alma),
Se imaginó Don Quijote
Que la doncella bizarra
Hija del buen castellano
Dueño de aquel grande alcázar,
Atraida por su aspecto,
Seducida por su fama,
Ciega por su gentileza,
Y loca por su arrogancia,
Iba luego á requerirle
Llena de mortales ánsias
Y á ofrecerle su recato
Por ser ya de amor esclava.
Y fué tal su desatino
Que, dando forma á tan rara
Presunción, con honda cuita
En su honestidad pensaba,
Proponiéndose no hacer
Cosa ni buena ni mala
Que encubriese alevosía
Ó infidelidad bastarda

Contra la gran Dulcinea
Emperatriz de la Mancha.
  Estando así entretenido
En ver imágenes gratas
Que él, honesto y pudoroso,
Con gran vigor rechazaba,
Sintió cerca de su lecho
Algunas leves pisadas,
Y vió avanzar cautelosa
Cierta forma un tanto vaga
Que creyó ser la doncella
Hija de la castellana
Que á hurtadillas con misterio
Tímida mueve sus plantas.
  Era en efecto la fea
Maritornes, que buscaba
Al arriero, y que á tientas
Iba en camisa y descalza
Creyendo que todos duermen
Desde el desván á la cuadra.
  Sintióla cerca el hidalgo,
Y temiendo sus plegarias,
Incorporóse en su lecho
A pesar de que rabiaba
De dolor, y asióla un brazo
Que él juzgó de cera blanca.
  Creyó percibir suaves
Perfumes que se exhalaban
Del aliento de la hermosa,
Siendo así que la liviana
Maritornes más olía
A crudos ajos que á ámbar.
Tocó la tosca camisa,
Y á pesar de ser tan áspera,
Rica batista la juzga
Ó fino lienzo de Holanda;
Y atrayéndola más cerca
Así le dijo en voz baja:
  —Yo, señora, bien quisiera
Y grandemente me holgára
De faceros mil amores,
Pagando merced tamaña

Como vos faceisme agora
Honrándome aquí magnánima.
Yo quisiera que pluguiese
Al cielo darme dos almas;
Que si dos en mí fincasen
Una al punto os entregára.
Pero es tal la mala suerte
Que en maltratar no se cansa
A los buenos, que yo aquí
En esta mísera cama
Yago tan triste y molido
Entre mil mortales ansias,
Que, aunque, de mi voluntad
La vuestra en servir cuidára,
Ni lo consiente mi estado
Ni puedo fineza tanta
Faceros, porque lo veda
El amor tierno que embarga
Mis potencias, la fe pura
Que tengo há tiempo jurada
A la sin par Dulcinea,
Idolo de mis entrañas,
Por quien muero y por quien vivo
Sin consuelo ni esperanza.»

XXXIII

El puño de un gigante

En tanto que Don Quijote
Mostrábase tan iluso,
El impaciente arriero,
Que escuchaba aquel discurso,
Se levantó, y poco á poco
Tan cerca de ellos estuvo
Que oyó á la frágil fregona
Colocada en tal apuro
Forcejear por librarse
De aquel galán tan difuso.

Viendo, pues, lo que pasaba,
Y algo celoso de suyo,
Enarboló el arriero
Un brazo, y cerrando el puño
Dió á Don Quijote en el rostro
Tal golpe, que brotó al punto
La sangre, haciéndole dar
Un gemido harto mayúsculo;
Mas no contento, subióse
Sobre él, y con sañudo
Intento, tantas patadas
Le dió, que el catre inseguro
Vino á tierra produciendo
Grande estrépito y tumulto.
Refugióse la criada
En un rincón del tugurio,
Y tropezando con Sancho
Le hizo caer de su burro
Do soñando cabalgaba
Cruzando contento el mundo.
Llegó entre tanto el ventero
Muy azorado y confuso
Con un candil en la mano
Diciendo: —Según discurro,
La pu....erca de Maritornes
Anda en aquestos disturbios.»
Callábase la mozuela,
Siempre en el rincón oscuro;
Mas Sancho Panza sintiéndose
Hurgado, creyó que alguno
De los yangüeses venía
Á renovar los insultos
Y palos de aquella tarde,
Razón por la cual dispuso
Su defensa arremetiendo
Á la moza; ella, en tan duro
Trance, devolvió un cachete
Á Sancho, y se alzaron juntos
Luchando á brazo partido
Sin darse tregua un segundo.
Viéndolos el arriero
Solícito acude al punto

Á defender á la moza;
Mas el ventero al impulso
De su cólera, queriendo
Castigarla, en cuanto pudo
Verla en camisa abrazada
Á Sancho, dió un salto brusco
Y cayéndose el candil
Nadie donde daba supo;
Pues en medio de aquel caos
Tenebroso, triste, oscuro,
Más que lluvia de cachetes
Llegó á caer el diluvio.
Daba el arriero á Sancho,
Sancho á la moza, ésta el bulto
Resguardaba del ventero
Que también daba á su gusto,
Y entre dares y tomares
Sólo á tal escena puso
Fin una voz estentórea
Que con eco campanudo
En medio de las tinieblas
Dijo: Estése todo el mundo
Quieto, que aquí la justicia
Tiene ya cogido un bulto!»

XXXIV

Un miembro de justicia

El hombre que así gritaba
Érase un buen cuadrillero
De la Santa Hermandad vieja
De la ciudad de Toledo.
El cual por casualidad
Tenía su alojamiento
Aquella noche en la venta
Donde hubo tales sucesos.
Despertándole el ruido
Subió la escalera al tiento,

Entró en el desván, los golpes
Escuchó y dando un tropiezo
Tocó su mano en las barbas
Del cuitado caballero
Don Quijote, que yacía
Desmayado y casi muerto.
—Favor! favor! exclamaba
Con voz fuerte el cuadrillero;
Mas como huyó Maritornes,
Y huyó de la venta el dueño,
Y también se puso en salvo
El bruto y celoso arriero,
En tanto que acurrucado
Sancho temblaba de miedo
Al saber que la justicia
Les iba buscando el cuerpo.
En vano el recién venido
Turbaba el triste silencio
De la noche, con sus gritos
É inútiles llamamientos.
Viendo, pues, que se escapaban
Todos los del vapuleo
Sin saber por dónde ó cómo,
Y que era excusado empeño
Tirar más de los bigotes,
De la barba ó de los pelos
De aquel hombre, que tendido
Estaba en el mondo suelo,
Creyéndole asesinado
Y rígido y casi yerto,
Salióse en busca de luz;
Mas como apagó el ventero
Al retirarse la única
Que se estaba consumiendo
En el zaguan, buscó otra;
Y aquí caigo, aquí tropiezo,
Colgado en la chimenea
Halló un candil sucio y viejo
Que logró encender al fin
No sin gran trabajo y tiempo.

XXXV

Confidencias íntimas

Entre tanto, Don Quijote
Que iba ya volviendo en sí,
Aunque por falta de fuerzas
No se puede rebullir,
Lanzando un hondo suspiro
Comenzó á explicarse así:
— ¿Duermes, Sancho? ¿Sancho, duermes?
— Señor ¿cómo he de dormir,
Contestóle el escudero,
Si esta noche sobre mí
Llovió tal nube de diablos
Que fué un granizar sin fin?
— Non lo dudo, non lo dudo;
Y aún pudieras añadir
Que este castillo encantado
Está por un mago vil
Enemigo de mi dicha
Que lucha con negro ardid.
Porque has de saber, buen Sancho....
Mas lo que voy á decir,
Por ser cosa que al honor
Atañe, y yo prometí
Callarlo, me has de jurar
Que no lo has de descubrir
Hasta después de mi muerte.
¿Lo juras? Júrolo, sí.
Te exijo tal juramento
Porque nunca deslucir
Quise mujeriles honras....
—Digo que juro, por mil
De á caballo, no decirlo
Hasta que os viere morir;
Que ojalá sea mañana.
- ¿Tan mal te traté, ¡infeliz!

Y tan poco te merezco,
Que abreviar anhela así
El término de mi vida
Tu intención escuderil?
—No lo dije yo por tanto;
Dígolo porque no fuí
Nunca amigo de guardar
Lo que se puede pudrir;
Y los secretos ajenos,
Metidos en el barril
Del cuerpo, sin saber cómo
Se me pudieran salir.
—No harás tal, pues lo juraste;
Así, pues, oye hasta el fin.
Has de saber, Sancho amigo,
Que esta noche vino aquí
A requerirme de amores
Esa doncella gentil,
Hija de los amos de este
Castillo; la recibí
Como su rango merece;
Y no te puedo decir
Lo bien prendida que estaba,
La discreción que advertí
En sus palabras; lo hermosa
Que la ponía el carmín
Que el rubor á sus mejillas
Sacaba al verme feliz
Rechazarla dulcemente
Procurando no incurrir
En falta con mi señora
Dulcinea; sólo sí
Podré explicarte, buen Sancho,
Que casi estuvo en un tris
Toda mi grave entereza
Al escucharla gemir,
Y al ver sus ojos de cielo
Clavarse mudos en mí,
En tanto que, afinojada,
Las sus manos de marfil
Cruzaba sobre su seno
Que es blanco como un jazmín.

Rogábame y no cedía
Aunque apurado me ví;
Y en esta amorosa lucha,
Prendido en red tan sotil
Estaba yo, cuando el puño
Colosal, infame y ruín
De un descomunal gigante
Cayó á traición sobre mí;
Y tal golpe en las quijadas
Me dió, que sentí salir
Á borbotones la sangre
Por la boca y la nariz.
—¿Y en qué paró la aventura,
Señor? Lo sé yo? ¡ay de mí!
Yo me quedé desmayado,
Y la hermosa debió huir
Á no ser que esté encerrada
En algún sótano vil.
Solamente, en mi ignorancia
He podido colegir,
Que el magnífico tesoro
De su hermosura sin fin
Lo guarda algún encantado
Moro, y que no es para mí.
—Ni para mí, que esta noche
Más de cuatrocientos mil
De esos moros me han molido...
—¿Los viste?—No, los sentí.
—Pues los sentistes sin verlos,
Aquí debe andar Merlín.
—Mas ¿qué culpa tengo yo
Para ser tratado así?
Vos sois caballero andante,
Y bien podéis recebir
Palos en premio del gusto
Que ese bello serafín
Os dió; mas yo que me estuve
Sin palpar, ni ver, ni oir
Princesas, ¿por qué razón
Tantos golpes recebí
Que tengo como una criba
Todo mi cuero infeliz?

—Eso no es nada, hijo Sancho;
Desecha aprensión pueril,
Que tan luego como pueda
Yo levantarme de aquí,
Fabricaremos el bálsamo
Y no habrá más que pedir.»
Estando en estos coloquios
Vieron con luz acudir,
Según nos refiere Cide
Hamete Benengelí,
A nuestro buen cuadrillero;
El cual por saber si allí
Se cometió un homicidio,
Quiso un instante subir;
Y como le vió en camisa,
Sancho Panza gritó así:
—Señor, mire al que encantada
Tiene á esa dama infeliz;
Su traza es de perro moro
Con turbante marroquí
—Lo que tú llamas turbante
Es el gorro de dormir,
Y si encantado estuviera
No le viéramos así,
Que esa gente es invisible.
—Pero se deja sentir.
—Y bien ¿cómo va, buen hombre?
Dijo el cuadrillero al fin
Acercándose al hidalgo,
¿Estais bien? ¿cómo os sentís?
—Estoy como me parece,
Y sólo siento que así
Me trate con tal llaneza
Un majadero malsín.
¿Sabéis que soy caballero
Andante?» No pudo oir
El cuadrillero indignado
Contestación tan cerril;
Antes bien, apresurándose
Á dejarlos y á partir,
Partir quiso la cabeza
Del caballero infelíz

A quien arrojó con ira
El sucio y férreo candil.

XXXVI

El bálsamo de Fierabrás.

Toda la noche en un grito
Estuvo el bravo manchego
Hasta que el alba, salvando
Las anchas puertas del cielo,
Á las gentes de la venta
Prestó luz y movimiento.
Entonces el pobre Panza
Pudo obtener del ventero,
Por encargo de su amo,
Una marmita de hierro;
Unas trévedes, un poco
De leña para hacer fuego,
Vino, aceite, sal y ramas
De aromático romero,
Con lo cual, tras largo rato
En que todo estuvo hirviendo,
El insigne Don Quijote
Creyó su bálsamo hecho.
Puesto á enfriar, pide al punto
Una redoma, y no habiendo
Mas que una alcuza, la acepta
Con grande contentamiento.
Vertió luego dentro de ella
Su líquido, y grave y serio,
En camisa como estaba,
Guardó un instante silencio
Y haciendo genuflexiones
Rezó ochenta Padres nuestros
Con ochenta Ave Marías
Y ochenta Salves y Credos,
Mientras su mano en el aire
Trazaba á cada momento

Cruces, como quien bendice
Un piadoso y santo objeto.
Quedó en la marmita ú olla
Cosa de cuartillo y medio
De aquel caldo nauseabundo,
Y tanto por no perderlo
Como por ver si le hacía
Un maravilloso efecto,
Tan gran trago Don Quijote
Se echó valiente al coleto
Que el estómago y las tripas
Al punto se removieron,
Produciéndole tal vómito
Y tales sudores luego,
Que tomando por asalto
Inmediatamente el lecho
Mandó que se le arropase
Y se le guardáse el sueño.
Y fué el sudor tan copioso
Y el descanso tan benéfico,
Que al cabo de algunas horas
Se levantó muy contento
Tan ágil y resoluto
Que causaba pasmo el verlo.
—Ah! señor, señor del alma!
Dijo Sancho haciendo extremos
De gozo; pues que sanásteis
De tal modo en poco tiempo,
Déme, por Dios, unos tragos
De ese licor de los cielos,
Que estoy muy estropeado
Y él va á componerme el cuerpo.»
Alargóle la marmita
Al punto el buen caballero;
Mas lo que al uno sanára
Fué para el otro un veneno;
Que no obtuvo Sancho Panza
Vómito, sudor, ni sueño
Aunque morir se sentía
Teniendo aquel caldo dentro.
—Ah!, no hay duda, me ha matado
Ese aceite del infierno,

Que Dios maldiga mil veces
Y al ladrón que lo ha compuesto.
Vengan y préstenme ayuda
Que es mucho lo que padezco.
—Eso consiste, buen Sancho,
Dijo el hidalgo muy serio,
En que este licor se hizo
Sólo para caballeros.
Ya verás cuando lo seas
Cómo quedas sano y bueno.
—Pues es consuelo de tripas
Si para entonces lo dejo.»
Rompió Sancho Panza en llanto,
Y de otro modo rompiendo
A la vez por ambas vías,
El infeliz se vió luego
Más libre y más descargado
De su anterior grave peso.
—Ahora que ya no te mueres,
Dijo el hidalgo manchego
Cuando aquél se hubo limpiado
Lo que nombrar no debemos,
Justo será, Sancho amigo,
No hacer falta por más tiempo
A tanto menesteroso
Como nos echa de menos,
Esperando que salgamos
A enderezar mil entuertos
Y á desfacer los agravios
Que mil felones han hecho.
Partamos de este castillo
Dó agasajados nos vemos....
—Agasajados dijísteis,
Señor?—Calla, yo me entiendo
Y Dios me entiende, hijo Sancho;
No repliques, que no es cuerdo
Recordar cosas que quedan
Archivadas en mi pecho.»
Esto dijo Don Quijote
Vistiéndose al propio tiempo;
Y bajando hasta el zaguan
Donde estaba el mesonero

Con su hija, fijó en esta
Unos ojazos tan tiernos,
Dejando escapar suspiros
Tan hondos y lastimeros,
Que todos los circunstantes
Su pesar atribuyeron
Á presentes y pasados
Físicos padecimientos,
Más que á recientes memorias
De amorosos devaneos.

XXXVII

Manteamiento.

En el portal de la venta
Se encuentran los dos al cabo
Puesto el uno en Rocinante
Y el otro sobre su asno.
Nuevo lanzón Don Quijote
Ostenta con mucho garbo,
Dicen que se lo apropió
Sin licencia de su amo;
Mas sea de esto lo que fuere,
Es lo cierto que el bizarro
Caballero está ganoso
De salir de nuevo al campo.
Y tan seguro se halla
De que su precioso bálsamo
Es elixir de la vida
Ó panacea del diablo,
Que al creerse invulnerable
Se juzga inmortalizado
Y á nadie y á nada teme
Aunque el cielo venga abajo.
De este modo está dispuesto
Á partir de allí en el acto;
Mas antes cumplir desea
Los deberes de hombre honrado.

Hace llamar al ventero,
Y al verle, con eco blando
Dícele:—Muchas mercedes,
Señor alcaide estimado,
Me habéis fecho en este vuestro
Gran castillo feudatario
Y yo os quedo obligadísimo
Por la fineza del trato.
Así, pues, si alguno os face
Ultraje, ofensa ó agravio,
Presente estoy y os ofrezco
Daros luego por vengado.
Recorred vuestra memoria,
Ved si alguno os fizo algo
Digno de ejemplar castigo,
Que yo, que estoy consagrado
Á defender á los débiles
Y abatir á los malvados,
Porque á Dios plugo facerme
Home de membrudo brazo,
Aquí estoy en cuerpo y alma
Para ofreceros mi amparo.»
Esto dijo Don Quijote,
Y el ventero sosegado
Y tranquilo le replica:
—Nadie, señor, me hizo agravio,
Que si alguno me lo hiciera,
Para vengarme me basto
Yo sólo sin acudir
En demanda de abogado
De pobres; lo que hace falta
Es que me abonéis el gasto
Que hicísteis aquesta noche
En mi venta.—¿Luego estamos
En una venta?—Y honrada.
—Juro que viví engañado
Hasta aquí, pues por castillo
La tomé; mas ya que en claro
Ponéis mi error, lo prudente
Y lo lógico en tal caso
Será que vos perdonéis
La paga de aquesos gastos

De que habláis; pues nunca he visto
En mis libros consignado
Que un buen caballero andante
Abone en mesón ni establo
Ni en castillo, lo que todos
Deben darle de buen grado
Por los servicios y honras
Que al mundo viene prestando
En el invierno con frío,
Con calor en el verano
Y á todas horas expuesto
Á morir de un cintarazo.
—¿Y á mí, señor, qué me importa
Todo lo que estáis contando?
—Mucho importaros debiera.
—¿No me pagáis?—Sois un sandio
Y mal hostelero, idos;
Vil puto, ladrón, bellaco!»
Diciendo de esta manera
Puso piernas al caballo
Y se alejó un largo trecho
Creyendo que el pobre Sancho
Le seguiría; mas quiso
La mala suerte ó el hado
Que las gentes que allí estaban
En gran número mirando
Todo lo que sucedía,
Apercibidas del caso,
Dando ayuda al mesonero,
De Panza se apoderaron
Diciendo:—Tú has de pagar
Lo que no paga tu amo.
—Antes me quiten la vida
Mil veces, que dé un cornado,
Replicaba el escudero
Con cólera y sobresalto.
Dar posada al peregrino
Nos manda el preceto santo,
Y dar no es tomar dinero
Vendiendo lo que se ha dado.
Los caballeros andantes
Van siempre peregrinando

Y todo ventero debe
Darles gratis, cena y cuarto.
Mi amo dice que no paga,
Y yo me atengo á mi amo,
Que si es cristiano un Quijote
No será Panza un *pagano.*
—Ya te lo dirán de misas,
Dijeron al punto varios.
Y trayendo allí una manta
Que de una cama tomaron
Dieron al instante en ella
Con el cuerpo del buen Sancho;
Mas como el techo estuviese
Para el caso un poco bajo
Se salieron á un corral
Do al punto le mantearon.
Inútilmente trataba
De defenderse el cuitado
Que tan pronto descendía
Como subía muy alto.
—Venga, señor, y socórrame,
Que me están zarandeando
Y si Dios no lo remedia
Voy á morir estrellado.
Su merced venga en mi ayuda.
—Ya voy, aguárdate, Sancho,
Gritó al fin el caballero
Que contemplaba aquel tráfago
De subir y de bajar
Por el aire sin descanso.
Mas como el corral tenía
Una alta tapia ó cercado
Y la entrada de la venta
Á piedra y lodo cerraron,
Ni podía socorrerle
Ni vengar supo el agravio
Aunque gritaba:—Follones,
Mandrias, vampiros, villanos,
¿Por qué razón profanais
Los usos hospitalarios?
Cansáronse al fin, y viendo
Que estaba Panza bañado

En sudor y casi muerto
De andar arriba y abajo,
Movidos á compasión
Trajeron allí á su asno,
Y montándole entre todos
Con su gabán le abrigaron.
Entre tanto, Maritornes
Compasiva le dió un jarro
De agua del pozo que estaba
Por lo fresca hecha un carámbano.
Fué á beber; mas D. Quijote
Que lo vió gritó en el acto:
—No bebas, no bebas, hijo,
Que eso te hará mucho daño.»
Y mostrándole la alcuza
En donde lleva su bálsamo,
Dijo:—Con dos gotas de esto
Te quedarás luego sano.
—¿Qué gotas ni qué demonios?
Contestó iracundo Sancho,
¿No sabe que sólo pueden
Los caballeros usarlo?
¿Ó es que quiere que eche aquí
Las tripas que me quedaron
Antes en el cuerpo? Venga
Un jarro; pero no un jarro
De aguaza, sino de vino,
Que yo lo aceto y lo pago.»
Hízolo así Maritornes,
Mas se lo dió regalado
Pagando por él, y luego
Que lo apuró á grandes tragos,
Dió, según la historia cuenta,
De los carcaños al asno;
Y saliendo por las puertas
Del corral, que franquearon
Los que allí estaban, con júbilo
Se vió por fin en el campo
Cada vez más satisfecho
De no haber suelto un cornado.
Verdad es que, con la prisa
De la fuga, dejó incauto

En el corral sus alforjas
Que el ventero tomó en pago
De su crédito; mas era
Tanta la prisa que Sancho
Y D. Quijote llevaban,
Que de tal prenda olvidados,
En precipitada marcha
Pusiéronse al punto ambos.

XXXVIII

Quimeras heróicas.

Iba Sancho tan mohino
Que al insistir Don Quijote
En que aquella venta estaba
Cuajada de encantadores,
No pudo ya contenerse,
Y con prudentes razones
Le hizo ver los mil tropiezos,
Disgustos y sinsabores,
Cuando no los grandes palos
Y los duros coscorrones,
Que en aquella extraña vida
Sacaban tras tantos trotes;
Por lo cual le parecía
Más conveniente y conforme
Con la razón y la propia
Conveniencia, volver dóciles
A su lugar, y cumplir
Sagradas obligaciones.
—Calla y no digas sandeces.
El hidalgo contestóle,
Que ya verás cuando el hado
A favorecernos torne,
Cuán honroso es el andar
En este ejercicio noble.
Y á fin de que te convenzas
De que el cielo lo dispone

Así, repara, buen Sancho,
En la polvareda enorme
Que allí lejos se levanta
Y que está diciendo á voces
Que ha llegado al fin la hora
En que mis grandes acciones
Queden para siempre escritas
En los mármoles y bronces.
Toda aquella polvareda
La mueven grandes legiones,
Ó mejor dicho un ejército
Copiosísimo y disforme
Que avanza hacia aquí.—Pues creo
Señor, que son dos entonces;
Porque allá de ese otro lado,
Tras de aquel pequeño monte,
Se alza otra igual polvareda.
—Es verdad, y esto me pone
Al corriente de una historia
En que juegan altos nombres.
Has de saber, hijo Sancho,
Que aquellas huestes feroces
Que al frente avanzan moviendo
Mil ruidos desacordes,
Las manda el emperador
Alifanfaron XIV,
Señor de la grande isla
Trapobana; y el que rompe
Con tal ímpetu su marcha,
Por allí lanzando voces
Descomunales y fieras,
Viene á su vez á las órdenes
Del rey de los Garamantas
Ó de los Garamantones,
Pentapolín XVIII.
A quien dan el sobrenombre
Del arremangado brazo.
Y unos y otros se disponen
A venir aquí á las manos.
—Mejor lo fuera á razones.
—Calla, corazón cobarde.
—Pero ¿por qué esos señores

Se quieren tan mal?—Por que
Alifanfaron, que es torpe
Y furibundo pagano,
Está perdido de amores
Por una preciosa hija
De Pentapolín el noble;
Y como esta gentil dama
Es cristiana.....—Dice nones,
¿No es verdad?—Justo, su padre
En darla no está conforme
Si antes Alifanfaron
No se hace cristiano.—Doile
La razón á ese buen padre,
Y aun juro que si se ponen
A tiro, habré de ayudarle.
—Así obrarás como hombre
De bien, lidiando á mi lado.
—Lo haré, aunque el miedo me sobre;
Mas se me ocurre una duda:
—Habla, dila y no te cortes.
—Pues héla aquí: mientras duran
El vapuleo y los golpes,
¿En dónde podré dejar
El asno, para que al postre
Pueda otra vez encontrarle?
Porque no creo conforme
Con las reglas y los usos
De aquestos batalladores
Casos, lidiar cabalgando
Sobre bestia de tal porte.
—Tienes razón, y yo opino
Que por aquí le abandones,
Pues bien vendrá si lo encuentras;
Y aun puede ser que te estorbe
Cuando la lid acabada
Tengamos tantos trotones
Que hasta el mismo Rocinante
Pienso que peligro corre
De que por otro lo trueque.
Entretanto, y porque formes
Una idea aproximada
De esas temibles cohortes,

Subamos á aquel altillo
Donde mostrarte propóngome
Quiénes son los capitanes
Que mandan tantas legiones.»

XXXIX

La pedrada.

Haciéndolo así, subieron
Sobre una alta loma en donde
Hubieran podido ver
Los potentes escuadrones
Si aquellas nubes de polvo
No lo impidieran entonces.
Nada, nada pudo verse:
Pero dando Don Quijote
Á su loca fantasía
Pasto de raras ficciones,
Tal revista fué pasando
Á mil fantásticos nombres,
Armas, escudos, empresas,
Campos y letras y motes,
Pintando los atributos
De provincias y naciones,
Que hasta el mismo Cide Hamete
Casi aturdido recoge
De erudición tan extraña
Tantas muestras multiformes (15).
—Míralos, mira, decía
Con viveza Don Quijote;
Allí van Partos y Medos,
Aquí están los Etiopes,
Mas allá Persas, Numidas,
Marchan con los españoles;
Detrás vienen los gigantes;
En pos enanos veloces...
—Pero, señor ¿dónde diablos
Vé tanta clase de hombres

Que yo no descubro á nadie
Por mucho que me desoje?
—¡Qué! ¿no escuchas, por ventura,
Los relinchos y las voces
Y el tocar de los clarines
Y el ruido de atambores....?
—Yo, señor, solo percibo,
Aunque á palos me deslomen,
Muchos balidos de ovejas;
Y aun creo, Dios me perdone,
Que son dos grandes rebaños
Lo que esas nieblas esconden,
—Calla, no sigas, que el miedo
De tal manera te pone,
Y de tal suerte te turba
Que ni ves ni entiendes ni oyes.
Déjame solo en la lidia;
Aparta, cobarde; ponte
En salvo, que yo me sobro
Para que todos se asombren,
Y triunfe conmigo al punto
El bando que se me antoje.»
Dijo; con la lanza en ristre
Bajó la colina al trote
Y se metió incontinenti
Entre el polvo, cuando el pobre
Sancho gritaba gimiendo:
—Señor, señor Don Quijote,
Vuelva, que no son ejércitos
Sino ovejas y pastores.
¿Qué locura le acomete
Que con la lanza dá botes
A indefensos animales
Tan sencillos y tan dóciles?
¡Ay! lo menos hay ya muertas
Seis reses de las mejores.»
Y era verdad: el hidalgo
Convertido en fiero azote,
Atravesaba el rebaño
Dando golpes y más golpes,
Mientras que los ganaderos,
Después de muy grandes voces,

Con sus hondas le arrojaban
Algunas piedras enormes.
No hizo caso de este aviso;
Antes bien ciego é indócil
Les denostaba con toda
La fuerza de sus pulmones
Creyendo que anonadados
Iban huyendo veloces.
—Venid á mí, les decía,
Advenedizos, follones;
Que yo con Pentapolín
Garamante, estoy conforme
Y al vil Alifanfarón
Dará la muerte mi estoque.»
Así furioso gritaba,
Cuando, sin saber por dónde,
Llegó una gran peladilla
De arroyo, y le dió tal golpe
Que sepultó dos costillas
En su cuerpo; y viendo entonces
Que el aliento le faltaba
De su licor acordóse.
Sacóle al punto, y un sorbo
Bebió con grande transporte;
Mas un segundo guijarro
Chocó certero en el borde
De la alcuza, y con tal fuerza
Bajó luego de rebote,
Que, dándole en las encías
Produjo en ellas un choque
Tan fuerte, que de tres muelas
Solo dejó tres raigones,
Haciendo caer al suelo
Desmayado á Don Quijote.

XL

Nuevos contratiempos.

Viéndole en tierra y exánime
Los pastores asustados

Cargando sus reses muertas
De aquel punto se alejaron
Mientras que el fiel Sancho Panza
Acercándose á su amo:
—Mire lo que yo decía,
Exclamaba sollozando,
Cuando desde el montecillo
Le dije que eran rebaños,
No ejércitos.—¿Y tú crees,
Replicó al punto el hidalgo,
Que eran carneros y ovejas
Los que por aquí pasaron?
—Pues ¿cómo no he de creerlo
Si los estuve mirando?
—Yo también, pero el error
Sólo proviene, hijo Sancho,
De que tú no entiendes de esos
Ardides, farsas y amaños
Con que los encantadores
Frustran mis hechos más altos.
Sábete que esos ejércitos
Cruzaban por estos campos
Para luchar frente á frente
Y matarse mano á mano.
Pero al saber que yo estaba
Aquí, sin duda ese mago
Que me convirtió en molinos
Los soberbios gigantazos
Y á todas mis aventuras
Prepara un fin aciago,
Hoy por envidiar mi suerte
En ovejas ha trocado
Á tanto ilustre caudillo,
Á tantos guerreros bravos.
Y para que te convenzas
De que es cierto lo que hablo,
Con que te alejes un poco
De aquí, siguiendo sus pasos,
Verás con tus propios ojos
Como á su sér han tornado.
—¿Eso piensa?—Te lo juro;
Mas no quiero separado

Verte de mí, sin que antes
Registres, amigo Sancho,
Mi boca, donde me temo
Que ni un hueso me ha quedado.
Ven y mira estas encías
Que á traición me trituraron.»
Hízolo así el escudero
Rostro y nariz acercando,
Á tiempo que en Don Quijote
Hizo tal efecto el bálsamo
Que despidió con estrépito
Un copioso y fuerte caño.
Sintió el pobre Sancho Panza
Su rostro y pecho inundados,
Y creyendo que era un vómito
De sangre, gritó asustado:
—¡Cuerpo de Dios! ¡que se muere
Hoy sin confesión mi amo!»
Mas como sangre no era
Y vió lo negro del caldo,
Y ciertos malos olores
Acometieron su olfato,
Llegándole al paladar
Algo que entró por los labios,
De tales y tantas vascas
Se vió á su vez atacado
Que sin poder retirarse
Ni poner á buen recaudo
Lo que por salir pugnaba
Y á su vez le daba empacho,
Todo lo dejó caer
Sobre el valeroso hidalgo.
. . . . . .
Buscó luego sus alforjas
Pretendiendo hallar un trapo
Para quitar tanta mugre,
Y allí fué su más amargo
Trance, su pesar más hondo,
Su más triste desengaño.
Las alforjas no se hallaban
Sobre su querido asno,
Y ellas eran su despensa,

Su gabinete, su cuarto,
Su guardaropa, su archivo
Y su botica y su erario!

Para mayor desventura
Nunca pudo saber Sancho
Si se perdió todo aquello
En la venta ó en el campo.
Tal vez malsin estupendo
Traidoramente lo ha hurtado;
Tal vez lo lleva en sus hombros
Algún invisible mago.

XLI

Coloquios.

Desde aquel supremo instante
Sancho Panza cobijó
La idea de separarse
De su funesto señor.
Era en efecto muy crítica
Su presente situación:
Que con hambre y sin dinero
No se puede estar peor.
Tal vez en esto pensaba
El ínclito campeón
Que al perder su dentadura
Muy grande pena sintió.
Hizo no obstante un esfuerzo
Para vencer su aflicción
Y á consolar al buen Sancho
Al punto se dedicó.
—Yo también, le dijo, siento
Un poco de comezón
En el estómago y sufro;
Mas hay que tener valor.
Considera, Sancho el Bueno,

Que á nadie abandona Dios;
Que no hay mal ni bien que tenga
Una eterna duración.
Si hubo tristes aventuras,
Llegará tiempo mejor,
Que tras lo malo, lo bueno
Suele venir siempre en pos.
Así, pues, Sanchico amigo,
Esta vez no guío yo
Parte por donde quisieres
Y te parezca mejor,
Que pienso que si hoy me guías
Algo grato hallemos hoy.»
Hízolo así el escudero
Y desde luego tomó
La carretera adelante
Buscando venta ó mesón;
Y mientras que caminaban,
Viendo el inmenso dolor
Que sentía el caballero
Porque sus muelas perdió,
—Paréceme, señor, dijo
Por distraer su aflicción,
Que todas las desventuras
Que compartimos los dos,
Dependen de no haber puesto
Al punto en ejecución
Aquel juramento que hizo
Por las leyes del honor
De no comer á manteles
Ni compartir un colchón
Con su mujer, sin quitar
El almete ó que sé yo
De Malandrino.—Por cierto
Que tienes mucha razón,
Y que por no recordármelo
Acaso te sucedió
Aquello del manteamiento.
—Mas ¿qué culpa tengo ¡ay Dios!
De que jure y de que olvide
Lo jurado?—Culpa no,
Que si alguna puede haber

Sólo es culpa de omisión;
Pero si has participado
De mi mal y mi dolor
Algo de mi culpa alcanza
Al que no la recordó.
—Pues ponga vuesa merced
En ello más atención,
Que no es bien que jure un hombre
Y otro sea el cumplidor
De cosas que sólo atañen
Al que cumplirlas juró;
Ni es justo que al mantearme
Venga á pagar por los dos.
Tenga, repito, cuidado
No sea que el mago feroz
Cansado de darme á mí
Quiera dar á mi señor
Como de aquí no muy lejos
Ya de ver tuvo ocasión,
Que por matar tanta oveja
Tantas muelas le quitó.»

XLII

Aventura espantable.

Era la noche cerrada;
Noche lóbrega y oscura,
Y ambos caminan despacio
De cualquier albergue en busca.
Pocas ganas de hablar tienen
Pues de comer sienten muchas;
Y cuando manda el estómago
La razón se queda muda.
Cualquiera que les hallara
Santiguárase sin duda,
Pues parecen dos espectros
Sobre sus cabalgaduras.
De este modo, silenciosos,

Tristes y casi en ayunas,
Por el camino adelante
Las hondas tinieblas cruzan.
De repente ambos se paran,
Se sorprenden y se turban,
Contemplando con asombro
Cosas que no vieron nunca.
Y es que por la carretera
Iban llegando confusas
Muchas luces que juzgaron
Estrellas que el viento empuja.
Ante tan raro incidente
Sancho apelára á la fuga,
Mas sus pies echan raíces
Y sus potencias se anublan.
No las tiene Don Quijote
Tampoco todas por suyas;
Antes bien, viendo agrandarse
Las luces, siente pavura,
Según lo dice el cabello
Que se le pone de punta.
Hizo no obstante un esfuerzo
Sobre el temor que le abruma,
Y dirigiéndose á Sancho
Dijo con voz insegura:
—Esta, si no me equivoco,
Es, hijo, la más mayúscula,
Más imponente y más grave
De todas mis aventuras.
Preciso será que muestre
Mi valor, y la gran suma
De mi ingenio; que no siempre
Puede más la fuerza bruta.
—¡Triste de mí!, exclama Sancho,
Si como se me figura
Andan fantasmas por medio
Y me aplican una zurra,
¿Dónde habrá cuero que baste
Ni costillas que la sufran?
—Por más fantasmas que sean,
No tiembles, ni temas, ni huyas,
Que no he de consentir yo,

Ni de veras, ni de burlas,
Que nadie te toque al pelo
De la ropa, ahora ni nunca.
Si la otra vez en la venta
Matraca te dió la turba
Manteadora, fué porque
No pudo asaltar mi furia
Las paredes del corral
Donde hubo encanto sin duda;
Mas hoy, aquí en campo raso,
No habrá nadie que me obstruya
El paso y podré esgrimir
Mi espada fuerte y aguda.»
—Y si otra vez le entomecen
Y encantan ó descoyuntan,
¿Qué más tiene el campo raso
Que el corral que Dios confunda?
—Sea como fuere, te ruego,
Sancho, que no disminuyas
Tu valor, para que veas
Que el mío jamás se ofusca.»
Hablando de esta manera
Describieron una curva
Ó línea recta (pues eso
La historia no lo asegura);
Y apartándose algún tanto
Del camino, entre la bruma
Ó sombra densa en que estaban,
Vieron llegar con mesura
Más de veinte encamisados
A caballo, que se alumbran
Con grandes hachas de viento
Que siniestra luz fulguran.
Detrás de aquestos, venia
Una litera que enlutan
Negros paños, y en pos de ella
Seis hombres sobre seis mulas
También de luto cubiertas
Desde la oreja á la grupa.
Todos los encamisados
Tristes palabras murmuran
Entre sí, con una voz

Tan plañidera y tan mústia
Que Sancho tembló al oirlos;
Y al mirar sus cataduras
Se creyó que el fin del mundo
Anunciaba la nocturna
Aparición; mas su amo,
Que al verla ya no se asusta,
Recordando de sus libros
Las tremendas aventuras,
Tomó al instante por andas
La litera, y con gran furia,
Creyendo que allí traían
Herido y lleno de angustias,
Si no muerto, á un caballero,
Que él debe vengar sin dudas
Ni vacilación, al punto
El grueso lanzón empuña,
Y demostrando que es
Hombre de muy malas pulgas
Se arroja á la carretera
Y estas palabras pronuncia:
—Deteneos, caballeros,
Sea cual fuere vuestra alcurnia,
Y dadme cuenta al instante
De lo que aquí se os pregunta.
Decid quiénes sois, de dónde
Venís, á dónde os empuja
La suerte, y lo que esas andas
Allá en su interior ocultan;
Que según muy claras muestras
Con altas voces pronuncian,
Ó yosotros habeis fecho,
Ó vos han fecho, con brusca
Traición, un desaguisado
Que pide venganza justa.
Hablad, que quiero saberlo
Para castigar la culpa
Vuestra, si algún mal fecísteis;
Ó para daros ayuda
Y vengaros del entuerto
Que así os contrista y conturba.»
Calló D. Quijote y uno

Le dijo:—Muchas preguntas
Son esas para nosotros
Que llevamos priesa suma,
Pues la venta está muy lejos.»
Dijo, y picando la mula
Quiso pasar, mas sintióse
De esta respuesta importuna
Don Quijote, y deteniéndole
Gritó con voz breve y dura:
—Sed cortés y bien criado,
Y satisfaced mis dudas,
Si no, conmigo sois todos
En campal sangrienta lucha.»
Era desgraciadamente
Asombradiza la mula
En que iba el encamisado,
Y al ver las acciones bruscas
Del hidalgo, dió en el suelo
Con su dueño. Hecho una furia
Un mozo de á pie que viene
Detrás, con voz campanuda
Comenzó á lanzar denuestos
Á Don Quijote; la injuria
Llega al alma de éste; clava
En Rocinante la aguda
Espuela, y lanzón en ristre,
Aquí hiere, allí tritura,
Al cabo los puso á todos
En precipitada fuga.
—Non fuyais, gente cobarde.»
Mas ella creyó sin duda
Habérselas con un monstruo
Que abortó la noche oscura,
Y ora caigo, ora levanto,
Ligera los campos cruza
Demostrando al caballero
Que al fin la victoria es suya.

XLIII

Afanes escuderiles.

Asombrado estaba Sancho
Al ver la inmensa pujanza
Del ínclito caballero
Don Quijote de la Mancha
Y en su interior repetía:
—Es muy valiente, caramba,
Caramba, que es muy valiente
Mi amo; ¿quién lo pensara?
Será preciso creerlo
Cuando él de ello dé palabra,
Que sí es bravo, bien lo dice;
Y al decirlo no se engaña.
Sus! llegad y recebid
Enhorabuenas y palmas.
De este modo el escudero
Entusiasmado pensaba,
Cuando cansado el hidalgo
De dar golpes y estocadas,
Volvió al sitio en donde había
Comenzado la batalla,
Y vió brillar en el suelo
La luz humosa de un hacha,
Y al lado de ésta al buen hombre
A quien la mula tirara
Y que desmayado en tierra
Estuvo sin vista ni habla.
Acercóse el caballero
Y poniéndole en la cara
El lanzón, le dijo:—Ríndete
O aquí á mis manos acabas.»
—Rendirme yo? tan rendido
Estoy ya por mi desgracia,
Que, para acabar más pronto
Tengo una pierna quebrada.

Separe vuestra merced
De este mi rostro su lanza,
Que incurrirá en sacrilegio
Si esta noche aquí me mata,
Pues soy licenciado y tengo
Ya la tonsura sagrada.
—Pues ¿quién diablos aquí os trajo
Siendo de Iglesia?—Mi mala
Ventura.—No ha sido buena;
Pero aun peor se os depara
Si no respondeis al punto
Y de una manera franca
Á todo cuanto primero
Os pregunté.—Pues lo manda,
Pronto le satisfaré
Sin pasar por alto nada.
Sepa, pues, vuestra merced,
Y perdóneme mi flaca
Vanidad, que al fin es hija
De la condición humana,
Que aunque denantes le dije
Que era licenciado, hablaba
En futuro, pues no soy
Mas que bachiller; me llaman
Alonso López; nací
En Alcovendas; llegaba
De Baeza en donde habito;
Y hasta aquí vine en compaña
De once dignos sacerdotes
Que ahora huyeron con sus hachas.
Ibamos hoy á Segovia,
Que era la tierra ó la patria
De uno que murió en Baeza
Y en esa litera se halla.
—Luego llevábais un muerto
Á enterrar?—Por mi desgracia
Eso es lo cierto.—Y decidme:
¿Quién le ha muerto?—Dios le mata.
—¿Cómo?—De unas calenturas
Malignas.—Huelgo en el alma
De escucharos, que así el cielo
Del compromiso me saca

De vengarle, si otro alguno
Por su mano le acabara:
Mas siendo Dios quien lo ha hecho
Aquí mi fuerza no alcanza.
Y porque no viva á oscuras
Y advierta bien con quién trata,
Sepa Vuestra Reverencia
Que yo he nacido en la Mancha;
Que me llamo Don Quijote;
Que es muy limpia mi prosapia;
No pequeña mi hidalguía;
Y que mi oficio me manda
Andar por el mundo haciendo
Beneficios de importancia,
Ya tuertos enderezando
En aventuras bizarras;
Ya desfaciendo doquier
Agravios de gente insana.
Soy pues caballero andante
Para serviros.—No alcanza
Mi mente á compaginar
Lo que veo y lo que habla;
Pues yo era derecho, y tuerto
Me hallo por vos sin que haya
Medio de que endereceis
Mi pierna rota y lisiada.
Respecto de esos agravios
Que desface ó desbarata
Diré que agraviado estoy
Cuando há poco no lo estaba;
Y si buscando aventuras
Vais, en verdad que fué harta
Mi desventura al toparos
En tan mísera jornada.
—El daño sin duda estuvo
En veros con esa facha
En campo raso y de noche
Con tan misteriosas trazas
Y tan cubiertos los rostros
Que parecíais fantasmas
Salidas de los infiernos
Para darme ruín batalla,

O gentes que algún delito
Con sumo cuidado tapan. (16)
Por eso dejar no pude
De acometeros con ánsia
Teniéndoos por *satanases*
Que de sus antros se escapan.
—Pues el cielo así dispuso
Traerme á tan mala andanza,
Al menos por caridad
Ruégole, señor, que haga
Un poco para ayudarme
Á salir de la estacada
En que estoy bajo esta mula.....
—Hablara para mañana!
¿Por qué no dijístes antes
Vuestro afán? Ven, hijo Panza.»
No estaba el buen escudero
Para oir esta llamada;
Antes bien, con mucha prisa
Y primor, desbalijaba
Una acémila que iba
De bastimentos cargada.
Hizo del gabán un saco,
Llenóle con cierta calma,
De pan, fiambres y frutas;
Y colocando su carga
Sobre el rucio, acudió luego
Á donde su amo estaba
Llamándole. Entonces ambos
Encontrar pudieron trazas
De sacar al Bachiller
De la opresión en que estaba,
Y montándole en su mula
Don Quijote le dió la hacha
Diciéndole que siguiera
La ruta de los que andaban
Ya lejos.—Y les direis,
Añadió, que con el alma
Les pido perdón de haberlos
Agraviado, aunque no estaba
Ni estuvo en mi mano obrar
De otra suerte.—Y si le atacan

O le acosan por saber
Quién fué el autor de esta hazaña,
Añadió el buen escudero,
Decidles en confianza
Que fué el valeroso hidalgo
Don Quijote de la Mancha
O el caballero de la
Triste figura.—¿Qué hablas,
Sancho?—Escúcheme tranquilo
Y lo diré en dos palabras.»

XLIV

Los temores de Sancho.

Dijo Sancho á Don Quijote
Que á la incierta luz de aquellas
Hachas y allá en lo más recio
De la pasada refriega,
Le vió el rostro tan mudado
Por la fatiga ó la ausencia
De dentadura, que al verle
Le ocurrió al punto la idea
De darle aquel sobrenombre
Que con su estado concuerda.
—No es por la falta de dientes,
El buen hidalgo contesta,
Por lo que ese apelativo
Te ocurrió esta noche mesma;
Sino que el sabio y discreto
Coronista que desea
Escrebir mi grande historia
Con todas sus menudencias,
Quiere también que yo imite
Á cuantos me precedieran
Tomando un segundo nombre
Que abrillanten mis proezas;
Y á tí te lo ha sugerido
Para que intérprete seas

De su voluntad, que es mía
Pues que la mía la acepta.
Por que has de saber, buen Sancho,
Que están las historias llenas
De caballeros famosos
Que segundos nombres llevan,
Como el *de la Ardiente espada*,
Ó el otro *de las Doncellas*,
Ó el caballero *del Grifo*,
Del *Ave Fenix*, etcétera.
Así, pues, estoy dispuesto,
En cuanto ocasión me venga,
De hacer pintar en mi escudo
Una figura muy fea,
Ó muy triste, pues lo feo
Con lo triste se empareja.
—Pues yo, señor, ahorraría
Tiempo, trabajo y monedas;
Que sólo con verle vivo
Ya está la pintura hecha.»
Rióse de buena gana
El hidalgo, y dando muestras
De algún pesar, dijo luego:
—Lo que yo entiendo á estas fechas
Es que estoy descomulgado
Por haber hecho violencia
Mi mano en cosa sagrada;
Es decir, mi mano no era,
Sino este lanzón que ahora
Empuñando está mi diestra.
Mas yo no pensé que hacía
Nada en contra de la Iglesia
Ni de sus buenos ministros
Que mi devoción venera;
Sino en contra de vestiglos
Que es lo que me parecieran
Aquellos ensabanados
De catadura siniestra.
Y bien recuerdo que un día
Por romper una silleta
Delante del Papa, el Cid
Fué excomulgado de veras, (17)

Y este anduvo al propio tiempo,
Según la crónica cuenta,
Tan honrado y tan valiente
Caballero como era.
Dejó de hablar Don Quijote
Y por remate de fiesta
Quiso mirar lo que iba
Encerrado en la litera;
Pero Sancho más prudente
Dijo:—Señor, dejad esa
Pretensión, y no os metáis
Con huesos de gente muerta.
Ved que habéis vencido á muchos;
Que pueden sentir vergüenza
Y volver sobre sus pasos,
Renovando la pelea.
El rucio está cual conviene;
La montaña se halla cerca;
Carga el hambre, y es preciso
Que la matemos á ella,
Para lo cual hay pan tierno
Con más de cuatro fiambreras.
Y antecogiendo su asno
Rogóle con tanta priesa
Tanto, que por fin, tomando
Del cabestro y de las riendas
Al asno y á Rocinante
Se metieron por las quiebras
Sinuosas que allí junto
Formaban dos montañuelas,
Y fueron á dar á un valle
Cubierto de verde yerba
Que á falta de otras mejores
Les ofreció cama y mesa.

XLV

Ruidos incomprensibles.

A tientas, porque la noche
Era oscura como el caos,

Sacó Sancho sus repuestos
Que ambos á dos devoraron,
Sirviéndoles las viandas
De los buenos eclesiásticos
De almuerzo, comida y cena
Dignos de un nuevo Heliogábalo.
Mas como nada en el mundo
Es cumplido ni acabado
Sin que alguna malandanza
Nos turbe el placer más grato,
Sucedió que, no teniendo
Agua ni vino á la mano,
Nació la sed, muerta el hambre,
Y por beber dieran algo
De lo mejor que han comido
Y ya les está pesando.
No llevaba traza el día
De alumbrar aquellos campos
Y este inmenso contratiempo
En un brete puso á Sancho,
El cual aguzó el sentido
Y dijo al fin á su amo:
—No parece, señor mio,
Sino que estas yerbas dando
Están, testimonio y prueba
De que en este verde prado
Debe haber algún arroyo,
Fuente, surtidor ó claro
Manantial, que las mantiene
Frescas y blandas al tacto.
Así, pues, mi parecer
Es que sigamos andando
Un poco más adelante
A fin de ver si topamos
Agua fresca que mitigue
Esta sed que lleve el diablo
Y que me causa más pena
Que el hambre que hemos matado.
—Tienes razón, le responde
Don Quijote, guía y vamos
Donde quieras, que á mi vez
Yo también de sed me abraso.»

Guardó Sancho los relieves
Que de la cena quedaron
Y conduciendo sus bestias
Iban á oscuras marchando;
Y no bien andado habían
Como unos doscientos pasos
Cuando con grato alborozo
Muy sorprendidos quedaron
Al oir un ruido grande
De agua que de empinados
Riscos, caer parecía
Dando mil tumbos y saltos.
Paráronse á ver por dónde
Sonaba el rumor más claro,
Y al aguzar sus oidos
Oyeron con sobresalto
Otro estruendo pavoroso,
Fuerte, seco, acompasado,
Que dar golpes parecía
Vibrantes, duros, metálicos,
Como crugir de cadenas,
Como truenos prolongados
Que la tierra conmovían
Poniendo en el alma espanto,
Y aun más particularmente
En la del medroso Sancho
Que, triste, se encomendaba
A Dios y á todos los Santos.

XLVI

Valor y miedo.

Mostrábase Don Quijote
Inquieto y meditabundo
En tanto que su escudero,
Pálido como un difunto
Sin duda (pues no se veían
Ni los colores ni el bulto),

Temblaba como las hojas
De unos árboles copudos
Bajo los cuales se hallaban,
Y cuyos tristes susurros
Se mezclaban con aquellos
Golpazos, fuertes y duros
Que parece conmovían
El monte y el valle oscuro.
Tardó poco sin embargo
En dejar su irresoluto
Estado, pues con intrépido
Corazón, en un segundo
Montó sobre Rocinante,
Embrazó su viejo escudo
Y terciando su lanzón
Enjaretó tal discurso
Que, Sancho, muerto de miedo,
Apreciar apenas supo
La mezcla que en él había
De lo discreto y lo estúpido.
Baste decir que el hidalgo
Se forjó un inmenso cúmulo
De espantables aventuras
Tales cual no las vió el mundo;
Y que alabando cual nunca
Su brazo fuerte y membrudo,
Su valor y su heroismo,
Allí eclipsar se propuso
No sólo á los caballeros
Andantes que el orbe tuvo
Sino también al Dios Marte
Y aun al Hércules forzudo.
—Ya verás tú, repetía,
Como resucito al punto
La pasada edad de oro,
Y como sobre este bruto
Gano más gloria y más fama
Que mil adalides juntos.
Así, pues, fiel y leal
Escudero, á quien excuso
De acompañarme esta vez
En peligros tan seguros,

Aprieta un poco las cinchas
Al caballo, y el abrupto
Valle te guarde; tres días
Espérame en este punto
Y si volver no me vieres
Triunfante, como discurro,
Entonces partir podrás
Á la aldea y vestir luto
Por mí; pero en ese caso
Te ruego me hagas el gusto
Y la merced, Sancho amigo,
De ir al Toboso, y con sumo
Respeto, puesto de hinojos
Ante sus pies diminutos,
Dirás á mi incomparable
Dulcinea, que el que tuvo
La dicha de ser cautivo
De su belleza y su adusto
Desdén, murió por servirla
Y por hacer cuanto pudo
Á fin de ser digno un día
De poder llamarse suyo.»
Sancho que estaba escuchando
Sorprendido, atento y mudo,
Tal andanada de frases
Hijas de un dolor profundo,
Rompió á llorar de tal suerte
Al acabarse el discurso,
Que á piedad movido hubiera
Bronces y peñascos duros.
—¿Quién nos ve, señor, decía,
Ni quién sabe ahora en el mundo
Que hay peligros de por medio,
Si está desierto y oscuro
El campo y bonitamente
Ambos escurrir el bulto
Podemos, sin que nos tachen
De cobardes? Yo renuncio
Á beber agua en seis días
Y hasta á beber vino puro
En tres, si al punto torcemos
El camino; que no es justo,

Según dice el señor Cura
De nuestro lugar, que uno
Ame el peligro y lo busque;
Antes bien, es muy seguro
Que quien le busca, perece
En él; y también discurro,
Señor, que aquí me facéis
Desaguisado mayúsculo
Pues en vez de darme ínsula
Me vais á matar del susto.
Verme aquí desamparado
En un desierto tan brusco
Tres días, sin que me alumbre
El sol con sus rayos puros,
Triste, hambriento, acongojado
Y con un miedo á los brujos...
Vamos, eso es imposible,
No me diga tal insulto.
Si vuesa merced no quiere
Desistir en modo alguno
De acometer este fecho
Descomunal, le conjuro
Á que se espere hasta el día;
Que según miro y presumo,
Por la ciencia que aprendí
Siendo pastor, no es ya mucho
Lo que falta para el alba;
Que la boca del embudo
Ó de la bocina, está
Marcándome los minutos
Encima de la cabeza;
Y hace media noche en punto
En la línea de la mano
Izquierda.»—¿Mas cómo pudo
Alcanzar ahora tu vista
Esas líneas y esos puntos
Cuando ni una sola estrella
Se muestra en el cielo oscuro?
—Así es, replica Sancho;
Pero tiene el miedo muchos
Ojos y ve lo imposible;
Fuera de que el buen discurso

Dice bien que de la noche
Resta poco.—No lo dudo;
Pero esta vez, hijo Sancho,
No ha de decir hombre alguno
Que por oir blandos ruegos
Obligaciones excuso.
Para obrar bien, no es preciso
Que nos esté viendo el mundo;
Basta que nuestra conciencia
Nos dé generoso impulso.
Ruégote, pues, que te calles
Y quedes aquí, seguro
De que volveré en seguida
Que Dios corone mis triunfos.
Aprieta de Rocinante
La cincha, pues es lo único
Que me falta, y adios queda,
Sancho el bueno, Sancho el justo.

XLVII

Donde Sancho cuenta un cuento.

Según dice Cide Hamete,
Viendo el socarrón de Sancho
Que disuadir no podía
A su testarudo amo,
Fingiendo apretar la cincha,
Trabó los pies del caballo
Valiéndose para ello
Del cabestro de su asno.
De este modo, haciendo inútiles
Los esfuerzos sobrehumanos
Que el buen caballero hacía
Á Rocinante aguijando,
Sin que éste pudiese dar
Más que algunos breves saltos,
Sancho exclamaba:—Por siempre
Sea bendito y alabado

El Señor, que mis plegarias
Quiere oir al fin y al cabo!
Viéndolo está: el cielo impide
Que ahora de aquí nos movamos,
Y si el cielo así lo ordena
Fuerza es cumplir su mandato,
Al menos hasta que el alba
Sonría.—Y me vea llorando
Sumido en la vil molicie!
¿No es cierto? Responde, Sancho.»
Esto dijo el caballero
Un gran suspiro arrojando
Al ver que por más que hacía
Hincaba la espuela en vano.
—Pues no hay que llorar, replica
El escudero taimado,
Que yo para entretenerle,
Si dormir no quiere un rato,
Le estaré contando cuentos
Muy divertidos y extraños.
—Eso de dormir, se queda
Para tí que sin cuidados
Vives; mas no para mí
Que sufro el peso de tantos.
Así, pues, cuenta si sabes
Alguna historieta.—El ánimo
No está, señor, para cuentos
Al oir esos golpazos
Que suenan con tanta furia
Y que producen espanto;
Mas yo haré cuanto me sea
Posible por recordarlos.
Présteme mucha atención,
Que ya comienzo el relato:

«Érase que se era
Y el bien que viniere
Para todos sea,
Y el mal para aquellos
Que á buscarle vengan,
(Lo cual dice á voces
Que más horro fuera,

Señor, alejarnos
De aquí con presteza.....)
—Prosigue, buen Sancho,
Y no te me vengas
Con indirectillas
Que son tan directas.
—Pues digo que había
Allá en cierta aldea
Que en Extremadura
Está, según cuentan,
Un pastor de cabras.....
Cabrerizo era;
El cual se llamaba,
Y nadie lo niega,
Rui López ó Lópe
Ruíz, que á estas fechas
Por allí le citan
De las dos maneras.
Y este Lópe Ruíz
Amaba con tierna
Pasión á una joven
Famosa doncella
Llamada Torralva:
Y Torralva era
Hija de Torralvo
Ganadero en regla;
Y este ganadero.....
—Si de tal manera,
Dijo D. Quijote,
Tu cuento me cuentas
Durará dos días
Lo menos; no vengas
Con repeticiones
Á darme jaqueca.
Habla como sueles
Y Dios te lo ordena
Ó no digas nada.
—Señor, en mi tierra
Suelen referirse
Así las consejas.
No haga que usos nuevos
Á inventar me meta.

—Callo y me resigno,
Habla como quieras.
—Era la Torralva
Moza zahareña,
Bigotuda, hombruna,
Tan rolliza y terca,
Que ahora me parece
Estoy aquí viéndola.
—Luego conocístela?
—No, pero mi abuela,
Al contarme el cuento,
Dijo que en conciencia
Jurar yo podía
Cuanto dicho queda.
—Prosigue.—Pues digo
Que el pastor con ella
Tuvo un gran disgusto
Por celosa que era,
Y juró ausentarse
Y aun aborrecerla.
La Torralva viendo
Cómo él la desdeña
Le tomó cariño.....
—Así son las hembras,
Prosigue.—Pues viendo
Que el pastor se aleja
Llevando sus cabras,
Púsose tan fiera
Que dejando el pueblo,
Descalza de piernas
Y pies, con un saco
Que al pescuezo lleva,
Donde guarda un peine
Con otras frioleras,
Le siguió los pasos
Llorosa y enferma.
Llegó el buen cabrero
Con cabras y ovejas
Del río Guadiana
Á la orilla izquierda,
Y como de madre
Las aguas salieran

Y barco ni barca
Ni puentes hubiera,
Y hasta la otra orilla
Trasponer desea,
Temiendo que llegue
Torralva la terca,
Tanto y tanto anduvo
Que al fin con sorpresa
Halló un barquichuelo
Que más se asemeja
Á una nuez partida
Por lo chico que era.
Sólo en él cabía,
Con el que lo lleva
Que era el pescador
De aquellas riberas,
Una sola cabra;
Mas pasar es fuerza,
Tarde lo que tarde,
Sea como sea,
Las trescientas cabras
Que en el hato lleva.
Hecho ya el ajuste
Del pasaje, empieza
Á cruzar el río
El barquero, y lleva
La primera cabra
Que se queda en tierra.
Pasa la segunda,
Pasa la tercera.....
Y aquí, señor amo,
Le ruego que tenga
El mayor cuidado
En llevar la cuenta
De todas las cabras
Que pasadas lleva,
Porque, si se pierde,
Truncado se queda
El cuento, y no es fácil
Que yo lo refiera.
Sigo, pues, y digo
Que en la orilla opuesta

Tanto cieno había
Que era obra maestra
Ir depositando
Tanta cabra en ella.
Volvióse no obstante
Por otra, y tras esta
Otra y otra y otra
Con trabajo lleva.
Tornó luego al punto.....
—Pero hombre, hazte cuenta
Que todas pasaron
Como las primeras.
Que si así prosigues
Tan ardua tarea
Tardarás un año
En pasar trescientas.
—¿Cuántas han pasado,
Señor, á estas fechas?
—Yo qué diablos sé?
—Pues roto se queda
El hilo del cuento;
Que así como vuesa
Merced, de las cabras
Que van no se acuerda,
Así en mi memoria
Borrados se quedan
Los demás sucesos,
Que por cierto eran
De mucho contento
Por su moraleja.
—Pues dígote, Sancho,
Que la historia es nueva,
Que me la has contado
Con bastante flema
Y que ella concluye
Según se comienza.
Pero no me extraña
Que tal te suceda
Ni que distraido
Tu discurso pierdas
Oyendo esos golpes
Que de dar no cesan

Turbando el sosiego
De esta noche eterna.
Siempre por cobarde
Te tuve, y es fuerza
Perdonar al débil
Que por nada tiembla.
Así, pues, dejemos
Las cabras y cuentas
Del barquero, y vamos
Á ver si la espuela
Siente Rocinante
Y hago que se mueva.»

Practicólo D. Quijote;
Mas todo esfuerzo fué vano;
Rocinante no podía
Á sus anchas dar un paso.
Era preciso creer
Que estaban allí encantados.
¡Oh, situación triste y crítica!
¡Oh encantadores menguados!
No hay duda, razón tenía
Para estar desesperado
Y casi estuvo por darse
El buen caballero al diablo.

XLVIII

Donde Sancho se extralimita.

Cuenta también Cide Hamete
Que en aquella noche turbia,
Por no apartarse algún trecho
Hizo allí una cosa sucia
Sancho, ofendiendo el olfato
De el de la *Triste Figura*;
El cual, llevando colérico
A la nariz la huesuda
Mano, con tono gangoso

Díjole:—Mucho te turba
El miedo, según parece.
—Que tengo miedo no hay duda,
Le respondió el escudero;
Mas no hallo razón alguna
Para que hoy me lo diga
Con mas retintín que nunca.
—Pues la razón es bien clara,
Y mi nariz la barrunta
De tal modo, que ahora pienso
En si algún pecado purgas.
—¿Pecado yo?—Bien mirado
Tal vez es mia la culpa,
Que es causa de menosprecio
La conversación si es mucha.
El que se acuesta con niños
Ó trata con gente burda,
No se queje si se halla
Como el refrán nos lo anuncia.
Yo te doy la mano á veces,
Mas tú que todo lo truncas
Te tomas el pie con ella
Sin ver que villano abusas.
Pon desde ahora cuidado
En no malrochar mi suma
Condescendencia, y apártate,
Que hueles más que la ruda
Y peor.—Pues qué, ¿se piensa
Vuesa merced por ventura
Que hice yo con mi persona
Alguna cosa importuna?
—Pienso, Sancho, que es peor
Meneallo, deja muda
Tu lengua, y basta de bromas,
Que ya mi paciencia apuras.»
Viendo Sancho que su amo
No se hallaba para burlas
Y que ya la luz del día
Se indicaba aunque confusa,
Levantándose las bragas
Que aun no estaban muy enjutas
Desató con mucho tiento

Las traidoras ligaduras
Que los pies de Rocinante
Oprimían; y aunque hay dudas
Respecto á si el jaco aquel,
Aun sin estar en ayunas,
Hizo en su vida corbetas,
Esta vez su travesura
Le llevó á dar manotadas
Sobre la arena menuda.
  Notó el bravo caballero
Esta novedad que juzga
De buen agüero, creyendo
Que el cielo de parte suya
Está para que acometa
Tan temerosa aventura.
  Y viendo la luz del alba
Que al mundo de gozo inunda,
A examinar los objetos
Con grato afán se apresura
Mientras que su Rocinante
Piensa en que no piensa nunca.
  Estaban bajo unos grandes
Castaños, que tan oscura
Hacen la sombra; y los golpes
Siniestros, que aun les abruman
El espíritu, seguían
Dándoles matraca y zumba.
  Viendo, pues, que era preciso
Partir del peligro en busca,
Nuevamente del buen Sancho
Se despide, y por segunda
Vez le ruega que tres días
Le aguarde, y si la fortuna
Se muestra adversa y no vuelve,
  —Irás, dice, á la que ilustra
Mis hechos, y le dirás
Que bajé á la sepultura
Por servirla y por amarla.
Y á fin, Sancho, de que nunca
Te arrepientas de haber sido
Mi escudero y fiel ayuda,
Aunque en muchas ocasiones

Toda mi paciencia apuras;
Sábete que tengo hecho
Testamento, y con holgura
Remunero tus servicios
Ordenando que se cumpla
Mi voluntad, con pagarte
Tus salarios, hecha suma
De los días que há me sirves
Ó vienes de mí á la husma.
Por lo demás, si aquí vuelvo,
Labrada está tu ventura,
Que ínsulas no han de faltarnos
Y ya la mejor es tuya.»

XLIX

A bromas de escudero, véras de caballero.

Cariacontecido, triste,
Y haciendo pucheros varios,
Juró esta vez Sancho Panza
No apartarse de su amo.
Así, pues, bonitamente
Le fué siguiendo los pasos
Encomendándose á Dios,
A la Virgen, y á los Santos,
Mientras que á su Dulcinea
Lo hacía el enamorado
Caballero, que embrazaba
Su adarga con mucho garbo.
De este modo, á un pradecillo
Salieron, y desde un alto
Risco, vieron caer el agua
Con que su sed aplacaron;
Y después... lo que vergüenza
Debió producir en ambos
Y más particularmente
En el ingenioso hidalgo;
El cual, confuso y corrido,

Quedóse al punto parado
Sin atreverse á fijar
Sus ojos en el buen Sancho
Que con sonrisa maligna
Estábale contemplando.
  Suelen mostrarse valientes
Los hombres de poco ánimo
Cuando el valor no hace falta
Y ya el peligro ha pasado.
Y esto mismo sucedió
En este momento á Sancho
Que á sabiendas se burlaba
De su valeroso amo;
Siendo la causa de aquel
Tan inopinado cambio,
Que los dos cerca tenían
Ante su vista, unos malos
Edificios, y entre éstos
Un batán donde seis mazos
Funcionaban, dando aquellos
Golpes terribles y extraños
Que en vela toda la noche
Los tuvo llenos de espanto.
  Quedóse como hemos dicho
Don Quijote avergonzado,
Y fijando al fin sus ojos
En el socarrón de Sancho,
Viéndole que se mostraba
Con los carrillos hinchados,
La boca llena de risa,
Claramente demostrando
Querer reventar por ella,
Á su vez contaminado
Rompió á reir, y fué el dúo
Completo, durante un rato.
  La risa, franca al principio,
Se fué después prolongando
Más de lo que convenía
Entre un señor y entre un sandio
Escudero; y de tal suerte
Este remachó los clavos
De la paciencia de aquél,

Sus palabras remedando
Y sus gestos, que ya estaba
Dándose á todos los diablos.
—Yo soy, exclamaba Panza,
Con tono grave y pausado,
Quien ha de resucitar
El siglo de oro, eclipsando
Á todos los caballeros
Que hubo en los tiempos pasados.
Espérame aquí tres días,
Que voy á llevar á cabo
Una terrible aventura
Que á Marte infundiera espanto.»
De este modo repitiendo
Todo lo que el buen hidalgo
La noche anterior dijera,
Tantas carcajadas Sancho
Daba, que al fin Don Quijote,
En ciego furor montando,
Con el lanzón que llevaba
Le arrimó dos ó tres palos
Tan fuertes en las espaldas,
Que si le acertara al cráneo
No fueran ya menester
Testamentos ni salarios.

L

La cuestión de los batanes.

Tras de aquella insinuación
Y el sermón que fué en pos de ella,
Hizo Sancho Panza el voto
De no menear la lengua
Ni de desplegar sus labios
Sin pedir antes licencia.
Los dos, como los dejamos
Hace rato, estaban cerca
Del batán, y como á poco

Comenzo á llover, quisiera
Sancho entrar en el molino;
Mas Don Quijote esta idea
Rechazó porque la burla
De aquellos mazos recuerda.
  Siguieron los dos andando
Al punto por otras sendas,
Y saliendo á buen camino
Vieron por la parte opuesta
Un ginete, que traía
Una cosa en la cabeza
Que relumbraba de lejos
Cual si de oro puro fuera.
  Ver aquello Don Quijote
Y volverse con presteza
Á Sancho, fué todo uno;
Y con voz de gozo llena
Dijo:—Paréceme, Sancho,
Que no hay refrán que no sea
Verdadero, pues los dicta
Casi siempre la experiencia,
Madre de la ciencia; y este
Que dice: «Donde se cierra
Una puerta, otra se abre,»
Viene de molde á estas fechas
Para probar, que si anoche
Nos cerró la suerte adversa
La puerta de una aventura
Que llamaré batanesca,
Hoy de par en par nos abre
Otra mayor y más cierta.
Dígolo, porque aquel hombre
Que sobre su frente ostenta
Aquel casco relumbrante,
Y avanza con tanta priesa
Sobre un caballo rodado....
—Rodado, señor, me vea
Si el caballo no es un burro
Pardo como el que me lleva.
Y si yo pudiese hablar,
Según antes, con franqueza...
—¿Qué dirías?—Que de nuevo

Los batanes se presentan.
—Válate el diablo por hombre,
Que así agotas mi paciencia!
¿Qué va de yelmo á batanes?
Sábete que lo que lleva
Ó trae aquel caballero
Puesto sobre la cabeza
Es el yelmo de Mambrino
Que juré tomar por fuerza.
Apártate, pues, á un lado
Y verás cuán pronto queda
Por mio el yelmo.—Yo quedo
Aparte; pero Dios quiera,
Torno á decir y retorno,
Que el monte orégano sea
Y no batanes.—He dicho
Hermano, que no me vuelva
Á mentar esos batanes,
Y aún seguís con vuestro tema;
Mas voto... y no digo más;
Tened crianza y vergüenza
Ó vais á ver de qué modo,
Si seguís con tal monserga,
Al instante en este sitio
Mi lanzón os batanea.»
Fué el taco de Don Quijote
Tan redondo y tan de veras,
Que Panza se quedó mudo
Aunque por hablar revienta.

LI

El yelmo de Mambrino.

Mientras que Sancho guardaba
Aquel forzado silencio,
Conviene decir aquí
Que el que sobre su jumento
Lentamente iba avanzando

De todo temor ajeno,
Erase un buen rapabarbas
Avecindado en un pueblo
Inmediato, que á otro iba
Por no haber en él barbero,
A rasurar á un ricote
Y á sangrar á un pobre enfermo.
Y como en aquel instante
Comenzó á nublarse el cielo
Y temió que le manchara
La lluvia el sombrero nuevo
Que estrenó aquel mismo día,
Creyó económico y cuerdo
Guardarle, y sustituirle
Mientras dure el aguacero
Con su vacía de azofar
Brillante como un espejo
De oro; y así marchaba
Cuando, veloz como el viento,
Sintió llegar hasta él
Al valiente caballero
Que con descompuestas voces
Le dijo:—Date por muerto,
Ó defiéndete, ó entrégame,
Cautiva criatura, luego
Lo que con tanta razón
Se me debe, y yo deseo.»
Así gritaba el hidalgo,
Y era su empuje tan fiero,
Tan brusca la acometida
Y el ademán tan colérico,
Que porque no le matase
Tiróse á tierra el barbero,
Y se alejó como un gamo,
Dejándose allí en el suelo
La codiciada vacía
Que recogió el escudero.
Contemplábala el buen Sancho
Con cierto comedimiento
Y dijo:—Por Dios que es buena
La vacía, y que su dueño
Pudo dar un real de á ocho

Por ella.»
Y dándola luego
A su señor, quiso éste
Colocársela muy serio
Por celada; mas no hallando
El encaje, dijo:—Entiendo
Que el pagano para el cual
Aquesta celada hicieron
Debió tener gran cabeza.
—¡Y tanta!, dijo riendo
Sancho, al oir que celada
La llamaba el caballero.
—¿De qué te ries, buen Sancho?
—Rio, señor, porque veo
El gran cabezón que tuvo
Aquel paganazo, dueño
De ese almete, que parece
La vacía de un barbero.
—¿Sabes qué imagino, Sancho?
—Diga, señor.—Pues me pienso
Que esta pieza famosísima
De aquel encantado yelmo,
Debió de venir á manos
Profanas, que no sabiendo
Su grande valor histórico
Y sus notables empleos,
Viéndola de oro purísimo,
Para aprovechar el precio,
Fundiendo la una mitad
Hizo de la otra esto
Que vacía te parece;
Mas yo que la cosa entiendo
De aquesa transmutación,
No hago caso; antes prometo
Que allí en el primer lugar
Donde haya fragua y herrero,
A su primitivo estado
Pronto la restituiremos.»
De este modo un rato breve
Ambos allí departieron,
Hasta que alzando los ojos
Vió Sancho muy cerca de ellos

Abandonado y perdido
Al borrico del barbero
Que le despertó la duda
De si llevarle era cuerdo
Y lícito, mas su amo
Díjole con grave acento:
—Yo, Sancho, nunca acostumbro
Despojar á los que venzo,
Ni es bien quitar el caballo
Si no nos matan el nuestro.
—Pero si es asno...—Es lo mismo;
Déjale el asno á su dueño,
Que él vendrá por él al punto
Que de aquí nos alonguemos.
—¿Y no pudiera trocarle
Por el mio?—Si es más bueno
Que el tuyo, no es generoso.
—Bien sabe Dios, que lo siento
Y que á lo menos quisiera
Cambiarle los aparejos,
Si eso es justo y lo permite
La ley de los caballeros
Andantes.—En esa parte
Te juro que no estoy cierto.
Y hasta que mejor me informe
Juzgo que puedes hacerlo
Si hay necesidad extrema.
—Tan extrema es en efeto
Que aunque fueran para mí
No los deseara menos.»
Calló Sancho, y á la obra
Se puso con tanto anhelo
Que antes de cinco minutos
Engalanó á su jumento
Con mil lindezas, dejándole
Tan gallardo y tan apuesto
Que según dice la historia
Mejoró en el quinto y tercio.

LII

Dulces pláticas.

Con las sobras de la cena
Anterior, y con las ganas
Que sentían, que fué siempre
Y será la mejor salsa,
Ambos á dos almorzaron
En buen amor y compaña,
Cerca de un claro arroyuelo
Que á los batanes bajaba,
Y que su sed satisfizo
Con sus cristalinas aguas.
Montaron luego á caballo,
Y en tanto que caminaban,
Tan gran comezón de hablar
Acometió á Sancho Panza
Que sin poder contenerse
Soltó al fin estas palabras:
—Señor, si vuesa merced
No se enoja ni se enfada,
¿Querrá darme su licencia
Para que con él departa
Un poco? Porque le juro
Que desque me sentenciara
Al silencio, más de cuatro
Cosas de grande importancia
Se pudrieron en mi estómago;
Y ahora la lengua me escarba
Una, que decir quisiera.
—Dila luego, y pronto acaba.
—Pues digo, señor, que en vez
De andar á salto de mata
Buscando mil aventuras
Por estas encrucijadas
Donde tan sólo alcanzamos
Piedras, palos y otras lacras,

Debiera vuesa merced
Arrimarse á un gran Monarca
Que estando en guerra con otro,
En ella le utilizara
Dándole después los premios
Que merezcan sus hazañas.
—No vas hoy descaminado,
Sancho amigo, en lo que hablas.
Mas antes de lograr eso
Es preciso cobrar fama,
Que es lo que vamos buscando
Por los campos de la Mancha.
Por lo demás, yo comprendo
Que es cosa bella, y tan grata
Como fácil y hacedera,
Ver llegar una mañana
Á la corte, un adalid
Armado de todas armas
Á quien precede una turba
De muchachos que proclaman
Sus altos hechos gritando:
«Venid á ver sin tardanza
Al andante caballero
De la Flamígera Espada,
O de la Sierpe, ó del Fénix.»
Y mientras él se adelanta
Seguido de su escudero,
Ver las grandes luminarias
Que en toda la ciudad brillan;
Y cómo los reyes bajan
Con gran séquito á las puertas
De su magnífico alcázar
Y le reciben con músicas,
Le festejan y le abrazan
Poniéndole junto á ellos
En la mesa, donde yanta
Una preciosa princesa
En sillón de oro sentada,
Que, mirando al caballero,
Su naciente amor declara
Con el rubor que la enciende,
Con el temor que la apaga.

Y luego aquella criatura,
Que es como nieve de blanca,
Rubia como las candelas,
Bella, cual cisne de plata,
Tanto su pasión demuestra
Aunque quiere recatarla,
Que al fin el emperador
Su padre, se da de guarda.
Entonces al caballero
Al punto á la guerra manda,
Donde hace tantos prodigios
De valor, que al mundo pasma.
Vuelve á la corte triunfante,
La princesa se desmaya
Al verle, y dice á su padre
Que si con él no la casa
Quiere morir ó ser monja;
Y como en claro se saca
Que el caballero desciende
De altiva y regia prosapia,
Cásanse al fin ó la roba
Yéndose á tierras lejanas.
Muere el rey y el caballero
La su corona estimada
Hereda, y al trono sube
Entre mil fiestas y danzas.
Hace conde á su escudero,
Cásalo con una dama
De la reina que le quiere...
—Eso es lo que hace falta,
Dice Sancho entusiasmado;
Venga el condado mañana,
Y ya verá si me muestro
Con apariencias bizarras.
Vestiré ropón bordado
De oro puro sobre grana,
Gorra con plumas azules
Y lindas y verdes calzas.
Luego...—Luego, Sancho amigo,
Debes raparte las barbas,
Porque las que llevas hoy
Están harto enmarañadas

Y más pareces un oso
Que un sér con figura humana.
—Haya condado y dinero,
Que los barberos no faltan.»
  Así decía el buen Sancho,
Y era su alegría tanta
Que no sabemos cuál dellos
Menos en su juicio estaba.

LIII

Los galeotes.

  Levantando cien castillos
En el aire, van contentos
Por la carretera arriba
Tan orondos y tan huecos
Que no se hubieran trocado
Por nadie, en aquel momento.
Mas por su mala ventura
Vieron venir hacia ellos
Una docena de hombres
Que á pie y cargados de férreos
Grillos, ensartados iban
Con una cadena al cuello.
Dos ginetes bien armados
Con sendas armas de fuego,
Y otros dos de á pie, con dardos
Y espadas iban con ellos.
Y así que Sancho los vido:
—Esta es cadena de presos,
Dijo, que va por el rey
Forzada.—¿Pues, cómo es esto?
Preguntó el hidalgo, ¿puede
El rey forzar...?—Cuando menos
Van á purgar sus delitos
Porque la ley lo ha dispuesto.
—¿Y qué harán?—En las galeras
Pagarán sus malos fechos.

—De modo que aquestos hombres
No van voluntarios?—Temo
Que no.—Pues de esa manera
Juzgo que mi oficio ejerzo
Si aquí desfago esas fuerzas
Y los amparo y defiendo.
—¿Qué es defender? Por Dios vivo
No piense, señor, en eso,
Que cuando el rey los castiga
Razón tendrá para hacerlo.»
Llegaron en este instante
Los galeotes, y puesto
Al alcance de los guardas
Que á caballo iban con ellos,
Con muy corteses razones
Y finos comedimientos,
Les suplicó Don Quijote
Que se sirviesen ponerlo
Al corriente, de las causas
Que en tan lastimoso extremo
Puso á tantas infelices
Criaturas.—Como estais viendo,
Respondió un guarda, esos hombres
Son por sus actos perversos,
Gente de Su Majestad
Que va sentenciada al remo.
Es todo cuanto debéis
Saber, y deciros puedo.
—¿Nada más queréis decirme?
—Nada más.—Con todo eso,
Yo, señor, desearía
Saber de cada uno de ellos
En particular, la causa
De su desgracia, y os ruego
Que lo hagais; y estad seguros
De mi reconocimiento.»
Al oir tan comedidas
Frases, y al ver tal empeño,
El otro guarda que iba
Á caballo, dijo:—Puesto,
Señor, que así os obstinais,
Preguntádselo vos mesmo

Á cada cual, que son gentes
Bachilleras, y contento
Les daréis, si les sacais
Mil bribonadas del cuerpo.»
  Obtenida esta licencia
Que á tomarse ya dispuesto
Estaba, llegó el hidalgo
Al galeote primero
Y preguntóle por qué
Pecado, le habían puesto
De tal guisa; á lo que el hombre
Dijo con mucho sosiego,
Que iba por enamorado.
  —¡Cómo! ¿tan sólo por eso
Os sentenciaron? decía
Don Quijote, haciendo gestos
De admiración.—¡Diablo! ¡Diablo!
Si por enamorado os veo
Ir á remar, yo también
Estar en galeras debo.
  —Es, señor, que mis amores
No serán como los vuestros.
  —Pues ¿cómo son?—Me enamoro,
Y me encandilo, y me ciego,
No por ajenas mujeres
Sinó por bienes ajenos.
Ví una canasta de ropa,
Y al cogerla, me cogieron
A mí; no pude negarlo
Y por eso voy con hierros.
  —Y vos ¿por qué os veis así?
Preguntó á un segundo preso,
Que por ir muy melancólico
Siguió guardando silencio.
  —Ese, señor preguntante,
Díjole el que habló primero,
Vá por músico y cantor
Ó por canario.—¿Qué es esto?
¿También aquí se castiga
Á los músicos? ¿Es cuerdo
Amordazar á la gente
Porque cante ó no?—Os advierto,

Dijo un guarda de á caballo.
Que esos truhanes protervos
Llaman cantor, al que dice
La verdad en el tormento.
Confesóla el que mirando
Estais: dijo era cuatrero
Ó ladrón de bestias; fuéle
Baqueteado el pellejo
Con azotes, y á galeras
Va triste cual le estais viendo
Escarnecido y pegado
Por todos sus compañeros;
Los cuales suelen decirle
Con furia ó con menosprecio
Que entre un *no* y un *sí* no hay
Letra de más ni de menos.
—Y yo, dijo Don Quijote,
Á decir la verdad, creo
Que no van descaminados
Los que suelen decir eso.

LIV

Sancho se conmueve.

Prosiguiendo su tarea
Dirigió á otro galeote
La mismísima pregunta
Que hizo á los dos anteriores.
—¿Por qué vais así?—Y al punto
Con gran desenfado el hombre
Contestó:—Por no tener
Diez ducados.—Pues entonces
Sereis libre si os doy veinte.
—No es tiempo ya, gracias dóile.
—¿Y para qué los quería?
—Para untar con plata ó cobre
Del escribano la péndola,
Y avivar el genio torpe

Del procurador; mas ya
Es tarde; no fuera pobre
Y otro gallo me cantara
Con más placenteras voces;
Pero Dios es grande y callo.»
  Pasó en esto D. Quijote
Con gentil desembarazo
Al cuarto, que érase un hombre
De muy blanca y luenga barba,
Venerable y formalote.
El cual, al ser preguntado,
Lanzando un suspiro enorme
Comenzó á llorar, guardando
Silencio; y el galeote
Que iba en pos, dijo:—El que veis
Ahí tan poco conforme
Con su suerte, va á galeras
Por ejercer profesiones
Tales, cual la de alcahuete
Y hechicero.—Si este postre
No tuvieran sus principios,
Yo le absolviera de golpe;
Que para ser alcahuete
Se necesita buen porte,
Mucha discreción y tacto;
Y juzgo que en las naciones
Ó repúblicas, debía
Haber estos corredores
De oreja; y no simplecillas
Débiles viejas, ó torpes
Pajecillos y truhanes,
Que más que zurcir, corrompen
Las voluntades, ó truncan
Los recadillos de amores,
Produciendo muchas veces
Disgustos y disensiones
En las familias y casas,
Donde suele haber horrores,
Muertes, y desaguisados
Que espanto en el alma ponen.
En cuanto á lo de hechicero
Poco diré, aunque conforme

Estoy en que los castiguen
Cuando matan con jaropes
Y venenos, pretendiendo,
Dominar los corazones
Ó forzar la inclinación;
Que Dios ha dado á los hombres
Albedrío y voluntad
Para mover sus acciones
Y no hay yerba que las tuerza
Ni encanto que las malogre.
—Así es, señor del alma,
El pobre viejo responde:
Y tened por buen seguro
Que fué mi intento muy noble
Queriendo ser alcahuete
Protector de corazones
Enamorados; mas eso
De intentar ser brujo, póneme
De tal modo contristado
Que, amén de las aflicciones
Que me dan los muchos años,
Y de las penas mayores
Que me causa un mal de orina
Que llevo, y que me corrompe,
Pienso que voy á morirme
Entre estos grillos atroces.»
Tornó á llorar el anciano,
Y el buen Sancho que le oye
Sacó del seno un real
De á cuatro y al punto diósele.

LV

Don Quijote se interesa.

Más aherrojado que otros,
Con dobles largas cadenas,
Esposas, grillos y argollas
En cuello, brazos y piernas,

Iba marchando un forzado
Mozo de gentil presencia,
Si bien bizco hasta tal punto
Que en un ojo el otro entra,
Siendo su edad no muy niña
Pues frisaba ya en los treinta.
Viéndole, quiso el hidalgo
Saber la causa de aquellas
Rigorosas precauciones
Que con tal hombre se emplean,
Y uno de los de á caballo
Dióle al punto la respuesta
Diciendo:—Porque es el tuno
Más pícaro de la tierra
Y tememos que se escape
Si con más holgura queda.
Va sentenciado á diez años,
Que es la mayor de las penas,
Salva la horca, y el nombre
Que en la pila le pusieran
Es Ginés de Pasamonte,
Aunque la gente lo trueca
Llamándole Ginesillo
De Parapilla.—Valiera
Más, replicó el aludido,
Que sin deslindar ajenas
Vidas, voacé se ocupara
En darse una media vuelta;
Y hasta diré si me apuran
Que se dé la vuelta entera.
Ginés soy de Pasamonte
Y lo soy por mar y tierra.
Sépalo ya el comisario
Y con apodos no venga.»
Calló al fin el galeote
Y perdiendo la paciencia
El comisario, le dijo
Que detuviese la lengua
O que le haría callar,
Si no de grado, por fuerza.
—Bien parece, respondió
El galeote, así sea;

Pero día llegará
En que se ajusten las cuentas,
Y entonces podrá saberse
Quién es Parapilla; y vuestra
Merced, dijo á Don Quijote,
Dénos limosna en moneda,
Y deje de averiguar
Cosas que no le interesan.
Quien pretende sacar trapos
Ajenos á la vergüenza,
Mire ante todo los suyos
Á solas con su conciencia.
Si saber quiere mi vida
Puede que un día la lea;
Que escrita por mis pulgares
La tengo al pie de la letra.
—Y no miente, dijo el guarda,
Que el libro empeñado deja
En la cárcel por doscientos
Reales.—Y aunque escudos fueran
O ducados, llegará
Día en que á mis manos vuelva
Otra vez.—De aquese modo,
Dijo el hidalgo, es muy buena
Vuestra obra?—Tanto lo es
Que son ya niños de teta
Á su lado *el Lazarillo*
De Tormes y otras novelas
Famosas.—¿Quereis decirme
Cómo intitulais la vuestra?
—Pues que saberlo quereis
Diré que el nombre que lleva
Es *la vida de Ginés*
De Pasamonte.—¿Y habéisla
Acabado?—¿Cómo hacerlo
Si aun no acabó mi existencia?
En lo que va de mi libro
Tan solamente se cuentan
Mis sucesos, desde el día
En que nací, hasta la fecha
En que por mi desventura
Vire de nuevo á galeras.

—¿Luego otra vez estuvísteis?
—Otra vez estuve en ellas
Cuatro años, y allí vuelvo
Á reanudar la tarea
De escribir las muchas cosas
Que en el magín tengo impresas.
—Hábil pareceis.—No tanto
Como desdichado; que entra
Por mucho para medrar
Aquí en la pícara tierra
Que un truhan tenga fortuna
O que un santo no la tenga.
En cuanto á mí, decir puedo
Que la tuve siempre negra
Tal vez porque las desgracias
Persiguen con saña fiera
Al ingenio.—Á los bellacos
Dirás, gritó con voz hueca
El comisario, queriendo
Poner fin á la monserga
De Ginés; mas éste, dando
De su facundia una muestra,
Al comisario descarga
Tal lluvia de desvergüenzas
Que este, mohino y furioso,
Con su vara la respuesta
Va á darle; mas Don Quijote
Al punto en el lance tercia
Rogándole que su cólera
Y su indignación contenga
Teniendo presente que
Un hombre que atadas lleva
Las manos, puede tener
Algo expedita la lengua.
Y volviéndose hacia todos
Los que van en la cadena,
Con marcial desembarazo
Les dice de esta manera:
—De todo cuanto habeis dicho
Saco sólo en consecuencia,
Mis carísimos hermanos,
Que los disgustos y penas

Que á padecer vais, no os dan
Mucho placer; que á galeras
Vais de malísima gana
Y contra voluntad vuestra.
Deduzco también que acaso
Influyó en vuestra sentencia
La fragilidad de este
Que en el tormento confiesa;
La falta de diez ducados
De aquel; la fortuna adversa
De los demás, el erróneo
Juicio de un juez que debiera
No torcer jamás su vara
Por dineros ni influencias,
Y la tuerce algunas veces
Por unas cuantas monedas,
Lo cual pudo ser la causa
De vuestros duelos y quejàs.
Tales consideraciones
Hoy me impelen y me fuerzan
Á demostrar que no en vano
Juré amparar la miseria
Del prójimo desvalido;
La debilidad opresa;
La ancianidad mal parada,
Y el talento sin defensa.
Por esto y porque no es justo
Que haya esclavos en la tierra,
Á estos señores guardianes
Suplico con todas veras,
Que os desaten, y que os dejen
Ir en paz por esas tierras
De Dios; que ni el rey os quiere
Mal, ni los guardas que os llevan
Son verdugos, ni vosotros
Hicísteis cosa directa
En su agravio; y lo que digo
Con mansedumbre discreta,
Dígolo, señores guardas,
Solamente porque tenga,
Si lo cumplís de buen grado,
Algo que yo os agradezca;

Porque si así no lo hiciéredes
Con mi lanza, y con aquesta
Espada, mi fuerte brazo
Hará que lo hagais por fuerza.»
  Esto dijo Don Quijote
Embrazando su rodela,
Y afirmado en los estribos
Aguardaba la respuesta.

LVI

Triunfo.

  Dejó á todos tan confusos
Y suspensos y admirados
Esta salida que puede
Llamarse de pie de banco,
Que hasta su mismo escudero
Quedó medio turulato,
En tanto que la palabra
Soltó al fin el comisario
Diciendo:—Majadería
Cual esta, no ví en mis años.
Miren con lo que ahora sale;
Quiere soltar los forzados
Del Rey! ¡valiente locura!
Váyase, señor, al diablo
Con ese bacín que trae
Tan torcido sobre el cráneo,
Y no venga con sandeces
Á buscar tres pies al gato.»
  Don Quijote oyendo esto
Dijo en ira rebosando,
Puesto su lanzón en ristre:
  —Vos sois el gato y el rato
Y el bellaco; y ahora vais
Á ver si es bacín ó casco
Lo que en la cabeza llevo;
Alguacil de tres al cuarto.»

Diciendo así, con tal furia
Arremetió al comisario,
Que herido le hizo caer
A los pies de su caballo;
Y avínole bien que fuera
El único que iba armado
De escopéta, y que no pudo
Hacerle fuego en el acto.
Los demás guardas, atónitos
Y suspensos se quedaron;
Mas volviendo sobre sí
Pusieron al punto mano
Á sus espadas los unos
Y los otros á sus dardos.
Y fué tal la acometida
Que dieron á nuestro hidalgo
Que lo pasara muy mal
Si los que iban ensartados
En la cadena, no hicieran
Por soltarse (aprovechando
La ocasión) grandes esfuerzos
Á fin de ponerse en salvo.
Fué, pues, tan brusca y tan grande
La revuelta, y fué tan rápido
El suceso, que los guardas,
Ya por acudir al campo
En donde los galeotes
Se iban todos desatando,
Ó ya por acometer
Á Don Quijote, que osado
Á su vez les acosaba
Y los iba alanceando,
Nada hicieron de provecho.
Estábase, mientras, Sancho,
Ayudando á la soltura
De Ginés; que libre al cabo
Se fué al sitio en donde estaba
El herido comisario
Y tomando su escopeta,
Aquí apunto, allí señalo,
Á los guardas puso en fuga,
Mientras los demás forzados

Sueltos también, á pedradas
Dejaron limpio el teatro
Del más grande de los triunfos
Que obtuvo el valiente hidalgo,
El cual se pavoneaba
Muy satisfecho y ufano.
No estaba así su escudero,
Antes bien, con sobresalto
Viendo que los fugitivos
Guardas, iban como gamos
Corriendo, temió que dieran
Fieles, noticias del caso
Á la muy temida y Santa
Hermandad; que en breve rato
Á campana herida haría
Una batida, buscando
Á todos los delincuentes
Inclusos él y su amo.
Y como de sus temores
Á este dió luego traslado
Proponiendo que en la sierra
Cercana, se embosquen ambos,
Don Quijote le contesta:
—Bien está, te entiendo, Sancho,
Mas antes déjame hacer
Lo que fuere de mi agrado.»
Llamó al punto el caballero
Con noble actitud de mando
Á todos los galeotes,
Que andaban alborotados,
Después de dejar en cueros
Al herido comisario,
Y así que en torno los tuvo
Les dijo con tono enfático:
—Es de gente bien nacida
Y de pechos esforzados
Agradecer beneficios,
Y jamás mostrarse ingratos.
Dígolo, señores mios,
Porque el gran favor que os fago
Bien merece que os mostreis
Dóciles á mis mandatos.

Así, pues, mi voluntad
Viene á imponeros, que en pago
De la singular fineza
Que me debeis, y buen trato
Que os dí, con esa cadena
Que del cuello os he quitado
Vayais todos al Toboso
Sin daros tregua ó descanso,
Ahora mismo; que busqueis
Allí á mi dulce regalo,
Á mi simpar Dulcinea;
Y todos, afinojados
Á sus plantas, le digais
Que su más rendido esclavo
Caballero de la *Triste*
Figura, en su nombre ha dado
Fin, á tan grande aventura
Libres y alegres dejándoos.
Tomad al punto el camino,
Que esto quiero y esto os mando.
Después de cumplido aquesto
Faced de la capa un sayo.»

LVII

Derrota.

Tomó Ginés la palabra
Por todos sus compañeros,
Y dijo:—Lo que mandais,
Redentor y señor nuestro,
Es imposible cumplirlo;
Antes bien, aquí debemos
Separarnos y seguir
Por diferentes senderos;
Que ya la Santa Hermandad
No debe de andar muy lejos,
Y es muy justo escabullirnos
Y evitar un contratiempo.

Lo que bien se puede hacer,
Y de vos, señor, lo espero,
Es mudar ese servicio,
Montazgo, tributo ó censo,
De esa doña Dulcinea
Del Toboso á quien venero,
Por alguna cantidad
De Ave Marías y Credos,
Pues ya de noche ó de día,
Ya reposando ó huyendo,
Todos por vuestra merced
Con gran gusto rezaremos.
Que eso de pensar ahora
En que con cadena al cuello
Hemos de ir al Toboso,
Es andar en regodeos
Y pedir al olmo peras.
—¡Pues voto á tal!, dijo puesto
En cólera D. Quijote;
Don hijo de... los infiernos,
Ginesillo Paropillo,
Ó como os llameis, que al vuelo,
Rabo entre piernas, á ir vais
Sólo, llevando en el cuello
Toda la cadena á cuestas.
—Eso, al punto lo veremos.»
Así dijo Pasamonte.
Y seguro de que el bueno
Del hidalgo, estaba loco,
Á sus demás compañeros
Hizo del ojo apartándose
Todos, aunque no muy lejos;
Y tal lluvia de pedradas
Le arrojaron, que maltrecho
En vano con su rodela
Pretendía hurtar el cuerpo.
Rocinante no hacía caso
De la espuela, ni del freno,
Y Sancho se abroquelaba
Tras de su pobre jumento.
Llegó en esto un gran guijarro
Que tiró al hidalgo al suelo,

Y viéndolos de este modo
Los galeotes protervos
Se acercaron, la vacía
Á Don Quijote rompieron;
Quitáronle una ropilla,
Dejaron á Sancho en cueros
Y allí con sus pobres bestias
Tristes, mustios, boquiabiertos,
En aquel valle de lágrimas
Quedaron los dos gimiendo.

LVIII

Precaución.

Viéndose tan mal parado
Don Quijote, con pesar
Exclamó:—Siempre se ha dicho,
Hijo Sancho, y es verdad,
Que el hacer bien á villanos
Es echar agua en la mar.
Si yo te hubiera creido,
No nos sucediera tal;
Pero ya la cosa es hecha,
Paciencia y escarmentar.
—En punto á escarmientos, creo
Que vuestra merced será
Escarmentado, cual yo
Soy turco.—Ya lo verás.
—De todos modos, señor,
Puesto que dice que está
Dolido de no haber dado
Crédito al consejo leal
Que le dí, por esta vez
No me deje de escuchar.
Vámonos lejos de aquí,
Que el ser cuerdo, nunca está
Reñido con ser valiente,
Y no hay, señor, que jugar

Con fuego, ni yo quisiera
Ver á la Santa Hermandad,
Cuyos tiros y saetas
Me parece sentir ya.
Tenga, señor, muy en cuenta
Que ella no lee jamás
Libros de caballerías,
Ni un comino se le da
De todos los caballeros
Andantes.—Siempre serás,
Le contestó D. Quijote,
Hablador como un rufian;
Pero por que al fin no digas
Que soy terco y contumaz,
Dispuesto estoy á seguirte
Á donde quieras guiar;
Pero con la condición
De que decir no podrás,
Ahora, ni nunca, ni en vida
Ni en muerte, con labio audaz,
Que de aquí me retiré
De miedo, sino por dar
Testimonio de que quise
Complacerte; y si falaz
Algo en contrario dijeres
Ó pensares... ¡voto va...!
Que te desmiento y te digo
Que mientes y mentirás
Tantas veces, cuantas sean
Las que pienses cosa tal.
Este mentís te anticipo,
Con que... no repliquesmás.»

LIX

La gran pena de Sancho.

Esquivando á la justicia
Van ya por Sierra Morena,

Que el buen Sancho se propone
Atravesar toda entera.
Del gabán que le quitaron
Siente la forzada ausencia;
Pero le quedó el consuelo
De que aún comida les resta;
Que los fieros galeotes
No pudieron dar con ella,
Y aún quedaron por el suelo
Tres clericales fiambreras.
Dióse á despachar alguna
El buen escudero priesa,
Tendió la noche su manto
Y se hallaron entre breñas.
Vino el sueño, y entre un grupo
De alcornoques, tan de veras
Les venció, que un terremoto
Despertar no les hiciera.
Entonces por su desdicha
Quiso la fortuna adversa
Que por allí á tales horas
Tercera persona hubiera.
Era Ginés Pasamonte
Que en lo interior de la sierra
Quiso también esquivar
De la justicia las huellas.
Topó con Sancho y su amo,
Y al ver cuán profundo era
Su sueño, albergó en su mente
Una diabólica idea.
Cortó al punto cuatro estacas
Iguales, fuertes y recias,
Con que apuntaló la albarda
Hincándolas bien en tierra.
Y sacando luego el asno
Por debajo de las piernas
Del inocente escudero
Que ni aun así se despierta,
Dejando al buen Rocinante
Que para nada aprovecha,
Puso pies en polvorosa
Llevando la hurtada prenda. (18)

. . . . . .

¿Quién podrá pintar ahora
El dolor, la horrible pena
Que esperaba á Sancho Panza
Al fin de la noche aquella?
Baste decir que la aurora
Salió alegrando la tierra,
Á la vez que el escudero
Daba con su cuerpo en ella.
Dió su caída dormido;
Despertó y armó la gresca,
Que al ver que no estaba el asno
Rompió en lágrimas y quejas.
—Oh! hijo de mis entrañas
Nacido en mi casa mesma!
Decía; tú que eres brinco
De toda mi parentela!
Que de mi mujer é hijos
Tesoro y regalo eras,
Y envidia de mis vecinos,
Y alivio de mis flaquezas!
Tú que eras sustentador
De mi persona y mi mesa,
Pues con lo que tú ganabas,
Mediaba yo mi despensa!
¿Qué es de tí? ¿dónde te hallas
Que no me das la respuesta?
¿Qué mago te hizo invisible
Ó quién te roba y te lleva?»
Calló un instante y su amo
Que oyó sus tristes querellas,
Le dijo:—No hay que apurarse,
Que yo te daré una cédula
Con la cual irás á casa
Y al punto te harán entrega
De tres de los cinco asnos
Que al venirme, dejé en ella.»

. . . . . .

Quedó tan contento Sancho
Con semejante promesa,
Que cargado con su albarda
Anduvo más de una legua (19).

LX

Hallazgo en Sierra Morena.

Iba en pos de Don Quijote
El buen Panza caminando
Cuando vió que se paraba
En cierto sitio su amo
Y con el lanzón hacía
Esfuerzos para alzar algo
Del suelo; cosa que hizo
Á Sancho apretar el paso.
Llegó, pues, todo curioso
Y vió subir por lo alto
Del lanzón, unos objetos
Viejos y llenos de barro
Que por su forma y color,
Aunque estaban desgarrados,
Parecían un cojín
Y una maleta; mas tanto
Pesaban, que el caballero
No podía levantarlos.
Mandó, pues, á Sancho Panza
Que lo hiciese, y registrando
Su interior, aunque venía
Sujeta con un candado
La boca de la maleta,
Por una rotura, Sancho,
Se puso á sacar muy listo
Muy alegre y muy ufano
Cuatro camisas de Holanda,
Y de lienzo fino y blanco
Otros objetos curiosos
Que la vista le alegraron.
Luego con asombro y júbilo
Sacó su callosa mano
Un pañizuelo en que halló...
¡Oh fortuna! Oh día fausto!

Un montoncillo de escudos
De oro, que lleno de pasmo
Le dejó, mientras gritaba:
—Sea bendito y alabado
El cielo que nos envía
Estos preciosos encantos
Y esta adorable aventura
Casi sin imaginarlo!»
  Buscó más en la maleta
Y halló en su fondo olvidado
Un librillo de memoria
Lleno de adornos galanos
Con ricas tapas; pidiósele
Al punto el insigne hidalgo
Y díjole que guardase
Todo aquel dinero, en pago
De sus leales servicios.
Besóle al punto la mano
Por la merced, el dichoso
Escudero, mientras su amo
Decía:—Según parece,
Por aquí un descaminado
Caminante, debió ser
Víctima de desalmados
Malandrines, que la muerte
Le dieron.—Pues yo no hallo,
Señor, que fuesen ladrones;
Que de seguro robado
Le hubieran este dinero
Que en la faltriquera guardo.
—Tienes razón, y no atino...
Mas puede, y á verlo vamos,
Que este libro de memorias
Nos ponga al corriente de algo »
  Abrió Don Quijote el libro
Y por él conjeturaron,
Viendo allí en verso y en prosa
Conceptos enamorados,
Quejas dulces y sentidas
Y celosos arrebatos,
Tan de buena letra escritos
Como muy bien redactados,

Que aquellas perdidas prendas
Que en su camino encontraron
Debieron pertenecer
Á un galán rico y bizarro
Tan rendido y tan amante
Como triste y desgraciado.

LXI

El desconocido.

Caminaba Sancho Panza
Tan contento de sí mismo
Que no se hubiera trocado
Por un reverendo obispo.
Y era para estar alegre,
Pues llevaba en el bolsillo,
Bien vistos y bien contados
Más de un centenar de lindos
Escudos, por los que ahora
Dá por muy bien recibidos
Y por mejor empleados
Los volteos y los brincos
De la manta; el vomitar
Del brebaje; los malignos
Garrotes de los yangüeses;
Las puñadas y mordiscos
Del arriero; las alforjas
Que en la venta dió al olvido;
De los batanes el susto;
Los golpes y los pellizcos
De los mozos de los frailes;
La aflicción de los molinos;
El robo de su gabán;
El hambre, la sed, los fríos;
El calor, y hasta los golpes
De su señor ofendido.
Todo lo dá de buen grado
Por sus escudos magníficos.

Don Quijote, por su parte,
También marcha entretenido
Pensando en aquel incógnito
Tan consecuente y tan fino
Como él se lo figuraba
Á juzgar por sus escritos;
Y así caminando iba
Cuando por ásperos riscos,
Vió saltar de peña en peña,
Y de mata en mata, listo
Como un gamo, un hombre que iba
Más desnudo que vestido,
Descalzo de pies y piernas,
Hecho el cabello un erizo,
Y con negra y luenga barba
Cual si fuese un capuchino.
También reparó que eran
De terciopelo rojizo
Ó leonado los calzones
Rotos y descoloridos
Que llevaba, y aunque rápido
Se alejó de aquellos sitios,
Le pareció que aun debía
Tener juveniles bríos.
Supuso, pues, que era el dueño
De los objetos perdidos,
Hallados un poco antes
En medio de su camino.
Esto aumentó de tal modo
Su curiosidad, que hizo
Cuanto pudo por seguirle;
Mas no acertó á conseguirlo
En sendas tan escabrosas
Sobre su caballo tísico.
Mandó, pues, á Sancho Panza
Que por atajo distinto,
Marchara, en tanto que él
Iba por opuesto sitio
En busca del misterioso
Personaje fugitivo;
Mas Sancho sintió tal miedo
Que le rogó muy sumiso

No le separara nunca
De su lado.—Bien; no insisto,
Respondióle el caballero;
Camina siempre conmigo,
Que ánimo no ha de faltarte
Pues yo te lo comunico.
Sígueme así, poco á poco,
Por aquestos laberintos,
Y haz al punto dos lanternas
De tus ojos, que hoy me obstino
En buscar y hallar al prójimo
Que hace un momento hemos visto,
Y que debe ser el dueño
De la maleta y del libro
De memorias.—Pues yo creo,
Dijo Sancho algo sentido,
Que más que ir á buscarle
Fuera cuerdo el evadirlo
Siquiera hasta que pasaran
Por lo menos cuatro ó cinco
Años, que entonces, tal vez
Ya tuviera yo invertidos
Los dineros, y no habría
Medio de restituirlos.
—Engáñaste en eso, Sancho,
Que, si es lo que yo colijo,
El esquivarle sería
Incurrir en un delito.
Dios manda restituir
Lo que el prójimo ha perdido;
Y el apropiarnos lo ajeno
No es cristiano ni legítimo.
Así, pues, no te dé pena
El buscalle; antes te digo
Que conforme te hallarás,
Obrando según es lícito,
No sólo con tu conciencia
Que es tu juez, sino conmigo
Que más quiero verte pobre
Honrado, que verte rico
Sin honra; guarda tu fama,
Y así vivirás tranquilo.»

Hizo Sancho un gran esfuerzo
Para parecer contrito,
Y silenciosos marcharon
Dando vuelta á un montecillo
Tras del cual, junto á un arroyo,
Hallaron medio comidos
Por los perros y los grajos
Moradores de aquel sitio,
Los despojos de una mula,
Con vistosos atavíos,
Y freno y silla, que dieron
Al buen Don Quijote indicios
De que la mula, cojín,
Maleta, ropas y libro,
Debieron pertenecer
Al astroso fugitivo.

LXII

Encuentro.

De esta manera pensaba
Cuando oyó muy cerca el silbo
De un pastor; y vió á un anciano
Cabrero, que en unos picos
De la montaña tenía
Puesto á la sazón su aprisco.
Dióle voces y rogóle
Que bajara, y él lo hizo
Demostrando grande asombro
Al ver en tan escondido
Y solitario paraje
Á los dos recien venidos.
Advirtió que contemplaban
La mula, y al punto dijo:
—Ese animal, há seis meses
Que aquí con su dueño vino.
¿Por ventura á este topásteis?
—Tan solamente hemos visto,

Le respondió Don Quijote,
Un cojín todo podrido
Y una maleta.—También,
Dijo el viejo cabrerizo,
Yo la ví; pero guardéme
De tocar lo que no es mio,
Temiendo que lo tomasen
Por hurto; que el diablo es listo
Y sotil, y algunas veces
Pone á los pies el abismo
Para que tropiece y caiga
El hombre.—Lo mesmo digo,
Respondióle al punto Sancho;
Y para mostrar que opino
De igual modo, bastará,
Señor cabrero, el deciros
Que ví también la maleta
Y que no me puse á tiro
De piedra por alcanzalla;
Antes bien, muy precavido
La dejé tal como estaba
Sin andarme con registros
Inútiles, y allí queda
Por los siglos de los siglos.»
  Tomó en esto la palabra
Don Quijote, algo mohino
Al ver el mentir de Sancho,
Y habló así al recien venido:
—Decidme ¿sabeis quién es
El dueño de aquestos míseros
Despojos?—Cuanto me consta
Voy, señor, á referiros:
Un día por estas quiebras
Galanamente vestido,
Con traje de terciopelo
Y otros nobles atavíos,
Montado sobre esa mula
Cuyo esqueleto habeis visto,
Se apareció un bravo mozo
Á unos compañeros mios.
Preguntó con buenas frases
Dó estaba el más escondido

Lugar que en la sierra había;
Y apenas le satisfizo
Un pastor, viósele ir
Entre turbado y tranquilo
Vadeando los torrentes,
Saltando de risco en risco,
Como si tuviese empeño
En no ser de nadie visto.
Otro día, por la senda
Que llevaban mis amigos
Se le vió salir á pie
Desmelenado, sombrío,
Roto el traje, airado el ceño,
Pidiendo venganza á gritos,
Y quitando á los pastores
Sus hogazas y su vino.
Otras veces le encontramos
Muy lloroso y comedido
Pidiendo sólo un mendrugo
Para matar su apetito.
En este caso, su acento
Es tan dulce y tan sumiso
Que el mirarlo da tristeza
Y parte el alma el oirlo.
Y si alguna vez se le halla
Bajo un tronco guarecido
Ó al pie de pelada peña
En donde halló un escondrijo,
Dice con humilde acento,
Que allí está porque ha venido
Á hacer dura penitencia
De sus pecados antiguos;
Mas si en cambio á la sazón
Tiene alborotado el juicio,
Maldiciendo á un tal Fernando
Que algún mal muy grande le hizo,
Con todo el mundo la emprende
Á puñadas y mordiscos.
Esto es, señor, cuanto puedo
De aquese infeliz deciros.
Respecto de su persona
Añadiré que no he visto

Jamás mayor gentileza
Más hermosura y más bríos
En hombre alguno; y que ahora,
Á pesar de estar curtido
Por la inclemencia del tiempo;
De tener como un erizo
Barba y cabello, y llevar
Jirones más que vestidos,
Tanto interés nos inspira,
Que le buscamos solícitos
Dispuestos á conducirle
Donde algún facultativo,
Mire si volverle puede
La ventura con el juicio.»
Así les habló el cabrero,
Y apenas esto les dijo,
Vieron avanzar al loco
Que, abismado y abstraído,
Gesticulaba en silencio
Ó hablaba consigo mismo.
Saludóle Don Quijote
Al llegar; quedóse fijo
Mirándole con agrado
El triste recien venido,
Y después de dirigirse
Mil cumplimientos recíprocos
Es fama que se abrazaron
Haciéndose muy amigos.

LXIII

Cardenio comienza su historia.

Contando su vida está
Al valeroso manchego
Aquel otro pobre loco
Que diz se llama Cardenio.
Contándole está su vida:
Mas por condición le ha puesto

Que no habrá de interrumpirle
Si todo quiere saberlo.
Que como el dolor le mata
Y tiene perdido el seso,
Bien puede una interrupción
Romper el hilo del cuento.
Prometióle D. Quijote
Guardar profundo silencio,
Y Cardenio le mostraba
De su vida los sucesos.
Nacido en Andalucía,
Rico, estimado y contento,
Casi en sus primeros años
Sintió el amor en su pecho.
Era Luscinda su amada,
Tan hermosa como un cielo,
Y Cardenio la escribía
Mil cartas en prosa y verso.
La seguía y la rondaba,
Y estando de su amor cierto,
Fué á pedírsela á su padre
Con mucho comedimiento.
—Yo no me opongo, éste dijo,
Á que vos seais su dueño;
Mas soy padre de Luscinda;
Venga á pedírmela el vuestro.»
Voló al instante á su casa
El venturoso mancebo;
Mas ¡ay! que toda su gloria
Iba á trocarse en infierno.
No bien á su casa llega
Su padre le alarga un pliego;
Era del duque Ricardo
Que llama al joven Cardenio.
Fuéle preciso ausentarse
De Luscinda, y de su pueblo,
Y al despedirse de aquélla,
De este salió sin sosiego.
Recibióle bien el Duque
Que quiere aumentar sus medros,
Y convertirle en un hombre
De fortuna y de provecho.

La ausencia se dilataba,
Lloraba el triste Cardenio,
Y en bendecir á Luscinda
Sólo encontraba consuelo.
Á un hijo menor del Duque
De amistad inspiró afecto:
Llamábase Don Fernando
Y era un mozo muy dispuesto.
Este D. Fernando, andaba
También á su vez inquieto,
Por gozar de los amores
De un dulce adorado dueño.
De una joven labradora
De rostro admirable y bello,
Tan recatada y honesta
Como de sutil ingenio.
Sus padres eran muy ricos;
Mas D. Fernando, soberbio,
Su cuna menospreciando
Puso á su virtud asedio.
No pudo, por más que hizo,
Lograr al pronto su empeño,
Y entonces se ofreció á darla
Palabra de casamiento.
Sabiendo cuanto ocurría,
Quiso evitarlo Cardenio,
Mas ¡ah! que velar no pudo
De la labradora el sueño.
Soñó que hallaba en Fernando
Un esposo verdadero,
Y Fernando al verla suya
Cambió en hastío el contento.
Hablaron los dos amigos,
Uno astuto, otro sincero
Y ambos á dos concertaron,
Poner la ausencia por medio.
Esta determinación
Respondía á los deseos
De aquel que al amor esquiva,
De aquel que le busca ciego.
Fué, pues, D. Fernando á casa
De los padres de Cardenio,

Y este pudo á su Luscinda
Mirar y admirar de nuevo.
Habló de ella con su amigo,
Y mostrándosela luego,
La encontró tan seductora
Que quedó absorto y suspenso.
—Gran fortuna habeis tenido
En hallar angel tan bello.
Le decía D. Fernando
De grande estusiasmo lleno.
Y tanto la celebraba,
Que al fin el pobre Cardenio
Con tantas ponderaciones
Sintió el dardo de los celos.
—Era en efecto Luscinda
Mujer de tanto talento,
Prosiguió diciendo el loco,
Que no hay cómo encarecerlo;
Sus escritos admiraban
Por lo finos y correctos,
Y en versos me respondía
Cuando mi carta iba en verso.
Gustaba de las novelas,
Y de otros libros discretos,
Y un día que me pidió
Con mucho encarecimiento,
Un ejemplar de Amadís
De Gaula.» . . . . . .
. . . . . .
No pudo el bueno
Del hidalgo contener
La palabra por más tiempo.
Así, pues, dijo al instante
Con el mayor ardimiento:
—No teneis que ponderarme,
Ilustre y noble Cardenio,
La discreción de Luscinda;
Que con saber desde luego
Que era amiga de Amadís,
Yo la proclamo ahora mesmo
Por la mujer más hermosa
Y sabia del universo.

Y para más demostraros
Que son un tesoro inmenso
Esos libros, á mi casa
Venid, y hallareis trescientos
Á cual más entretenidos;
Y esto digo, aunque me temo
Que el ladrón del mago aquel
Que me robó el cuarto de ellos,
Tal vez por darme disgusto,
Aun no los habrá devuelto.
Por lo demás, perdonadme
Si interrumpí vuestro cuento,
Y continuad, que de oiros
Siéntome muy satisfecho.

. . . . . .

No estaba ya tan en caja
El juicio del buen Cardenio,
Que pudiese coordinar
Otra vez sus pensamientos.
Quedóse, pues, abismado,
Y levantándose luego,
Dijo dando manotadas
Y con acento colérico:
—No es posible persuadirme,
Cuanto más medito en ello,
Que la Reina Madasima
Y Elisabet, su maestro,
No estaban amancebados.
—¡Eso no ¡voto al infierno!
Gritó al punto D. Quijote;
Y al que tenga el vil empeño
De calumniar á esa dama,
Yo le desdigo y le reto,
Y le apellido bellaco
Disfamador y embustero.»
El loco que oyó estas cosas
Y escuchó tales denuestos,
Cogió un guijarro, y con él
Al hidalgo dió en los pechos
Haciéndole caer de espaldas.
Quiso acudir al momento
En socorro de éste, Sancho;

Mas tal puñada Cardenio
Le sacudió, que á su vez
Dió el infeliz en el suelo,
Recibiendo mil patadas
Y golpes en todo el cuerpo.
Quiso el cabrero acudir,
Y también para el cabrero
Hubo puños; mas cansado
Al fin, de tal vapuleo,
El loco, montaña arriba
Se fué con gentil sosiego.

LXIV

Sancho se despide.

Sancho, que estaba furioso
Por los golpes recibidos,
La pegó con el cabrero
Porque diz no les previno
Á tiempo, de aquellos raptos
De Cardenio.—Yo os lo he dicho,
Contestó el cabrero.—Mientes!»
Y entre si se fué ó se vino
Comenzaron á zurrarse
Ambos, de la barba asidos.
Quiso el hidalgo ponerlos
En paz; y Sancho mohino
Gritaba:—Déjeme á este
Que no es, ni será, ni ha sido
Caballero; este me toca
Por villano.—Pues yo insisto
En mandarte que le dejes,
Y que sigas mi camino,
Puesto que no tiene culpa
De lo que aquí ha sucedido.»
Despidióse el caballero
Del pastor, y por los sitios
Más agrestes, caminaron

En busca del fugitivo,
Cuya historia saber quiere
Aunque le cueste un sentido;
Mas Sancho, que á la sazón
Hecho estaba un basilisco,
Parándose de repente
De esta manera le dijo:
—Déme aquí la bendición
En este momento mismo,
Y déjeme que me parta
Luego; que quiero á mis hijos,
Á mi mujer, y á mi pueblo
Volverme con su permiso.
—¿Qué tábano te ha picado?
—Ni me rasco, ni me pico;
Lo que quiero es separarme
De tan endiablado oficio,
Que sólo nos proporciona
Pedradas, coces, mordiscos,
Manteamientos, palos, hambre,
Y batanes, y molinos,
Amén de llevar los labios
Amordazados, cosidos,
Sin poder desembuchar
Lo que siento.—Ya adivino
Que lo que el buen Sancho quiere
Es hablar.—Dios no me hizo
Mudo.—Pues habla y revienta,
Que ya te alzo el entredicho.
—Usando de esa licencia
Que me dá, lo primerito
Que diré, señor del alma,
Es, que según yo colijo,
Ir así detrás de un loco
Es un grande desatino.
Pienso que fué disparate
Cortarle de pronto el hilo
Del cuento, por defender
Aquella reina.—Á eso digo,
Sancho, que lo haré mil veces
Si la ofenden; que no es lícito
Á un caballero valiente

Ver, oir, y ser testigo
De la afrenta que se hace
Á personajes tan dignos
Como siempre fué la Reina
Madasima, y es ilícito
Y torpe, amenguar la fama
De quien no nos ha ofendido
Y estando ausente no puede
Vindicarse.—Pues yo afirmo
Que es peor sufrir la afrenta
De aquel guijarro maldito
Que si le dá en la cabeza
Seco le deja en el sitio.
Digo que es más que locura
Cruzar este laberinto,
Sin saber á dónde vamos;
Que nunca iremos de fijo
Á ganar los reinos é ínsulas
Que me tiene prometidos,
Hablándome de esas cosas
Que sólo están en los libros
Que repasa; y lleve el diablo
Estos trabajos continuos
Y estas jornadas eternas
Que sólo acaban con tiros
De piedra, palos y golpes,
Haciendo perder el juicio
Á vuesa merced que halla
Gigantes en los molinos,
Y en la mísera bacía
Rota, que llevo conmigo,
Lo que según asegura
Es el yelmo de Martino.
—Eso, buen Sancho, consiste
En que los genios malignos
Que nos persiguen, te hacen
Ver, de un modo muy distinto
Las cosas; mas yo, que todo
Lo penetro y examino
Con los ojos de mi alma,
Y conozco el mundo mísero
Donde apenas resplandece

La verdad que hallar ansío,
Lleno de fe, la mentira
Combato, el dolo castigo,
Y las cosas restituyo
Á su estado positivo.
Por lo demás, hijo Sancho,
No creas que perseguimos
Sólo las huellas del loco;
Sábete que aquí he venido
Á consumar la más grande
Hazaña, que el mundo ha visto.
—Diga, señor, ¿y esa hazaña
Ofrece mucho peligro?
—No; y aun depende su éxito
De tí, en quien mucho confío.
Que si volvieres tan luego
Como yo lo necesito
Del punto á que he de enviarte,
Tendrán mis penas alivio
Y veré trocado en gloria
El infierno en que ahora vivo.
Sábete, pues, que imitando
Á otros caballeros ínclitos,
Entre los cuales se cuentan
Amadís de Gaula invicto,
Y el no menos ponderado
Don Roldán, que perdió el juicio
Al ver que su amada Angélica
Dió á Medoro el albedrío,
Pienso hacer tales locuras
Y lanzar tantos suspiros,
Que el mundo se quede atónito
Al saberlas y al oirlos.
—¿Y qué causa, para ello,
Vuesa merced ha tenido?
¿Qué dama le ha desdeñado?
¿Qué traición jamás le hizo
La señora Dulcinea
Del Toboso, que es su ídolo?
—Ahí está el quid, hijo Sancho,
Ese es mi gran sacrificio;
Que desatinar con causa

No es nuevo, ni vale un pito.
La gracia está, en que sin ella
Haga yo mil desatinos,
Dando á entender á mi dama,
Y fíjate en lo que digo,
Que si hoy en seco, hago esto,
¿Qué hiciera en mojado?—El tino
Me falta para estudiarle;
Veo menos, cuanto más miro.
—Ya lo sabrás; por el pronto
No luches con mis designios.
Si por loco han de tenerme
Los cobardes y los pícaros,
Loco soy, loco he de ser
Hasta que á este retiro
Me vuelvas con la respuesta
De una carta que contigo
Pienso enviar á la hermosa
Señora de mi albedrío;
Á la Reina Dulcinea
Noble deidad del Olimpo,
Que tal vez, tras de tan larga
Ausencia, me dió al olvido.
Esto conocer pretendo,
Esto averiguar ansío
Y hasta que logre aclararlo
Más muerto estaré que vivo.»

LXV

El mensaje.

Llegando al mas intrincado
Lugar de la abrupta sierra
Dijo á Sancho Don Quijote:
—Bajo esta verde arboleda,
(Y era verdad, que allí había
Muchos árboles y yerbas),
Quiero, Sancho, desde ahora

Comenzar mi penitencia.»
Y apostrofando á los árboles,
Á los montes, á las peñas,
Á los mares, á los ríos,
Á los dioses de la selva,
Y hasta á los cuatro elementos
Agua, fuego y aire y tierra,
Comenzó á invocar con ansias
El nombre de Dulcinea
Diciendo:—«Mira el estado
En que me pone tu ausencia,
Corresponde á mi ternura,
Ó dame la muerte fiera.»
Bajóse de Rocinante
Y dándole una violenta
Palmada en la grupa, exclama:
—Vete ya por donde quieras,
Bruto indómito y alígero;
Que escrito en tu frente llevas
Que no te igualó el Hipógrifo
De Ástolfo en cruzar la Selva
Y en tragarte los espacios
Con indómita carrera.
—Eso no, replica Sancho,
Que si he de llevar la vuestra
Carta al Toboso, y sin asno
Me encuentro, y queréis que vuelva
Pronto, sobre Rocinante
Iré mejor.—Así sea,
Quédatele, que entretanto,
Dejando mis armas puestas
Sobre un tronco, aquí en camisa
Con mil locuras diversas
Darme de calabazadas
Quiero en las peladas peñas,
Que allí ves; tú aquí estarás
Tres días para que adviertas
Cuanto hago, y se lo cuentes
Á mi dulce ingrata dueña.
—Oh! señor, no haga tal cosa,
Que al darse contra las breñas
Puede muy bien lastimarse,

Los sesos dejando en ellas.
Péguese en cosa más blanda
Tal como el agua ó las yerbas.
Y respecto á los tres días
Del plazo, abrevie la fecha,
Que cuanto más pronto parta
Más pronta será mi vuelta.
Haga ó no haga locuras
Á mí no me importa el verlas
Que yo afirmaré que es
El más loco de la tierra.
Deme al momento un escrito
Para la gran Dulcinea,
Que recados de palabra
Mi memoria no conserva.
Y para que yo la encuentre
Dígame, señor, sus señas.
—¿Las ignoras?—Las ignoro.
—Pues sábete, Sancho, que esa
Señora de mi albedrío
Es una joven honesta
Á quien sólo ví tres veces
En mi vida, sin que ella
Supiese que la miraba.
Tan recogida se encuentra
Por su buen padre Lorenzo
Corchuelo, y por la discreta
Aldonza Nogales.—Luego
Mi señora Dulcinea
Se llama Aldonza Lorenzo?
—Justamente.—Por mi abuela
Le juro, señor del alma,
Que la conozco de veras
Y que es mujer de gran brío
Según arroja con fuerza
La barra; y tiene tal voz
Que en el campanario puesta
Se la escucha y se la entiende
Aunque se esté á media legua.
Digo que es moza de chapa,
De pelo en pecho, resuelta,
Correntona, y muy capaz

De hacer que un hombre se vuelva
Loco, y hasta que se ahorque
Al verse prendado de ella.
Y yo, señor, que creía
Que amaba á una gran princesa!
—Para el caso dá lo mismo;
Yo pretendo que lo sea,
Y con esta ilusión gano
Lo que pierdo con no verla.
Todo caballero noble
Que un casto amor alimenta
Debe por su propia honra,
Honrar á su dulce prenda.
Sírvate, pues, de gobierno.
—Prometo tenerlo en cuenta.
Escriba su carta al punto.
—Ligero voy á ponértela
En el libro de Cardenio;
Que luego en cualquier aldea
Podrá ponértela en limpio
Cualquier maestro de escuela.
—Mas ¿cómo imitar la firma
Aunque le imiten la letra?
—Eso, Sancho, importa poco;
Nunca mi firma vió ella,
Y además no sé si sabe
Leer, ni si fué á la escuela,
Por cuyas justas razones
Quiero que el dictado aprendas
De memoria, y se lo digas,
Si ella te lo manda ó ruega.
—Está bien, ponga la carta,
Y al propio tiempo la cédula
De los tres asnos.—Corriente,
Voy á escribirlas; espera.»
Quedóse abismado un rato
Don Quijote en sus ideas
Y después, tomando un lápiz
Que en el libro se conserva,
Allí en una de sus hojas
Escribió de esta manera:

CARTA DEL FIEL DON QUIJOTE
Á LA SIMPAR DULCINEA.

«Soberana y alta
Señora: El que llega
Á tí mal ferido
De punta de ausencia;
Y del corazón
Llagadas las telas
Tiene, por desgracia,
¡Oh gran Dulcinea!
La salud te envía
Que él de menos echa.
Si tu fermosura
Dura me desprecia,
Si tu gran valor
En mi pró no muestras;
Si los tus desdenes
Son para mis penas
En mi afincamiento,
Magüer que yo sea
Asaz de sufrido
Y Job de paciencia,
Mal podré, Señora,
Sostenerme en esta
Cuita, que es tan fuerte
Como duradera.
Sancho, mi escudero,
Podrá darte cuenta,
Amada enemiga,
Siempre ingrata y bella,
Del extraño modo
En que aquí me deja.
Si acorrerme quieres
Tuyas son mis prendas;
Y si no, haz tu gusto
Pues eres mi dueña;
Que con acabar
Pronto mi existencia
Habré satisfecho
Tu crueldad horrenda

Y hasta el fiel deseo
Que mi fe alimenta.
Tuyo hasta la muerte
En Sierra Morena

El caballero de la Triste Figura.

. . . . . .

Mucho ponderó el buen Panza
Esta carta, y sus lindezas;
Y aún más, otra que el hidalgo
Á su sobrina escribiera
En estilo comercial,
Como si fuese una letra
De cambio, de tres pollinos
Puestos en la misma Sierra.
Y ya sobre Rocinante
El escudero se encuentra,
Cuando su amo le dice:
—No te irás sin que me veas
Desnudo, dar en el aire
Unas cuantas zapatetas.
—Eso no, contesta Sancho,
Que soy hombre de vergüenza
Y le quiero, y solo al ver
Que por una... tente lengua,
Que si despotricas vamos
Á armar la marimorena,
Contando algunas historias
Que huelen mal por lo añejas.
—Pon cuidado en lo que hablas
Y no digas insolencias,
Hijas de la villanía
Que sólo infamias engendra.
Te he llamado porque quiero
Que certifiques mis penas,
Refiriendo cuanto hago,
Aquí mismo á tu presencia.»
Dijo; y al punto quitándose
Los calzones, con gran priesa
Comenzó á dar en el aire
Respingos y volteretas.
Sancho, entonces, viendo cosas

Que son para estar cubiertas,
Volvió á otro lado los ojos,
Y dando al caballo riendas
Se fué alejando y diciendo:
—Ahora juraré en concencia
Que mi amo está tan loco
Como la locura mesma.»

LXVI

La penitencia.

Indeciso el caballero
Al partir Sancho se hallaba
Sobre si imitar debía
De Orlando, la furia rara,
Ó la demencia pacífica
Del noble Amadís de Gaula,
Que su nombre en Beltenebros
Desesperado trocára.
—Bien mirado, dijo, á éste
Nunca le faltó su dama,
Y yo no estoy en el caso
De aquel, á quien traicionara
La infiel Angélica, dando
Á un moro recato y alma.
Nadie de mi Dulcinea
Pudo decir nunca nada,
Y no hay moro ni cristiano
Que pueda ponerle tacha.
Lo mismo está que aquel día
En que su madre la echara
Al mundo, y es para mí
Tan pura y limpia su fama,
Tan íntegra su virtud,
Y sus tendencias tan castas,
Que el día en que ella finare
Morirá en olor de Santa.
Opto, pues, por parecerme

Al buen Amadís de Gaula.»
  Diciendo de esta manera
Volvió á ponerse sus bragas,
Tomó un talante afligido,
Hizo un rosario de agallas
De alcornoque, y rebuscando
Raices, y yerbas raras,
Para alimentarse el tiempo
Que ausente esté Sancho Panza,
Con melancólico afán,
Dulces trovas y plegarias,
En los troncos de los árboles
Escribió vertiendo lágrimas,
Y arrojando mil suspiros
Que el eco de las montañas
Iba después repitiendo
Para dar al mundo lástima.
. . . . . .
  Entretanto, su escudero
Por los campos de la Mancha
Va pensando en los pollinos
Que su señor le regala;
Y ya presuroso había
Hecho una buena jornada
Cuando se halló frente á frente,
Sin que se lo imaginara,
De aquella endiablada venta
Dó un día le mantearan.
Y aun que el pobre, deseoso
De comer caliente estaba,
Y de trasegar un jarro
De Valdepeñas ó Arganda,
Después de tantos fiambres
Y de sólo beber agua,
Tanto temor le infundían
Los recuerdos de la manta,
Que irresoluto y perplejo
Allí en el camino estaba,
Sin atreverse á seguir
Su ruta, ó pedir posada.
  Salieron en tanto de ésta
Dos hombres de buenas trazas,

Los cuales al ver á Sancho
Este diálogo entablan:
—Ó yo, señor Cura, tengo
En los ojos telarañas,
Ó el mozo que allí á caballo
Vemos, es el gran panarra
Que abandonó nuestro pueblo
De la noche á la mañana,
Siguiendo á Alonso Quijano
Á quien el Bueno llamaban.
—Teneis razón, y aun me pienso,
Si á mí también no me engaña
La vista, que aquel rocín
De presencia tan escuálida,
Es el mismo que el hidalgo
En otros tiempos montaba.
Ved, maese Nicolás,
Ya que el cielo nos depara
Este encuentro, si podemos
Aliviar hoy la desgracia
De aquella pobre sobrina
Y de aquella triste ama,
Que en su mísero abandono
Se muestran desconsoladas.
Vamos á hablar á ese hombre
Y á saber qué es lo que pasa.

LXVII

Apuros de un escudero.

Mucha pena causó á Sancho
Tan inesperado encuentro,
Y aun más la conversación
Que aquellos con él tuvieron,
Pues preguntándole ambos
Dónde está en aquel momento
Su señor, como él tratase
De ocultar su paradero,

Mintió, vaciló, se puso
Como un pavo, y le subieron
Los colores á la cara
Y el balbucir al acento.
Y su apuro fué más grande
Cuando exclamaron resueltos:
—Pues á declarar te niegas,
Tú le habrás robado y muerto.
—Eso no, por vida mia,
Responde Sancho colérico;
Que yo homecillos no hago;
Mátele Dios que le ha hecho.
Con vida está en este instante
Aunque es un costal de huesos,
Y digo que está con vida
Aunque él se tiene por muerto,
Porque detrás de los montes
Que allí se ven á lo lejos,
Tantas zapatetas hace
Que causa dolor el verlo.
Dice que está enamorado
De una princesa, y lo cierto
Es, que según malas lenguas,
Es moza de mucho enredo.
Llámase Aldonza, y es hija
De un tal Lorenzo Corchuelo
Habitante en el Toboso,
Á donde voy con un pliego.
También voy al lugar suyo;
Es decir, al lugar nuestro,
Puesto que vuestras mercedes
Y yo, somos de uno mesmo.
Para su sobrina, traigo
Cédula de tres jumentos
Que me han de pagar en cuenta
Del que he llorado por muerto.
Esto es todo cuanto pasa;
Y pues ya saben lo cierto,
Dejen que vaya al Toboso,
Que volverme al punto debo.

. . . . . .

Tan admirados mostráronse

El buen Cura y el Barbero,
Al saber que enamorado
Estaba un hombre tan serio,
Que á no saber las manías
Del ingenioso manchego,
Á las palabras de Sancho
Nunca hubieran dado crédito.
Tanta su sorpresa era
Y se hallaban tan suspensos,
Que su atención no pararon
En el mísero escudero,
Que poniéndose muy pálido
Llevó ambas manos al pecho,
Y después á sus bolsillos
Con mucho apresuramiento.
Buscó y rebuscó cien veces:
Dió mil vueltas, miró al cielo,
Y remedando un gruñido,
Más que un grito de despecho,
Repelándose las barbas
Diólas un tirón muy recio,
Y se aplicó á las narices
Un puñetazo soberbio.
—¿Qué haces, bárbaro? exclamaron
El Barbero y Cura á un tiempo,
¿También tú te has vuelto loco
Y así tratas á tu cuerpo?
Mas reparando que estaba
El triste, en llanto deshecho,
Quisieron saber la causa
De semejantes extremos.
—¿Qué ha de ser? contesta entonces
Renovando sus pucheros,
Sino que aquí entre las manos
He perdido los jumentos?
—¿Pues cómo los has perdido?
—Perdiendo un libro muy bello
De memorias, donde estaban
La carta y la letra.—Eso
No debe darte cuidado,
Contestó el Cura, y tan luego
Como yo á tu señor halle,

Haré que en papel con sello,
Como es costumbre, te ponga
Otra libranza; que en esos
Libros, nadie acepta letras
De cambio.—Si es verdad eso,
Dijo Sancho, no haya pena,
Que de la carta me acuerdo
Cual si la tuviese impresa
En mi propio pensamiento,
Y la diré cabo á rabo,
Sin un punto más ni menos.
Así pues, vuestras mercedes
Podrán ponérmela luego
En limpio según quería
Mi señor.—Te lo prometo,
Dijo maese Nicolás;
Dila, y te la escribiremos.
Quedóse Sancho un gran rato
Meditabundo y suspenso,
Ya mordiéndose las uñas,
Ya escarbándose el cabello,
Ya dirigiendo la vista
Desde el zenit hasta el suelo;
Y después de haber estado
De este modo mucho tiempo,
Dijo:—Los diablos me lleven
Si en el meollo conservo
Más que el principio, en el cual
Mi sabio señor y dueño
Puso: *Alta y sobajada*
Señora.—No será eso,
Dijo maese Nicolás,
Pondría, según yo creo,
Sobrehumana ó *soberana.*
—Justo, soberana; y luego
Hablaba de un *mal ferido*
Llagado, y falto de sueño
Que besa á vuestra merced
Las manos; con lo que, haciendo
Por llegar al fin, ponía
Con muy buenas letras: *Vuestro*
Hasta la muerte; y debajo

Como firma: *El caballero*
De la muy Triste figura;
Que aunque el *muy*, yo no me atrevo
Á asegurar que lo puso,
Hoy lo está tanto, que creo
Que aunque ese *muy* le antepongan
No hay ponderación en ello.
—¿Y qué aventuras habeis
Corrido, durante el tiempo
De vuestra ausencia?—Son tantas
Que de ellas perdí ya el cuento;
Mas diré las principales
Si gusto tienen en ello.

LXVIII

De cómo Sancho contó al Cura y al Barbero las hazañas de su amo.

Sentáronse en un ribazo,
Y con gran contentamiento
De Sancho que los narraba
Y del Cura y el Barbero
Que los oían, pasaron
Gran revista á los sucesos
Pasados, si bien se abstuvo
El verídico escudero
De hablar de la venta aquella
Dó sufrió su manteamiento.
Llegó por fin al presente,
Y al fijarse en el destierro
Y la triste penitencia
Que su señor está haciendo,
El Cura le preguntó:
—¿Y hasta cuándo en tal empleo
Va á estar?—Qué sé yo? responde
Sancho; yo he tenido empeño
En sacarle cuanto antes
De aquellos despeñaperros,

Pero mi señor se obstina
En que sólo saldrá muerto
Si esa Aldonza ó Dulcinea
No le ofrece algún consuelo
Dándole alguna esperanza
Ó enviándole un requiebro
Siquiera; y es lo peor
Que después de haberme hecho
Promesa de hacerme un día
Conde, y de darme el gobierno
De una ínsula, me sale
Ahora con el proyecto
De hacerse arzobispo, en vez
De emperador; y si eso
Le cuaja, y se hace de iglesia,
Yo que soy casado y lego,
No podré hacerme canónigo
Ni sacristán por lo menos.
—Eso, Sancho, se remedia,
Dijo el Cura haciendo un gesto
De inteligencia á maese
Nicolás, con que de acuerdo
Los tres aquí nos pongamos
Para engañarle, fingiendo
Que yo soy una doncella
Andante que desde lejos
Viene á pedirle su amparo
Contra un falso caballero.
Que si él me dá su palabra
De consagrarme su esfuerzo
Y nos sigue, será fácil
Sacarle de ese desierto.
Y cuando aquí con nosotros
Se encuentre, yo te prometo
Inclinarle á que te firme
La letra de tus jumentos,
Y á que sea soberano
De algún dilatado imperio,
Haciéndote al punto conde
Ó marqués.—Acerca de eso,
Dijo Sancho, no hay que hablar,
Que mi señor es muy neto

Y si empeña su palabra
Lo demás es lo de menos;
Todo se irá realizando
Conforme con mis deseos.
Lo único que averiguar
En este instante no puedo,
Señor licenciado, es
De qué trazas ó qué medios
Se van á valer ahora,
Pues que mi amo no es lerdo,
Para que os juzgue doncella
Siendo cuando más doncello.
—Eso ya corre á mi cargo,
Ven á la venta y veremos,
Después que hayamos comido,
De qué manera me pienso
Conducir.—Mejor quisiera,
Replicó Sancho, temiendo
Más que nunca algún fracaso;
Que puesto que sois tan buenos,
Me sacáseis á este sitio
El necesario alimento
Para ese triste caballo
Y para mí, que me muero
De apetito; que si hay gasto
Á pagarlo estoy dispuesto.
—Si es eso cuanto deseas,
Yo hasta aquí traerte ofrezco,
No tan sólo la comida
Sino también un buen pienso.
—Que me place, y no se olvide
De un jarro de tinto añejo,
Que de tanto beber agua,
Un pez y un rana me he vuelto.»

. . . . . .

Poco después le sacaba
Lo prometido el barbero,
Y el buen Sancho y Rocinante
Un gran banquete tuvieron.

LXIX

Conspiración.

Lo que el Cura pretendía
Era llevarse á su pueblo
Á nuestro valiente hidalgo
Por ver si allí hallaba medio
De distraer su locura
Con ayuda de los cielos.
Y era tan justo y loable
Su caritativo empeño,
Que maese Nicolás
Al punto aplaudió el proyecto.
Llamaron á la ventera,
Y unas ropas le pidieron,
Con las cuales disfrazados
Quedaron Cura y Barbero
De tal modo, que ninguno
Temía ser descubierto.
Vestido aquel de mujer
Con atavíos del tiempo
Del rey Wamba, y el rostro
De negro antifaz cubierto,
Mientras éste simulaba
Ser un andante escudero
Con larga barba postiza
En que al punto convirtieron
La roja cola de un buey
Donde ponía el ventero
Sus peines; y como aquesta
Transformación llamó luego
La atención de la ventera
Que todo quiso saberlo,
Contóla el Cura al instante
El improvisado enredo
Que adoptaban por sacar
De la sierra al caballero.

—¡Válame Dios! dijo entónces
La huéspeda, á lo que veo,
Ese loco es el mismísimo
Que aquí estuvo há poco tiempo,
Y que se fué sin pagarnos,
Aunque pagó su escudero
Con daño de sus costillas
Y peligro de sus miembros.»
Contóles luego gozosa
La historia del manteamiento,
Y hubo risa para todos
Hasta que se despidieron,
Montando sobre sus mulas
De que los dos eran dueños.
Salió el Cura con maese
Nicolás, y Sancho al verlos
Disfrazados, también él
Á su risa soltó el freno;
Mas considerando entónces
Impropio del ministerio
Que ejercía, hacer melindres,
Propuso el Cura al Barbero
Que éste hiciese de doncella,
Y él á su vez de escudero;
Cosa en que estuvo conforme,
Y en que los dos convinieron.
Pusiéronse al punto en marcha,
No sin quitarse primero
Los disfraces, que guardaron
Para el último momento;
Y á fin de hacer su jornada
Más breve, á Sancho pidieron
Que les refiriese algo
Para entretener el tiempo.
Acordóse Sancho entónces
De sus doblones, y haciendo
Abstracción de la aventura
De la maleta y dineros,
Les fué contando la historia
De aquel peregrino encuentro
Que su señor Don Quijote
Tuvo con *el caballero*

Mal-roto, que así el buen Sancho
Llamaba al pobre Cardenio,
Cuya locura extremada
De su relación fué objeto.
Llegados por fin á sitios
En donde el buen escudero
Halló señales que él puso
Al salir, de trecho en trecho,
Y que ahora reconocía
Con muchísimo contento,
—Esta es la entrada, les dijo,
De aquel mísero destierro,
En donde su penitencia
Está mi señor haciendo.
Vístanse vuestras mercedes
Si ha de ser en su provecho
Y en el mio, que ya es hora
De hacer lo que propusieron.
—Que nos place, dijo el Cura;
Pero antes, Sancho, te advierto,
Si quieres que emperador
Èl sea y cumpla su empeño
De hacerte conde, que guardes
Con gran cuidado el secreto
De quiénes somos nosotros
Y de quenos conocemos.
Y si acaso te pregunta,
Que no dejará de hacerlo,
Si entregaste á Dulcinea
Su carta, le dirás luego
Que sí; que se la entregaste
Con mucho comedimiento,
Pero que por no saber
Leer ni escribir, te ha hecho
Portador de su respuesta
Verbal, mandando que presto
Salga de estas espesuras
Y al Toboso dirigiendo
Su planta, se vea con ella.
Esto te encargo, y con esto,
Tu amo será emperador
Ó Monarca cuando menos,

Que eso de ser Arzobispo
Ni te conviene, ni es cuerdo.»
Dióles Sancho muchas gracias
Después de estar muy atento
Escuchando al Cura, y dijo:
—Según imagino y creo,
Señor licenciado, basta
Que á mi buen señor y dueño
Le llame su Dulcinea
Para que sin más rodeos
Se ponga en camino al punto.
—Pues si es así, en este ameno
Sitio, aguardando quedamos.
Parte al punto y vuelve luego,
Que para darnos noticias
No te faltará pretexto.

LXX

El Cura y el Barbero encuentran á Cardenio.

En tanto que el buen Sancho se perdía
Por las altas quebradas de la sierra,
El Cura y el Barbero se encontraron
En otra, donde brilla y serpentea
Manso arroyo, que cubren con su sombra
Árboles verdes y musgosas peñas.
Era la hora en que el calor estivo
Del seco Agosto nuestro cuerpo enerva
Y en deliciosos éxtasis el alma
Busca un oásis y abismada queda.
La frescura del sitio, aquel silencio
Que el murmullo del agua turba apenas,
El sol brillante que los montes dora,
La augusta soledad que en torno reina,
Todo á los dos á disfrutar convida
Las breves horas de tranquila siesta.
Sentados, pues, sobre mullida alfombra
De Sancho aguardan la anunciada vuelta,

Cuando de pronto, sorprendidos oyen
Una voz dulce que cercana suena
Entonando con eco melancólico
Sentida, triste y amorosa endecha.
No era esa voz que varonil se alzaba
Tosca ó agreste, sino grata y tierna;
Ni eran duros conceptos de pastores
Los que formaban la inspirada letra.
Cesó ésta al fin, oyeron un suspiro,
Y al levantarse para ver quién era
El que cantaba trovas cortesanas
Despertando los ecos de la selva,
Inmóviles quedaron, escuchando
Los nuevos versos que á cantar comienza.
Á la santa amistad van dirigidos;
Mas prontamente su intención se trueca,
Que esa misma amistad, según se explica,
Viste del dolo la fatal librea.
Volvió el cantor á suspirar, y dando
De su inmenso dolor palpables muestras
Trocó sus versos por sollozos tristes,
Y ahogados ayes, y sentidas quejas.
—Muy triste está quien canta de ese modo.
—Mucho sufre quien gime tan de veras.»
Dijeron á la vez Cura y Barbero
Mientras que hallarle y consolarle anhelan.
Y acordando saber quién era el triste
Que de tal suerte su penar expresa,
Ambos juntos marcharon lentamente;
Y al volver de una punta de una peña
Vieron á un joven de poblada barba,
De frente altiva y cara macilenta,
Destrozado el vestido, que lloraba
Sin levantar por verles la cabeza.
—Este es sin duda, el loco de quien Sancho
Nos habló, dijo el Cura, y yo quisiera
Probar si la razón le ha abandonado
Para siempre jamás, ó si le queda
Un átomo de juicio.—Me parece
Que hay algo en él que aun esperanza ofrezca;
Si llora es porque siente todavía
Y su razón no está del todo muerta.»

Diciendo así, acercáronse á Cardenio
Y el Cura con talento y con prudencia
Le rogó y persuadió de que debía
Para siempre dejar la vida aquella
Si no prefiere con rigores tantos
Malograrla, y perderse con perderla.
Alzó Cardenio sus vivaces ojos,
Y aunque expresaban algo la sorpresa
Que le causaba el verse conocido
De aquellos, que él no sabe quiénes eran,
Con dulce tono y reposada frase
Á hablarles comenzó de esta manera:
—Bien sé, señores, que piadoso el cielo,
Al verme sucumbir bajo mis penas,
Hoy aquí os envió para mostrarme
Vuestra bondad y mi locura inmensa.
Mas no sabeis vosotros, que si salgo
Del abismo en que estoy y en que me deja
El bárbaro accidente que padezco
Y de mí, sin piedad, se señorea,
Será tal vez para arrojarme á otro
Que más espanto á quien le mire ofrezca.
Por eso aquí en la soledad, elevo
Á Dios mis votos; y si alguno llega,
Contándole mis cuitas, me parece
Que al referirlas, mi dolor se templa.
Así, pues, si vosotros deseásteis
Sacarme de este mar en que se anegan
Con mi frágil razón las esperanzas
Que tuve un día, y se quedaron muertas,
No paseis adelante en vuestras nobles
Persuasiones tan justas y discretas,
Sin escuchar el cuento de mi vida;
Que si acabarle mi aflicción me deja,
Ahorrareis el trabajo que os tomais
De hacer más leve mi mortal dolencia,
Consolando al que triste y sin ventura
No tiene ya consuelos en la tierra.»

LXXI

Cardenio reanuda su historia.

Contentos ambos al notar que el joven
De lucidez les daba claras muestras,
Y deseando conocer las causas
Que á tal estado de abyección le llevan,
Rogáronle que al punto les contara
De su vida la historia lastimera.
Hízolo así gustoso, y comenzando
Del mismo modo que antes, con presteza
Llegó hasta el punto aquel en que el hidalgo
Le interrumpió, y siguió de esta manera:

—Os he dicho ya, señores,
Que Luscinda me pidió,
Un libro de los mejores;
Libro que me devolvió
Con un billete de amores.
«Si con tal pasión, decía,
»Idolatrarme jurais,
»Padre tengo que en vos fía,
»Probadme, pues no soy mía,
»Que á todos nos estimais.»
Cuando esta carta leí
Á su padre la pedí;
Sabeis lo que contestó;
Mas no sabeis ¡ay de mí!
Lo que luego sucedió.
Un día que Don Fernando
Estaba el libro hojeando
Sin mostrar grande interés,
No sé por qué, cómo ó cuándo
Cayó la carta á sus pies.
Leyóla, y díjome:—«Linda
Es vuestra amada, Cardenio;
Bien la fortuna se os brinda,

Que además de ser Luscinda
Hermosa, es dama de ingenio.
¿Cómo no la habeis pedido
Á su padre?»—Lo hice en vano.
—Tan mal os ha recibido?
—Teneis padre, ha respondido,
Que él venga, y pida su mano.
—¿Y nada al vuestro dijísteis?
—Á hablarle no me atreví.
—Corto de genio anduvísteis;
Mas yo por vos haré aquí
Lo que hacer vos no supísteis.»
Lleno de esperanzas mudas
Besé sus manos crueles,
Sin más temores ni dudas.
¡Trocábanse los papeles
Y Cristo besaba á Judas!
—Yo á vuestro padre hablaré,
Me dijo, yo lograré,
Vuestra boda concertar;
Mas en tanto que esto haré
Por mí os teneis que ausentar.
Tengo que pedir dinero
Á mi hermano, y porque cuadre
Mejor á mi intento espero
Que seais mi mensajero
Sin que lo sepa mi padre.»
No pude, pues, eludir
Su cobarde alevosía,
Y me resigné á partir
Cuando el alma me decía
Que ausentarme era morir.
Morir de celos y amor;
Que también Luscinda bella
Abrigaba algún temor,
Cuando al despedirme de ella
Fuí transido de dolor.
—No temas de mi mudanza,
Dijo, y fía tu esperanza
En el amor que en tí he puesto;
Mas si ha de haber bienandanza,
Vuelve presto, vuelve presto.»

Quedé suspenso y temblando.
Era la primera vez
Que ví á Luscinda llorando.
¡Ah! ¿por qué de D. Fernando
No ví clara la doblez?
Despuntaba el nuevo día
Y puesto ya en mi camino
Tras mi perdición corría;
Me empujaba un asesino
Y el vil puñal no sentía!
Llegué á verme con su hermano
Que en lugar de despacharme
Me retenía inhumano:
Era todo un plan villano
Para burlarse y burlarme.
Pasábase lento el día;
Yo estaba puesto en un potro
Devorando mi agonía;
Mas ¡ay! que pasaba otro,
Y otro á otro sucedía.
Viéndome al fin persuadido
De que mi paciencia es harta,
Iba á marcharme ofendido
Cuando ví á un desconocido
Que llegó y me dió una carta.
Pintaros el estupor
Que sentí con su lectura
Fuera empresa superior
Á mi bárbaro dolor
Y á mi infinita amargura.
Sólo os diré, que en aquel
Desventurado papel
Mi horrible sentencia ví
Exclamando:—Es para él!
¡Dios mio! no es para mí.»

LXXII

Luscinda.

Lanzó un suspiro Cardenio
Y con voz más conmovida
Así continuó su historia:
—Anunciábame Luscinda
En la carta de que os hablo,
Que Don Fernando al pedirla
Á su padre, lo hizo solo
En su nombre, y que tenida
En cuenta por este último
La fortuna y jerarquía
De aquel nuevo pretendiente
Á casarla luego iban
Tan en secreto y á solas,
Y esto dentro de dos días,
Que solo el cielo y algunos
De casa á saberlo iban.
«Adios plegue, continuaba,
»Que esta triste carta escrita
»Por mí, llegue á vuestras manos
»Antes que la diestra mía
»Llegue á verse en condiciones
»De quedar por siempre unida
»Á la del hombre que obra
»Con semejante perfidia.»
Apenas leí (prosigue
Cardenio) esta carta mísera,
Borrada en algunas partes
Por lágrimas de Luscinda,
Lleno de enojo, y jurando
Vengar acción tan inícua,
Púseme al punto en camino
Y lo anduve con tal prisa
Que al declinar de la tarde
Llegué al pueblo al otro día.

Dejé en casa de un vecino
Mi mula tal como iba,
Y apenas la noche lóbrega
Difundió sus negras tintas
Sobre el mundo, con el alma
Llena de angustia y de ira,
De dudas que me acosaban,
De celos que me oprimían,
Llegué hasta la reja aquella
Fiel testigo de mis dichas
Pasadas, mas ¡ay! que entonces
Se conmovió el alma mía
De tal modo, que creí
Iba á faltarme la vida.
Estaba Luscinda en ella;
Mas de tal modo vestida,
Que maldije á los que necios
En fe de mujeres fían.
Vióme mi amada, y al punto
Sin esperar que le diga
Nada, díjome:—Cardenio
De boda aquí estoy vestida,
Y allá en la sala me aguarda
Con insensata alegría
Don Fernando el alevoso,
Y mi padre, que codicia
El oro vil, mucho más
Que la suerte de su hija.
Con ellos también se hallan
Los testigos que imaginan
Serlo de mis desposorios
Y no del fin de mis cuitas.
Así, pues, sólo te ruego
Que no te turbes ni aflijas,
Sino que hallarte procures
Presente á esa fiesta inícua.
Si estorbar el sacrificio,
Puedo con razones dignas,
Yo lo haré; mas si no ceden,
Llevo una daga escondida
Que ponga fin á mis males
Y á todas sus tiranías.»

Aprobé cuanto pensaba
Jurando que, puesto que iba
Armado, y resuelto á todo,
Á mi vez defendería
Su virtud y su inocencia,
Nuestro amor y nuestra dicha.
Llamáronla en este instante
Y en medio de mi infinita
Angustia, quedéme solo
Allá en la calle sombría
Y solitaria; mas dando
Al cabo, rienda á mis iras
Y á mi impaciencia, en la casa
Entré, y por ocultas vías
De pasadizos estrechos
Y oscuras escalerillas,
Sin que ninguno me viese
Llegué hasta la sala misma
En donde aquel sacrificio
Consumar fieros querían.
Tras de unos largos tapices
Que en una ventana había,
Quedé oculto, devorando
Mi afán, mis celos, mi envidia,
Mis confusas esperanzas
Muertas antes que nacidas
Dentro de mi corazón
Que presuroso latía
Dándome á entender que estaba
Próxima una gran desdicha.»

LXXIII

Don Fernando.

«Llegó Don Fernando al fin
Con el traje que solía
Llevar siempre, y no encontrando
Más gentes ante su vista

Que los criados de casa,
Mostró bien su altanería
Como aquel que ya está dentro
De una plaza que conquista.
Iba á su lado un pariente
Que las bodas apadrina,
Y luego, de una recámara
Salió la hermosa Luscinda
Con su madre y sus doncellas
Que su lento paso guían.
Yo la ví! yo ví á mi amada
Que un rico traje vestía;
Y al ver sus joyas, sus flores,
Su garganta alabastrina,
Sus rubios cabellos de oro,
Su frente tersa y bruñida,
Sus bellos ojos azules,
Su breve talle, su linda
Planta, quedéme tan ciego
Que más que verla, creía
Adivinar que era un ángel
Ó una visión fugitiva
Que se remontaba al cielo
Después de hurtarme la vida.
Mas ¡ay! del arrobamiento
Que en mí causara su vista
Bien pronto vino á sacarme
Una realidad tristísima.
Entró hasta allí un sacerdote
Y con voz grave, que indica
La solemnidad del acto:
—¿Quereis, señora Luscinda,
Por esposo á Don Fernando?
Preguntó con fe solícita.
Al oir aquellas frases
Fué mi impaciencia tan viva,
Tan dolorosa mi duda,
Mi inquietud tan infinita,
Que ya, próximo á venderme,
Quise gritar:—No, que es mia,
Y siendo mia, no puede
Ser del torpe que la obliga

Y la violenta, y la arrastra
Á consumar su desdicha.»
  Esto el corazón dictaba,
Mas fué tal mi cobardía,
Tan grande mi sobresalto,
Que con el alma transida,
Irresoluto y perplejo,
Sin saber lo que me hacía,
Guardé silencio esperando
La respuesta de Luscinda.
Mas ¡ay! que cuando insensato
Pensaba que sacaría
Su daga, para mostrarse
Fuerte, valerosa y digna,
Con voz desmayada y flaca
Escuché que respondía:
—«Sí, quiero».—«Sí, quiero, añade
Don Fernando, con maligna
Expresión, y presentando
Luego la nupcial sortija,
Un indisoluble lazo
Para siempre allí los liga.
  Deciros, señores mios,
Que en ocasión tan sombría
Fué mi cólera insensata
Y hasta rabiosa mi ira,
Será inútil, pues sabeis
El término de la vida
Que ahora llevo, y lo que sufro
Aquí un día, y otro día.
Diré sólo para daros
De todo fieles noticias,
Que tan luego como el Cura
Casó á Fernando y Luscinda,
Quiso el esposo gozarse
En el dolor de su víctima
Estrechándola en sus brazos;
Mas ella pálida y fría,
Llevando su diestra mano
Al corazón, como herida
Por un rayo, desmayada
Cayó; su madre solícita

Desabrochándole el pecho
Porque el traje la oprimía,
Un papel cerrado en él
Halló; leyólo enseguida
Don Fernando, y hecho esto
Sentándose en una silla,
Sin mostrar que hiciera caso
Del desmayo de Luscinda,
Se quedó muy pensativo
Con la mano en la mejilla.
Yo, entretanto, no sabiendo
Qué hacer de mi triste vida
Y dejando mi venganza
Á Dios, que mis males mira,
Abandonando la casa
De aquellas gentes inícuas,
Puse en manos de un criado
Una larga y triste epístola
Acusando á la que ingrata
Todo mi bien destruía.
Y ansiando dejar el pueblo
Tomé mi mula, y tal prisa
Me dí en cruzar por los campos
Maldiciendo á mi enemiga
Suerte, á Luscinda, á Fernando
Y hasta el miserable día
En que nací, que al tercero
Sin saber por dónde iba,
Al fin me hallé en estas sierras
Donde busqué la guarida
Más áspera que sus cumbres
Y sus quiebras me ofrecían.
Vine hasta aquí con mi mula
Que muerta de hambre y fatiga
Cayó á mis pies, produciendo
En mí tan sólo la envidia,
Pues á la muerte llamaba
Y á mis voces no acudía.
Entónces, desesperado,
Sentí este mal que me agita
Muchas veces, y que cuerdo
Lloro con ánsias prolijas,

Recordando que mis ropas
Hice con mis manos trizas,
Y que tomé á viva fuerza
El pan que pedir debía
Á los pobres ganaderos
Que de verme se lastiman.
  Esta es, pues, mi triste historia
Que juicio y razón me quita;
Ved si para tal dolencia
Puede hallarse medicina
Cuando ha muerto la esperanza
Que es el sol que al mundo anima,
Y temo que hasta la tumba
La desgracia me persiga.»

LXXIV

Un nuevo encuentro.

  No bien acabado hubo
Su historia el triste Cardenio,
Y el Cura se preparaba
Á prestarle algún consuelo,
Cuando llegó á sus oidos
Un suspiro lastimero
Mezclado de tan sentidas
Frases, dichas con acento
Tan grato, dulce y sonoro,
Que los tres se sorprendieron,
Y abandonaron al punto
Sus respectivos asientos.
—¿Quién será, pregunta el Cura,
La que aquí, pues yo sospecho
Que es mujer, con voces cultas
Vino á romper el silencio?
Venid, seguidme despacio,
Que cerca está y lo sabrémos.
  Pusiéronse al punto en marcha
Y tras de un breve rodeo,

Sobre la margen florida
Del sonoroso arroyuelo,
Que cerca de ellos pasaba,
Con el traje de mancebo
Labrador, los pies desnudos
Y suelto al aire el cabello,
Vieron una peregrina
Mujer de rostro hechicero,
Que allí los pies se lavaba
Causando la vista de estos
Envidia á la blanca espuma
Que el agua rizaba á trechos.
—¡Ay de mí, triste! decía,
Que al fin sepultura encuentro
En tan agrestes lugares
Dó acabarán mis tormentos,
Sin ver la piedad maligna
Con que engaña el mundo pérfido
Cuando con su mofa impía
No nos despedaza el pecho!»
Esto dijo, y al instante
Sorprendida y sin aliento,
Viendo que estaban mirándola
Tres hombres en un desierto
Donde sola se creía,
Sintió tal desasosiego,
Que tomando un envoltorio
Quiso alejarse corriendo;
Mas sus pies se lastimaron
En tan áspero terreno
Y tímida y temblorosa
En tierra dió con su cuerpo.
—No huyais ni temais, señora,
Díjole el Cura acudiendo,
Que los que aquí nos hallamos
Siempre estaremos dispuestos
Á estimaros y serviros,
Si ser útiles podemos.
Y si el nombre de señora
Os doy, aunque el traje vuestro
Pretende en vano mostraros
Como de distinto sexo,

Tened en cuenta que os venden
Esos dorados cabellos
Y esa espléndida hermosura
Con que os ha dotado el cielo.
El disfraz en que ahora estais,
Que yo no alabo ni apruebo,
Por más que lo juzgo indigno
De vos, nos está diciendo,
Aunque ya no lo afirmase
Veros sola en tal desierto,
Que las causas que aquí os traen
No son de poco momento.
Así, pues, tranquilizaos;
Y si algo vale un consejo,
Y en algo estimais la ayuda
Que los tres os ofrecemos,
No la desdeñeis, señora,
Pues parte de honrados pechos,
Y si no de gran valía
Es sincera por lo menos.»
Al oir estas palabras
Quedó el ánimo suspenso
De aquella joven hermosa,
Y como volviese luego
El Cura á tranquilizarla
Díjole con dulce acento:
—Puesto que ocultarme al mundo
No me permiten los cielos,
Y lo que callaba el labio
Os denuncian mis cabellos,
¿Qué he de hacer sino mostraros
Con agradecido pecho
La desgracia que me abruma
Y la razón que me ha puesto
En peligro de perder,
Viéndome en tales extremos,
Sola, errante, y fugitiva,
De mi honor el limpio crédito?»
Esto dijo sin parar,
Con ánimo tan resuelto,
Con voz tan dulce y suave,
Con ademán tan honesto,

Y con tan graves maneras,
Que ya decir no supieron
Si era mayor su hermosura
O más grande su talento.
Y como los tres volvieran
Á dirigirle sus ruegos
Y á renovarle cien veces
Sus nobles ofrecimientos,
Calzando sus pies desnudos
Y el cabello recogiendo,
Sentóse sobre una peña,
Y con apenado acento
Enjugándose una lágrima
Volvió á hablar en estos términos.

LXXV

Dorotea.

—«En esta tierra de Andalucía
Que cubre el cielo del Mediodía,
Un pueblo existe que algún demonio
Á un duque diera por patrimonio.
En ese pueblo yo fuí nacida,
Aunque villana, enriquecida,
Que es labradora mi buena madre,
Y es casi un Creso mi honrado padre.
Libre de penas yo me sentía
Sin afectarme mi villanía,
Que al fin y al cabo tanta no era
Que algo de noble yo no tuviera.
Todos los mozos me contemplaban
Y sus deseos manifestaban.
Todas las mozas me sonreían
Aunque de envidia tal vez morían.
Eran mis padres, como mis flores,
El dulce encanto de mis amores,
Y ellos hallaron en mi crianza
Los horizontes de su esperanza.

Crecí cual crece fragante rosa;
Me aseguraron que ya era hermosa,
Y al ver que todo me lo aprendía
Por muy discreta se me tenía.
Viéndome rica, sabiendo algo,
Pidió mi mano más de un hidalgo,
Y como muchos buscan dineros
Me codiciaban los caballeros,
Diciendo todos, que la riqueza
Puede dar timbres de alta nobleza.
Mas yo que siempre felíz vivía
Sola, á mis anchas me repetía
Que eran mis padres, y eran mis flores
Único objeto de mis amores.»

LXXVI

Nobleza y villanía.

«Aunque he dicho que mi mano
Más de cuatro pretendieron,
(Dijo la hermosa exhalando
Un suspiro de su pecho),
No penseis que obtuvo nadie
Jamás mi consentimiento,
Ni que mi voz ni mis ojos
Alentaron los deseos
De hombre alguno; que mi casa
Era un asilo perfecto
De serena paz, de noble
Y santo recogimiento,
Y nunca de ella salía
Sino para ir al templo,
De mi madre acompañada,
Llevando á veces consuelos
Á familias indigentes
Y á pobrecitos enfermos.
De este modo compartía
Deberes y pasatiempos,

Ya cuidando de mi casa
Como mujer de gobierno,
Ya cultivando mis flores,
Ya bordando, ya tañendo
El arpa, sin que mi vida
Turbase el desasosiego
Ni apeteciese más dicha
Que la que me daba el cielo.
  Quiso no obstante el destino
Despertarme de aquel sueño
Tan feliz, quiso mi suerte
Que se trocara en tormento
Mi bienestar: quiso el hado
Precipitarme á un infierno
De dolor. ¡Ay! ¿por qué antes
Negra muerte no me dieron?
  He dicho que era de un Duque
Grande de España mi pueblo,
Pues de este tomaba el título
Y al fin sus vasallos éramos,
¡Triste, innoble vasallaje
Á nuestra virtud impuesto!
  Tiene este Duque dos hijos,
Uno honrado, otro perverso,
Y este puso en mí sus ojos;
¡Nunca los hubiera puesto!
Que atentando á mi recato
Fingióse de amores ciego.
  Quise evitar sus miradas
Quise esquivar sus encuentros,
Mas D. Fernando atrevido...»
. . . . . .
  No bien escuchó Cardenio
El nombre de D. Fernando
Cuando tembloroso, trémulo,
De frío sudor bañado
Y de palidez cubierto,
Dió á entender que le embargaba
Un profundo sentimiento,
Haciendo temer al cura,
Y á Nicolás el barbero,
Que iba á darle el accidente

Que le trastornaba el seso.
Mas esta vez, por fortuna
Resistió el triste mancebo
Sus impresiones; y atando
Los flotantes hilos sueltos
De sus pasadas desdichas
Y de sus tristes recuerdos,
Fijando en la labradora
Sus ojos, guardó silencio
Mientras que ésta proseguía
Así de su vida el cuento:
—Atrevido D. Fernando,
Por mí mostrándose ciego,
Trocó al fin sus esperanzas
En públicos galanteos.
Siguióme por todas partes;
Á mis parientes y deudos
Y criados sobornaba;
Turbó el tranquilo sosiego
De mi calle, preparando
Serenatas y festejos
Que mi honor comprometían
Y aumentaban los desvelos
De mis padres, que prudentes
Casarme se propusieron
Con quien guardarme supiera
De algún futuro atropello,
Si Don Fernando seguía
Mi virtud comprometiendo.
Yo entretanto procuraba
Contener sus devaneos
Ocultándome á su vista
Ó rasgando sin leerlos
Sus amorosos billetes;
Y al hacer, señores, esto,
Os juro que no lo hacía
Por grande aborrecimiento
Que á D. Fernando tuviera;
Si no por que estaba viendo
Que, yo villana y él noble
No iban por camino recto
Sus pasos, ni yo sería

Feliz, pagando su afecto.
De esta manera pensaba
Y obraba; mas ¡ay! que el cielo
Decretó mi desventura
Dándome martirio horrendo.
Que una noche, al retirarme,
Hallé en mi mismo aposento,
Oculto por mi doncella,
Al osado caballero
Que estrechándome en sus brazos
Me dejó tan sin alientos
Que en vano quise ¡ay de mí!
Gritar y esquivarle el cuerpo.
—No huyas, me dijo, no grites,
Pues á todo estoy resuelto:
Y si por bien no eres mía
Por fuerza seré tu dueño.
—Mátame entonces, le dije,
Que yo la muerte prefiero
Al deshonor; y aunque somos
Mi familia y yo tus siervos,
Pues vasallaje os rendimos
Con todo cuanto valemos,
Ni mi virtud es tu esclava
Ni rey de mis pensamientos
Será nadie que no fuere
Mi esposo.—Pues yo te ofrezco,
Bellísima Dorotea,
Por la tierra y por el cielo.
Mi fe, mi nombre y mi mano;
Tuyo soy, pues por tí muero.»

. . . . . .

No bien pronunció la joven
Su nombre, tomó Cardenio
La palabra, y de este modo
Le dijo con dulce acento:
—¡Qué! ¿Dorotea es tu nombre,
Señora? También del mesmo
Que el tuyo, existe en la tierra
Otra infeliz cuyos duelos
Bien pueden correr parejas
Con los que estás refiriendo.

Sepamos al fin tu historia
Que ver terminada anhelo,
Por más que su desenlace
Sea triste como sospecho.
Pasa adelante, que acaso
Al concluir tendrás tiempo
De saber cosas que llenen
De espanto tu pobre pecho.
—¿Me conoceis por ventura?
—Seguid, seguid, yo os lo ruego.
—Lo haré así; mas perdonadme
Si mi triste historia abrevio
Porque al abreviarla evito
Hacer mayor mi tormento.

LXXVII

La promesa olvidada.

Esto dijo Dorotea
No sin mostrar cierto asombro
Al ver lo desfigurado
Melenudo y andrajoso
Que Cardenio se ostentaba
Pareciendo raro aborto
De la impenetrable selva
Al salir de un mundo ignoto.
Chocóle aún más que su facha
Su lenguaje misterioso;
Mas escuchando sus ruegos,
Así anudó el hilo roto
De su historia, sofocando
Sus lágrimas y sollozos:
—Os he dicho, amigos míos,
Que el inícuo autor de todos
Mis males, viendo que estaba
Resuelta á guardar mi propio
Honor, con mi propia vida,
Me dió palabra de esposo.

Al pedirme que le amase
Púsose á mis pies de hinojos,
Y mostrándome una santa
Imagen de aspecto hermoso
Que en el aposento había,
Dijo con labio devoto:
—Te juro por esta Virgen,
Madre de Dios, que te tomo
Por mi mujer; que ella abone
Nuestro feliz desposorio.
Conmovida y vacilante
Luché, le mostré el oprobio
Que en su calidad de noble
Recaía, los trastornos
Y disgustos que ocasiona
Un desigual matrimonio;
Mas ¡ay! que mis reflexionès
Dieron en el negro escollo
De una voluntad resuelta
Á adquirir de cualquier modo
Cosas que no ha de pagar
Mas que con infame dolo.
Presa, pues, de la traición
Que le abrió mi dormitorio;
Agobiada por sus ruegos;
Sin amparo y sin apoyo
De nadie; puesta en sus brazos
Que me estrechaban ansiosos,
¿Qué hacer? Llamé á mi criada;
Ante ésta sus tiernos votos
Renovó; salióse ella,
Y al quedar de nuevo solos
Sin saber lo que me hacía
Clavé en la Virgen mis ojos,
Y dejando yo de serlo
Prorrumpí en amargo lloro.
Quiso aliviar Don Fernando
Mi pena; mas ya era otro,
Que antes de nacer la aurora
Me dió á entender sin rebozo
El anhelo que sentía
De apartarse presuroso

Como el que ve satisfecho
Un vil apetito sórdido,
Sin que le quede en el alma
Ningún puro y casto gozo.»
Calló un instante la hermosa
Dorotea, lanzó un hondo
Suspiro, y prosiguió luego
Hablándoles de este modo:
—Mala hora fué sin duda,
Aquella, en que mudo, absorto,
Mi espíritu, no acertaba
Á discernir, si era un monstruo
De maldad, ó un fiel amante,
Digno de amor y de encomio,
El que de mí se apartaba
Dándome el nombre de esposo.
Manifestéle mis dudas,
Y él puso á su infamia el colmo
Entregándome un anillo
Y diciéndome:—Te endoso
Esta prenda, que confirma
Toda la fé que en tí pongo,
Todo el amor que me inspiras,
Todo el fuego que en mí escondo.»
Calló; se fué; vino el día
Nublado cual no ví otro
Pues con su niebla y mi duelo
Parecióme el mundo lóbrego.
Llamé á mi virtud perdida,
Al cielo pedí socorro,
Y sólo me respondieron
Las lágrimas de mis ojos.
Quise ocultar á las gentes
El estado tormentoso
De mi alma, y denunciábanme
Mis comprimidos sollozos.
Solo otra noche Fernando
Vino á verme cauteloso
Para humillarme más tarde
Con su insolente abandono.
Que fueron ¡ay! transcurriendo
Días lentos y monótonos,

Yo persiguiendo sus huellas
Y él esquivándolas fosco.
En la calle y en el templo,
Le buscaba, ¡empeño loco!
Que él se marchaba de caza
Á sus bosques y á sus sotos.
Luego se ausentó del pueblo,
Pasó un mes, y al cabo de otro,
Llegué á saber con espanto
Su proceder alevoso.
En una ciudad cercana
Casóse el bárbaro monstruo;
Y de mi rival las señas
Trajo el eco presuroso.
Díjose que era una joven
De candor rico tesoro,
Que por sus avaros padres
Fué empujada al matrimonio.
Mas yo maldije á Luscinda,
Maldije á su falso esposo,
Y juré tomar venganza
Llena de celos y encono.

. . . . . .

No bien escuchó Cardenio
El nombre para él hermoso
De Luscinda, de tal suerte
Se demudó, que en su rostro
La palidez de un cadáver
Se pintó; encogióse de hombros
No obstante, y con un esfuerzo
Supremo, ahogando un sollozo,
Aunque convirtiendo triste
En dos fuentes sus dos ojos,
Siguió oyendo á Dorotea
Que continuó de este modo,
Pensando sólo en sus penas
Sin cuidarse de los otros.

LXXVIII

Triste y fugitiva.

—«Cuando supe la conducta
Del desleal Don Fernando
Formé el propósito firme
De vengarme del ingrato.
Disimulé cuanto pude
Mis intentos temerarios
Y para dejar mis lares
Pedí á un zagal este hábito.
De mi triste y peregrina
Historia le hice el relato
Pidiéndole que en mi fuga
Fuese guía de mis pasos.
Oyó el zagal con sorpresa
Cuanto dije, y afeando
Mi proceder, me echó en cara
Lo violento de aquel acto.
Vióme no obstante resuelta,
Y ya obediente ó taimado,
Cedió y ofreció seguirme
Aunque fuésemos al cabo
Del mundo; tomé al oirlo
Un vestido, troqué en saco
Una almohada de lienzo,
Donde lo guardé con varios
Objetos, algunas joyas
Y dineros que aquí traigo;
Y en el silencio de aquella
Triste noche, salí al campo
Sin despedirme de nadie
Sola con aquel criado.
Dos días con otra noche
Siempre á pie, siempre llorando,
Tardé en llegar hasta el punto
Que con negro afán buscábamos.

Entré en la ciudad y pude
Saber con pena y con pasmo
Cosas, que más que hechos reales
Parecen sueños livianos.
Dijéronme que la noche
En que á Luscinda casaron,
No bien dió el *sí*, cayó inerte,
Presa de un fiero desmayo.
Que al aflojarla el vestido,
Sobre su seno encontraron
Un papel en que decía:
«Muero por mis propias manos,
Porque idolatro á Cardenio
Y aborrezco á Don Fernando.»
Y esto que ella escrito había
Se vió al punto confirmado
Por una punzante daga
Que entre sus ropas hallaron,
Deduciéndose que quiso
Dar fin á su duelo amargo
Y que le faltó el aliento
Antes de llevarlo á cabo.
Díjome también la gente
Que me hablaba de aquel caso.
Que al hallar la oculta daga,
Quiso el esposo irritado
Dar á Luscinda la muerte;
Mas como no le dejaron
Huyó de allí sin que nadie
Le haya seguido los pasos,
Ni se sepa en dónde existe,
Si es que existe el desdichado.
Sólo se sabe, señores,
Que al volver de su letargo,
Luscinda dijo á sus padres,
Vertiendo copioso llanto,
Que sólo Cardenio era
Su esposo y dueño adorado.
También supe que este mismo
Cardenio, de quien os hablo,
Era un gentil caballero,
Muy apuesto y muy bizarro;

El cual estuvo en la boda
Aunque oculto; y escuchando
El *sí* que diera Luscinda,
Lleno de feroz quebranto,
De aquella casa, y del pueblo
Se salió desesperado,
No sin dejar una carta
Vengadora de su agravio,
En la cual aseguraba
Que iba á sitios ignorados
Donde ya nunca le viesen
Las gentes que le inmolaron.
  Todo aquesto que os refiero,
De la ciudad era pasto;
Mas luego vino otra nueva
Que produjo más escándalo.
Se supo que al otro día
En su habitación no hallaron
Á Luscinda; y al buscarla
Sus padres, vertiendo llanto,
Vieron que de ella quedaban
Para siempre abandonados.
Consolóme esta noticia,
Pues al fin desbaratado
Quedaba aquel casamiento,
Con lo cual, el sér ingrato
Que me engañó, acaso, un día
Pudiera como cristiano
Y caballero, inclinarse
Á Dios; notar su bastardo
Proceder, y arrepentido
Volverme mi honor robado.
De esta manera pensaba,
Poniendo inocente en bando
Mis esperanzas, y haciendo
Castillos en el espacio,
Cuando hasta mí llegó un día,
Mi espíritu y sangre helando,
Público pregón, que á voces
Declaraba mi pecado,
Prometiendo á quien me hallase
Grande y magnífico hallazgo,

Para lo cual señas daban
De mi rostro, edad y hábito.
Vino esta nueva noticia
Á dar á las gentes pábulo
Para aumentar mi tormento,
Pues todos con desenfado
Dijeron que era aquel mozo
Que me vino acompañando,
Mi raptor; cosa que al alma
Me llegó, pues ví tan bajo
Mi crédito, que por dueño
Me daban sólo á un criado.
No bien supe tal desdicha,
Llamé al mozo, y con recato
De la ciudad nos salimos
Llenos de gran sobresalto.
Vínose luego la noche,
Y en lo más enmarañado
Y áspero de esta montaña,
Ambos á dos nos entramos
Temiendo ser perseguidos
Y á la justicia entregados.
Mas como suele decirse
Que á un mal siguen otros varios,
Quiso mi menguada suerte
Despertar en mi criado,
(Más por su bellaquería
Que por mi mérito escaso)
Voluptuosos y torpes
Antojos, que fomentaron
La soledad de estos yermos,
La oscuridad del espacio.
Dejando atrás la vergüenza,
Y á Dios, y á mí despreciando,
Requiriéndome de amores
Dió atrevido el primer paso.
Quise contener sus ímpetus
Y sus deseos livianos,
Mas él, firme en su propósito,
Dió en estrecharme en sus brazos.
Resistí, luché, y el cielo
Tantas fuerzas, valor tanto

Me dió, que á un derrumbadero
Lancé el cuerpo del villano.
Ignoro si muerto ó vivo
Fué hasta el abismo rodando
Quedándose allá en el fondo
Despeñado y despenado.
Después de esto, huyendo vine
Á un sitio de aquí cercano,
Sin abrigar más designio
Que huir de mi padre amado
Y de los que de su parte
Me andaban doquier buscando.
Topé con un ganadero
Que me señaló un salario;
Mas después de algunos meses
Que cuidé su casa y hato,
Sospechó que yo no era
Varón, y me fué mostrando
Que también en él brotaban
Pensamientos temerarios.
Creí que no siempre habría
Precipicios ni barrancos
Para despeñar á un hombre;
Y teniendo por más cauto
Y más cuerdo, abandonarle,
La fuga emprendí en el acto.
Vine, señores, al sitio
En donde me habeis hallado,
Pidiendo á Dios que se duela
Al ver mi inmenso quebranto,
Ó que la vida me quite
Ya que el honor me robaron.
Esta es mi historia verídica;
Y no he de deciros, cuánto
He sufrido y sufro ahora
Por culpas de un hombre ingrato.
Sé muy bien que aunque las blancas
Canas de mi padre empaño,
Él y mi madre solícitos
Anhelan verme á su lado.
Pero mi vergüenza es tanta,
Que en estos terrenos ásperos,

Prefiero encontrar mi tumba
Y en ella eterno descanso.»

LXXIX

Reconocimiento.

Calló en diciendo esto
La hermosa Dorotea
Mostrando en su encendida
Mejilla, la vergüenza
Que siente un alma triste
Sumida en honda pena.
Trató de consolarla
El Cura con prudencia;
Mas le ganó la mano
Con singular presteza
El infeliz Cardenio,
Que habló de esta manera:
—Según mirando estoy,
Señora, eres la bella
Hija del buen Cleonardo
El Rico?—Sí, soy esa;
Mas ¿quién sois vos, hermano,
Que sin que yo os lo advierta,
El nombre de mi padre
Sabeis?—Decirlo es fuerza,
Puesto que el cielo os puso
Hoy en mi propia senda.
Yo soy, señora mia,
¡Ojalá no lo fuera!
El hombre sin ventura
Que dió á Luscinda en prenda,
Su amor inextinguible
Su fe pura y eterna.
El falso y fementido
Autor de vuestras penas
También sobre mí atrajo
Desventuras inmensas.

Roto, desnudo y falto
De consuelo en la tierra,
Hasta sin juicio vivo
En medio de estas breñas.
Soy, pues, aquel Cardenio
Que vió á su dulce prenda
En brazos de aquel hombre
Que tanto á los dos cuesta.
Oyendo el *sí* menguado
Que pronunciara ella
Ni aun su desmayo pudo
Contener mi impaciencia.
Dejé su casa, al campo
Emprendí la carrera,
Y en estas soledades
Viví con mi demencia.
Hoy sin embargo, al veros
Y oir la historia vuestra,
Pienso que resucitan
Mis esperanzas muertas.
¿Quién sabe? Acaso el cielo
Compadecido ordena
Que á más felice término
Todas las cosas vuelvan.
Luscinda se declara
Mi esposa verdadera
Cual vos de Don Fernando
Lo sois por sus promesas.
Tengamos fe, dejemos
Del monte la aspereza,
Que el mundo es de los hombres,
Los bosques de las fieras.
La sociedad nos llama,
Volvamos, pues, á ella,
Y á más discretos fines
Consagremos las fuerzas.
Yo por mi parte, os juro
No abandonar mi empresa,
Y no desampararos
Mientras feliz no os vea.
Si Don Fernando tiene
Títulos de nobleza

También mi cuna es noble
Y mi valor le reta.
Palabra os dió de esposo
Con un anillo en prenda;
Yo haré que os dé su nombre
Si no por bien, por fuerza.»
Así dijo Cardenio,
Y al punto Dorotea
Con efusión, las gracias
Le dió de hinojos puesta.

LXXX

La vuelta de Sancho Panza.

No consintió Cardenio que la hermosa
Sus pies desnudos con afán besara,
Y el Cura y el Barbero, que escucharon
Sus amorosas y sentidas pláticas,
No menos conmovidos, de sus ojos
Vertieron dulces, compasivas lágrimas.
—Tiene razón Cardenio, dijo al cabo
El clérigo tomando la palabra;
Fuerza es ya que dejéis estos parajes
Mansión de lobos, nido de las águilas.
Más honrosa misión tiene en la tierra
Quien á sus padres y á sus deudos ama,
Y puede con sus bienes á los pobres
Mostrar su noble caridad cristiana.
En el fondo de negras soledades
Á la vez se embrutecen cuerpo y alma;
¿Quién sabe el bien que por divino acuerdo
El santo hogar de vuestros padres guarda?
Si por propio pecado y por ajena
Traición, habéis sufrido penas tantas
Justo es ya concluir la penitencia
Que ha sido dura, y demasiado larga.
Así, pues, os propongo que á mi aldea
Ambos vengais, y que en mi propia casa

Permanezcáis, hasta que todos juntos
De vencer vuestro mal hallemos traza.
Necesitáis vestidos y otras cosas;
Os proveeréis allí de lo que os falta
Y procurando hallar á Don Fernando
Para hacerle entender lo que le mandan
Dios y su honor, veremos si es prudente
Que Dorotea torne á su morada.»
Calló el cura: la joven y Cardenio
Con efusión tribútanle las gracias
Y Nicolás haciendo mil ofertas
Á la vez les consuela y agasaja
Diciendo: — Buen encuentro hemos tenido
Cuando menos ninguno lo pensaba.
¡Feliz idea tuvo el señor Cura
De seguir al estulto Sancho Panza
Pretendiendo sacar de estos lugares
Al pobre Don Quijote de la Mancha!»
Quiso saber Cardenio á qué persona
El barbero aludía, y sin tardanza
Este le satisfizo, refiriéndole
Del buen hidalgo la locura extraña;
Y aunque á aquel se le vino á la memoria
Como entre sueños la famosa plática
Y la pendencia que sostuvo un día
Con el hidalgo; apenas recordaba
Por qué razón los dos se separaron
Después de andar furiosos á puñadas.
En esto oyeron voces, y advirtieron
Que el escudero Sancho se acercaba;
Y saliendo á su encuentro, preguntáronle
Si encontró á su señor.—Sí, dice Panza,
Allí me lo encontré en paños menores
Flaco, amarillo, hambriento, lleno de ansias
Llamando á su señora Dulcinea
Por quien jura que dió su vida y alma.
Díjele yo que se viniese al punto
Al Toboso, pues ella se lo manda,
Mas él me contestó, que quiere antes
Llevar á cabo yo no sé que hazañas
Que le hagan digno de postrarse ante ella
Y conseguir su apetecida gracia.

Y es lo peor de todo cuanto os digo
Que si pronto no deja estas montañas
El pobre se nos muere sin remedio
Según lo triste y débil que se halla.
De ser así, como os lo estoy diciendo,
No hay remedio, el imperio se le escapa;
No será Emperador, ni aun Arzobispo
Que es lo menos que yo me imaginaba.
Miren por Dios, señores de mi vida,
Si apartarle de aquí pueden con maña,
Que de otro modo, mi condado queda
Como la nieve que al caer no cuaja.»
Calló Sancho, y el cura contestóle,
Reanimando sus muertas esperanzas
Diciéndole:—No temas, Sancho amigo,
Que aunque tu amo su ambición rechaza
Él será Emperador, tú serás Conde
O no hay condados en la tierra ingrata
Ni reinos en el mundo; cobra aliento
Y el comprimido corazón ensancha.»

LXXXI

Todos conspiran.

Al oir tales razones
Sintió Sancho tantos bríos
Que se quitó la montera
Y dió tres ó cuatro brincos
Diciendo:—¡Viva quien sabe
Realizar estos prodigios!
Contó el cura á Dorotea
Y á Cardenio, su artificio
Y de qué modo pensaron
Él y el barbero solícitos
Engañar á D. Quijote
Sacándole del retiro
En que estaba; y como hablasen
De ponerse sus ridículos

Disfraces, por Dorotea
Se encontraron sorprendidos,
Puesto que ésta se ofreció
Á prestar mejor servicio
Que el barbero, presentándose
Con más propios atavíos
En calidad de doncella
Menesterosa.—Y afirmo,
Continuó, que conducirme
Sabré en este lance crítico
De la manera que tratan
Los caballerescos libros,
Que en mis ocios muchas veces
Por pasatiempo he leído.»
Mostróse contento el cura,
Y ella sacó de su lio
Ó almohada una soberbia
Saya de damasco fino
Y una rica mantellina
Verde, de gusto exquisito,
Con lo cual, algunas joyas
Y un collar de oro purísimo
Sembrado de hermosas perlas,
Se transformó de improviso
En la más bella criatura
Que ojos humanos han visto.
Mucho ponderaron todos
Su gracia y donaire altivo,
Y mucho más Sancho Panza
Que preguntó con ahinco
Quien era aquella fermosa
Señora, y por qué en tal sitio
Se encontraba; á lo que al punto
El cura le satisfizo:
—Esta que ves, Sancho hermano,
Es, y atiende á lo que digo,
Nada menos que una infanta
Que de luengas tierras vino.
Por línea recta desciende
Y es heredera del rico
Reino de Micomicón,
Á cuyo apartado sitio

La fama de vuestro amo
Y de sus hechos perínclitos
Llegó al fin; y viene ahora
Á buscarle y requerirlo
Para que le dé su amparo
Y la libre de un conflicto,
Luchando con un jigante
Que tiene el reino oprimido.»
Quedó absorto Sancho Panza
Y luego con gozo dijo:
—¡Dichosa buscada vuestra
Y dichoso hallazgo mio,
Si mi gran señor consigue,
Como ya casi lo afirmo,
Desfacer el torpe agravio
Que ese vil jigante os fizo!
Mas hay que advertir, señora,
Y ya veis si juego limpio,
Que si aquese hijo de pu.....
Es un fantasma malino,
Contra fantasmas, mi amo
No tiene poder ni bríos.
Por lo demás, una cosa
Á vuesa merced suplico,
Señor licenciado, y es,
Que si dá en ser Arzobispo
Mi amo, le aconsejeis,
Que tome al punto el partido
De casarse con aquesta
Princesa que yo bendigo.
Esto os advierto y os ruego
Porque con mujer é hijos
Sin saber latín, ni cosa
Que lo valga, poco sitio
Podrá ofrecerme la Iglesia
Para elevarme un poquillo.
Cásese como Dios manda
Mi señor, según he dicho,
Con esta hermosa princesa
Cuyo nombre y apellido
Inoro...—Razón te sobra
Y al punto voy á decírtelo.

Llámala señora Infanta
Micomicona.—Por siglos
Lo sea, mientras la beso
La mano y el pie pulido.
Mas volviendo al matrimonio
De mi amo.....—Yo me obligo,
Replicó el cura, á emplear
Sólo para conseguirlo,
Mis mejores argumentos
Y mis grandes poderíos.»
  Quedó tan contento Sancho
Y tantas sandeces dijo,
Que al punto quedaron todos
Plenamente convencidos
De que el pobre no tenía
Un solo adarme de juicio.

LXXXII

La demanda.

  Montada sobre la mula
Del Cura, va Dorotea
Seguida de Nicolás
Que postiza barba ostenta.
Sancho en pos, á pie camina,
Y rezagados se quedan
El licenciado y Cardenio
Por temor de que los vea
Don Quijote, y conociéndoles
Se les malogre la empresa.
  De este modo caminaron
Como tres cuartos de legua,
Hasta llegar al recóndito
Paraje en que aquél se encuentra.
  Esta vez no está desnudo
Sino con su ropa puesta,
Aunque sus armas pendientes
Se ven de una encina vieja.

Tan consumido, tan seco,
Y acartonado se encuentra,
Que si sopla un poco de aire
De seguro se lo lleva.
—Pobre señor! vea su estampa,
Dijo Sancho á Dorotea;
Y esta, dando del azote
Á su palafren, con priesa
Seguida de su escudero
Á Don Quijote se acerca.
Apeóse al mismo instante
El Barbero; hízolo ella
Con grande desenvoltura,
Y allí de rodillas puesta,
Pugnó con el buen hidalgo
Que levantarla desea.
—De aquí no habré de moverme,
Dijo con voz lastimera,
Sin que vuestra cortesía
Un alto don me conceda.
Al olor de vuestro nombre
Que doquier la fama lleva,
Vengo, inmortal caballero,
Desde las mis lueñas tierras.
Yo soy la más agraviada
Y más infeliz doncella
Que vió el sol, y en vos hoy busco
El término de mis penas.»
Calló en diciendo estas frases
La donosa Dorotea
Y con voz muy reposada
El buen hidalgo contesta:
—No os responderé una frase,
Dama fermosa y discreta,
Ni oiré cosa que os ataña
Si no os levantais de tierra.
—Y yo no habré de moverme,
Á su vez replica ella,
Si la vuestra cortesía
El don que demando niega.
—Sea, pues, exclama el hidalgo
Con voz tranquila y resuelta,

Yo vos le otorgo y concedo,
Como no viniere en mengua
De mi patria, de mi Rey,
Y sobre todo, de aquella
Que guarda la llave de oro
De mi fe, vida y potencias.
—No será en daño de nadie,
Volvió á decir Dorotea.
Llegóse en esto el buen Sancho
Á su señor con presteza,
Y al oido muy pasito
Hablóle de esta manera:
—Bien puede vuesa merced
Concedérsela completa,
Pues lo que pide, no es más
Que una nada, una friolera.
Trátase, señor, tan sólo,
Y ya veis cuán poco cuesta,
De matar á un jigantazo.
Y esa dama, es la Princesa
Micomicona, que un día
Ha de venir á ser Reina
Del reino Micomicon
De Etiopía.—Sea quien sea,
Tornó á decir Don Quijote,
Yo he de cumplir en conciencia
Como quien soy, ejerciendo
Mi misión caballeresca.»
Y volviéndose á la dama
Que aun sigue de hinojos puesta,
Dijo:—Vuestra fermosura
Se levante, y diga en regla
Qué es lo que de mí pretende,
Pues se lo otorgo de veras.»
—Quiero, señor, dijo al punto
Alzándose Dorotea,
Que vuestra persona noble
Y magnánima, se venga
Á donde yo le llevare,
Sin que jamás se entremeta
Ni tercie en otra aventura,
Ni oiga demanda diversa

Hasta darme por vengada
De un vil, que en mi daño emplea
Usurpándome mi reino
Todo el rigor de su fuerza.
—Y yo digo y os repito
Que os otorgo tal fineza
Y que teneis este brazo
Puesto ya á vuestra obediencia,
Alzad la frente, señora,
Mostrad el alma serena,
Que á despecho de follones
Sereis en el trono puesta.
Esto os digo, y esto os juro;
Y puesto que el tiempo apremia
Vengan mis armas, partamos...
Y Dios en mi auxilio venga.
Así dijo con voz firme,
Y al intentar Dorotea
Besar sus pies, el hidalgo
Entre sus brazos la estrecha,
Con tanto comedimiento
Y de tan cortés manera,
Que nunca se vió por hombre
Más respetada una hembra.

LXXXIII

Á la lid.

Colocada Dorotea
De nuevo sobre su mula,
Y el bien barbado Barbero
Puesto otra vez en la suya,
Don Quijote, ya metido
En su mohosa armadura,
Montando al fiel Rocinante,
Su lanzón y adarga empuña.
Al mover sus largos brazos
Y sus piernas tan enjutas,

Más que un guerrero, parece
Una imperfecta tortuga.
Pusiéronse al cabo en marcha,
Y Sancho que iba á la husma,
Siempre á pie, llevando á cuestas
La albarda (que no dió nunca
Al olvido), de su asno
Lloró la ausencia importuna,
Y vertió dos lagrimones
Que enjugó su mano zurda.
Consolábale no obstante
La comenzada aventura,
Y hablando consigo mismo
Decía:— No cabe duda:
De esta hecha se nos casa
El de la Triste Figura,
Con esa gentil Princesa
Que hasta aquí vino en su busca.
Será Rey, yo seré Conde
Y aunque según se asegura,
Allá en el Micomicon
No hay gente blanca ni rubia,
Pues todos nacen más negros
Que una triste noche oscura,
¿Quién dijo miedo? embarcando
Á mis vasallos, con mucha
Sagacidad, vendré á España
Donde los compran y buscan;
Y comerciando con ellos
Sacaré una buena suma,
Con la cual compraré un título
Y triunfaré, como triunfan
Otros que no son tan buenos
Ni tienen más travesura.
Llegaos, que el dedo me mamo;
Venid á decirme burlas.»
De este modo, caminando
Iban despacio, y el Cura
Que con Cardenio, no lejos
De aquel paraje se oculta,
Buscando la traza y modo
De unirse á todos, con mucha

Resolución, tomó al cabo
Las que enseguida se apuntan.
Por casualidad llevaba
Para cortarse las uñas
Unas tijeras; sacólas
De su estuche, y con su ayuda
Cortó al pobre desterrado
Las barbas luengas y sucias,
Á la vez que la melena
Diestramente le despunta.
Después dióle un capotillo
Pardo, de tela algo burda,
Y un buen ferreruelo negro;
Con lo cual, tanto se muda
Su gentil fisonomía,
Que ya es otra con ser suya.
Quedó en calzas y en jubón
El bueno y alegre Cura,
Y saliéndose al camino
En ocasión oportuna,
Pues ya los otros llegaban
Sobre sus cabalgaduras,
Contemplando á Don Quijote
Gritó al fin con voz aguda:
—Para bien sea encontrado
Por mí, con rara fortuna,
El espejo de los grandes
Héroes que á mi patria ilustran.
Bienvenida sea mil veces
La flor, la nata, la espuma,
La quinta esencia de cuantos
Buscando van aventuras
Por el mundo, para ser
Amparo, refugio, ayuda
De todo menesteroso
Que auxilio y justicia busca.»
Dejó de hablar; Don Quijote
Espantado con tal lluvia
De elogios, todo suspenso
Buscó en su memoria turbia
Un recuerdo; hallóle al cabo,
Y reconociendo al Cura,

Al par que quiere apearse
Con respeto le saluda.

LXXXIV

Conjuros.

—Déjeme vuestra merced
Apear, dijo el hidalgo,
Que no es razón que me halle
Tranquilamente á caballo,
Mientras que tan reverenda
Persona que viste hábitos
A pie vá.—Pues yo suplico,
Respondióle el licenciado,
Que no haga vuestra grandeza
Consigo tal desacato.
Permanezca en esa silla
Donde ha de llevar á cabo
Tantas y tantas fazañas
Que han de ser del mundo espanto.
Yo, aunque indigno sacerdote,
Me tendré por muy honrado
Con subir sobre las ancas
De esas mulas ó esos machos;
Que si consienten sus dueños
Creeré ir en el Pegaso.
—Eso no, por vida mia!
Dice el ingenioso hidalgo;
Aún queda un medio que todo
Puede venir á arreglarlo.
Mi señora la princesa,
Que camina aquí á mi lado,
Será por mi amor servida
De ordenar á su bizarro
Escudero, que su silla
Os ceda, y que él entretanto
Monte en ancas de la mula,
Si es que el animal es manso

Y las sufre.—Sí las sufre,
Respondió titubeando
La princesa; y ahora mismo
Creo que puede hacerse el cambio;
Que yo sé que mi escudero
Es cortés y cortesano,
Y aunque yo no se lo mande
No ha de ir puesto á caballo,
Permitiendo que á pie vaya
Cerca de él un eclesiástico.
—Así es, dijo el Barbero.»
Y de su mula bajando
Hizo que el Cura quedara
Sobre la silla instalado.
Mas fué el mal, que al ir maese
Á tomar traseros cuartos,
La mula, que era alquilada,
Dos veces los puso en alto
Disparando un par de coces
Que de haberlas en él dado,
La vuelta de Don Quijote
Diera gustoso á los diablos.
Cayó sin embargo en tierra
El pobre maese echando
Sus barbas rubias al aire;
Y al ver Don Quijote el mazo
Donde no había una gota
De sangre, dijo:—Bien raro
Es esto, las barbas caen
Y el rostro se queda sano!»
Acudió al punto solícito
El Cura muy azorado
Creyendo que á descubrirse
Iba todo, si el hidalgo
Reconocía al barbero;
El cual puesto boca abajo,
De la coz no recibida
Se quejaba en tonos varios.
Así, pues, tomó las barbas,
Se las puso con cuidado
Y murmuró algunas frases,
Diciendo:—Por un ensalmo

Que yo sé, queda este hombre
Al punto otra vez barbado.»
Dijo; ayudó á levantarse
Á Nicolás; vióle en tanto
Don Quijote con asombro,
Y al notar que en él no hay daño
Visible, con mucho ahinco
Pidió al señor licenciado
Que le enseñase el secreto
Que obraba tales milagros.

LXXXV

El señor Licenciado se despacha á su gusto.

No admitiendo ancas la mula
Acordaron entre todos
Que fuesen á pie alternando
Hasta llegar al más próximo
Lugar de descanso, ó sea
Á la venta, que está solo
Á dos leguas de distancia
De aquellos sitios recónditos.
Unas veces preocupados,
Y otras llenos de alborozo,
Cada cual iba entregándose
Á sus pensamientos propios,
Cuando D. Quijote dijo
Á Dorotea:—Ya pronto,
Saldremos á buen camino;
Y pues en todo me pongo
Á vuestras órdenes, guíenos
La su grandeza á su antojo.»
Iba á contestar la jóven;
Mas el Cura con aplomo
Tomando la delantera
Dijo:—Si no me equivoco,
Vos, señora, deseais

Hallar un camino corto
Para llegar al gran reino
Del Micomicón famoso.
—Así es.—Pues en tal caso
Juntos podemos ir todos
Hasta mi aldea, y allí
Hallareis andando un poco,
La ruta de Cartagena
Que no ofrece grande estorbo,
Y en cuyo puerto hallareis,
Por ser concurrido y cómodo,
Algún velero bajel
Que os lleve, si el tiempo es próspero,
En menos de nueve años
Hasta aquel país remoto
Dó está la laguna Meona,
Digo Méotides, como
Á cien jornadas del reino
Que buscais.—Pues yo os respondo,
Dijo entonces Dorotea,
Que errásteis la cuenta un poco,
Pues no hace más que dos años
Que salí de allí, tan solo
Para hallar á este prodigio,
Á este soberano monstruo
De valor é inteligencia
Á quien llama el mundo todo
El gran D. Quijote.—Basta,
Dice en esto ruboroso
El hidalgo, cesen ya
Tan ponderados encomios.
Nunca fuí de adulaciones
Amigo, y aunque os otorgo
Que esto adulación no sea,
Todavía me sofoco
Y se ofenden mis orejas
Castas, con tales elogios.
Todo aquel que se alimenta
De melindres y piropos,
Será siempre un hombre flaco
Aunque reviente de gordo.
Tenga valor, ó no tenga,

Por vos la vida gustoso
Perderé, pues es mi sino
Consagrarme al bien del prójimo
Castigando á los malvados
Ó al débil prestando apoyo.
Mas, dejando aquesto aparte,
Porque me parece ocioso
Que de mi humilde persona
Se trate, estando vosotros
Aquí, os ruego, señor Cura,
Digais por qué misterioso
Accidente, os encontramos
Tan desprovisto de todo,
Tan ligero de vestidos,
Tan sin criados, tan solo
Que me pone espanto.—A eso.
Dijo el Cura haciendo acopio
De recuerdos, pues por Sancho
Sabía los valerosos
Hechos del hidalgo; os digo
Que yo ayer iba gustoso
Con nuestro amigo el Barbero
Nicolás, por estos hondos
Barrancos, en dirección
Á Sevilla, y con propósito
De cobrar unos dineros,
Cuando turbados y absortos
Asaltados nos hallamos
Por cuatro facinerosos
Que hasta las míseras barbas
Nos quitaron, para aprobio
Del necio que fué la causa
De este lance que deploro.
Por que han de saber las vuestras
Mercedes, que esos odiosos
Salteadores, que vinieron
Á ponernos en un potro,
Son, según cuenta la gente
Que habita en estos contornos,
Unos fieros galeotes,
Á los que un hombre ó demonio,
Que debe ser muy valiente

Si bien á la vez muy loco,
Puso en libertad, luchando
Con el comisario y todos
Los guardas que custodiaban
Á aquéllos; y ved cuán poco
Seso tendrá quien tal hace
Soltando á rapaces lobos
Y haciendo á su Rey ofensa
Con menosprecio notorio
De las leyes; con peligro
Ajeno, y acaso propio,
Pues ofendiendo á los cielos
Al diablo se dá en depósito.
Esto, señores, es causa
De verme de aqueste modo;
Este es el daño que hizo
Aquel cuyo nombre ignoro.»
Calló el Cura; D. Quijote
Pálido, inquieto, afanoso,
Sudaba la gota gorda
Mirando á un lado y á otro.
Su silencio le abrumaba,
Quiso hablar y no halló modo;
Mas Sancho por él lo hizo,
Y el hielo quedóse roto.

LXXXVI

Sancho tira de la manta.

—Esa fazaña que cuenta
Vuestra merced, señor Cura,
Mi amo, sólo mi amo,
La fizo por cuenta suya.
Yo le mostré su pecado;
Mas él que no me oye nunca
No quiso ver que prestaba
Á unos bellacos ayuda.»
Esto Sancho Panza dice,

Y su señor con gran furia
De este modo le responde
Con voz airada y convulsa:
—¡Majadero...! Majadero...!
Miserable hijo de... bruja,
¿Quién te mete á tí, bellaco,
En cosas tan peliagudas?
Un buen caballero andante
Salva á un débil, no le juzga;
Olvida la ajena falta,
Y las lágrimas enjuga.
Si hacer bien es digno oficio,
Cumplo con hacerle á oscuras,
Que harta luz para hacer males
Tiene, quien daños procura.
No falta gente en el mundo
Que al que es inocente abruma;
¿Quién sabe hasta dónde llega
Una pérfida calumnia?
Si hay quien dice que mal hice,
Yo digo que no fué sucia
Ni torpe mi acción, pues tengo
Mi conciencia limpia y pura.
Esto afirmo y esto juro;
Esto mi boca pronuncia;
Y salvo el grande respeto
Con que miro al señor Cura,
Digo y proclamo muy alto,
Que el que afee mi conducta
Es un follón embustero
Que tres pies al gato busca.
Y este mentís que aquí arrojo
Lo sostendré con la punta
De mi espada, á pie, á caballo
Y en cualquier sitio á que acudan.»

LXXXVII

Palinodia.

Al verle tan enfadado
Acudió al punto la jóven
Y dijo con voz melosa:
—Sosiéguese Don Quijote;
Sosiéguese, y tenga en cuenta
Que hace poco, prometióme
No emprender nueva aventura
Hasta dejarme en mi corte.
Si el señor Cura le ha dicho
Algo en que no esté conforme
Vuestro valor, de seguro
Siente ya haber sido torpe;
Que si él supiera que fuísteis
Quien libró á los galeotes,
Tres puntos se hubiera dado
En los labios pecadores
Y aun se mordiera la lengua
Otros tres con rudo golpe,
Antes de soltar palabra
Que á vuestra merced enoje.
—Eso juro, añade el Cura,
Y aun me arrancara un bigote,
Si supiera que ofendía
Á un caballero tan noble.
—Bien está, dice el hidalgo,
Basta de satisfacciones,
Que en mi pecho nunca caben
Los enconados rencores.
Por vos, señora, me callo
Y reprimo, y voy á donde
Gusteis; mirad cuán pacífico
Me someto á vuestras órdenes.
Solamente, en cambio, os ruego
Si no hay razón que os lo estorbe,

Que me conteis vuestras cuitas
Aunque estas sean enormes,
Y cuántos, quiénes y cuáles
Los empedernidos hombres
De quien cumplida venganza
Yo os daré en cuanto los tope.»

LXXXVIII

Historia de la Infanta Micomicona.

Requerida Dorotea
No sólo por el hidalgo,
Sino también por Cardenio,
El Cura, el Barbero y Sancho,
Tuvo que inventar la historia
De cien sucesos extraños
Diciendo:—Vuestras mercedes
Han de saber, que me llamo...»
Mas como no se acordara,
Del título enrevesado
Que el Cura le dió, quedóse
Silenciosa un breve rato,
Hasta que aquel en su ayuda
Vino, y dijo:—No me pasmo,
Señora, ni es maravilla,
Visto cuanto habéis penado
Y sufrido, que en el trance
De tener que recordarlo
Y referirlo, sintáis
Tanta turbación y espanto
Que hasta vuestro propio nombre
Hayais, señora, olvidado;
Sinó es ya, que temeroso
Vuestro balbuciente labio
No osó decir que os llamáis,
La, por mil títulos varios,
Princesa Micomicona
Heredera por cien lados

Del reino Micomicón
Gloria del suelo africano.
Con aqueste apuntamiento
Ligero que os llevo dado,
Puede la vuestra grandeza
Seguir su historia contando.»
Calló el Cura, y Dorotea
Dióle gracias en el acto
Diciendo:—Con tal apunte
Queda todo subsanado.
Sabed, pues, que mi buen padre
Que se llamaba Tinacrio
El Sabidor, fué muy docto
En todos los artes mágicos,
Y averiguó por su ciencia,
Que encontró escrita en los astros,
Que la reina Jaramilla
Mi madre (así la llamaron)
Había de morir primero
Que él, y que apenas pasado
Un corto espacio de tiempo,
Á él también los tristes hados
Le arrancarían del mundo,
Sola y huérfana dejando
En él á su única hija,
Que era yo, que ahora os hablo.
Juró no obstante mi padre
Que no le causaba tanto
Dolor y afán, saber esto,
Como el tener estudiado
Y aprendido, que un infame
Descomunal jigantazo,
Señor de una grande ínsula,
Que alinda con nuestro barrio...
Quiero decir con mi reino,
Llamado Pandafilando
De la Fosca Vista (pues
Siempre mira de soslayo
Sin ser bizco, por causar
En todos miedo y espanto)
Andando el tiempo, vendría,
Con muy marcial aparato

Sobre mis tierras, quitándome
Corona, cetro y estados
Sin dejarme una pequeña
Aldea, ni un solo establo
En donde me refugiase,
Si no le daba mi mano,
Cosa que yo no querría
Jamás; y lo he demostrado
Con no pasar por mi mente
Un pensamiento tan bajo.
Dijo también mi buen padre
Que así que él fuese finado,
Y viese yo que llegaba
El feroz Pandafilando,
Sin hacerle resistencia
Por amor á mis vasallos,
Que al hacérsela vendrían
Á ser muertos á sus manos,
Con algunos de los míos
Dentro del más breve plazo
En camino me pusiese
De las Españas, llegando
Al término de mis males,
Con el más precioso hallazgo
De un gran caballero andante
Cuya fama y cuyos lauros
Tendrían todo este reino
Sumamente alborotado.
Dijo, si mal no me acuerdo,
Que el nombre de este bizarro
Español, había de ser,
Según sus cálculos mágicos,
Don Azote ó Don Gigote...
—Eso no, replica Sancho,
Que Don Quijote se llama
Mi noble y valiente amo,
Á quien también apellidan
Más de tres y más de cuatro,
Caballero de la Triste
Figura.—Es muy exacto,
Volvió á decir Dorotea;
Y á fin de mostrar que os hablo

Verdad, diré que mi padre
Al hacernos el retrato
Del gran paladín futuro,
Le pintó de cuerpo alto,
Seco de rostro, añadiendo
Que allá en el derecho lado
Del hombro izquierdo, ó muy cerca,
Había de tener un pardo
Lunar, con ciertos cabellos
Cerdosos...—Ven aquí, Sancho,
Dijo en esto Don Quijote
Deteniendo su caballo.
—¿Qué intentais?—Ven y desnúdame,
Que quiero ver en el acto
Si soy aquel caballero
Con tal fe profetizado.
Quítame al punto las armas
Y las ropas, que este caso
Del lunar, de toda duda
Ahora mismo va á sacarnos.»

LXXXIX

Fin de la historia.

—No hay para qué desnudarse,
Dijo atajándole Sancho,
Que yo sé que tiene uno
En mitad del espinazo.
—¿Con pelos?—Y no muy cortos.
—¿De qué color?—Tira á pardo.
—Ya lo veis, dice la jóven,
Mi padre en todo ha acertado.
Vuestras señas personales
Concuerdan con el retrato.
Vuestra fama es tan inmensa,
Que llena todos los ámbitos
De esta tierra que os ha visto
Mover los potentes brazos.
Por eso, cuando en Osuna

Desembarqué, dióme un salto
El corazón, al oir
Cuánto de vos me contaron.
—Mas ¿cómo decís, señora,
Que allí habeis desembarcado
Si Osuna nunca fué puerto
De mar?» . . . . . .
. . . . . Mordióse los labios
Dorotea; pero el Cura
Tomó al instante la mano
Y dijo:—Lo que sin duda
Quiso decir, yo lo alcanzo.
Esta señora Princesa
Como extranjera, ha trocado
La especie, y decirnos quiso
Que después del desembarco
En Málaga, fué en Osuna
En donde de vos le hablaron.
—Eso quise yo deciros.
—Y ese es el camino llano.
Ahora, vuestra majestad,
Siga su historia contando.
—¿Y qué más quereis que os diga
Si venturosos los hados,
Realizan cuanto mi padre
Me dejó vaticinado?
Puesta ya de Don Quijote
Bajo el poderoso amparo
Yo seré restituida
Por él, á mi pueblo amado.
Colocándome en mi trono
Matará á Pandafilando,
Que así lo escribió mi padre
En caldeo ó en arábigo,
Añadiendo que si el héroe
Vencedor, quiere mi mano,
Yo me otorgue por su esposa
Dándole del reino el mando.
Tal es, mi historia, señores,
Tal de mi padre el mandato;
Perdonad si ruborosa
Oculto el rostro en mis manos.»

XC

Alegrías de Sancho y su amo.

Por tapar una sonrisa
Hízolo así Dorotea,
Y Don Quijote gozoso
Dijo á Sancho con gran priesa:
—¿Qué te parece, hijo Sancho?
¿No oyes lo que pasa? ¿Era
Cierto lo que yo decía?
Ya la fortuna está en puertas:
Reino en que mandar tenemos
Y para casarnos reina.
—Eso juro yo, mi amo,
Gozoso Sancho contesta,
Puto quien no se casare
Cuando Pandahilando muera.
Pues ¡monta que la reinica
Es mala, mala, maleja!
Así dentro de mi cama
Todas las pulgas se vuelvan.»
En seguida dió en el aire
Unas cuantas zapatetas;
Cayó, se alzó, fué á la mula
Que montaba Dorotea
Y atajándola en su paso
Hincó la rodilla en tierra.
Suplicó á la hermosa joven
Que la mano le tendiera
Y besándosela al punto
La aclamó Señora y Reina.
¿Quién no había de reirse
Al ver la locura inmensa
Del amo, viendo á la vez
Del criado la simpleza?
Tendió en efecto ambas manos
Complaciente Dorotea,

Y le prometió de hacerle
Gran señor, allá en su tierra.
Agradecióselo Sancho
Con tales palabras tiernas
Que allí la risa de todos
Retozona se renueva.
—Fáltame contar tan sólo,
Volvió á decir la discreta
Jóven, que de cuanta gente
Pude sacar de mi tierra,
Formando lucido séquito
Que llevaba mis preseas,
Solamente este barbado
Fiel escudero me queda,
Porque se anegaron todos
En una borrasca fiera
Que casi á vista del puerto
Tuvimos; pudiendo á tierra
Llegar ambos en dos tablas
Del buque que el mar sorbiera.
Todo, todo es en mi vida
Milagro, misterio, adversa
Situación; por eso os ruego
Que me presteis indulgencia
Para el relato que os hice;
Y si en él, como debiera,
Muy acertada no anduve,
Tened piadosos en cuenta
Lo que el señor Licenciado
Afirmó con gran prudencia
Al decir que los trabajos,
Las congojas y las penas
Suelen quitar la memoria
Al que abruman y atormentan.»

XCI

El gozo en el pozo.

Quedó un instante el hidalgo
Casi sin pestañear,

Y luego, dijo en voz alta:
—No á mí me la quitará
Lo que yo por vos pasare
Sirviéndoos noble y leal.
Yo el don que os fice os confirmo;
Yo os juro, y torno á jurar,
Que iré hasta la fin del mundo
Con vos, si pedisme tal,
Hasta verme con el fiero
Bárbaro y recio titán
Cuya cabeza soberbia
Con mi espada he de tajar.
No es la que llevo muy larga,
Que merced al ganapán
De un tal Ginés Pasamonte
La punta no pude hallar,
Y he tenido que sacársela
Dejándola como está.
De todos modos, señora,
Yo vos tengo de vengar;
Y cuando en el trono esteis
En completa libertad
Hareis de vuestra persona
Aquello que vos querais.
Que mientras yo tenga en grillos
Cautiva la voluntad,
Perdido el entendimiento
Por quien.... y no digo más,
No es posible que me arrostre
Ni que me llegue á casar
Aunque sea con el Ave
Fénix, con corona real.»
Dijo, y calló Don Quijote;
Y Sancho sin vacilar
Gritó, en cólera montando,
Con indignado ademán:
—¡Voto á mí, y juro por mí!
Que vuesa merced no está
Con feliz entendimiento
Ni con su juicio cabal.
¡Cómo! ¿á tan alta Princesa
Rechaza sin más ni más?

¿Piensa que le ha de ofrecer
La suerte otra moza igual?
¿Es por dicha, preferible
Su tobosina beldad?
No por cierto, que no llega
Ni siquiera á descalzar
Mi señora Dulcinea
Á la que delante está.
Ándese á pedir cotúfas
En el golfo; ¡voto á tal!
Cásese, cásese luego,
Por vida de Satanás,
Y tómese al punto el reino
Que esta princesa le dá
De vóbis, vóbis; y siendo
Rey, hágame nombrar
Marqués, Conde, Adelantado,
O alguna cosita igual,
Pues ya vé que se lo pido
Con mucha necesidad.
Hágalo así aunque después
Los trastos eche á rodar,
Y todo lo lleve el diablo
Por delante ó por detrás.»

. . . . . .

Con los ojos chispeantes
Y descompuesta la faz
Alzó el lanzón D. Quijote
Y con rabia sin igual
Descargó dos fuertes palos
Sobre su escudero audaz
Diciendo:—¿Pensais, infame,
Que siempre os he de aguantar
Tolerando que abuseis
De mi generosidad?
Pues no lo penseis, bellaco,
Belitre, faquín, gañán;
Que ofendiendo á Dulcinea,
Hoy descomulgado estás.
¿Sabes, ruín embustero,
Que tan sólo ella me dá
Valor, fuerzas y arrogancia

En todo trance fatal?
¿Por quién, lengua viperina,
He venido yo á ganar
Este gran reino? ¿por quién
Muerto el vil gigante está?
¿Por quién sois Marqués? (que todo
Se puede por hecho dar)
Sino por ella, que en mí
Pelea, y vigor me dá?
Oh ¡hijo de mala madre!
Oh ¡ingrato! que así os mirais
Levantado de la tierra,
Sacado de un lodazal;
Y al veros señor de título
Ultrajais tan sin piedad
Á quien tan buena ventura
Os sabe proporcionar!»
Calló D. Quijote, y Sancho
Corrió á ponerse detrás
De Dorotea, gritando:
—Diga, señor, la verdad:
Si tiene vuesa merced
Determinación fatal
De no unirse á esta princesa
¿Cómo ha de ser Rey jamás?
Y si ese reino no es suyo
¿Qué mercedes me ha de dar?
De esto tan sólo me quejo;
Cásese por caridad
Con ella, pues cae aquí
Como lluvia celestial,
Y luego tórnese al punto,
Muy cortés y muy galán,
Á buscar á mi señora
Dulcinea; pues no hará
Ni más ni menos, que hicieron
Otros reyes, que quizás
Llegaron á amancebarse
Con hembras de calidad.
En cuanto á cuál es más bella,
No puedo mi voto dar
Pues nunca ví á su adorada

Dulcinea.—¡Otra que tal!
¿Qué estás diciendo, blasfemo!
Volvió el hidalgo á gritar.
¿Cómo dices que no has visto
La su angélica beldad,
Cuando acabas de traerme
De ella un recado verbal?
—Digo que no pude verla
Despacio, para juzgar,
Aunque al bulto, me parece...
Que no me parece mal.
—Eso, Sancho, es otra cosa,
Y bien puedes perdonar
Mis primeros movimientos
Si son bruscos por demás.
Refrena un poco la lengua
Que alguna vez se te vá;
Trátame con más respeto
Y pelillos á la mar.»

XCII

Reconciliación.

Aconsejó Dorotea
Al bueno de Sancho Panza,
Que se acercase á su amo
Y la mano le besara,
Procurando en adelante
No poner la menor tacha,
En la señora Tobosa
Tan digna de eterna fama.
—Por lo demás, yo os prometo,
Añadió con mucha gracia,
Que no os faltará un estado
Dó vivais á vuestras anchas,
Como un duque, ó como un príncipe,
Sea yo soltera ó casada.»
Consolóse el escudero

Al oir tales palabras
Y llegó muy cabizbajo
Donde su señor estaba.
Pidióle humilde la mano
Que él le dió de buena gana,
Y con grave continente
Y actitud muy reposada
La bendición le echó luego
Diciéndole en voz muy baja:
—Apartémonos un poco
De toda nuestra compaña,
Que tengo que preguntarte
Cosas de mucha importancia.»
Adelantáronse al punto
Y Don Quijote con ánsia
Díjole:—Desque volviste,
Buen Sancho, de tu embajada,
No tuve tiempo y espacio
Para regalar mi alma
Con el relato verídico
Que te suplico me hagas,
Del recado que llevaste
Y de la réplica grata
Que trujiste; no demores
El darme nuevas tan faustas,
Que cuanto más las retardes
Más la impaciencia me acaba.
—¿Y qué quiere que le diga?
Replica Sancho con calma;
Vuesa merced me pregunte
Todo aquello que le plazca,
Que á todo daré salida
Tan buena cual fué la entrada;
Pero le suplico antes,
Por Dios vivo y por mí anima,
Que no sea vengativo.
—¿Y á qué viene la demanda?
—Dígolo, porque los palos
Que hoy me dió con tales ganas,
No me los dió de seguro
Por las cosas que yo hablara,
Sino porque el diablo mesmo

Muchas veces se desmanda
Como sucedió la noche
Que los batanes majaban
Y fuí yo á quien le llamásteis
Majadero y majagranzas,
Dándome también dos palos
Sobre las pobres espaldas,
Por no sé que olor nos vino,
Y por no sé que palabras
Que pronuncié al otro día...
—No prosigas, Sancho, basta.
Si te perdoné no intentes
Tentarme con esas pláticas.
Á pecado nuevo, nueva
Penitencia, no me hagas
Que perdiendo los estribos
Vuelva á enarbolar la lanza.»

XCIII

Fausto suceso.

Refiere aquí Cide Hamete
El gran escritor arábigo
Una feliz aventura
Que llenó de gozo á Sancho.
Fué el caso que cuando estaba
Con su señor conversando
Vieron venir hacia ellos,
Caballero sobre un asno,
Un hombre que parecía
Por sus trazas un gitano.
Era Ginés Pasamonte
Que se había disfrazado;
Más que fué reconocido
Por el escudero bravo
Que al ver su rucio gritaba:
—Detente, ladrón, bellaco,
Suelta mi querida prenda,

Dame mi dulce regalo.
Huye, puto; desampara
La hacienda que me has robado
Ó aquí morirá Sansón
En medio de aquestos campos...»
Oyó Ginés los denuestos,
Y al ver que iba acompañado
Panza de varios ginetes
Dejó el rucio y huyó rápido.
Acercóse el escudero,
Estrechó al burro en sus brazos
Y besándole gritaba:
—¡Hijo del alma estimado!
Bien mio! luz de mis ojos!
Dime, ¿dónde te llevaron?
¿Qué hiciste sin mí? ¿do fuiste
Con ese Ginés malvado?»
Dejóse besar el rucio,
Dejóse dar mil abrazos,
Y sin romper el silencio
Miraba atento á su amo.
Púsole éste la albarda,
Vinieron todos en tanto,
Y por su extraña fortuna
Á Panza felicitaron.

XCIV

Dulcinea pintada por Sancho.

Separados nuevamente
Don Quijote y su escudero,
Su plática reanudaron
Con mucho contentamiento,
Mientras que con Dorotea
Iban el Cura y Cardenio
Y maese Nicolás
En voz baja discurriendo,
Sobre la extraña locura

Del insigne caballero
Que en lo demás se mostraba
Tan honrado y tan discreto.
—Es lástima, se decían,
Que le hayan sorbido el seso
Esos menguados librotes
Atestados de embelecos.»
De este modo, condolidos
Se mostraban, mientras vuelto
Hácia Sancho, le decía
El valeroso manchego:
—Háblame de Dulcinea,
Hijo Sancho, háblame presto,
Y nuestras desavenencias
Anteriores olvidemos.
Aunque encontraste tu rucio
Yo mi promesa renuevo
De darte los tres que en casa
Gozan de abundante pienso.
Dime dónde, cómo y cuándo
Hallaste á mi dulce dueño.
¿Qué hacía? ¿qué le dijiste?
¿Qué te respondió al momento?
¿Qué rostro puso al leer
Mi carta? ¿quién te la ha puesto
En limpio? nada me ocultes;
Sé franco, yo te lo ruego.
—Señor, respóndele Sancho,
Si he de hablar verdad, le debo
Manifestar, que no hubo
Carta suya.—Bien lo creo;
Porque has de saber, buen Sancho,
Que el librillo de Cardenio,
Donde la escribí, quedóse
Conmigo en aquel destierro
Cuando al mirarme desnudo
Te alejaste tan corriendo.
Por eso yo me esperaba
Que al echarla tú de menos
Volvieses.—Así lo hiciera;
Mas yo la aprendí al momento
Que leísteis, y en llegando

Al más inmediato pueblo,
La traspasé de corrido
Al sacristán de un convento,
Que al escribirla me dijo
No haber leido en sus tiempos
Cosa que estuviese escrita
Con tal gracia y tal despejo.
—¿Recuerdas el contenido?
—Nada en el magín conservo,
Pues hice por olvidarla
Por mostrarle mi respeto.
Solamente se quedó
Aquí en mi memoria impreso
Aquello de *sobajada*...
—¿Qué dices?—No, no, de aquello
De *Soberana Señora;*
Y lo otro del *Caballero*
De la triste....—Bien, prosigue,
¿Qué más le fuiste poniendo?
—En medio de esas dos cosas
Le puse más de trescientos
Corazones, y ojos mios.
—Bien está, no hay mal en ello.
¿Qué hacía cuando llegaste?
Porque, según me sospecho,
Tal vez estaba ensartando
Perlas, ó tal vez cosiendo
Rico canutillo de oro
En suave terciopelo
Para enviárselo á este
Su cautivo caballero.
—Á decir verdad, estaba
Ocupada en otro empleo,
Pues dos fanegas de trigo
Aechaba desde el granero.
—De seguro cada grano
Trocóse en perla al momento.
¿Qué te dijo al ver mi carta?
¿Besóla? ¿Llevóla al seno?
—Cuando á entregársela iba
Era tan grande el meneo
De su criba, y de sus brazos,

Y de todito su cuerpo,
Que me mandó la pusiese
Encima de algún talego.
—¡Discreta y fina señora!
Sin duda te mandó eso
Para leerla despacio
Á sus anchas y en silencio.
Y en tanto que concluía
Aquel menester honesto,
¿Qué te preguntó de mí
Y qué la dijiste luego?
—Aunque ella sin preguntarme
Siguió guardando silencio,
Yo le dije, que en la sierra
Quedaba de amores muerto
Sin comer pan á manteles,
Durmiendo en el duro suelo,
Y sin peinarse las barbas,
Su vil suerte maldiciendo.
—En eso del maldecir
No anduviste muy discreto,
Que antes bendigo mil veces
Á mi estrella y á los cielos
Por hacerme merecer
Amar á tan alto objeto.
—Que es alta no cabe duda
Pues me lleva un coto.—Y eso
¿Cómo lo sabes?—Medíla
Al poner sobre un jumento
Ambos un costal de trigo.
Yo la miré al propio tiempo,
Y noté que me llevaba
Un buen palmo por lo menos.
—De seguro al acercarte
Notarías en su aliento
Una fragancia exquisita,
Un olor grato y sabeo.
—Sólo percibí un tufillo
Algo hombruno, y me sospecho
Que con el sudor estaba
Correosa.—No, no es eso.
Acaso tú te sentías

Romadizado y enfermo,
O te debiste de oler
Á tí mismo sin saberlo.
Que yo sé que aquella rosa,
Aquel paquete de incienso,
Aquel ámbar desleido,
Aquel búcaro soberbio,
Cuajado de gayas flores
Y todo de esencias lleno,
Huele á jazmín, á claveles
Y á gloria.—Yo no lo niego.
Tal vez me olí yo á mí propio,
Y me olió mal, lo confieso.
—Y después que hubo acabado
¿Qué dijo al tomar el pliego?
—Díjome que no sabía
De letras, y al punto mesmo
Hizo la carta pedazos
Sin abrirla, prefiriendo
Romperla, á dar á ninguno
Noticia de sus secretos.
Díjome que le besaba
La mano con mucho afeto,
Y que os rogaba dejáseis
Tan miserable desierto
Yéndoos al punto al Toboso
Porque quiere conoceros.
—¿Y qué más?—Rióse mucho
Con el sobrenombre vuestro.
—Y qué más?—Le pregunté
Si la visitó en efecto
El vizcaino de marras.
—¿Y qué dijo?—Que es sujeto
Muy honrado y comedido.
—¿Y los galeotes, fueron?
—No fueron.—Todo va bien
Hasta agora; sólo anhelo
Saber qué joya te ha dado,
Puesto que fué en todo tiempo,
Costumbre no quebrantada
Por nadie con menosprecio,
Que las damas y galanes

Premien á los escuderos,
Doncellas, pajes ó enanos,
Portadores de un recuerdo,
Con una preciosa alhaja
De mucho valor y mérito.
¿Qué te ha dado?—Dióme solo
Un poco de pan y queso
Que era ovejuno.—Sin duda
No tuvo á mano otro objeto;
Que á mí me consta que ella
Es liberal en extremo.
Por lo demás, solamente
Maravillado me quedo
Al ver que tan presto fuiste,
Y que volviste tan presto.
Sin duda algún nigromante
Conmovido al ver mis duelos
Proporcionándote ayuda,
Te empujó sin tú saberlo.
Y de esto no hay que asombrarse,
Pues milagros más soberbios
Cien caballeros andantes
Durante su vida vieron.
Y hubo magos que piadosos
Á un amante condujeron,
Ya en volátiles caballos,
Ya en una nube de fuego,
Desde un polo hasta otro polo,
De una ciudad á un desierto,
De un palacio hasta una choza,
O desde la tierra al cielo,
Para tornarlos más pronto
Que puede rezarse un credo.»

XCV

Al Micomicón.

Después de extenderse mucho
En cosas de este jaez

Dudoso está Don Quijote
Sobre lo que habrá de hacer.
¿Ha de partir al momento
Buscando á su dulce bien,
Ó esclavo de su palabra
Vendrá al Toboso, después
Que á Pandafilando mate
Renunciando al reino aquel?
Mucho á Sancho Panza duele
Que su señor no sea rey,
Mas en vano le aconseja
Que se case, y sea infiel
Á Dulcinea; el hidalgo
No se deja convencer.
—No dirán de mí, exclamaba,
Que infame, torpe y sin ley,
Falté aleve á mis propósitos
Sólo por me engrandecer.
Homes que afincan primero
En lo que fuyen después,
Ni son fidalgos, ni homes
Ni merescen honra y prez.
Condiciones tornadizas
De amor falso y descortés,
Son como las secas hojas
Que ni aun sirven para arder,
Ó como el humo liviano
Que arrastrado y roto es
Produciendo sólo enojos
En los ojos que lo ven.
Si sólo en esta ocasión
Te mueve el vil interés,
Pierde cuidado, que antes
De lidiar y de vencer,
Yo á la señora Princesa
Por condición le pondré
Que ha de darte el señorío
Que á tí te plazca escoger.
—Siendo así, señor del alma,
Presto me consolaré;
Mas cuide que mis Estados
Hácia la marina estén;

Que así podré á mis vasallos
Llevar en un dos por tres,
Á donde pueda venderlos
De noche en un santiamen.
Haga, pues, lo que le plazca,
Mas cumpla como quien es,
Llevando en seguida á cabo
Cuanto prometido habeis.
Mátenos luego al gigante,
Que así se podrá volver
Libre á España, y al Toboso,
Donde tan amado es.»

XCVI

Otra vez Andresillo.

De este modo departiendo
Amo y escudero estaban,
Cuando oyeron unas voces
Á muy pequeña distancia.
Era maese el Barbero
Que con la demás compaña
Al ver una clara fuente
Á almorzar les invitaba.
Mucho agradó á Don Quijote
El convite, y Sancho Panza
Vió el cielo abierto, notando
Que de mentir se cansaba
Y de hablar de Dulcinea
Á quien nunca vió la cara.
Sobre la yerba menuda
Por dó el manantial escapa,
Sentáronse todos ellos
Devorando las viandas
Que compró en la venta el Cura
Al comenzar su jornada.
Y mientras, cabe la fuente,
Unos beben, y otros yantan,

Llegó á pasar por acaso
Un chico que caminaba
Solo, y que al ver al hidalgo,
Dando una carrera rápida
Vino á él, y á sus rodillas
Se abrazó con grandes ánsias
Exclamando:—¡Ay, señor mio!
¿Tendré acaso la desgracia
De que ya vuestra merced
En olvido puesto me haya?
Yo soy aquel Andresillo
Á quien vos una mañana
Compadecido quitásteis
De la encina donde estaba
Atado.—Sí, ya me acuerdo.»
Y tomándole con calma
De la mano, presentóle
Á todos, diciendo:—Valga
Este claro testimonio,
Que el mismo cielo nos manda,
Para probar cuánto importa
Mi profesión noble y santa,
Y el que andantes caballeros
Cruzando los mundos vayan.
Sepan, pues, vuestras mercedes,
Que un día al romper el alba,
Pasando yo por un bosque,
Sentí mil quejas amargas,
Y atado ví á este muchacho
Á un árbol, donde le estaba
Martirizando un villano
Que le abría las espaldas
Con las riendas de una yegua
Que junto á ellos estaba.
Díjome que era su amo;
Yo le pregunté la causa
Del atroz vapulamiento;
Replicó que le azotaba
Por zafio, ladrón y simple;
Mas este niño, con lágrimas
En los ojos, dijo al punto:
«Me pega, porque la paga

Le pido de mis salarios.»
Y como yo me mostrara
Colérico, y le ordenase
Obrar como Dios nos manda,
Á vuelta de cien cumplidos
Juró darle su soldada,
Y le desató del árbol
Según yo se lo ordenaba.
¿No es verdad, pobre Andresico?
¿Viste tú con qué arrogancia
Se lo mandé, y lo humildoso
Que estuvo, al darme palabra
De pagarte y de dejarte
Libre? Respóndeme, habla;
No estés medrosico, explícate,
Que así quedará mostrada
La utilidad y el provecho
Que la república saca
Cuando por los caballeros
Andantes, se vé amparada.»
Calló el digno Don Quijote
Y el chico dijo con sandia
Sinceridad:—Cuanto ahora
Vuestra merced nos relata
Es verdad; pero el negocio
Acabó al revés.—¿Qué hablas?
¿Dejó acaso de pagarte
El villano?—Ni una blanca
Me dió, ni dejóme libre,
Que al volver vos las espaldas
Volvióme á atar á la mesma
Encina, y con furia brava
Hecho un San Bartolomé
Me dejó aquella mañana
Furioso por culpa vuestra;
Que si no le denostara
Tanto, no me diera tanto
Como me dió sin entrañas.
—Tienes razón, culpa mia
Fué creer en su palabra,
Que quien fía en un villano
Bien pronto se desengaña.

Mas yo juré castigarle
Si luego no te pagaba.
Sancho, ensilla mi caballo
Y dame al punto la lanza,
Guíenos Andrés, y vamos
Adonde arrancarle el alma
Pueda; veremos si ahora
De entre mis uñas escapa.»
Levantóse al decir esto;
Mas Dorotea, con calma
Le hizo ver que no podía
Sin su permiso hacer nada.
Dió al muchacho pan y queso
Que él tomó de buena gana,
Y viendo que Don Quijote
Ni una moneda le alarga,
Cosa que él preferiría
Á la guerra y la venganza,
Encarándose al hidalgo
Le dijo á cierta distancia:
—Si otra vez, señor, me viéredes
Afligido y en desgracia,
No me acorrais, por Dios vivo,
No me mostreis vuestra lástima.
Dejad que me den azotes
Aunque en pedazos me partan,
Que no será este martirio
Peor que la ayuda infausta
De vos, á quien Dios maldiga
Con esa tropa endiablada
De caballeros andantes
Que tienen tales andanzas.»
Huyó el chico tan ligero,
Que un galgo no le alcanzara,
Y Don Quijote corrido
Hecho se quedó una estatua.

XCVII

Mientras Don Quijote duerme.

Acabada la comida
Que todos hallaron buena,
Ensillaron nuevamente,
Montaron sobre sus bestias,
Y temprano al otro día
Llegaron junto á la venta,
Que á Sancho causaba asombro
Y en la cual entró con pena.
Salieron á recibirlos
El ventero y la ventera
Con su hija, y Maritornes
La disoluta gallega.
Dando de grande alegría
Todos solícitas muestras
Á Don Quijote saludan
Entre burlas y entre veras.
Contéstales el hidalgo
Con frases cultas y honestas
Encargándoles un lecho
Mejor que la vez primera.
—De príncipe le tendréis,
Responde al punto la huéspeda,
Venid al camaranchón
Pues no tengo mejor pieza.
—Bien está, dejadme solo;»
Y no bien solo se encuentra
Acuéstase y al momento
Dormido el hidalgo queda.
Tornó otra vez la patrona
Á donde están Dorotea
Y los demás; y encarándose
Con el barbero, comienza
Á tirarle de la cola
De buey, que por barba lleva

Diciendo:—Dadme si os place
Esta interesante prenda,
Que anda lo de mi marido
Rodando de Ceca en Meca;
Quiero decir, que su peine
Sin la cosa en que lo cuelga
De tal modo se extravía
Que es una mala vergüenza.»
Quiso oponerse el barbero,
Pero el Cura manifiesta
Que no es preciso seguir
Haciendo tales pamemas.
—Cuando Quijano despierte,
Dice, mostrad que á esta venta
Os dirigísteis huyendo
De la criminal caterva
De galeotes malvados
Que á los dos nos sorprendieran.
Y si acaso nos pregunta,
Si acaso de menos echa
Al escudero barbado
De la señora princesa,
Le diremos que ha partido,
Tomando la delantera,
Hacia el gran Micomicón
Do ha de dar la grata nueva
De que ya va Don Quijote
Camino de aquella tierra.»
Aquí el moro Cide Hamete
Minuciosamente cuenta
Que el barbero dió su barba,
Entregando á la ventera
Él y el Cura sus prestados
Vestidos, galas y telas;
Que luego admiraron todos
Á la hermosa Dorotea,
Fijándose en el buen talle
Que el zagal Cardenio ostenta.
Dice que con apetito
Se sentaron á la mesa,
Y que luego, aprovechando
De Sancho Panza la ausencia,

Mientras su señor dormía,
Delante de la ventera,
Del ventero, y de la gente
Que la gran estancia llena,
Hablando de Don Quijote
Y de su extraña demencia
Maldijo el Cura los libros
Caballerescos, que eran
La causa de haber perdido
El hidalgo la cabeza.
—Pues yo de mí sé decir
Que esos libros me enajenan,
Dijo el huesped, y si os hablo
Como debo con franqueza,
Siempre que oigo leer
Algunas de esas novelas
De las que conservo varias
Metidas en mi alhacena,
Con diferentes papeles
Escritos de buena letra,
Tanto gusto siento al ver
Cuánto se describe en ellas
Que la baba se me cae,
Y el sentido se me alegra
Al notar los furibundos
Tajos, y lanzadas fieras
Y cuchilladas enormes
Que los caballeros pegan.
—Y á mí, su mujer añade,
Me extasía y me deleita
Verte tan entretenido
Que de reñir no te acuerdas.
—Y yo, dice Maritornes,
Gusto de ver la cautela
Con que abrazada á su amante
Está una señora bella
Debajo de unos naranjos
Mientras que los ve y los vela
Con sobresalto y envidia
Una quintañona dueña.
—Y á vos, niña ¿qué os parece?
Dice el Cura á la doncella

Hija del ventero, ¿os gustan
También las tales escenas?
—No sé, señor, en mi ánima,
Respóndele al punto ella;
Que magüer no las entiendo
Recibo gusto en saberlas;
Mas no gusto de los golpes
Que tanto á mi padre alegran,
Sino de oir de los buenos
Caballeros las querellas
Y lamentaciones tristes
Que me hacen llorar de pena.
—¿Luego vos las remediárais?
Pregúntanle Dorotea
Y Cardenio.—Bien mirado,
Debo darles la respuesta
De que no sé lo que haría;
Sólo acuso de soberbias
Á las damas melindrosas
Que hacen que un hombre se muera,
Ó se vuelva loco, siendo
Cual es, cargo de conciencia
Permitir que un hombre honrado
Tan doloroso fin tenga.
Yo no sé para qué tanto
Melindre, pues si son ellas
Honradas, cásense al punto
Según ellos lo desean.
—Mucho sabéis de estas cosas,
Niña, dice la ventera,
Cállese que no está bien
Que hable tanto una doncella.»
Bajó la niña los ojos
Y entre turbada y resuelta
Dijo:—El señor preguntóme
Y yo le dí la respuesta.»

XCVIII

Obras caballerescas.

Á petición del buen Cura
Trajo el ventero unos libros
Que en una maleta estaban
Con algunos manuscritos.
Trató aquél de ver al punto
Los correspondientes títulos
Y abriendo el primer volumen
Vió que era *Don Cirongilio*
De Tracia, el segundo, *Félix*
Marte de Hircania.—Malditos!
Gritó el Cura; estos debían
Ir á la hoguera ahora mismo.
—¿Son por ventura *flemáticos?*
Dice el ventero.—No, amigo,
No son *cismáticos;* pero
Son peores.—Pues yo afirmo
Que pueden quemar estotros;
Mas no esos dos que yo estimo
Y conservo con cuidado
Como si fueran mis hijos.
Si queréis quemar algunos
Por malos, no me resisto;
Aquí tenéis dos historias
Que no valen un comino:
La de un Gonzalo de Córdoba
Y la de otro de Trujillo
Que se llamaba García
De Paredes.—Y á esos dignos
Españoles rechazáis
Por aceptar tales mitos
De caballeros andantes
Que jamás han existido?
Sabed que Gonzalo fué
Un valeroso caudillo

Que puso espanto en los moros,
Mereciendo ser tenido
Por el más Gran Capitán
Que conocieron los siglos.
Y el buen García Paredes,
Extremeño valentísimo,
Tuvo fuerzas tan hercúleas,
Que además de otros prodigios
Detenía con un dedo
Una rueda de molino.»
Miró el ventero con lástima
Al Cura, y riendo dijo:
—¡Brava hazaña nos contáis
De ese español tan invicto!
Detener la piedra, es cosa
Que la hiciera cualquier niño
De teta, si se compara
Con lo que el de Hircania hizo.
Él, de un revés solamente,
Partió por mitad á cinco
Gigantes; y otra vegàda
Arremetió con grandísimo
Empuje, á todo un ejército
Bien armado y aguerrido,
Logrando poner en fuga
A sus fieros enemigos
Que ascendían á un millón
Y seiscientos mil y pico.
Y ¿qué diremos del grande
Y noble Don Cirongilio
De quien se dice que un día
Al vadear cierto rio,
Se halló con una serpiente
De fuego, que al punto vino
Contra él, y devorarle
Con su ardiente boca quiso?
Mas él, que jamás se turba
Y por nadie fué vencido,
Dando un salto se coloca
Sobre el reptil, que era anfibio,
Y que temiendo la saña
Del caballero atrevido,

Conociendo que le ahogaba
Á fuerza de comprimirlo,
De súbito bajó al fondo
Del agua, buscando asilo
En unos bellos palacios
Y en unos jardines lindos
Donde trocado en anciano
Le dirige mil cumplidos
Y le dice cosas tales
Que dá placer el oirlo.
Calle, señor, que si viese
Lo que cuento y lo que omito
De seguro que perdiera
Con gusto al saberlo el juicio.
Dos higas para ese pobre
Gran Capitán, y lo mismo
Para ese Diego García,
Que diz que nació en Trujillo!»
Calló el ventero, y la joven
Dorotea, con sigilo
Dijo á Cardenio:—Parece
Que el huesped está lo mismo
Que Don Quijote.—Tal creo,
Responde aquél al oido,
Y hasta diré si me apuran
Que le gana en tercio y quinto.»

XCIX

El Curioso impertinente.

Llegó en esto Sancho Panza
Y oyó al Cura, que enfadado
Al ventero le decía:
—¿Según eso, buen hermano,
Vos creeis que hubo en el mundo
Unos caballeros bravos
Que así luchaban con monstruos
Culebras, brujas y diablos?

¿No veis que tales hechizos
Y tales sucesos mágicos,
Son necios cuentos que inventan
Ingenios desocupados,
Para entretener al vulgo
Y calentarle los cascos?
¡Noramala para todos
Los entes imaginarios
Que en caballeros andantes
Nos dicen que se trocaron!
Y notad que no hubo nunca
Hechos tan extraordinarios
Ni jamás verdad dijeron
Esos insulsos libracos.»
Calló el Cura, y Sancho Panza
Se puso á pensar despacio
En los molinos de viento
Con que combatió su amo,
Y en el yelmo de Mambrino,
Y en los batanes, y acaso
Creyó que razón tenía
El buen señor Licenciado.
Mas el ventero que era
Crédulo, ignorante y vano,
Exclamó al punto:—Á otro perro
Con ese hueso mondado!
Que yo sé muy bien ahora
Dónde me aprieta el zapato.
No piense vuestra merced
Que dá papilla á un muchacho,
Pues soy hombre, peino barbas
Y nunca el dedo me mamo.
Cuando esos libros se imprimen
Con la licencia y amparo
Del Consejo Real, y andan
Corriendo de mano en mano,
Claro está que no han de ser
De mentiras un hatajo.
—Ya os he dicho que son fábulas
Y sueños desatinados;
Mas puesto que los creeis
Como si fuesen oráculos,

Buen provecho su lectura
Os haga; tomad, llevaos
Vuestros libros, y Dios quiera
Que al seguir por tales pasos
No cojeeis del pie mismo
Que cojea el buen hidalgo
Don Quijote.—Eso, en mi vida;
Dice el ventero en el acto;
Que no seré yo tan necio,
Ni estoy de juicio tan falto,
Que quiera resucitar
Usos que fueron de antaño;
Y cada cosa en su tiempo
Y por Adviento los nabos.
—Bien está; llevad los libros;
Mas antes de esto, veamos
Lo que dicen los papeles
Manuscritos que aquí hallo.
Hola! ¿novela tenemos?
Será de duendes y trasgos;
Mas no, que me gusta el título
Y el comienzo es de mi agrado.
Intitúlase *El Curioso*
Impertinente y el caso
Sucedió en la gran Florencia
Ciudad del país toscano
Entre dos buenos amigos
Que se llamaban Lotario
Y Anselmo; no me disgusta
Y hasta me siento inclinado
Á leerla.—Si lo haceis,
Hacedlo, señor, en alto,
Dicen todos.—Que me place:
Tomad asiento á mi lado
Y atended, que ya comienzo.
—Gustosos os escuchamos.
. . . . . .
Leyó el Cura la novela
Que el gran Cide Hamete el sabio
Copió, y que solo nosotros
Rápidamente extractamos,
Diciendo que Anselmo era

Un marido temerario
Que probar quiso en mal hora
De su mujer el recato.
Siendo por ella querido,
Siendo feliz y estimado,
Á su amigo de la infancia
Puso en el tremendo caso
De atentar contra su propia
Honra, poniendo en contacto
Á la mujer y al amigo
Que al fin mancharon su tálamo.
Tal es la historia abreviada
De aquel curioso insensato
Que por ver si era querido
Murió al fin desesperado.
Historia que el gran Cervantes
Escribió en bronce y en mármol
Según es de conocida
En el mundo literario. (20)

. . . . . .

C

Cuchilladas en... cueros.

Aquí, lector, debemos
Decir en confianza
Que aunque no lo consigna
La historia de la Mancha
Ni en sus anales célebres
Un solo dato haya,
En la venta un suceso
Ocurrió de importancia.
Y es, que cuando engolfados
En su lectura estaban
El Cura y el Barbero
Y la demás compaña,
Oyóse de improviso
Gritar á Sancho Panza:

—Venid, nobles amigos,
Sus, llegad á esta estancia,
Que mi amo Don Quijote
En gran peligro se halla.
Con el vil gigantazo
Que destronó á la infanta
Micomicona, libra
Descomunal batalla.
Ya vienen á las manos,
Ya el fuerte brazo alza,
Ya á cercen la cabeza
Furioso le rebana.
Como si fuese un nabo
Ó zanahoria blanda
Partióle el recio cuello
Por dó la sangre escapa.
—¿Qué cuentas, buen hermano?
Dice el Cura con calma,
¿Cómo el gigante has visto
Si á mil leguas se halla?
En esto un gran ruido
Se oyó á breve distancia
Mientras que Don Quijote
De esta suerte gritaba:
—Acércate, no tiembles,
Ladrón, follón, canalla,
Que aquí no ha de valerte
Tu horrible cimitarra.
—Vamos pues, grita Sancho,
La pelea departan
Ó ayuden á mi amo;
Aunque acaso se basta
A sí mesmo y se sobra
Siendo su furia tanta.
Muerto debe el gigante
Estar, pues ví cortada
Su inmensa cabezota
Que viene á ser tamaña
Como un cuero de vino;
Y el suelo de la estancia
Estaba tinto en sangre
Que ya se coagulaba.»

Oyendo esto el ventero
De esta manera exclama:
—¡Que mal moro me mate,
O mal rayo me parta,
Ó mal perro me coma,
Si lo que vió este mandria
No son ¡ay! los pellejos
Que coloqué en la cámara.
Por sangre toma el vino
Que aquellos cueros guardan.
Vamos á ver qué es ello,
Y así el cielo me valga.»
Llegáronse los hombres
Á dó el hidalgo estaba,
Y viéronle en camisa
En pie junto á su cama,
Mostrando sus dos piernas
Luengas, velludas, flacas,
Y no del todo limpias
Según cuenta la fama.
Tenía en la cabeza
Un bonete de lana
Colorado y grasiento
Del dueño de la casa.
En su siniestro brazo
Revuelta está la manta
Que en Sancho mil funestos
Recuerdos despertaba,
Y blandiendo en la diestra
Su fulminante espada
Con los ojos cerrados
Apóstrofes lanzaba,
Creyéndose entre sueños
Que en singular batalla
Al vil Pandafilando
Tenía entre sus garras.
Y en medio de esta brega
Eran tales y tantas
Las cuchilladas fieras
Que en los pellejos daba
Que ya el camaranchón
De vino era una balsa.

Al ver esto, el ventero
Furioso se abalanza
Y al valeroso hidalgo
Tal diluvio descarga
De puñetazos fieros,
Que si no lo separan
La guerra del gigante
Allí pronto acabara.
Y fué lo más pasmoso
Que Don Quijote estaba
Tan dormido, que apenas
Sintió aquella avalancha;
Hasta que el buen Barbero
Trajo un caldero de agua
Y de pronto en el cuerpo
Le echó una rociada.
Andábase entretanto
Con diligencia extraña
Buscando Sancho algo
Que el pobre no encontraba,
Y dijo:—Bien se advierte
Que todo en esta casa
Resulta encantamento
Y suelto el diablo anda.
En este mesmo sitio,
En noche infortunada,
Me dieron mil porrazos
Sin ver quien me los daba.
Y ahora que aquí busco
La cabeza cortada
Y la fuente de sangre
Que del cuerpo manaba,
Ni fuente ni cabeza
Mis tristes ojos hallan.
—¿De qué sangre ó qué fuente
Este cornudo habla?
Dijo el ventero airado;
¿No ves, ladrón, panarra,
Que sólo mis pellejos
Á Dios piden venganza,
Y que mi vino tinto
Por aquel sitio nada,

Que así nadando vea
En el infierno el alma
Del vil y mentecato
Que loco los horada?
—No sé, replica Sancho,
Vertiendo gruesas lágrimas;
Sólo sé que mi pena
Y mi desdicha es tanta
Que por haber perdido
Esa cabeza ansiada,
Mi condado se pierde
Como sal en el agua.»
Al ver esta salida
El ventero se daba
Á quince mil demonios,
Juraudo por su ánima
Que ahora no se irían
Los dos de su posada
Sin pagarle sus gastos,
El vino y las botanas
De aquellos tristes cueros
Pasados por las armas.
Quiso entretanto el Cura
Cubrir con una sábana,
Del valeroso hidalgo
La fementida estampa.
Mas éste de improviso,
Creyéndose que estaba
Ante la gran Princesa
Micomicona magna,
Después de haber vencido
En singular batalla
Al enemigo fiero
Que el trono le arrebata,
Hincando ambas rodillas
Dijo al Cura en voz alta:
—Muy bien puede la vuestra
Grandeza soberana
¡Oh! reina fermosísima!
Vivir bien sosegada,
Sin que esa mal nascida
Criatura, ofensa os faga.

Ya el vil Pandafilando,
El de la negra cara,
Y de la fosca vista,
Quedó muerto á mis plantas.
Notad el bien que os fice
Y non me pidais nada;
Que aquél que está captivo
En sí mismo no manda.
Yo tengo avasallados
El corazón y el alma;
Dejadme ir al Toboso
En busca de mi dama.»
Dijo, y creyendo al punto
Que en su rocín montaba
Subió sobre su lecho
Y en él durmió á sus anchas.

CI

Diluvio de huéspedes.

En la puerta de la venta
Llora Sancho un desengaño
Y el ventero y su mujer
Se dan á todos los diablos.
Ayúdales Maritornes
Maldiciendo al pobre hidalgo,
Y sólo el buen Cura intenta
Conjurar aquel nublado
Ofreciéndoles la paga
De las costas y los daños.
—Bien está, dice el ventero,
Si es así, pronto me allano
Y me allano con más gusto
Viendo el séquito bizarro
De aquella tropa de huéspedes
Que hacia aquí viene avanzando,
Y que si toca en mi venta
De seguro hará buen gasto.

—¿Quiénes son? dice Cardenio
Un poco sobresaltado.
Á lo cual responde el huesped:
—Cuatro hombres á caballo
Con lanzas y adargas vienen
Á la gineta montados
Encubriéndose los rostros
Con negro antifaz; y al lado
De ellos, viene una mujer
Toda vestida de blanco
Sentada sobre un sillón
Del que cuidan dos criados.
—¿Dónde están? pregunta el Cura.
—Tan cerca, que ya llegaron,
Dice el ventero corriendo
Á rendirles su agasajo.
Viendo aquello, Dorotea
Cubrió su faz con recato
Y Cardenio presuroso
Entró en el vecino cuarto.
Apeáronse en seguida
Los que vienen á caballo,
Y uno de ellos tomó al punto
Á la mujer en sus brazos
Poniéndola en una silla
Con gentil desembarazo.
Dejó escapar un gemido
Ella, y cayeron sus manos
Como si estuviese enferma
O sumida en un letargo.
Y como todos guardaran
Silencio durante un rato,
Y bajo sus antifaces
Se seguían recatando,
El Cura, á fuer de discreto,
Viendo llevar los caballos
Al pesebre, tras los mozos
Se fué luego paso á paso,
Y preguntó quiénes eran
Y hacia dónde iban sus amos.
—Nada podemos deciros,
Responde el uno en el acto,

Que aunque con ellos venimos
Nunca de ellos fuimos fámulos.
Sólo sabemos que ese
Hombre de buen talle y garbo
Que á la doliente señora
Tomó altivo entre sus brazos,
Por sus demás compañeros
Es con respeto tratado.
—¿Y su nombre, no sabeis?
—Ninguno ha movido el labio
Durante nuestra jornada,
Ni nadie á nadie ha nombrado.
—¿Y la mujer?—Con el rostro
Siempre encubierto, llorando
Vino por todo el camino
Sumida en mortal quebranto.
Y es tal el miedo que muestra,
Tan grande su sobresalto,
Que á juzgar por lo que sufre
Y al considerar sus hábitos,
Monja creí que sería
Arrebatada del cláustro,
O novicia que conducen
Al convento mal su grado.»
Esto dijo el mozo al Cura
Y este se tornó despacio
A su punto de partida
Dó estan los recien llegados.

CII

La tapada.

Cobró alientos Dorotea
Al ver que el Cura llegaba,
Y acercándose á la triste
Que está en su silla sentada,
Y que muestra en su apostura
El gran dolor que la embarga,

Con generosos intentos
Le dirigió la palabra
Diciendo:—¿Qué mal sentís,
Señora, que en tristes ansias
Aquí silenciosamente
Sufrís sin decirnos nada?
Si padecéis, y yo puedo
Remediar vuestra desgracia
Tened por cierto y seguro
Que lo haré de buena gana.»
Calló la jóven, y aquella
Á quien van encaminadas
Sus frases, bajó la frente
Vertiendo en silencio lágrimas.
Y como compadecida
Dorotea, se empeñaba
En renovar sus ofertas
Procurando consolarla,
Levantóse el embozado
Que diz que en los otros manda
Exclamando:—No os canséis,
En decir ni ofrecer nada
Á esa mujer cuya boca
Mil viles mentiras manchan.»
—Nunca las dije, contesta
Sollozando la tapada;
Que por no ser mentirosa
Hoy sufro desdicha tanta.
Y de esta verdad que os hablo
Testigo es Dios, que declara
Á voces, vuestra falsía
Y de mentiroso os tacha.»
Esto dijo la doliente
Recien venida en voz alta,
Y Cardenio que la escucha
Desde la vecina estancia
Dando un gran grito, al instante:
—¡Ay! válgame el cielo! exclama,
¿Qué voz es esa que llega
Á mi oido y á mi alma?»
Volvió la cabeza al punto
La que tanto se recata,

Y no encontrando al que dijo
Las anteriores palabras,
Quiso ver el aposento
En donde Cardenio estaba;
Mas no pudo conseguirlo;
Que el caballero le ataja
La acción y el paso, diciendo:
—¿Dónde vais, desventurada?
—Ya lo veis, responde ella;
Y de su rostro se escapa
El tafetán que encubría
Su hermosura sobrehumana,
Con lo cual todos lograron
Ver juntos en una cara
La esplendidez de los cielos
Que inspira ventura y calma,
Y las nubes de las penas
Que el más puro cielo empañan.

CIII

La voz del honor.

Aquí nos cuentan las crónicas
Cosas tan inesperadas
Y tan graves, que no puede
El Romancero callarlas.
Dicen que la hermosa jóven
Por desasirse pugnaba
Del tirano que la tiene
Asida de las espaldas;
Mas á la vez que esto hizo,
Queriendo de allí arrancarla,
No advirtió que se caían
Los embozos de su capa.
Vióle el rostro Dorotea,
Y al mirar toda turbada
Que D. Fernando, su esposo,
Era el hombre que abrazaba

Á la otra mujer, un grito
Del fondo de sus entrañas
Arrancó, y súbitamente
Cayó al suelo desmayada.
Recogióla entre sus brazos
El Barbero, que allí estaba,
Y el Cura quiso en el rostro
Echarle un poco de agua,
Quitándole el rebocillo
Con que su faz ocultaba.
Conocióla el caballero,
Que perdió toda su calma,
Y Cardenio, que oyó el grito
Que Dorotea lanzara,
Creyendo que era Luscinda
La que triste se quejaba,
Abrió la puerta furioso
Y presentóse en la sala.
Viéronse los dos rivales
Frente á frente, cara á cara,
Y al punto se conocieron
Llenos de enojo y de saña.
—¿Luego sois vos? dice el pobre
Cardenio, con voz turbada:
¿Vos que teneis en los brazos
Á la mujer que yo amaba?
—Sí soy, dice D. Fernando;
Yo que castigo á la ingrata
Que jurando ser mi esposa
Á tal promesa me falta.
—¿Y qué hicísteis de la vuestra?
Replica aquel en voz alta;
¿Qué hicísteis de esa infelice
Que esposa vuestra se llama?
Si asaltando un aposento
Dais anillos y palabras
Y tomais vuestras esposas
Ante una imagen sagrada,
¿Cómo, después, á Luscinda
Exigís que satisfaga
Un juramento imposible
Sabiendo bien á quien ama?

—¿Y así, miserable, osais
Hablarme?—Justo, así os habla
Quien vive falto de juicio
Siendo vos, de ello la causa.
El náufrago que se ahoga
Sin hallar flotante tabla,
Hasta á la mísera espuma
Desesperado se agarra.
Si la espuma se deshace
Como una ilusión liviana,
Él pide al cielo un milagro
Desde el fondo de su alma.
Náufrago yo en el gran piélago
De mis penas y mis ansias,
Por punto de apoyo os pido
Que cumplais vuestra palabra.
Si la cumplís, Dorotea
Será lo que Dios os manda,
Y vos podreis devolverme
Á mi Luscinda adorada.
Mas si obrais de otra manera
No cesará la borrasca,
Siendo vos la blanca espuma
Que entre mis manos deshaga.
Y si al deshaceros vamos
Juntos al fondo del agua,
Cúbranos la misma ola
Que tumba común nos guarda.»
Esto dice el buen Cardenio
Sin saber lo que se habla,
Y Don Fernando furioso
Requiere al punto la espada.
Ambos matarse desean,
Ambos de cólera estallan,
Clavándose mutuamente
Centelleantes miradas.
Y ya á venir á las manos
Están, si no los separan,
Cuando la hermosa Luscinda
De esta manera les habla:
—Dejad, dejad, caballeros,
Á un lado vuestra arrogancia,

Que amigos fuísteis un día
Y es la amistad dulce y santa.
Nunca el rencor acibare
Recuerdos puros del alma
Ni rompan manos viriles
Lazos que formó la infancia.
Y vos, noble D. Fernando,
Que oyendo estais mi plegaria,
No desoigais á los cielos
Pues por mis labios os hablan.
Por desusados caminos
Dios á Cardenio me manda,
Y él es mi único esposo
Pues desde niña le amaba.
Yo soy yedra de ese muro
Que fortalece mi alma;
No intenteis de él apartarme
Con promesas ni amenazas.
Ved quien sois; mostraos magnánimo;
No mateis mis esperanzas,
Ó arrancádmelas del pecho
Clavando en él vuestra espada.»
Volvió en esto Dorotea
En sí, y derramando lágrimas
Puso en tierra ambas rodillas
Y dijo toda turbada:
—Si los rayos que despide
La hermosura soberana
Del sol que en los brazos tienes
No cegaron ya tu alma,
Bien verás que soy la humilde
Labradora desdichada
Que por tu gusto quisiste
Levantar á altura tanta
Que pudo llamarse tuya
Fiándose en tus palabras.
Tú sabes que era inocente,
Honesta, pura y honrada,
Y si aquí me trajo el cielo
No vine por sendas malas.
Por tí sepulté á mis padres
En hondo mar de desgracias;

Por tí perdí sus amores
Y el regalo de mi casa.
Tú sabes que mi entereza
Sucumbió á tus asechanzas,
Y que si accedí á tus ruegos
Mi deshonor no buscaba.
Si esto es así, ¿por qué ingrato
Como cristiano no pagas
Lo que el caballero quiso
Exigir en hora infausta?
Yo soy tuya, y tú eres mio;
¿Por qué mi dicha dilatas
Y en esposa no conviertes
Á la que hiciste tu esclava?
Mira bien, que si Luscinda
Por sus padres obligada,
Te dió un *sí*, fué un *sí* sacrílego
Que no salió de su alma.
No es válido un matrimonio
Que la víctima rechaza:
Recuerda lo que decía
Esa infeliz en su carta.
Si hoy tu nobleza te mueve
Á tenerme por villana,
Piensa que el ser virtuoso
Á la nobleza aventaja.
Tú me juraste amor tierno,
Y si á ello, injusto faltas,
Aunque de mí te apartáres
Yo iré do quiera que vayas.
Seré la voz que tus sueños
Turbe, la imagen tirana
Que avasalle tu conciencia
Y te eche en rostro tus faltas;
Y muriéndome de pena
Rogaré á Dios que te haga
Derramar sobre mi tumba
Una compasiva lágrima.»
Estas y otras cosas dijo
Dorotea, y era tanta
Su aflicción, que conmoviendo
Á todos los que allí estaban,

Incluso al desengañado
Y atónito Sancho Panza,
Hizo que en su tierno llanto
Los demás la acompañaran.
Y fué tal el dulce influjo
Que ejercían sus palabras,
Que D. Fernando le dijo:
—Basta, Dorotea, basta,
Venciste, tú eres mi esposa,
Ven, que mis brazos te aguardan.
Si mi amor propio ofendido
Pidió un instante venganza,
Ya con tus labios hermosos
La voz del honor me habla.
Menguadas preocupaciones
De tí ya no me separan,
Que la más alta nobleza
Comienza por la del alma.
Yo te engañé y te seduje
Al verte tan pura y casta;
Baste hoy á redimirme
El amor que me consagras.
Sea Luscinda de Cardenio,
Pues tanto los dos se aman;
Que yo á ese triste perdono
Sus injurias y amenazas.»
Esto D. Fernando dijo,
Y Luscinda desalada
Corrió á estrechar en sus brazos
Al que en los suyos la ampara.
Luego, puestos de rodillas
Ambos, besando las plantas
De Fernando y Dorotea,
Humildes les dan las gracias;
Y poco después el Cura,
El Barbero, las muchachas,
El ventero, la ventera,
Cuantos allí se encontraban,
Maravillados del caso
Celebráronle á sus anchas. (21)

CIV

Decepciones.—Pena de Sancho.

Mientras que todos reunidos
Llenos de satisfacción
Se daban cuentas recíprocas
De cuanto les sucedió
Antes de ir á la venta
Donde acabó su aflicción,
Sólo Sancho se mostraba
Lleno de inmenso dolor
Escuchando sus historias
Con grandísima atención.
Contó la bella y discreta
Dorotea, cómo halló
En el Cura y el Barbero
Dulce amparo y protección.
Dijo cómo vió á Cardenio
En la Sierra; y con primor
Contó cuanto concernía
Al ilustre campeón
Don Quijote de la Mancha
Á quien ayuda pidió.
Holgóse mucho de oir
Tan gallarda relación
Don Fernando, que á su vez
Sus aventuras contó
Diciendo, que mal guiado
Por un falso pundonor
Robó á la pobre Luscinda
Del convento en que ella entró.
—Mas ya, por fin, añadía,
He conocido mi error,
Y todos somos felices;
Demos las gracias á Dios.»
No pudo Sancho sufrir
Aquel suplicio feroz

Que le arrancaba de cuajo
Su más dorada ilusión,
Y alejándose, más muerto
Que vivo, en el cuarto entró
De su amo, que entreabría
Sus ojos á la sazón.
Miróle Sancho con pena,
Y luego triste exclamó:
—Bien puede, vuesa merced,
Mi venerado señor
Triste Figura, dormir
Aunque sea un año ó dos,
Sin cuidarse de matar
Á ningún gigante atroz,
Ni de volver á la infanta
Al reino Micomicón,
Puesto que ya todo queda
Hecho, y todo se acabó.
—Eso mismo pienso, Sancho,
Dice el hidalgo con voz
Reposada; que ahora mismo
Acabo de tener yo
Con el gigante malvado,
De sus desdichas autor,
La más tremenda batalla
Que atónito el mundo vió.
Tan sólo de un golpe fiero...
¡Qué golpe aquel! ¡zas! ¡qué horror!
Le derribé la cabeza
Como si fuese un melón
Arrancado de su tallo;
Y de su cuello salió
Tanta sangre, que corría
De ella un arroyo veloz
Tan largo, que parecióme
De agua.—Diréis mejor
De vino tinto, que eso
Es todo lo que pasó.
Porque ha de saber la vuesa
Merced, valiente señor,
Que el gigantazo que ha muerto
Es un cuero ¡vive Dios!;

Y la cabeza cortada
La... madre que me parió.
—¿Qué hablas? ¿estás en tu seso?
—Levántese, voto á brios,
Y verá bien el recado
Que ha hecho; verá el valor
De lo que pagar debemos;
Verá y veremos los dos,
A la reina convertida
En una dama de pró,
Que se llama Dorotea
Yo no sé por qué razón.
Verá en fin tales sucesos
Que han de admirarle.—Eso no,
Que ya nada me sorprende
Estando en este mesón,
Castillo, venta ó guarida
De duendes; y pues que soy
Tan desgraciado, que ahora
Todo eso aconteció,
Dame mis ropas, buen Sancho,
Prevén mi lanza y trotón,
Que quiero ver por mis ojos
Lo que alcanza mi valor.»

CV

Ligerezas escuderiles.—Enojos de Don Quijote.

Prevenido Don Fernando
Está ya por Dorotea
De la constante manía
Que el juicio al hidalgo altera.
Conoce el plan que fraguaron
Para llevarle á su aldea,
Y está conforme en que acaben
La ya comenzada empresa.
—Seguid haciendo de infanta,

Dice riendo de veras;
Que á mí nunca ha de dolerme
Que mi mujer reina sea.
Venga, pues, el caballero
Flor de la gente manchega;
Que yo tendré mucho gusto
Al hallarme en su presencia.
—¿Sí? pues ahí le teneis,
El señor Cura contesta
Viendo que está Don Quijote
Junto al quicio de la puerta.
Armado de punta en blanco
Con sus trebejos se ostenta
Y la abollada vacía
Tiene sobre la cabeza.
Trae al cinto su tizona,
Empuña el lanzón su diestra
Y con marcial apostura
Dice al fin á Dorotea:
—Según, señora, me ha dicho
Mi escudero, ya la vuestra
Grandeza se ha aniquilado;
Vuestro sér deshecho queda,
Y de reina que soliádes
Ser, ó de infanta ó princesa,
Os habeis agora vuelto
En particular doncella.
Si esto ha sido por mandato
De aquel rey mago que fuera
Vuestro padre, y eso quiere
Por abrigar la sospecha
De que yo no os dé la ayuda
Que os conviene y él desea,
Yo vos digo que él no sabe
Ni de la misa la media,
Y que jamás ha leido
Historias caballerescas.
Si de mi valor se duda,
O se duda de mis fuerzas,
Yo os juro que tengo alientos
Para mayores empresas.
Vencer á un vil gigantillo

Por arrogante que sea,
No es cosa del otro jueves,
Ni es alzar arcos de iglesia.
No há muchas horas que yo
Me ví con él... tente lengua,
Que el tiempo todo lo aclara
Y al fin las verdades muestra.
—El gigante que vos vísteis,
Gritó el ventero con muestras
De gran furor, son dos cueros
Que en cueros á vos os vean.»
Hizo callar Don Fernando
Al huesped con una seña
Y Don Quijote prosigue
Hablando de esta manera:
—Digo, en fin, desheredada
Señora, que aunque por mengua
Mia vuestro augusto padre,
Así os *metamorfoséa*,
No le deis crédito alguno;
Seguid bajo mi tutela,
Y yo os pondré, aunque gigantes
Por todas partes nos lluevan,
El cetro en las blancas manos,
La corona en la cabeza.»
Guardó el hidalgo silencio,
Y la hermosa Dorotea,
Que ya obtuvo de su esposo
El permiso y aquiescencia,
Con gravedad y donaire
De este modo le contesta:
—Quien quiera que os haya dicho,
Valerosísimo atleta,
Que yo estoy aniquilada
Y no soy lo que antes era,
De seguro se equivoca
Y no os dijo cosa cierta.
Yo soy la misma de antes,
Con sola la diferencia
De ser hoy más venturosa
Que ayer, y estar más contenta.
En vuestro brazo invencible

Tengo mi esperanza puesta:
Volved á mi padre el crédito
Y no dudeis de su ciencia.»
No bien escuchó el hidalgo
Tan terminante respuesta
Se volvió á Sancho y le dijo
De su furor dando muestras:
—Ahora te digo, Sanchuelo,
Que eres bellacuelo y bestia,
Y que ya con tus sandeces
Acabaste mi paciencia.
Dime, ladrón, vagabundo,
Hijo vil de una... cualquiera,
¿No me dijiste hace poco
Que esta señora princesa
Trastrocada se veía
En una tal Dorotea?
¿No me afirmaste, bellaco,
Que la disforme cabeza
Que entiendo corté al gigante,
Sólo en tu concepto era
La madre que te parió,
Con otras mil cosas necias
Que en confusión me pusieron
Por creer en tu simpleza?
¡Voto á bríos, que estoy por darte
Una lección tan severa
Que no quede de escuderos
Falsos, memoria en la tierra!»
—Vuesa merced se sosiegue,
Señor mio, y tenga flema,
Dice Sancho, que yo pude,
Y esto lo digo de veras,
Engañarme en lo que atañe
Á la señora Princesa.
Mas en cuanto á los pellejos
Digo que la cosa es cierta,
Y que allá dentro los vide
Del lecho á la cabecera,
Como vendrá á demostrarlo
Cuando presente la cuenta
El señor ventero; y digo

Que si sigue nuestra Reina
Siendo tal, de ello me alegro,
Porque espero mucho de ella
Y mi parte ha de tocarme
Cuando conquiste su tierra.
—Ahora te digo que eres
Un mentecato, un babieca;
Con que.... perdóname y basta.
—Basta; Sancho le contesta.
Y en tanto al buen Don Quijote
Agasajan y rodean
Todos los que bien le quieren
Y sus méritos ponderan.

CVI

Los que vienen y se irán.

No va en busca de aventuras
Por sendas y encrucijadas,
El valiente caballero
Don Quijote de la Mancha.
No va en busca de aventuras,
Pues ellas múltiples, varias,
Parece que á verle vienen
Atraídas por su fama.
Nuevos personajes llegan
Á la venta afortunada
Como figuras que salen
De alguna linterna mágica.
Sin llamarlos aparecen,
Sabrosos cuentos relatan,
Se juntan, se reconocen,
Vienen, van, lloran ó cantan.
Según sucede en el mundo,
En procesión ordenada
Llegan todos los viandantes
Que luego siguen su marcha.
Y la venta los recibe

Y la venta les halaga,
Sólo el ventero conoce
La cuenta de los que pasan...!

CVII

Llegada del cautivo y de su hermosa compañera.

Los primeros caminantes
Que después de los sucesos
Anteriormente narrados
En la puerta aparecieron,
Fué un hombre que conducía
Sentada sobre un jumento
Á una mujer á quien trata
Con amor y con respeto.
Por sus trazas y su traje
Muestra ser cristiano viejo
Que procedente de tierra
De moros, á España ha vuelto.
Casaca de paño trae
Aunque está falta de cuello,
Y alfanje morisco pende
Del tahalí que lleva al pecho.
La mujer, á la morisca
Viste también, y cubierto
Su rostro está só la toca
En que envuelve sus cabellos.
Bonetillo de brocado
Corona el busto soberbio,
Y una almalafa la cubre
Hasta los pies desde el cuello.
Pidió el hombre, que parece
De ademán franco y resuelto,
Un cuarto, y al contestarle
Que no había un aposento
Desocupado, mostró
Gran pesadumbre por ello.

Tomó no obstante en sus brazos
Y apeó con mucho tiento
Á la mora, que guardaba
Un religioso silencio.
Rodeáronla al instante,
Con el curioso deseo
De ver el traje morisco,
Que era para todas nuevo,
La ya dichosa Luscinda,
Que al lado está de Cardenio,
La ventera con su hija
Y Maritornes, y luego
La discreta Dorotea,
Que con generoso intento
Dirigiéndose á la mora
Dijo:—No os cause despecho,
Señora mía, la falta
De mejor alojamiento;
Que si de pasar gustáredes
La velada al lado nuestro,
Por lo menos hallareis
Cariñoso acogimiento.»
No desplegó la embozada
Sus labios, si bien dió luego
Muestras de su cortesía,
Con poner sobre su pecho
Ambas manos, inclinando
Su cabeza y todo el cuerpo.
Luego se acercó el cautivo,
(Pues cautivo fué en efecto)
Y dijo:—No os extrañeis
Al observar su silencio;
Que esta doncella, señoras,
No conoce más dialecto
Ni más lengua que la suya
Aunque hoy lo sienta en extremo.
Así, pues, si algo teneis
Que mandar, podeis hacerlo,
Puesto que yo desde ahora
Ser su intérprete os ofrezco.
—Sólo, señor, le decíamos
Que un grande placer tendremos

En que pase con nosotras
La noche en paz y sosiego;
Que si nos falta regalo
Para honrar al extranjero
Y servir á una mujer,
Queda al menos el deseo.»
Estas palabras Luscinda
Dijo, y el cautivo haciendo
Un reverente saludo
Se lo agradeció en extremo.
Preguntóle Dorotea
Si era cristiana.—Va á serlo
En breve, pues aunque mora
Es hoy en traje y en cuerpo,
En el alma es gran cristiana
Y bautizarse es su anhelo.
—¿Y cómo ya no lo hizo?
—Porque hace muy breve tiempo
Que de Argel, su patria y cuna
Salió, y aun no pudo hacerlo
Con el cuidado y decencia
Y todo el recato honesto
Que por su clase merece,
Aunque aquí nos esteis viendo
En el traje que ella viste
Y en el tosco que yo llevo.»
Con estas razones puso
Gana en todos los que oyéndolo
Están, de saber su historia;
Mas pedirle no quisieron
Que la contase, juzgando
Que no era ocasión de hacerlo.
Tomó entonces Dorotea
De la mano con afecto
Á la mora, y á su lado
Hizo que tomase asiento.
Rogóle que se quitara
El embozo, y ella viendo
Que el cautivo le explicaba
En árabe, los deseos
De los demás, y añadía:
—Podeis acceder á ello,»

Descubrió tan peregrina
Hermosura que sin miedo
De mentir, la declararon
Tan hermosa como un cielo.
Con su esplendente belleza
Sólo competir pudieron
La esposa de Don Fernando
Y la mujer de Cardenio.
Y es fama que Don Quijote
Dijo para su coleto:
—Después de mi Dulcinea
No he visto nada tan bello.
Aquí están reproducidas
Juntas bajo un mismo techo
Las tres olímpicas gracias
Que asombro del mundo fueron.
Con la sola diferencia,
Y lo alabo por honesto
Y por decente, que estotras
No se presentan en cueros.»

CVIII

Las armas y las letras. (Discurso de D. Quijote.)

Mientras cuecen las viandas
Y se prepara la cena,
Entre todos los presentes
Las pláticas se renuevan.
Quiso saber D. Fernando
El nombre de la extranjera
Y el cautivo le responde:
– Su nombre, señor, es *Lela*
Zoraida.—No, no *Zoraida*,
Maaría, repuso ella.
Con tan ferviente entusiasmo
Dió la mora su respuesta,
Y repitió el dulce nombre

De María con tan tierna
Devoción, que el mismo Cide
Hamete, leal confiesa
Que algunos vertieron lágrimas
Al notar su fe sincera.
  Llegaba en esto la noche,
Y como todos tuvieran
Ganas de cenar, pusiéronse
En derredor de una mesa,
Que era como de tinelo
Por lo larga y por lo estrecha;
Pero resolvióse antes,
Como grave cuestión prévia,
Que ocupase D. Quijote
El sitio de preferencia.
  Quiso excusarse el hidalgo
Con muy corteses maneras,
Mas hubo pluralidad
De votos, y al fin acepta,
No sin disponer primero
Que estuviese á su derecha
La infanta Micomicona
De quien es guarda y defensa.
Luego Luscinda y Zoraida
Al lado de Dorotea
Se sentaron, y frontero
De las tres, también se sientan
Don Fernando, el fiel Cardenio,
El cautivo y los que restan,
Mientras que el Cura y maese
Á las señoras se acercan.
  De este modo satisfechos
Y ufanos, con ansia asedian
Á los platos y al vinillo
Que los sentidos alegra;
Mas fué mayor su contento
Y más grata su sorpresa
Al ver que el hidalgo iba
Á pronunciar una arenga.
—Silencio! dijeron todos,
Y él alzando la cabeza,
Con voz grave y reposada

Les habló de esta manera:
—Bien mirado, amigos mios,
Es cosa grande y soberbia
Cuanto ven los caballeros
Que mi noble orden profesan;
Sinó ¿cuál de los vivientes
Que de luengos reinos venga,
Al pisar hoy los umbrales
De esta altiva fortaleza
Podrá creer que nosotros
Somos quien somos? ¿Quién fuera
Capaz, por mucho talento
Y mucho ingenio que tenga,
De adivinar que ahora mismo
Está sentada á mi diestra
Esta señora, que todos
Sabemos que es una reina,
Y que yo que la protejo
Soy aquel que con llaneza
Á sí mismo se ha llamado
Con rarísima modestia
Caballero de la Triste
Figura? ¿Quién, que no sea
Malandrín y mentiroso,
Podrá decir que no rueda
De boca en boca mi fama,
Mi valor de lengua en lengua?
¡Noramala para cuantos
Hacernos creer desean
Que á las armas aventajan
Nunca las humanas letras!
Un guerrero, un gran caudillo,
No ha menester sólo fuerzas,
Necesita grande ingenio
Para el ataque y defensa.
Por las armas se consigue
Que haya paz sobre la tierra;
Esa paz hija del cielo
Que el señor nos recomienda.
Un estudiante padece
El horror de la miseria,
Pues siempre fué patrimonio

Del talento la pobreza.
Mas al fin alguno se alza
Hasta do llegar desea,
Y más de cuatro, en harturas
Sus horribles hambres truecan.
No así el soldado, señores;
No así el soldado que lleva
Consigo, sus privaciones
Y el destino de la guerra.
Él sufre más que otro alguno
Del tiempo las inclemencias;
Él duerme en el duro suelo,
Pagando culpas ajenas.
Tiene que ser esforzado,
Frugal, prudente, sin mezcla
De temor á la traidora
Bala que á nadie respeta...
¡Oh! maldito el que inventara
Esa vil pólvora negra
Que al tímido y al valiente
Iguala, cobarde y ciega!
Por esto, señores mios,
Mi orden caballeresca
Es doblemente difícil
De cumplir en esta época.
Por eso, digo y repito,
Que llevan la preeminencia
Las armas, cuando se trata
De las armas y las letras.
Y si no estáis convencidos
Con lo que ya dicho queda,
Escuchad otras verdades
Que no tienen menos fuerza.»
Esto dice el buen hidalgo,
Y otro dircurso enjareta
Tan nutrido de razones
Que á todos pasmados deja.

CIX

Donde el cautivo comienza su historia.

Por cesión que Don Quijote
Á fuer de galante hizo,
Su propio camaranchón
Quedó destinado y listo
Para alojar á las tres
Mujeres; con lo cual vino
Tácitamente á acordarse
Que se quedaran reunidos
Los hombres aquella noche
Todos en un mismo sitio.
Una vez dispuesto esto,
Que aceptar les fué preciso,
Viendo que la noche es larga
Y que son pocos y míseros
Los lechos, con grandes muestras
De atención y de cariño,
Que les contase su vida
Suplicaron al cautivo.
—Poco gusto habrá de daros,
Él respondiéndoles dijo;
Mas no ha menester de súplicas
Quien se honrará con serviros.
Sabed, pues, que en las montañas
De León, tuvo principio
Mi linaje, con quien fué
Más liberal el destino
Que la fortuna, pues siendo
Mi país un tanto mísero
Aún alcanzaba mi padre
Cierta fama de hombre rico.
Habiendo sido soldado
Fué á la vez tan desprendido
Que su prodigalidad
Le hizo temerse á sí mismo.

Para no verse arruinado
Quiso hacer un sacrificio
Apartándose prudente
De lo que daba incentivo
Á sus gastos, entregando
Una parte á cada hijo.
Éramos tres y reuniéndonos
Cierto día, conmovido
Nos dirigió estas palabras
Que jamás pondré en olvido:
—«Ya sabéis, hijos del alma,
Que el mayor defecto mio
Es el ser tan dadivoso
Como gastador sin tino.
Por no derrochar lo vuestro
Toda mi hacienda divido
En cuatro partes iguales,
De las que tres os dedico,
Quedándome yo con una
Que guardaré precavido
Porque posible me sea
Vivir en lo sucesivo.
Y puesto que ya contáis
Al empezar un arrimo,
Tiempo es ya de que penséis
En seguir algún camino
Que acrecentar os permita
Vuestro bien que tanto ansío.
Á la edad habéis llegado
En que todo joven digno
Debe en estado ponerse
Y elegir algún oficio.
Así, pues, os aconsejo,
Y con afán os lo exijo,
Que dentro de un plazo breve,
Consultando vuestros juicios,
Me digáis la ocupación
Que cada cual ha elegido.
Hay un refrán en España,
Y yo por bueno lo admito,
Que nos dice: *Iglesia ó mar*
Ó *Casa Real*; y es lo fijo

Que el que quisiere valer
Y alcanzar fama de rico,
Ser eclesiástico debe,
Ó navegar con el título
De comerciante, ó entrar
De sus reyes al servicio;
Porque más vale migaja
De Rey, y á mi vez lo afirmo,
Que mercedes de señor,
Sea quien fuere; y esto os digo
Porque por mi voluntad
Yo os inclinara, hijos mios,
Á que el uno de vosotros
Fuese letrado instruido,
Otro mercader, y otro
Militar, que no os es lícito
Aspirar á tener plaza
Dentro del palacio mismo,
Y al fin el ir á la guerra
Es prestar al Rey servicio.
Que si allí el provecho es poco
Y es el trabajo excesivo,
Al menos se adquiere gloria
Con la fama de atrevido.
Este es, pues, mi pensamiento,
Que juzgo bueno y legítimo:
Decidme si estáis conformes
Ó si os violento al decíroslo.»
Esto nos dijo mi padre;
Y siendo yo el mayor hijo
De los tres, á responderle
Me invitó al instante mismo.
Hícelo yo, suplicándole
Que no hiciese el sacrificio
De privarse de sus bienes;
Y asociándome sumiso
Á sus prudentes deseos,
Que también eran los mios,
Díjele que me inclinaba
Á seguir el ejercicio
De las armas, con lo cual
Le llené de regocijo.

Mi segundo hermano, luego
Vino á decirle lo mismo,
Pero al notar que mi padre
Estaba ya decidido
Á vender su hacienda y darnos
Una parte á cada hijo,
Escogió el irse á las Indias
Llevándose en un navío
La suma que le cupiese,
Trocada en varios artículos
De comercio, que pudieran
Reportar provechos lícitos.
El menor de mis hermanos,
Más discreto y precavido
Que ninguno, habló el postrero
Tomando el mejor camino.
Dijo que encontrar quería
En la Iglesia santo abrigo
Ó acabar en Salamanca
Estudios que en ésta hizo.
Mucho se holgó nuestro padre
De escuchar cuanto dijimos,
Y traspasando su hacienda
Prontamente á un nuestro tio,
Vino á entregarnos la parte
Que nos había ofrecido.
Dióme, pues, tres mil ducados
En metálico efectivo;
Mas al dármelos pensé
Que él era viejo enfermizo,
Mientras que yo rebosaba
De vida, salud y bríos.
Le ví pobre de ilusiones,
Me hallé de esperanzas rico,
Y al oir en mi conciencia
La voz del filial cariño,
Le dejé dos mil ducados
De los tres mil que eran mios,
Y partí feliz, poniendo
Otros mil en mi bolsillo.
También mis buenos hermanos
Le dieron notable auxilio;

No tanto cual yo, pues eran
Más costosos sus oficios.
Y así quedó mi buen padre
Sólo, mas no desvalido,
El día que al separarnos
Oró, lloró, y nos bendijo.»

CX

Sigue la historia.

—Hace ya veintidos años,
Dijo el cautivo con pena,
Que dejé mi amada casa
Y no he vuelto á entrar en ella.
Veintidos años, señores,
Que al abandonar mi tierra,
Me recibió en Alicante
Una nave genovesa.
Desde entonces, muchas veces
Escribí cartas diversas
Á mi padre y mis hermanos,
Mas nunca obtuve respuesta.
¡Sabe Dios si viven ellos,
Si muerto me consideran,
O si cual lo fué la mia
Su fortuna ha sido adversa!
Yo sólo sé, y al decirlo
Torno á reanudar la cuenta
De mis sucesos, que al cabo
Llegué á la ciudad de Génova:
Pasé á Milán, y comprando
Armas, y algunas preseas
Militares, del Piamonte
Busqué la ruta directa.
Camino de Alejandría
De la Pulla, tuve nuevas
De que el gran Duque de Alba
Estaba en tierra flamenca.

Mudé al punto de propósito,
Partí á Flandes, hice guerra
Bajo el mando de Don Diego
De Urbina, y tales proezas
Debí hacer, que me nombraron
Alférez de aquellas fuerzas.
Súpose entonces que el Papa
Se ligaba con Venecia
Y con España, ganóso
De castigar la soberbia
Del Turco, que con su armada
Ganó á Chipre; y como fuera
Nombrado Don Juan de Austria
Para dirigir la empresa
De castigar á los turcos
Que ya tan potentes eran,
Sentí ganas de tomar
Parte en tan árdua contienda.
Incorporéme en efecto
Al ejército que lleva
Don Juan; y en la Real armada,
Más bien por bondad ajena
Que por mis merecimientos,
Tuve la grata sorpresa
De ascender á capitán
De infantería. Esta prueba
De amor de mis superiores
Hizo mi alegría inmensa;
Y fué mayor todavía
Al hallarme en la refriega
Naval, do el turco domados
Vió su orgullo y su insolencia;
Pues vencido, mostró al mundo
Que ya invencible no era.
¡Mas ¡ah! que todo mi júbilo
Se convirtió en honda pena
Y toda mi buena suerte
En la desdicha más negra!
Era la hora en que el triunfo
Á los cristianos alienta
Mientras que los enemigos
Pierden sus últimas fuerzas.

Era el instante anhelado;
La ocasión grande y suprema,
En que quince mil cautivos
Cristianos, libres se vieran.
Sus manos alzan al cielo
Y su libertad celebran;
Todos allí son dichosos
Aunque en el combate mueran.
Pues al fin mueren luchando
Por su Dios y sus banderas.
Sólo yo; yo sólo tuve
Triste fin en la sangrienta
Jornada; yo sólo esclavo
Me ví por mi mala estrella,
Cuando más por mis acciones
Algún triunfo mereciera!
Fué el caso, señores mios,
Que el Uchalí, Rey de Argelia,
Embistió á la capitana
De Malta, do sólo quedan
Con vida tres caballeros
De cuantos iban en ellas.
Acudió la que mandaba
El célebre Juan Andrea,
Donde iba yo; y abordando
Á la enemiga galera
Vencedora, salté sólo,
Sin lograr que me siguieran
Mis soldados, pues al punto
Se desvió con presteza
La embarcación de Uchalí
Que salvó su escuadra entera!
Me ví sólo, abandonado (23),
En poder de la caterva
Furiosa, que deseaba
Vengar en mí sus afrentas.
Luché con todos frenético;
Mas al fin, falto de fuerzas,
Lleno de heridas atroces,
Me ví entre fuertes cadenas.
Desde entonces he sufrido
Toda clase de miserias,

Todo género de duelos,
Todas las mayores penas.
Atado al remo he seguido
Las mayores peripecias
De cien combates marítimos
Y he visto alzar mil trincheras.
Cuatrocientos mil alárabes
Cercaron á la Goleta
Y al Fuerte que junto á Túnez
Don Juan de Austria construyera,
Y en el cual tan sólo había
Siete mil hombres de guerra
Españoles, tan valientes
Como lo indica la cuenta
De haber quedado trescientos
Casi sin vida y sin fuerzas,
Tras de veintidos asaltos
Que los pusieron á prueba.
Yo los ví; los ví cautivos,
Domados, sí, mas no muerta
Su bravura; que allí estaba
Junto á Don Juan Zanoguera,
Caballero valenciano
Que honró á España y á Valencia,
Don Pedro Puertocarrero
General de la Goleta,
Y Don Pedro de Aguilar
Que con las musas conversa,
Y otros cuyo nombre omito
Por abreviar mi tarea.
Tomado por fin el fuerte
Y arrasada la Goleta
Regresé á Constantinopla
Con mi amo y sus galeras,
Siempre manejando el remo,
Siempre llorando mis penas.
Y así pasaban los años
Sin llevar de ellos la cuenta;
Que aquel que vive muriendo
Ya no repara en las fechas.
Llegó sin embargo un día
En que Uchalí dió á la huesa

Sus restos, y adjudicado
Al punto fuí á manos nuevas.
Heredóme un renegado
Llamado Azanaga, y era
Tan rico, que Rey de Argel
Logró ser por sus riquezas.
Vine, pues, con él, contento
Á su Reino, porque esta
Tierra de Argel, se encontraba
De mi dulce patria cerca
Y escaparme era más fácil
De servidumbre tan fiera.
Ah! sin duda quiso el cielo
Que yo abrigase esa idea,
Pues allí encontré á Zoraida
Mi adorada compañera.
Por ella mi horrible lucha
En calma feliz se trueca;
Ella mi fé fortalece
Alumbrando mi existencia;
Ella me vuelve á mis láres
Pues torno á España por ella.
Ved, señores, si le debo
Eterna correspondencia.»

CXI

La caña benéfica.

—No es posible que yo os cuente,
Siguió diciendo el Cautivo,
Todos los grandes sucesos
De que en Argel fuí testigo.
Sólo diré que, encerrado
Con otros, me ví en un sitio
Que los moros llaman baño
Siendo un patio reducido.
Allí apartados estábamos
Por ser los más preferidos

De los moros, que aguardaban
Sacar rescates magníficos.
No me valió asegurarles
La escasez de mis arbitrios,
Que al saber que capitán
Era, me creyeron rico.
Vime, pues, dentro del baño,
Con muchos nobles y dignos
Caballeros que llevaban
Como yo puesta al tobillo
Una cadena de hierro
Que era un triste distintivo.
No hay que decir que pasábamos
Hambre, y que faltos de abrigo
Nuestra desnudez hacía
Más doloroso el martirio.
Pero lo que más llorábamos
Era el saber que el inícuo
De nuestro dueño Azanaga
Era cruel por instinto.
No pasaba un sólo día
Sin que el cobarde asesino
Empalase algún cristiano
Ó ahorcase á un pobre cautivo.
Sólo libró bien con él,
Y esto de saberse es digno,
Cierto soldado español,
Jóven, pero ya tullido,
Llamado tal de Saavedra; (24)
El cual, con las cosas que hizo,
Que quedarán en la mente
De todos los argelinos
Grabadas por muchos años,
No halló en él jamás castigo,
Si bien procuró escaparse
Cien veces; grave delito
Que con su vida pagaban
Otros; *y si fuera lícito*
Referiros algo de
Lo que este soldado hizo,
Parte fuera á entreteneros
Y admiraros; mas prosigo

Con el cuento de mi historia
Que ya abreviar es preciso.
Digo, pues, que sobre el patio
De mi tristísimo asilo
Daban algunas ventanas
De la casa de un vecino
Que era un moro principal
Excesivamente rico.
Eran más bien que ventanas
Agujeros guarnecidos
De apretadas celosías
Y de hierros espesísimos.
Nunca en tales agujeros
Muy grande atención pusimos;
Mas un día en que me hallaba
Yo sólo con tres amigos,
Pues al trabajo los otros
Cristianos habían salido,
Acertamos á observar
Que desde un ventanillo
De aquéllos, salió de pronto
Una caña, y luego vimos
Que en su punta estaba atado
Un trozo de lienzo fino.
Blandeábase la caña
Con movimientos contínuos
Como si nos invitase
Á llegar hasta aquel sitio.
Al ver esto, un compañero
Acercóse precavido,
Mas levantóse la caña
Moviéndose de improviso
De un modo que parecía
Hacer signos negativos.
Fué un segundo compañero
Y le sucedió lo mismo;
Y fué el otro, finalmente,
Que no sacó más partido.
Viendo yo lo que ocurría
Quise probar mi destino
Y al acercarme á la caña
Á mis pies caer la vimos.

Desaté al instante el lienzo
Y hallé en él, todo aturdido,
Diez moneditas de oro
Que me alegraron muchísimo.
Rompí en seguida la caña
Y subiendo al terradillo
Donde antes nos hallábamos
Una blanca mano vimos
Que se abría y se cerraba
En señal de despedirnos.
Al ver esto, imaginamos
Que era mujer quien me hizo,
(Pues á mí se dirigía),
Semejante beneficio;
Y al ver una cruz de caña
Que salió del ventanillo
Con la misma mano de antes,
Al punto nos persuadimos
De que era alguna cristiana
Cautiva; mos como el brillo
De sus ajorcas de oro
Y su brazo alabastrino
No eran las prendas más propias
Del cautiverio sombrío,
Tan confusos nos quedamos
Que, sin poder formar juicio,
Su aparición bendiciendo
Por milagro la tuvimos.»

CXII

Zoraida.—Carta morisca.

—Después de mil conjeturas
Y diligencias distintas
Que hicimos, para saber
Si en aquella casa habita
Alguna mujer cristiana,
Ya renegada ó cautiva,

Sólo averiguar pudimos
Que el moro que allí vivía
Llamábase Agimorato,
Hombre de muy grande estima
Por los cargos que ejerciera
Y los bienes que tenía.
  Poca luz seguramente
Nos daban tales noticias;
Mas el tiempo y la fortuna
Nos las dieron más precisas.
Una vez, estando el baño
Sin gente y yo en compañía
De aquellos tres camaradas
De antes, ví en la ventanilla
Otra caña y otro lienzo
Que llamarnos parecía.
Para probar si uno solo
Alcanza la buena dicha,
Ó si ésta indistintamente
En cualquier otro se fija,
Fueron mis tres compañeros
Uno tras otro en la misma
Forma que la vez primera;
Mas la caña se retira
Y solo al verme debajo
Vino á decir que era mia
Doblegándose y cayendo
Á mis pies como rendida.
Desaté inmediatamente
El nudo, y ví con delicia
Cuarenta escudos de oro
Y una misteriosa epístola
Que no entendí, porque estaba
En lengua arábiga escrita,
Si bien á su fin ostenta
Una cruz en vez de firma.
  Besé la cruz, guardé alegre
Los escudos, ví la misma
Mano que nos saludaba;
Y haciendo la cortesía
Profunda, que los moriscos
Llaman zalema, mi dicha

Hice ver, no con palabras
Sino apelando á la mímica
Y al lenguaje de los ojos
Que tantas cosas explican.
Finalmente, dí á entender
Que aquel escrito leería,
Y al cerrar el ventanillo
Aquella mano bellísima,
Que nos saludó de nuevo,
Fué tanta nuestra alegría
Como nuestra confusión
Viendo que era tan supina
Nuestra ignorancia en el árabe
Que ninguno lo entendía.
Tuve, pues, que descubrirme
Á un renegado que iba
Á vernos algunas veces
Al baño, y que yo creía
No renegado de veras;
Sino sólo con la mira
De fugarse, abandonando
Aquellas gentes impías.
Díjele que aquel papel
Lo encontré en mi rancho un día.
Y él, aunque un tanto dudoso,
Me lo tradujo en seguida.
Casi todas sus palabras
Tengo en mi memoria escritas,
Ved, si en ello no os molesto,
Lo que el escrito decía:

«Cuando yo era niña
Tenía mi padre
Una buena esclava
Que en la lengua árabe
Me mostró la zala
Cristianesca, hablándome
Muchísimas cosas
De la Lela Marien.
Murió la cristiana,
Y sé que no arde
En el fuego eterno,

Pues se fué al instante
Con Alá, y la he visto
Hasta mí allegarse
Dos noches, de gozo
El alma llenándome.
Ambas veces vino
Tan sólo á indicarme
Que á tierra cristiana
Emprenda un viaje,
Pues allí la hermosa
Dulce Lela Marien,
Que me quiere mucho,
Diz está esperándome.
No sé como vaya;
Que aunque he visto antes
Desde el ventanillo
Que á ese baño cae,
Á muchos cristianos,
Ninguno, ni nadie
Cual tú, me parece
De noble linaje
Ó buen caballero
Á quien confiarme.
Yo soy muy hermosa,
Y buena y amable,
Y tengo dineros
Muchos que llevarme.
Mira tú, si logras
Empresa tan grande
Y allá mi marido
Serás si te place;
Mas si no quisieres
Poco ha de importarme;
Que la buena y santa
Noble Lela Marien
Hará que con otro
Al punto me case.
Yo escribí esta carta,
Mira á quien das parte
De su contenido,
Y de moros guárdate.
Todos son *marfuces*; (25).

No te fies de nadie,
Que si lo que intento
Cuentan á mi padre
Me echará en un pozo
Con piedras cegándole.
Yo pondré en la caña
Un hilo en que ates
Aquella respuesta
Que tú quieras darme.
Si á mano no tienes
Alguno que hable
Y escriba en arábigo,
Sin ser un infame,
Bien puedes por señas
Conmigo explicarte,
Que la buena y dulce
Noble Lela Marien
Hará qne te entienda;
Así Ella te guarde
Y esa cruz que beso
Con labios amantes
Según la cautiva
Me mandó besase.»

Tal es, señores, la carta
Que Zoraida me escribía
Y que fué feliz comienzo
De mi amor y de mi dicha.
Dicha y amor, que los hados
Turbaron con saña impía;
Pero que no desparecen
Mientras mi Zoraida viva.»

CXIII

Entrevista.

Después de una pausa breve
Siguió el cautivo diciendo:

—Llegó á ser tal nuestro júbilo
Al ver la carta que os dejo
Transcrita, que el renegado
Se puso al punto en lo cierto
Rogándonos que contáramos
Con él; y diciendo esto
Nos enseñó un crucifijo
Que llevaba sobre el pecho
Y que besó muchas veces
Con religioso respeto.
Díjonos con muchas lágrimas
Y con persuasivo acento
Que su afán más grande era
Volver de la Iglesia al gremio,
Lo cual él conseguiría
Si aceptábamos los medios
Que la autora de la carta
Nos proponía; y haciéndonos
Mil súplicas, prometía
Ayudarnos y ponernos
En camino de escaparnos.
Y fueron tales sus ruegos
Que nos forzó á ser veraces
Al ver su arrepentimiento.
Contámosle la aventura
De las cañas y los lienzos,
Y tanta fe demostraba
Que aumentó el júbilo nuestro.
Contestamos á la mora
Celebrando sus proyectos
De ir á tierra de cristianos;
Y yo, á fuer de caballero,
Le prometí ser su esposo
Consagrándole mi afecto.
También le ofrecí el apoyo
De todos mis compañeros,
Y bendiciendo á la Virgen
Que tan santos pensamientos
La inspiraba, dejé á cargo
Suyo, el demandar del cielo
Que encaminase su espíritu
Al logro de mis deseos.

Dos días que tardó el baño
En verse casi desierto,
Tardó en mostrarse la caña
Con su respectivo lienzo,
Donde hallé cincuenta escudos,
Que aumentaron mi contento.
Até al hilo, que venía
De la caña en el extremo,
Mi billete, y por la noche
Vino el renegado á vernos
Y á decirnos, que en la casa
Contigua, vivía el viejo
Agimorato, que era
Riquísimo por extremo,
Y el cual tenía una hija
De rostro tan hechicero
Que en su hermosura no entraba
Humano encarecimiento.»
Llenáronme estas noticias
De feliz desasosiego,
Pues deseaba reunirme
Al ángel de mis ensueños.
Así, pues, mis camaradas
Y yo, tuvimos consejo
Para ver cómo podríamos
Realizar nuestros intentos.
Nada entonces resolvimos
Esperando los consejos
Que nos diera en otra carta
Mi dulce adorado objeto.
Pasaron dos ó tres días,
Vino un escrito en efecto
Y en él me dijo que estaba
En darme muchos dineros
Para que nos rescatásemos
Y libres al fin nos viéramos.
Hízolo así, nos dió miles
De escudos, con los que luego
El astuto renegado
Compró una barca, fingiendo
Que quería dedicarse
Con cierto moro al comercio.

El precio de los rescates
Dimos á otro amigo nuestro,
Mercader y valenciano
Que entró en tratos con mi dueño.
Finalmente nuestra bella
Mora, me anunció que presto
Iba á pasar unos días
Con su padre, en cierto ameno
Jardín donde me esperaba
Si estaba libre y dispuesto
Á verla. Fuese; buscamos
Doce valientes remeros
Españoles, que debían
Secundar nuestros intentos
En hora determinada
Guardando en tanto el secreto.
Recibióme el renegado
En su barca, y fuíme luego
Al jardín en donde mora
La mora que ver deseo.
Hallé á su padre, que afable
Se me mostró satisfecho
Al decirle que yo era
Esclavo de un moro viejo
Grandísimo amigo suyo,
Que me enviaba por ciertos
Frutos y yerbas; creyóme,
Y después de unos momentos
Ví delante de mis ojos
Un sol, que dejóme ciego.
Era mi amada Zoraida
Que avanzó con pie ligero
Sin cuidar de recatarse
Del esclavo nazareno.
Su hermosura y gentileza,
Su talle breve y esbelto,
Su gallardo y rico adorno,
Pintaros ahora no puedo.
Sólo diré, que más perlas
Tenía sobre su cuello,
Más joyas sobre su frente,
Más aljofar entre el pelo,

Más diamantes en sus manos
Y en su airoso pie pequeño,
Que en sus trenzas abultadas
Hebras de sutil cabello.
No bien se acercó á nosotros
Dijo el moro:—Este que vemos
Es esclavo de un amigo
Y parece mozo atento.»
Miróme Zoraida entonces
Y con notable despejo,
Valiéndose de un lenguaje
Sacado de cien dialectos,
Que allí para hablarse usan
Naturales y extranjeros,
Me preguntó si yo era
En mi patria caballero.
—Sí, lo soy.—¿Pues cómo entonces
No te rescatas?—Lo he hecho.
Y para mostrar, señora,
Que me estimaba mi dueño,
Os diré que me ha exigido
Un rescate harto soberbio.
—Si tú fueras de mi padre,
No te diera yo por menos,
Que vosotros los cristianos
Venís pobreza mintiendo.
—Nunca mentí, ni á ninguno
Engañaré.—Lo celebro.
¿Y cuándo te vas?—Mañana
En cierto bajel velero
De Francia, que hácia ella parte.
—¿Y no te parece cuerdo
Esperar que vengan barcos
De España, y irte con ellos,
Mejor que con los franceses
Que no son amigos vuestros?
—Tanto, señora, me aqueja
El impaciente deseo
De verme en tierra cristiana
Con personas que bien quiero,
Que cada día que pasa
Me parece que es eterno.

—Sin duda estarás casado
Allá en tu tierra, y por eso
Tienes de llegar á ella
Tan exagerado anhelo.
—No soy casado, señora,
Mas dada palabra tengo
De casarme en cuanto pise
De mi amada patria el suelo.
—¿Es tan hermosa la dama
Con quien tienes ese empeño?
—Tan hermosa, que por darla
Mayor encarecimiento,
Diré que á tí se parece
En lo cual ando bien cierto.»
Rióse el moro al oirme
Y dijo:—Mucho celebro
Tu fortuna, que mi hija
Es, y en nada la pondero,
La más hermosa criatura
Que hoy existe en este reino.
Mírala bien y verás
Que no me engaña mi afecto.»
Así me habló Agimorato;
Mas llegó un moro corriendo
Y díjole á grandes voces
Que cuatro turcos protervos
Acababan de escalar
Las altas tapias del huerto
Y andaban merodeando
Sabrosa fruta cogiendo.
Sobresaltóse el anciano;
De Zoraida el rostro bello
Palideció, pues los moros
Tienen á los turcos miedo.
—Bien está; vete, hija mia,
Á encerrarte en tu aposento,
Que no quiero que te vean
Esos maldecidos perros,
Mientras que yo voy á hablarles
Y á ver si se marchan presto.
Y tú, cristiano, tus yerbas
Busca, y guárdente los cielos

Para que á tu patria llegues
Feliz, como yo deseo.»
Yo me incliné, demostrando
El más profundo respeto;
Mas no bien nos vimos solos
Zoraida y yo, con acento
Triste, y derramando lágrimas
Ella me habló en estos términos:
—Con que es verdad *arnexí*,
(Cristiano) que estás resuelto
Á partir?—Sí, mas no sólo,
Pues que te vengas intento.
Vendré por tí el primer *juma*,
Y solamente te ruego
Que no te asustes ni aflijas;
Que á tierra cristiana iremos.»
Esto dije, y fué tan grande
Su emoción, tal su contento,
Que sin saber lo que hacía
Me echó los brazos al cuello.
Y vino á darme esta muestra
De amor y júbilo inmenso,
En un instante tan crítico
Que pudo sernos funesto.
Pues su padre, que volvía,
Vió su acción, quedó suspenso
Y apretando luego el paso
Acercóse allí colérico.»

CXIV

Astucia mujeril.

—No se sorprendió Zoraida
Ni dió de asustarse muestras,
Antes bien dando un indicio
De la mujeril destreza,
Aferrándose á mi cuello
Quedó asida con más fuerza.

Dobló un poco las rodillas,
Dejó caer su cabeza
Sobre mi pecho, y sus párpados
Entornó, como si fuera
De un fuerte desmayo víctima
O de negro pavor presa.
Conocí su intento al punto
Y á mi vez fingí que era
Involuntario el èmpeño
Que ponía en sostenerla.
Llegó su padre, y solícito
Saber el motivo intenta
Del accidente, mas viendo
Que nada responde ella
Tomándola entre sus brazos
Dijo:—Sin duda la nueva
De haber entrado esos canes
Le ha causado esta molestia.
Al decir esto, su frente
El anciano padre besa,
Y ella, exhalando un suspiro,
Díjome al verme tan cerca:
—*Arnexi, cristiano, vete*;
Vete, arnexi.—No eres cuerda
Al echarle, dice el padre,
Que el pobre no te hizo ofensa
Alguna, y sólo esos turcos
Fueron causa de tu pena;
Mas ya son idos y debes
Estar tanquila y contenta.
Y tú, cristiano, no tomes
Disgusto, ni nunca creas
Que fué á tí; sino á los turcos
Á quien despedía ella.
—Ellos, señor, dije entonces,
Turbáronle las potencias;
Mas pues dice que me vaya,
Es justo que la obedezca.»

CXV

Rapto y fuga.

—Quedé en volver otro día
Á buscar frutas ó yerbas
Para lo cual el buen moro
Me dió afable su licencia.
Tomé bien, cuando salía,
Del bello jardín las señas,
Y observé con gran sigilo
Todas sus fáciles sendas,
Las entradas y salidas
De la casa, y cuanto era
Menester á mis proyectos
Y al buen logro de mi empresa.
Volví á ver al renegado
Que en su barcaza me espera
Y le pinté mi fortuna
Y mi amorosa impaciencia.
Luego, hicimos los aprestos
Necesarios, con cautela
Y actividad, y pasados
Los breves días que restan
Y que siglos me parecen,
Llegó aquel viernes, que era
Norte de mis esperanzas
Y término de mis penas.
Avisé á mis doce hombres
Y á mis amigos que anhelan
Venirse conmigo á España;
Y antes de cerrar las puertas
De la ciudad, nos salimos
En medio de las tinieblas
De la noche, procurando
Ganar del mar la ribera.
Guiónos hasta su barca
El renegado que en ella

Entró, gritando en morisco:
—Ninguno de aquí se mueva
Si no quiere que le cueste
La vida»; y como le vieran
Blandir su terrible alfange
Y nosotros con gran priesa
Luego el bajel invadimos,
Los moros que en él se encuentran
Desarmados ó dormidos,
Sintieron tanta sorpresa
Y temor, que maniatarse
Por los cristianos se dejan.
Logrado el primer intento
Compartimos nuestras fuerzas
Y al jardín nos dirigimos
Do estaba Zoraida bella,
Sin hallar en parte alguna,
La más leve resistencia.
Al llegar junto á la tapia
Se abrió obediente una puerta,
Y avanzamos cautelosos
Por la más cercana senda.
Llegamos al edificio
Donde ya Zoraida puesta
Estaba en una ventana;
Y no bien nos sintió ella
Nos preguntó en voz muy baja
Lo que más saber desea,
Es decir, si *nazaroni*
Es la gente que se acerca.
Dije que sí y que bajase,
Y al conocerme, tal priesa
Se dió á hacerlo, que un instante
Después, ya estaba en la puerta.
La vimos tan rozagante,
Tan hermosa, tan espléndida
En galas, tan bien vestida,
Que no puedo encarecérosla.
Besé su mano con júbilo,
Hiciéronle igual ofrenda
Los demás, y el renegado
Preguntó en morisca lengua

Si allí su padre se hallaba.
—Está, y duerme, dijo ella.
—En ese caso, es preciso
Despertarle, y que se venga
Con nosotros, sin que quede
Olvidada su riqueza.
—Eso no, dijo Zoraida,
Mi buen padre aquí se queda
Sin que nadie en este mundo
Á tocarle osado sea.
En esta casa no hay cosa
Que yo al marchar no os ofrezca.
Pues lo que me llevo es tanto
Que sereis ricos de veras.»
Dijo, y entrando de pronto
En la casa, salió de esta
Después, trayendo en sus manos
Que á un gran peso se doblegan,
Un cofrecillo repleto
De oro, y de él nos hizo entrega.
Ibamos á retirarnos
Todos, mas la suerte adversa
Hizo que se despertase
Agimorato, y que viera
Que andaban allí cristianos;
Y fueron tan descompuestas
Sus voces apostrofándonos
De ladrones, que por fuerza
Fué necesario adoptar
Alguna medida extrema.
Subió, pues, el renegado
Con otros, y con violencia
Amenazando matarle
Si quiere mover la lengua,
Con un pañuelo en la boca
Y un cordel en las muñecas
Le hicieron venir al punto
De Zoraida á la presencia.
Al verlo, apartó sus ojos
La atribulada doncella,
Y él á su vez de los suyos
Tierno llanto vertió al verla.

No era tiempo sin embargo
Para escuchar sus querellas.
Y hácia la barca nos fuimos
Con prudente ligereza.
Mis doce españoles bogan,
Y al alejarnos de tierra
Queda libre Agimorato
De sus ligaduras fieras.
Entre tanto su hija llora
Y con grande afán me ruega
Que deje á su padre libre
Si no quiere que ella muera.
No es prudente todavía
Hacer lo que ella desea;
Mas yo le ofrezco y le juro
Dejar á su padre en tierra.
Mientras tanto, el desdichado
Moro, que á su hija observa,
Viendo que está entre mis brazos
Y que un rico traje ostenta,
Lugar ofrece en su pecho
Á la duda y la sospecha.
—¿Cómo estás así vestida,
Dice, si anoche dispuesta
Á retirarte á tu cuarto
Llevabas ropas caseras?
Esto el padre preguntaba,
Y luego al ver con sorpresa
En un lado de la barca
El cofrecillo, con lengua
Más turbada y temblorosa,
—¿Cómo á tu lado se encuentra,
Volvió á decir, ese cofre
Que al jardín no condujera
Mano alguna por mandato
Mio? ¿á qué viene y qué encierra?
Oh! decídmelo vosotros
Ya que no responde ella.»
Contestóle el renegado
Sin aguardar la respuesta
De Zoraida, y con sosiego
Hablóle de esta manera:

—No inútilmente te canses
Con preguntas indiscretas,
Que yo con pocas palabras
Puedo bien satisfacerlas.
Tu hija viene con nosotros
Muy feliz y muy contenta
Porque ser cristiana quiere
Allá en la española tierra.
—¿Es verdad eso, Zoraida?
Respóndeme y no me tengas
En la horrible incertidumbre
Que me agobia y me atormenta.
¿Es cierto, cual me aseguran,
Que ser cristiana deseas
Y que en manos de estos hombres
Á tu pobre padre entregas?
—Es cierto, señor, responde
Con voz triste la doncella;
Mas aunque cristiana soy,
No quise causarte afrenta
Ni daño; sólo tú bien
Y el mio, busco en la tierra.
—¿Y qué bien con eso alcanzas?
—Eso, le replica ella,
Pregúntalo á Lela Marien
Que te dará la respuesta.»
Apenas hubo escuchado
Esto el moro, con presteza
Tal, que nadie contenerle
Pudo, ni pensar siquiera
Lo que iba á hacer, como un rayo
Se arrojó al mar de cabeza.»

CXVI

La maldición del moro.

—«Viendo caer á su padre,
Llena de mortal congoja

Arrojó Zoraida un grito
De esos que el pecho destrozan.
Mas, por fortuna de todos,
Las huecas y largas ropas
De Agimorato, impidieron
Que le tragasen las olas.
  Algo quedó á flor de agua,
Y acudiendo manos prontas,
Al fin logramos asirle
De la almalafa que flota.
Sacámosle medio ahogado,
Y al verle mi pobre mora
Como si ya fuese muerto
Las fuentes del llanto agota.
Pusímosle boca abajo,
Volvió el agua, y luego torna
A recobrar el sentido
Al cabo de media hora.
Trocóse entre tanto el viento
Y á un promontorio que nombran
Los moros la *Cava rumia*,
Y es en la lengua española
La mala mujer cristiana,
Por ser tradición notoria
Que enterrada en aquel sitio
Está la Cava famosa
Que abrió las puertas de España
Á los hijos de Mahoma,
Nuestro bajel empujado
Fué por ráfagas furiosas.
Entonces, buscando abrigo,
Temiendo del mar la cólera,
Allí con fe suplicamos
Á Dios y á nuestra Señora
Que nos prestasen su amparo
Dándonos jornada próspera.
  Entre tanto, mi Zoraida
Conmovida y temblorosa
Me suplicó que á su padre
Y á los demás moros ponga
En libertad, pues le duele
La pena que en ellos nota.

Yo lo ofrecí de buen grado;
Y al ver como el tiempo torna
Y cede el viento, y las aguas
Tranquilos espejos forman,
Desatamos á los moros,
Que al verse libres se asombran,
Y uno á uno los pusimos
En tierra que es suya propia
Si bien no están en poblado
Ni hay nadie allí que los oiga
Para venir á ofendernos
Ó á turbar nuestra derrota.
Quedó el padre de Zoraida
El último, y fué tan honda
Su pena, sintió tal rabia
Que, al verse en tierra, con sordas
Voces, gritaba:—Hija ingrata,
Mal aconsejada moza,
¿Dónde vas con esos perros
Qué te engañan y te roban?
Si así marchas por tu grado,
Si así á tu padre abandonas,
No te vas por ser cristiana,
Sino porque allí se gozan
Libertades mujeriles
Que tu religión no abona.
¡Oh! maldita la existencia
Que te dí, ¡quiera Mahoma
Pedir á Alá que destruya
El bajel dó vas gustosa!»

. . . . . .

Calló el cautivo un instante
Y luego dijo:—Esta historia
Se vá haciendo harto pesada,
Mas ya falta poca cosa.
Sólo diré que nosotros
Marchábamos viento en popa
Con la vela desplegada,
Mientras el viejo con torba
Faz, se arrancaba el cabello,
Y rasgándose las ropas
Se revolcaba en la arena

Mostrando su ira rabiosa.
Luego, haciendo un poderoso
Esfuerzo, gritó:—Ven, torna,
Hija mía de mi alma;
Deja á esos malditos toda
Mi fortuna; ven, mis brazos
Te esperan, tú eres mi gloria;
Yo perdono tu extravío
Si tú mi furor perdonas.»

CXVII

Fin de la historia del cautivo.

—«Extinguiéronse las voces,
Hendió la barca las olas
Y poco á poco, perdimos
De nuestra vista las costas.
Vierte entre tanto Zoraida
Dulces lágrimas copiosas
Y dice:—¡Ay! no, padre mío,
Yo no quise tu deshonra
Ni tu mal, Alá lo sabe
Y hoy te habla por mi boca.
Llévame á tierra cristiana
Una fuerza misteriosa;
Me acompaña Lela Marien.
Bendice ¡oh padre! su obra.
. . . . . .
Siguió favorable el viento.
Y de tal manera sopla
Qué creí ver otro día
Mi amada tierra española.
Mas ¡ay! que nunca la suerte
Con nuestro bien se acomoda
Ni la maldición de un padre
Impunemente se arrostra.
Iban ya casi pasadas
De la noche unas tres horas,

La luna resplandecía
Reflejándose en las ondas,
Cuando cerca de nosotros
Vimos la abultada forma
De un bajel que desplegadas
Ostenta sus velas todas.
Quisimos pasar de largo,
Mas se encontraba á tan corta
Distancia, que oir pudimos
Las preguntas enfadosas
Que nos hicieron sus gentes
En lengua francesa.—Importa,
Dijo el renegado entónces,
Que ninguno les responda
Pues sin duda son corsarios
Que hacen cara á toda ròpa.»
Seguimos este consejo;
Nadie habló, cortó la proa
De nuestro buque las aguas,
Cual ligera gaviota,
Y al deslizarnos gozosos,
Casi cantamos victoria.
Mas no bien nos alejamos
Un poco, vino traidora
Una bala que dió al traste
Con la vela, luego otra
Abrió la barca por medio,
Y al sentir mortal zozobra
Pedimos á grandes voces
Socorro y ayuda pronta.
Amainó el francés, echaron
Su esquife al mar; maniobra
Que duró poco; montaron
En él con armas y antorchas
Doce hombres, y llegando
Hasta nosotros, de forma
Que al punto vieron cuán pocos
Eramos, misericordia
Tuvieron, y nos tomaron
A bordo, echándonos toda
La culpa de aquel suceso,
Por no dar satisfactoria

Respuesta. Entre tanto al verlos
El renegado, con sobra
De prudencia, tiró el cofre
Al mar, y fué meritoria
Su acción, que aunque allí quedaron
El dinero de mi mora,
Y con él la mayor parte
De mil dichas ilusorias,
Tal vez nos salvó la vida
Su resolución heróica.
Los franceses despojaron
A Zoraida de sus joyas,
Y al mar echarnos quisieron
Envueltos en una lona,
Al saber que éramos hijos
De España, tierra que odian
Por seguir ambas naciones
Larga guerra desastrosa.
No quiso aquél que los manda
Hacer tan cobarde obra,
Y contento con llevarse
Las alhajas valiosas
De mi pobre compañera,
Nos dió al divisar las costas
Un esquife con algunos
Bastimentos, y una bolsa
Que entregó á Zoraida en cambio
De lo mucho que le roba.
Dejáronle sus vestidos,
Y por todas estas cosas
Tuvimos que dar las gracias
A los mismos que ocasionan
Nuestro mal; que al fin y al cabo
Libres á España nos tornan.
Remamos toda la noche,
Y al esclarecer la aurora
Pisamos la bendecida
Patria, poniendo en las rocas
Y en la arena, nuestros labios
Que el nombre de Dios invocan.
También Zoraida se puso
De hinojos con fé devota,

Y al llegar á Vélez Málaga
Donde nos pasaron otras
Aventuras que no cuento
Por no alargar más mi historia,
Exclamó al ver en la iglesia
Entre turbada y absorta,
La resplandeciente imagen
De una Virgen milagrosa:
—Yo la he visto en mis ensueños,
Yo la he visto antes de ahora:
Es la santa Lela Marien;
Ella en su seno me acoja.»

. . . . . .

Tal fué mi vida, señores,
Vida triste y azarosa,
Cuyo porvenir ignoro,
Cuyo presente me agobia.
Sólo voy con mi Zoraida,
Pues ya el renegado goza
Del bien que le dá la Iglesia
Que sus pecados perdona.
Uno de mis compañeros
Halló su familia toda
En Vélez, y los restantes
A sus pueblos se trasportan.
No sé si hallaré en el mío
Alguno que me conozca;
No sé si vive mi padre;
No sé dónde están ahora
Mis hermanos, ni si queda
De su hacienda alguna cosa.
Temo solo por Zoraida
A quien la fe no abandona.
Ved, señores, si es bien triste
Y peregrina mi historia,
Que abrevié por no cansar
Vuestra atención bondadosa.»
Calló el cautivo, y al punto
Don Fernando dijo:—Corta,
Señor Capitán, se queda
Para todo el que la oiga
Vuestra relación que encierra

Una suma tan cuantiosa
De méritos y trabajos
Y de sustos y congojas.
Así, pues, aunque no en mucho
Os puedo servir ahora,
Si os place venir conmigo,
Yo tendré por mucha honra
Que el marqués, mi hermano, sea
Padrino de vuestra hermosa
Zoraida: y si vos quereis
Haremos de modo y forma
De que entreis en vuestra tierra
De la manera más cómoda
Que por sus antecedentes
Merece vuestra persona.»
Calló don Fernando, y todos
Á sus promesas se asocian,
Incluso el gran Don Quijote
Que oyó en silencio la historia.
Y aquí vuelve Cide Hamete
A lo qué más nos importa,
Hablándonos del hidalgo,
Que una parte activa toma
En otros grandes sucesos
Que ante él se desarrollan.

CXVIII

El oidor y su hija.

Sin duda movidos
Por la oculta mano
De algún sapientísimo
Incógnito mago
Que en la pobre venta
Donde está el hidalgo
Congrega más gente
Que en un gran palacio,
No bien el cautivo

Terminó el relato
De su larga historia
Y dió á Don Fernando
Las gracias por todo,
Cuando allí llegaron
Otros personajes
Tan inesperados
Que el mismo ventero
Se mostró admirado.
Viene en un gran coche
Un señor muy guapo
De altiva presencia
Y ropones largos,
Que consigo trae
Con mucho aparato
Una hermosa joven
De muy pocos años
Bella como un ángel
Del cielo bajado.
El coche rodean
Hombres de á caballo
Que piden posada,
Y como en el acto
Les dice el ventero:
—No puedo alojaros
Por falta de cama
Y falta de cuarto,
Aquellos contestan:
—Preciso es hallarlo;
Que el Sr. Oidor
Nuestro ilustre amo
No habrá de quedarse
Durmiendo en el campo.»
Diciendo estas frases
Todos se apearon
Y el señor Oidor
Entróse llevando
Á la joven bella
Á quien dá la mano.
Vióle Don Quijote
Y con eco blando
Díjole:—Bien puede,

Señor magistrado,
Entrar y esparcirse
Tanto como cuanto
Le plazca en aqueste
Poco hospitalario
Y estrecho castillo.
Pues no hay sitio malo
Ni dura estrecheza
Que niegue agasajo
Y asilo á las armas
Y á las letras, cuando
Las armas y letras,
Como viendo estamos,
Traen la fermosura
Por espejo mágico.
Ante la belleza
Que venís guiando
Deben los castillos
Abrirse en el acto,
Y los altos montes
Y duros peñascos
Franquearse alegres
Ofreciendo paso.
Éntre, pues, la vuestra
Merced, sin cuidado
En el paraiso
Donde yo me hallo,
Que aquí verá estrellas
Y soles y astros
Que den su compaña
Á ese cielo claro
Que con vos traéis;
Pudiendo afirmaros
Que si vuestras letras
Merecen mil lauros,
Aquí están las armas
En punto muy alto
Y la fermosura
En su extremo máximo.»
Calló Don Quijote
Y el Oidor pasmado
Mirando su facha

Se quedó un buen rato.
Mas luego, volviendo
La vista á otro lado,
Quedóse de pronto
Confuso y estático
Mirando allí cerca
Tres rostros humanos,
Que formar parecen
Un fragante ramo
De olorosas flores,
Ó un cielo estrellado.

CXIX

Temores y sobresaltos.

Refiere aquí Cide Hamete
La admiración extremada
Del Oidor, viendo reunidas
Á Dorotea, Zoraida
Y Luscinda, cuyos rostros
Tanto placer le inspiraban
Como le causó extrañeza
El ver en aquella ingrata
Mansión, tantos caballeros
Ó personas ilustradas
Que afables les recibieron
Con muy corteses palabras.
Esto, y el ver al hidalgo
Que con su figura escuálida,
Tan armado y tan erguido
Y tan satisfecho estaba,
Ostentando en la cabeza
Una bacía abollada,
De confusión y de asombro
Al señor Oidor llenaba.
Nada tiene esto de extraño;
Y á cualquiera le pasara
Otro tanto, mas escrito

Sin duda en el cielo estaba
Que en la venta ocurrirían
Cosas de grande importancia
Que después nos ha traído
De boca en boca la fama.
Sucedió, pues, que tan luego
Como allí el Oidor entrara
Sintió el Cautivo barruntos
Que conmovieron su alma.
Parecióle que en el rostro
Del magistrado encontraba
Del menor de sus hermanos
La más viva semejanza.
Guardó silencio no obstante
Temiendo fuesen fantasmas
De esos que evoca el deseo
Y animan las esperanzas.
Mas viendo que á su aposento
Se fueron las cuatro damas,
Es decir, las tres de antes
Y la bella Doña Clara
(Que así se llama la hija
Del Oidor), lleno de ansias
Mortales, temiendo acaso
Destruir el rico alcázar
De su ilusión con la mano
Misma que lo levantaba,
Preguntó á un mozo de aquellos
Que con el coche llegaran
El nombre del magistrado,
Y cuál es su tierra ó patria.
—Mi amo, señor caballero,
Dijo el criado, se llama
El licenciado Juan Pérez
De Viedma, y en las montañas
De León, está su pueblo,
Del cual á Méjico pasa
Proveído por Oidor
De aquella Audiencia, que es plaza,
Según vos sabréis sin duda,
Magnífica y bien dotada.
No tiene más que esa hija

Que es la niña más bizarra,
Más buena y rica que existe
En todas nuestras comarcas.
Dejóle al morir su madre
Su fortuna; y era tanta,
Que bien puede asegurarse
Que habrá muy pocas tan sanas.
—Bien está, dice el cautivo
Dando al criado las gracias,
Y luego, lleno de gozo,
Llamó aparte sin tardanza
Á Don Fernando, á Cardenio,
Y al Cura, con quienes traba
Conversación, enterándoles
De todo lo que le pasa
Y pidiéndoles consejo
Para el caso en que se hallaba.
Causó admiración á todos
Coincidencia tan extraña,
Mas estuvieron conformes
En buscar el modo y traza
De evitar una sorpresa
Que no fuera pura y grata,
Pues el Cautivo temía
Que su hermano se afrentara
Al verle pobre.—No espero
Una salida bastarda,
Dijo el Cura, que el valor
Y la prudencia resaltan
En su rostro, y este viene
Á ser espejo del alma.
Sin embargo, yo os ofrezco
Hacer la prueba que falta
Para saber si os recibe
Ó no, con buenas entrañas.»
Y aprovechando el momento
En que al señor Oidor sacan
La cena, díjole á este
Cuando aquella vé mediada:
—Por cierto, señor Oidor,
Que al saber que Viedma os llaman
He recordado con pena,

Pues le quise con el alma,
Á una camarada mía
Que el mismo nombre llevaba.
Era un capitán valiente,
Aunque de estrella bien mala,
Que como yo, en cautiverio
En Constantinopla estaba.
—¿Y cuál decís que era el nombre
De esa buena camarada?
—Rui Pérez de Viedma, que era
De un lugar de las montañas
De León; y hasta recuerdo
Que me contó en confianza
Haber recibido en vida
De su buen padre unas dádivas
Que pocos viviendo otorgan
Ni á los hijos que más aman.
Eran tres: y este que os digo
Dedicándose á las armas,
De virtud y de bravura
Dió pruebas tales y tantas
Que alcanzando alto renombre
Conquistó premios y palmas.
Capitán de Infantería
Era, y en camino estaba
De ser Maestre de Campo,
Cuando tuvo la desgracia
De perder su libertad
En la gloriosa jornada
De Lepanto ¡pobre jóven!
En Constantinopla estaba
Conmigo, mas luego supe
Que tuvo á Argel por morada
Donde le pasaron cosas
Verdaderamente extrañas.»
Siguió el Cura refiriendo
Las empresas de Zoraida,
La fuga de ambos amantes,
Su ruïna inesperada,
Y todo lo que el Cautivo
Poco antes les contara.
Mas como de propio intento

Su relato aquí acabara,
Sin decir si los franceses
Se los llevaron á Francia
Ó si los asesinaron
Ó dejaron en España,
El Oidor, que nunca fué
Oidor con mayores ganas,
Arrojando un gran suspiro
Y llenos los ojos de agua,
Exclamó:—Dejad que vierta
Tristes y abundantes lágrimas,
Y sabed que era mi hermano
El hombre de quien se trata.»

CXX

Suceso feliz.

Como el Oidor no sabía
Los incidentes restantes
De la historia del Cautivo,
De este modo lamentábase:
—¡Pobre y desgraciado hermano!
¿Qué ha sido de tí? Dios sabe
Que hubiera dado un tesoro
Con el fin de rescatarte.
¿Por qué en silencio tus grillos
Opresores arrastraste?
¿Por qué de tus negras cuitas
No nos diste al punto parte?
¿Qué necesidad tenemos
De que una mora te salve
Si en el Perú nuestro hermano
Y aquí en España tu padre
Y yo, tenemos riquezas
Mientras tú pasabas hambre?
¡Pobre infeliz! ¿dónde fuiste?
¿Dónde estás? ¡Ah! los infames
Corsarios, tal vez te dieron

En las tristes soledades
Del mar, sepultura odiosa
Envuelto en viejo velámen,
Con esa hermosa Zoraida
Bondadosa como un ángel
Que tal vez sufrió el martirio
Por la fe que le inspiraste.»
Esto dijo entre sollozos
El Oidor, y al escucharle
El Cautivo, que entre sombras
Ocupa un rincón distante,
Sintió que su corazón
Iba dichoso ensanchándose
Y que el alma le decía:
—Es tu hermano, vé y abrázale.»
Mas por mucho que lo anhela
Su conmoción es tan grande
Que ni desplega los labios
Ni dá un paso hacia adelante.
Viendo, pues, el señor Cura
Que no es justo atormentarles
Ni tenerles por más tiempo
Tristes, con aspecto grave
Levantóse de su silla
Y sin decir nada á nadie
Se fué á buscar á Zoraida
Con la que volvió al instante,
Siguiéndoles Dorotea
Que á su vez consigo trae
Á Luscinda y á la hija
Del Oidor, que está ignorante
De todo, si bien barrunta
Que allí pasa algo notable.
Llegó con Zoraida el Cura
Y acto continuo acercándose
Al Cautivo, de la mano
Le tomó, diciendo antes:
—Venid, que os tienen por muerto
Y ya es hora de que os hallen.»
Volvió el Oidor la cabeza
Al escuchar estas frases,
Y el Cura con voz alegre

Y con risueño semblante
Dijo:—Enjugad vuestras lágrimas:
Llegó el tiempo de que acaben
Vuestras penas, que ahora deben
En alegrías trocarse.
Dad, señor, al cielo gracias;
Que este que teneis delante
Es el capitán Viedma
Digno de vuestro linaje;
Y esta hermosísima mora,
Que va luego á bautizarse,
Aquella que vos dijísteis
Que debía ser un ángel.
Los franceses les pusieron
En libertad; mas dejándoles
En la estrecheza que veis
Para que vos les mostráseis
Vuestra liberalidad
Que debe ser noble y grande.»
Aquí explica Cide Hamete
El gozo inmenso, inefable
Que ambos hermanos sintieron
Al verse y al abrazarse.
Allí dice que se dieron
Cuenta de los más notables
Sucesos; allí mostraron
Su amistad inalterable;
Allí derramaron lágrimas
Los que estaban escuchándoles;
Allí el Oidor y su hija
Llenos de afán delirante
Abrazaban á la mora
Mirándola sin hartarse.
Allí Don Quijote estaba
Silencioso, tieso y grave
Sin decir una palabra;
Si bien al ver hechos tales
Luego los atribuía
Á las quimeras constantes
Que en su mente alimentaba.
Creyéndose que eran lances
De esos que ven con frecuencia

Los caballeros andantes.
Finalmente, allí se alzan
Mil castillos en el aire
Y se acarician proyectos
De esos que al alma complacen.
Muestra su gozo el Cautivo
Viendo que existe su padre,
Y enhorabuenas recibe
Por tan feliz desenlace.
Mas como ya de la noche
Iban pasadas dos partes,
Acordaron recogerse
Y descansar lo que tarde
En amanecer el día
Que no debe estar distante.
—Es muy justo y yo lo apruebo,
Dijo con acento afable
El valiente Don Quijote;
Mas porque libres de afanes
Duerman aquestas fermosas
Señoras, sin que gigantes
Ó alevosos malandrines
Su sueño turben cobardes,
Yo en guardian me constituyo
De tantas honestidades
Sin que nadie de esas puertas
Ose pisar los umbrales.
Subid puentes levadizos;
Echad cerrojos y llaves;
Dormid todos, que yo quedo,
Y quedando yo es bastante.
Ea, Sancho, ven; contigo
Mi trotón y adarga trae,
Que estando yo en pie de guerra
Toda molicie es culpable.»

. . . . . .

Mas como Sancho dormía
Y nadie osó despertarle,
Sólo se fué Don Quijote
Á montar en Rocinante.

CXXI

Los amores de Clara. — Tristezas de Don Quijote.

Cuenta después Cide Hamete
Que antes de nacer el alba
Se oyó dentro de la venta
Do silencio todos guardan,
La voz dulce de un mancebo
Que amante trova cantaba.
Y añade que Dorotea
Despertó á la hermosa Clara
Diciéndole que escuchase
Aquella música grata.
Hízolo así la doncella,
Mas luego, toda turbada,
Dijo lanzando un suspiro:
—¿Por qué razón, por qué causa
Me despierta para oir
Lo que en sueños olvidaba?
—Qué! ¿por ventura conoces
Al cantor?—Sí, por desgracia
Le conozco, y llevo impresa
Su imagen dentro del alma.
—¿Mas cómo puede ser eso,
Niña bella y estimada,
Si sólo es mozo de mulas
Ese muchacho que canta,
Según me avisó Cardenio
Desde la vecina estancia?
—Pues yo te juro, señora,
Que no es él mozo de cuadra,
Sino señor de lugares
De quien soy tambien vasalla.
—¿Qué edad tendrá?—Me figuro
Que de la mia no pasa.
—¿Y tienes...?—Diez y seis años

Menos algunas semanas.
—¿Dónde le viste?—En la corte.
—¿Le hablaste?—Nuestras miradas
Se entendieron, y por señas
Tuvimos más de una plática.
—¿Le quieres?—Muero de amores.
—Tan niña!—Volvíme anciana
Si es que así debe llamarse
La que ardientemente ama.
—¿Cómo te sigue?—Á pie viene,
Y esto es lo que más me mata,
Que al verle en traje grosero,
Indigno de su prosapia,
Aposentándose en tristes
Caballerizas menguadas
Y cruzando ásperas sendas
Donde lastima sus plantas,
Parece que son las mias
Las que siento destrozadas.
—¿Por qué disfrazado viene?
—De mi padre se recata.
—¿Y los suyos?—Sabe el cielo
Si estarán vertiendo lágrimas.
—¿Cómo supo tu viaje?
—No lo sé.—¿Cómo se halla
Tan solo?—Porque sin duda
Se ha escapado de su casa.
—¿Qué esperais?—Nada, señora.
—¿De véras?—No espero nada.
—¿Por qué razón?—Es su cuna
Tan ilustre, y tal distancia
Entre su alcurnia y la mia
Existe, que por criada
Suya, tal vez su opulento
Padre, nunca me aceptara.
Por eso pido á los cielos,
Que á ese músico disuadan
Y que á sus padres le tornen
Aunque se lleve mi calma.
—Está bien, tened paciencia;
No lloreis más, bella Clara,
Reconciliad vuestro sueño

Sin matar vuestra esperanza,
Que Dios sabe lo que el cielo
Podrá ofreceros mañana.»

. . . . . .

Mientras tanto que en silencio
Se queda otra vez la casa,
Don Quijote está á caballo
Haciendo fuera la guardia.
No dirán que aquel castillo
Que encierra hermosura tanta
Y personajes tal altos
Carece de vigilancia.
La reina Micomicona,
Luscinda su ilustre dama,
La hija del Oidor, la hermosa
Y tiernísima Zoraida
No han de temer, allí estando
Don Quijote de la Mancha,
Que ningún follón aleve
Á turbar su sueño vaya.

. . . . . .

Y sin embargo, la mente
Del hidalgo no está en calma;
Existe en ella un recóndito
Pensamiento que la embarga.
Está triste, pensativo;
Su melancolía es tanta
Que del fondo de su pecho
Suspiros tiernos arranca.
¿Qué le sucede al hidalgo?
¿Qué es lo que siente ó le pasa?
Alguien lo vé y ese alguien
Sangrienta burla le guarda.

CXXII

Soliloquios.

Tal vez por conjuros mágicos
De encantador envidioso

Viendo están á Don Quijote
Cuatro femeniles ojos.
Silenciosa está la venta;
Callado el campo, ni un soplo
De aire se siente, y la luna
Muestra su pálido rostro.
Entre tanto el caballero
Lanza un suspiro más hondo
Y exclama:—¡Oh! tú, Dulcinea,
Dulcinea del Toboso!
Tú, que eres de la hermosura
Dechado, y rico tesoro
De la honestidad; pues formas
Fin y remate de todo
Lo que bien llamarse puede
Deleitable y provechoso,
¿Qué faces? ¿qué face agora
La tu merced, mientras lloro
Tu ausencia? ¿Pones las mientes,
Como en tí las mías pongo,
En éste tu fiel cautivo
Caballero, que aquí solo
Por servirte, los peligros
Arrostra siempre gustoso?
Y tú, atenta luminaria
De las tres caras, que el foco
De tu luz á ella diriges
Sintiendo al mirarla gozo;
Dime ¡oh luna! lo que hace;
Fabla, cuéntamelo todo.
Si cruza las galerías
De sus palacios famosos,
Ó si está puesta de pechos
En sus balcones de oro;
Si piensa en compadecerme
Y sacarme de este golfo
De inquietudes y de penas
En que mísero me ahogo....
Dímelo, triforme Diana,
Que yo con fe te lo imploro.»
De esta suerte se expresaba
Lanzando gemidos sordos,

Cuando sintió que allí cerca
Le ceceaba algún prójimo.
No era prójimo y sí prójima
Que en voz baja, desde un próximo
Lugar, llamándole estaba
Con recato misterioso.
Acercóse precavido
Á un agujero redondo
Que en vez de ventana, había
Cerca del tejado; y todo
Confuso, forjó en su mente
Mil dislates ingeniosos.
Creyó que el boquete, abierto
En la pared de mal modo,
Era una hermosa ventana
Con mil molduras y adornos,
Guarnecida de dorados
Hierros, limpios y lustrosos.
Después... después en su loca
Fantasía, vió dos rostros
De mujer, que le parecen
Dos soles maravillosos.
—¡Ah! exclamó, sin duda es ella
Que busca otra vez más cómodo
Medio de comunicarme
Sus encendidos antojos.
Es la hija del soberbio
Castellano, á quien el moro
Encantador, puso un día
En horrible calabozo.
Es la hija de la dueña
De este castillo que rondo,
Y que rondar no me deja,
Pues rondándole me expongo
Á caer inadvertido
En la ronda de sus ojos.
¡Oh! no más, no más me acuiten
Sus deseos amorosos;
No más vengan á turbarme
Tentaciones del demonio.
Ven y acórreme en mi cuita
Dulcinea del Toboso!»

CXXIII

Lazos traidores.

No andaba descaminado
Al creer que aquellas hembras
Tenían concomitancia
Con los dueños de la venta.
Era la una en efecto
La hija de la ventera,
Y la otra Maritornes,
Maritornes la gallega.
Ambas quieren divertirse
Y en el pajar dó se encuentran,
Entre risas al hidalgo
Un grosero lazo aprestan.
Puestas en el agujero
Le llaman y le festejan;
Mas él, que de cortesía
Quiere darles clara muestra
Sin ser infiel á su hermosa
Y adorada Dulcinea:
—Mal faceis, dice acercándose,
Pasando la noche en vela.
Péname, señora mia,
Y perdonad mi franqueza,
De que hayades puesto mientes
Donde no hay correspondencia.
Mal ferido por los ojos
De la que mi fe alimenta,
Non puedo por más que fago
Mirar vuestra gentileza.
Tornad á vuestro aposento,
Preciosísima doncella,
Y ved si quereis mandarme
Algo en que serviros pueda.
Hablad, ordenad, pedidme;
Que con tal que amor no sea,

Yo haré por vos maravillas
De valor, pujanza y fuerza.
Si cabellos de Medusa,
Que eran horribles culebras,
Me pedís, yo vos prometo
Que aquí traeré sus guedejas.
Si rayos del sol buscais
Yo los traeré por docenas,
Que no faltará redoma
Donde contenerse puedan.
—No ha menester nada de eso
Mi señora.—¿Y qué desea?
—Sólo que vos le alargueis
Una hermosa mano vuestra.
—Si es eso todo, tomadla;
Y tened, señora, en cuenta
Que no la ha tocado nunca
Mujer alguna, ni aquella
Misma, que de mi persona
Tiene posesión entera.
No os la doy para que el labio
Ardiente pongais en ella;
Sino para que mireis,
Pues gusto teneis en verla,
Su contextura nerviosa,
Lo espacioso de sus venas,
La trabazón de sus músculos
Que indican toda la fuerza
Del brazo que la sostiene
Y el cuerpo que la sustenta.
Al decir esto, el hidalgo,
Advirtiendo que no llega
Al agujero que él juzga
Hermosa y dorada reja,
De pie se puso en la silla
Del caballo en que se encuentra.
Y al decir que era su mano
Tan valiosa y soberbia:
—Ahora lo veremos, grita
La criada bachillera;
Y echándole una lazada
Corrediza á la muñeca,

Fuéronse del agujero,
Sujetando bien la cuerda
Al cerrojo descorrido
Que hay del pajar en la puerta.
—¡Ah, señora! ¿qué me haceis?
Dice el hidalgo con muestras
De dolor; ¿por qué tratais
Con tal rigor esa diestra
Que prestaros y no daros
Puedo? Mirad que no os venza
El enojo, y que no es justo
El obrar de esta manera.
Notad que tales acciones
Más que de elevadas hembras
Son propias de cendolillas
Hijas de baja ralea.
No pongais sobre mi rostro
Un sello de vil afrenta,
Que ninguno que bien quiere
Tan mal sus agravios venga.»
Nadie contestó al hidalgo
Ni era fácil que lo hicieran;
Que muriéndose de risa
Las dos muchachas traviesas
Dirigiéndose á su alcoba
Matan la luz y se acuestan.

CXXIV

Los caminantes.

Y entre tanto sigue el tiempo
Su marcha ordenada y lenta,
Y los primeros albores
De la aurora el cielo alegran.
Sólo el pobre caballero
Se vé colgado con pena
Sobre el manso Rocinante
Que perezoso se muestra.

Puesto así, rígido, tieso,
Inmoble, casi asemeja
Una sarten por el mango
Pendiente de una espetera.
¡Oh! ¿por qué el destino injusto
Hace que juguete sea
Del pícaro el hombre honrado
Que en la traición nunca piensa?
Ya otra vez un vil gigante
Le dió una puñada fiera
En aquella maldecida
Encantada fortaleza.
¿Quién sabe si ahora pretenden
Que sumido en noche eterna
Mire trascurrir los años
Asido por la muñeca?
—¡Follones, malvados, viles!,
Dice con voz lastimera,
¿Qué fice yo en este mundo
Que decente no os parezca?
Bellacos! ved que no puedo
Mover mis brazos y piernas,
So pena de hacer pedazos
Mi pobre mano derecha.
Aflojad las ligaduras
Con que la teneis sujeta,
Y en abierta lid vereis
Lo que puedo hacer con ella.
Présteme Amadís de Gaula
Su espada; en mi auxilio vengan
Lirgandeo el Adivino,
El sabio Alquife, mi buena
Y célebre amiga Urganda,
Y verá la vil caterva
De magos que me persigue
Si las burlas salen véras.
Y tú, dama de mis sueños,
Tósigo de mis potencias,
Ven, acúdeme, defiéndeme,
Adorable Dulcinea!
Nota bien cuanto me pasa,
Mira convertido en piedra

Este fogoso caballo
Que fué rayo en la pelea.
Mi fiel y bravo escudero
No acude á darme defensa...
Magos viles! traicioneros,
Temed mi venganza fiera!»
De este modo lamentábase
Cuando divisó muy cerca,
Pues ya el día esclareciendo
Iba los cielos y tierra,
Cuatro hombres á caballo
Armados con escopetas,
Que al ventorro se acercaban
Y llamaban á su puerta.
No gustó mucho al brioso
Caballero tal llaneza,
Y desde el sitio en que estaba
Les habló de esta manera:
—¿Qué buscades, caballeros,
Ó escuderos, ó quien quiera
Que seais, aporreando
Tan de mañana las férreas
Entradas de esa magnífica
Encantada fortaleza?
Ved que no madrugan tanto
Las soberanas princesas
Que sus salones y cámaras
Y sus anchas torres pueblan.
Así, pues, hasta que el astro
Del día sus rayos tienda,
Desviaos y esperad
Á ver si el paso os franquean.»
Quedáronse como en Babia
Los jinetes, y con cierta
Turbación, dijo uno de ellos:
—¿Qué diablo habrá que convierta
En fortaleza ó castillo
Una humildísima venta,
Ni quién puede aquí exigirnos
Ceremonias y licencias?
Si sois el ventero, dadnos
Cebada para estas bestias,

Que es todo lo que pedimos
Y caminamos de priesa.»
  Lo cual oyendo el hidalgo
Les pregunta con voz hueca:
—¿Paréceos, caballeros,
Que mi talle y mi presencia
Y mi apostura y mis trazas
Son de ventero?—Que sea
Ó no, nos importa poco;
Sólo os digo que revela
Poco juicio, el que digais
Que aquesto castillo sea.
—Pues yo os digo que lo es;
Y que en él hay á estas fechas
Gente que ha tenido cetro
Y corona en la cabeza.
—Vamos, serán comediantes.
—¿Qué sabeis vos, Don Babieca,
De lo que sucede en la
Caballería andantesca?»
  Cansábanse los viajeros,
Y llamando con más fuerza
Al ventero despertaron
Y también á la ventera,
Con los demás que en la casa
Dormían á pierna suelta.
Mas sucedió al propio tiempo
Que una de las cuatro acémilas
Se fué á oler á Rocinante;
El cual, aunque con modestia
Melancólica, tenía
Agachadas las orejas,
Quiso volver la caricia
Oliendo á aquel que le oliera.
Fué preciso para esto
Moverse; mas ¡ay! que apenas
Lo hizo así, faltó al hidalgo,
El punto que le sustenta
Y el equilibrio perdiendo,
Colgado de la muñeca
Quedó lanzando mil gritos
Que un fiero dolor demuestran.

. . . . . .
Subió en esto Maritornes
Al pajar, cortó la cuerda
Y al punto con grande estrépito
Vino el caballero á tierra.

CXXV

El reto.—Sucesos varios.

Entre tanto que el ventero
Al oir tamaños gritos
Por ver lo que allí sucede
Acude despavorido,
Levántase el buen hidalgo,
Se arranca el cordel con brios,
Sube sobre Rocinante,
Retírase de aquel sitio
Y vuelve á medio galope
Desesperado y mohino
Teniendo en ristre la lanza
Y diciendo enardecido:
—Cualquier osado que diga
Que yo fuí con justo título
Encantado, como quiera
Darme su real permiso
La infanta Micomicona,
Yo le reto y desafío.»
Quedaron al escucharle
Pasmados y confundidos
Los viajeros; pero luego
El ventero satisfizo
Sus dudas, asegurándoles
Que no tiene sano el juicio.
—Bien está, dice uno de ellos,
Y ahora, si vos sois servido,
Quisiera que me dijéseis
Si por ventura habeis visto
Un muchacho que no tiene

Los quince años cumplidos,
Y que en hábito de mozo
De mulas, viene vestido.
—Tanta gente hay en mi venta,
Contestóle pensativo
El ventero, que no sé
Si ese mozo acaso vino.
—Pues yo sé, replica otro
De aquellos, que aquí de fijo
Debe estar, pues está el coche
Del Oidor; fortuna ha sido
Dar con él; quédese uno
En la puerta, y de improviso
Entremos los tres restantes
Á cogerle en el garlito.»
Hiciéronlo así en efecto,
Y el hidalgo, aunque ofendido
De que respuesta no dieran
A su anterior desafío,
Dejóles hacer, pensando
Que tal vez no le era lícito
Comenzar nueva aventura
Sin haber antes cumplido
Su empeño con la Princesa
Micomicona; y tan fijo
Estaba en sus pensamientos,
Que no vió, cerca del sitio
En que estaba, á Dorotea
Y á Clara, que allí han venido
Afanosas por saber
La causa de aquellos gritos.
Entre tanto, los tres hombres
Hallaron medio dormido
Al muchacho que buscaban,
Y al despertarle le dijo
Uno de ellos:—¿Quien creyera,
Señor Don Lüis querido,
Que en tal traje y en tal lecho,
De vuestra prosapia indignos,
Tendríamos que encontraros
Los que en pos de vos venimos?»
Limpióse el mozo los ojos

Soñolientos, y advertido
De que aquellos son criados
De sus padres, nada dijo;
Pero al ver que con respeto
Le dan prudentes avisos
Del duelo en que están ahora
Sus parientes sumergidos,
Y de que tornar á casa
Por bien ó mal es preciso,
—Eso será si yo quiero,
Contesta lleno de bríos,
O si el cielo lo ordenare,
Pues no iré por fuerza vivo.»
Enteráronse entre tanto
Cuantos se hallaban reunidos
En la venta, y Doña Clara
Temió morir allí mismo.
Y como por sus criados
Fuese el jóven requerido
Y la porfía entablada
Tomaba violentos giros,
Con el Oidor se acercaron
Cardenio, el Cura, el Cautivo,
El Barbero, Don Fernando,
Y hasta el caballero invicto
Que al ver que era ya de día
De guardar dejó el castillo.
—¿Qué es lo que pasa? sepamos
Qué es esto de raiz, dijo
El Oidor, á lo que al punto
Respondió un recien venido:
—Mucho, señor, me complace
El veros, pues sois vecino
De los padres de este jóven
Que ya habreis reconocido.
Abandonando su casa
Cruza solo estos caminos
Con el hábito indecente
Con que lo vemos vestido.
Sus nobles padres, que ahora
De dolor se ven transidos,
Nos mandan; mas él no quiere

Por bien ni por mal seguirnos
Hasta dar fin á un negocio
Tan grande, tan inaudito,
Que dice que le vá el alma
Y la vida en conseguirlo.»
Escuchó el Oidor atento,
Y con muestras de cariño
Abrazando á Don Luis
De esta manera le dijo:
—¿Qué niñerías son estas
Señor Don Luis? ¿qué motivos
Os mueven á disfrazaros
Con este traje tan mísero
Que dice tan mal con vuestra
Calidad?... Vamos, decídmelo.»
Quedóse el interpelado
Mudo, estático, afligido,
Y el Oidor llamóle aparte
Diciendo:—Venid conmigo
Y decidme francamente
Por qué andais por estos sitios.»
Aquí las cosas llegaban,
Cuando fuera del recinto
En que están, se oyeron voces
Y hasta golpes repetidos,
Siendo la causa de todo
Que dos arrieros pícaros
Que allí pasaron la noche,
Viendo á todos distraidos
Trataron de escabullirse
Sin pagar; mas fueron vistos
Por el ventero, que en cara
Les echaba su delito
Llamándoles con justicia
Pilládores y perdidos.
—Ahora lo verás, dijeron,
Y á puñadas y mordiscos
Le acosaron de tal suerte
Que él á voces pidió auxilio.
Oyéronle la ventera
Y su hija, y ésta dijo
Acudiendo á Don Quijote:

—Señor, venga por Dios vivo
Vuestra merced, que á mi padre
Dos desalmados malignos
Á palos le están moliendo
Como á cibera.—Y yo os digo,
Respondió con mucha flema
El hidalgo, que impedido
Estoy, fermosa doncella,
De entrar en lid, sin permiso
De la augusta egregia dama
Que hasta aquí vino conmigo.
Puedo, no obstante, hacer algo
Señora, para serviros
Y sacar á vuestro padre
De tan triste laberintó.
Corred y decidle al punto
Que entretenga al enemigo
Y no se deje vencer,
Mientras yo licencia pido
Á la célebre Princesa
Micomicona. Si atino
Á conseguir lo que intento
Allí me tendréis de fijo.»

CXXVI

La vénia.—El amante de Clara.

Oyendo está Maritornes
Las palabras del hidalgo,
Y sin poder contenerse
Echó á los vientos un taco.
—¡Pecadora de mí! dijo,
¿Qué es lo que estoy escuchando?
¿No advierte vuesa merced
Que antes de darle el recado,
De fijo en el otro mundo
Estará mi pobre amo?
—Dadme vos, señora, dice

Con parsimonia el hidalgo,
Que yo alcance la licencia
Necesaria de que os hablo
Y en cuanto que la obtuviere,
Poco hará, muy poco, al caso
Que él esté en el otro mundo
Si otra vez aquí os le traigo.
Y si no logro mi intento
Yo os prometo sin engaño,
Que al veros tan bien vengada
Satisfecha he de dejaros.»
Diciendo así, fué á ponerse
Con marcial desembarazo
Delante de Dorotea,
Y á sus pies afinojado
Dijo:—La vuestra grandeza
Me dé permiso y mandato,
Alta y fermosa señora,
Para que yo lleve á cabo
La más valiente fazaña
Que los siglos admiraron.
Puesto en aprieto y en mengua
Está el noble castellano
Señor del alcázar este
Donde á la sazón estamos.
Gran número de enemigos
Le tiende falaces lazos;
Dadme licencia, señora,
Para ir á domeñarlos.»
Diósela de buen talante
Dorotea; y en el acto
Puso la mano en la espada
Su fuerte adarga embrazando.
Acudió luego á la puerta
Y vió al ventero debajo
De aquellos infieles huéspedes
Que aún le están vapuleando;
Pero así como llegó
Embazó y quedó parado
Sin oir á la ventera
Que otra vez le pide amparo.
Dice á voces Maritornes:

—Oh! llegad, señor hidalgo.»
Mas él con mucha cachaza
Responde:—Me está vedado.
En gentes escuderiles
No puedo poner la mano;
Pero que venga al momento
Mi fiel escudero Sancho,
Á quien atañe el castigo
De villanescos agravios.»
Así hablaba don Quijote,
Y la ventera á los diablos
Le dió, viendo á su consorte
Desmirriado á puñetazos.
. . . . . .
Mientras que esto sucedía
En la puerta, estaba hablando
Con el Oidor Don Lüis,
El cual, aunque muy turbado,
Declaró al padre de Clara
El amor que le inspiraron
La hermosura de la niña
Y su virtud y recato.
—Verla, dice, y consagrarla
Mi fé, ha sido un solo acto;
Suya es mi existencia, y suyo
Cuanto tengo y cuanto valgo.
Nunca le hablé; mas por señas
Le dije que era su esclavo
Y mis suspiros y lágrimas
Mil mensajes le llevaron.
Por ella mi casa dejo,
Y ciego la voy buscando
Como el marinero al norte,
Como la saeta al blanco.
Sabéis que soy noble y rico
Y si vos me dais su mano
Mis padres serán dichosos
Con no hacerme desdichado.»
Calló al decir estas frases,
Y un suspiro al aire dando,
Aguardaba una respuesta
El mancebo enamorado.

Mas no sabiendo qué hacerse
El Oidor, pidióle un plazo
De un día, para buscar
Lo que más convenga al caso.
—Vos animáis mi esperanza,
Pues buena ventura aguardo»
Dijo el joven, y gozoso
Al Oidor besó la mano.

CXXVII

Un nuevo personaje.

No queriendo el buen hidalgo
Pelear con tales hombres,
En lo cual prudente anduvo
Pues eran unos ladrones,
Dióse maña para hacerles
Comprender que no era noble,
Ni decente, ni cristiano,
Irse sin pagar escote
Dando por buena moneda
Puñadas y pescozones.
Finalmente, dijo tantas
Cosas discretas y acordes
Con la moral, indicando
Que sólo los grandes hombres
Y caballeros andantes
Pueden pagar con razones,
Que avergonzados los cacos
Pidieron con mil amores
La cuenta, que al fin abonan
Quedando en paz y conformes.
—Bien está, dijo el hidalgo,
Esta vez libré á mi pobre
Sancho, de entrar en batalla;
Mas otra, y quiero que conste,
Ha de cumplir como bueno;
Que su molicie me pone

De mal talante; y pues llenas
Quedan mis obligaciones,
Justo será que un instante
Sobre mi lecho repose.»
  Así pensaba el hidalgo
Que veló toda la noche;
Mas el diablo que no duerme,
Ó el hechicero que entonces
Se entretenía en llevar
Figuras y figurones
Á la venta, hizo mover
Los cristales de colores
De su mágica linterna,
Y al momento presentóse.....
—¿Quién pudo allí presentarse?
Preguntarán los lectores;
Mas nosotros contestamos:
—Paciencia y nadie se enoje,
Que el que llega viene en burro
Y es fuerza que se desmonte.»

CXXVIII

El yelmo y la albarda.

  Aquel nuevo personaje
Que en la venta con lisura
Entró, era el rapabarbas
Que en cierta mañana turbia
Sustituyó su sombrero
Por librarse de la lluvia
Con la histórica bacía
Que el gran Don Quijote juzga
Yelmo de Mambrino, y guarda
Llena ya de abolladuras.
Es el mismo que apelando
Á precipitada fuga
Y dejando abandonada
Su pobre cabalgadura,

La encontró un poco más tarde
Con una albarda tan sucia
Y tan rota, que parece
Más que una albarda una burla.
Este, pues, entró en la venta
Y con gentil donosura
Conduciendo á su pollino,
La caballeriza busca.
Dió con ella y ¡oh decretos
De la inconstante fortuna!
¡Oh glorias de Sancho Panza
Que no han de quedarse á oscuras!
No bien en la cuadra entra
El barbero, la confusa
Vista, pone en un objeto
Que las potencias le turba.
Su propia albarda está en manos
Del mismo que se la hurta,
Y arremetiéndole dice
Con voz fuerte ardiendo en furia:
—¡Ah! Don ladrón, aquí os tengo;
Tente, barbado granuja,
Dame al punto mi bacía
Y esa albarda que no es tuya!»
Sancho que oyó aquel diluvio
De vituperios, con una
Mano asió la albarda, y luego
Con la otra dióle tan brusca
Puñada sobre los dientes,
Que en sangre se los inunda.
—¡Favor! ¡favor! que me mata!
Gritó el barbero; en mi ayuda
Vengan y sálvenme de este
Salteador que Dios confunda.»
Y como todos oyeran
Las voces, con gran premura
Llegaron, mientras decía
Sancho con cachaza suma:
—Mentís, que aquestos despojos
Los ganó en honrada lucha
Mi buen señor Don Quijote
El de la Triste Figura.»

Ya estaba allí nuestro hidalgo,
Que al ver lo bien que disputa
Sancho, y lo bien que acomete
Rechazando á quien le insulta,
—Esto marcha, murmuraba;
Hoy se porta, esto me gusta.
Merece ser caballero
Por su arrogancia y bravura.»
Entre tanto, el despojado
Barbero, que mira juntas
Tantas personas, juraba
Que aquella albarda era suya.
—Si quieren probarlo, dice,
Venga mi cabalgadura
Y verán vuestras mercedes
Como le viene y le ajusta.
Me la hicieron á medida,
Y para mostrar en suma
La verdad de cuanto afirmo,
Diré por añadidura
Que también me despojaron
Con acometida brusca
De una bacía de azófar
Que como el oro relumbra
Y que me costó un escudo,
Que es para mí buena suma.»
Al oir estas palabras
Don Quijote, con gran furia
No pudiendo por más tiempo
Sufrir que se le atribuya
Por hurto, lo que él creía
Adquisición noble y justa,
Salió al palenque tomando
La albarda que se disputa.
Dejóla en el suelo, y dijo:
—Para que aclaren sus dudas
Y puedan vuestras mercedes
Comprender que son absurdas
Las cosas que este hombre dice,
Pues osa afirmar con una
Audacia poco loable
Que es bacía lo que nunca

Ha dejado de ser yelmo
De Mambrino; vete, busca,
Y trae aquí, mi buen Sancho,
Esa pieza de armadura;
Que en lo que atañe á la albarda
Diré la verdad desnuda.»
Fué Sancho refunfuñando,
Porque la verdad no gusta
Al que tiene la conciencia,
Como él, algo insegura.
Y entre tanto que volvía,
Siguió su señor con mucha
Tranquilidad, expresándose
De este modo:—No me gusta
Faltar á lo que me debo
Ni yo engaño á quien me escucha.
En lo de la albarda, digo
Que no me entremeto; arguyan
Cuanto gusten, sin mezclarme
En polémicas difusas.
Yo sólo afirmaros puedo
Que cuando en batalla ruda
Gané el yelmo, y este hombre
Se puso en cobarde fuga
Dejándome su caballo
Como una prenda segura
De mi triunfo, yo no quise
Abusar de mi fortuna;
Y en el campo del honor
Dejé la cabalgadura.
Si Sancho como trofeo
De aquella pendencia justa,
Cambió los jaeces, y estos
Se ven trocados en burda
Y tosca albarda, no soy
Quien tenga de ello la culpa.»
Tornó en esto Sancho Panza
Con la bacía importuna,
Y Don Quijote tomándola
Dijo con voz campanuda:
—Aquí ven vuestras mercedes
La soberbia y la locura

De ese hombre, cuando afirma
Que esto fué bacía nunca.
Ved este yelmo de oro
Que le tomé en buena lucha.
Yo os juro á fuer de hombre honrado
Que está en la misma figura
Que lo gané, pues no hice
En él variación alguna.
—Cierto! cierto! dice Sancho,
Y si tiene abolladuras
Es por las muchas pedradas
Que en él por mala fortuna
Recibió mi amo luchando
Con la desalmada turba
De galeotes.—Ya veis
Si la cosa admite duda,
Y si al llamarlo bacía
Á este yelmo se calumnia.»

CXXIX

Prosigue el mismo pleito.

Tan desesperado estaba
Y tan furioso el barbero
Que á grandes voces decía:
—¿Habráse visto un empeño
Más descarado? ¿Quién puede
Oir sin perder el seso
Que una bacía de azófar
Parezca encantado yelmo?
—Pues yo os digo y os repito,
Replicaba el caballero,
Que es... lo que es, y que miente
Quien me desmiente y dá tedio.»
Iba la cosa enzarzándose
De tal modo, que temiendo
Una catástrofe próxima,
Ó bien por dar cordelejo

Á la arraigada locura
Del valeroso manchego,
Que tanto gusto causaba
Á sus demás compañeros,
Tomó parte en la contienda
Con muchísimo sosiego
Nuestro maese Nicolás
El primitivo Barbero,
Que adelantándose un poco
Exclamó con breve acento:
—Señor Barbero, ó quien sois;
Sabed que yo también vengo
Hace más de veinte años
El mismo oficio ejerciendo
Que vos; que tengo mi carta
De exámen; que soy maestro
En conocer todos los
Barberiles instrumentos,
Y que por haber servido
Al Rey muchísimo tiempo
Durante mis mocedades,
Sé también lo que es un yelmo,
Un morrión, una celada
De encaje, y demás objetos
Que son prendas de soldado
De uso anticuado ó moderno.
Y digo, salvo mejor
Parecer y entendimiento,
Que esta pieza disputada,
Que todos estamos viendo,
No sólo no me parece
La bacía de un barbero,
Sino que también la juzgo
Impropia de tal empleo.
Diré también, y ya veis
Que soy en todo sincero,
Que este aunque es yelmo, no es
En verdad, yelmo completo.
—Justo! exclama D. Quijote,
Os habeis puesto en lo cierto,
Que le falta la mitad
Que es la babera.—Eso creo,

Dijo el Cura; y otro tanto
Todos los demás dijeron
Por seguir la broma aquella
Que les dá mucho contento.
  Quedóse atónito y mudo
El contrariado Barbero,
Mas luego exclamó:—Esta es cosa
Que vuelve loco al más cuerdo.
¿Es posible que haya tantos
Hombres justos y discretos
Que condenen mi bacía
Á ser tenida por yelmo?
Si esto es así, por mi vida
Que también oir me temo
Que esta albarda no es albarda,
Sino jaez de los buenos.
—Á mí, albarda me parece,
Dice el hidalgo muy serio;
Mas ya os he dicho, buen hombre,
Que en eso no me entremeto.
—Pues yo por mi parte, vuelve
Á decir el Cura, entiendo
Que en cosas de aquesta monta,
Nuestro voto monta menos
Que el voto que podeis dar
Con mayor discernimiento.»
  Guardó el digno D. Quijote
Un breve rato silencio,
Y luego con voz turbada
Dijo:—En verdad os advierto,
Señores, que me poneis
En un grandísimo aprieto.
No hace mucho que una noche
Por cosas ¡ay! que no puedo
Referir, sufrí en aqueste
Castillo grande y soberbio
Los malos tratos de un moro
Que hizo á mi pobre escudero
Perrerías; y esta noche
Pasada, sin ir más lejos,
Estuve colgado de este
Mi pobre brazo derecho

Más de dos horas, que siglos
Con razón me parecieron.
Todo, pues, cuanto me cerca
Paréceme encantamento,
Y cuánto más busco y miro
Menos hallo y menos veo.
Por eso, daros mi voto
En este instante no puedo;
Háganme vuestras mercedes
La de sustanciar el pleito.»
Tomó en esto la palabra
Don Fernando, y con resuelto
Ademán, dijo:—Es bastante
Cuanto nos dejais expuesto
Para mostrar que á la vez
Sois valiente y circunspecto.
Queda ya de todo punto
Demostrado, que es un yelmo
Lo que en la mano teneis;
Que á mi ver, es lo de menos
La figura; y cuando vos
Lo tomásteis á despecho
De su poseedor, por algo
Tuvísteis tamaño empeño.
—Decís bien, que lo he ganado
No tan sólo por su mérito
Sino por dejar cumplido
Un sagrado juramento.
—Siendo así, sólo nos resta
Ver, señores, si ese objeto
Es jaez ó solo albarda;
Y á fin de que todos demos
Un veredicto acertado
Sobre ese caso concreto,
Voy á tomar uno á uno
Vuestros votos en silencio.»
Diciendo así, fué acercándose
Á todos con gran sosiego
Y renovóse la broma
De cuantos allí, sabiendo
La locura del hidalgo,
Se burlaban en secreto.

Sólo los que en él no estaban
Mostraban el rostro serio
Pasmados de que tomasen
Una bacía por yelmo,
Y por jaez de caballo
La albarda vil de un jumento.
En este número entraban
Los criados del mancebo
Don Luis, y algunos otros
Recien llegados viajeros
Que de la linterna mágica
Sin saber cómo, salieron,
Y que, según Cide Hamete,
Parecían cuadrilleros.
Finalmente, D. Quijote
Estaba tranquilo y tieso;
Sancho Panza retraído;
Desesperado el Barbero;
El Oidor muy preocupado;
El Cura grave; Cardenio
Curioso; el Cautivo alegre;
Don Lüis no satisfecho
Al mirar que le vigilan
Sus fámulos y domésticos.
La ventera socarrona
Guiñaba un ojo al ventero,
Y su hija y Maritornes
Cuchicheaban riendo.
Los forasteros callaban;
Las damas no andaban lejos,
La casa estaba repleta
Cual no se vió en ningún tiempo.
Todos, en fin, se mostraban
Con el ánimo suspenso
Esperando el desenlace
De aquel curioso suceso.
Entre tanto, D. Fernando
Iba y venía ligero
Tomando los pareceres
Ó fingiendo por lo menos
Que los tomaba; y tal era
El ruido y el jaleo

Y hasta el subir de la atmósfera
Donde ya brota un incendio.....
Que la venta parecía
Algún futuro Congreso.

CXXX

El Campo de Agramante.

Después de haber recogido
Varios votos Don Fernando,
De aquellos que conocían
O trataban al hidalgo,
Dijo en alta voz:—No sé,
Señores, por qué me canso
En tomar los pareceres
Que me dictan vuestros labios,
Pues todos estais unánimes
En decir, que es torpe engaño
Querer pasar por albarda
Lo que es jaez de caballo
Y aun de caballo castizo
Según muchos opinamos.»
Y volviéndose al barbero
Añadió:—Tal es, hermano,
La sentencia pronunciada
Por tan ilustre senado.
Tenga paciencia, y no intente
Hacer nuevos alegatos,
Pues no vale que pongais
Por testigo á vuestro asno.
—Pues yo os digo, le replica
Con pena el interesado,
Que así parezca mi ánima
Ante Dios, y aun ante el diablo,
Como ella á mí me parece
Albarda; pero me callo
Por aquello de que allá
Van leyes... y no lo acabo

De decir; que no soy loco
Ni menos estoy borracho;
Antes bien, puedo jurar
Que no me he desayunado.»
Oyendo tales razones,
Propuso al punto el hidalgo
Que cada cual se quedase
Con lo suyo; mas alzando
La voz casi ardiendo en ira
Dijo uno de los cuatro:
—Si ya no es que esto sea
Broma pesada y escarnio,
No me puedo persuadir
Que hombres de juicio tan sano
Como son ó me parecen
Los que aquí estoy contemplando,
Se atrevan á asegurar
Y querer dejar sentado
Que esta bacía no es
Bacía ¡voto á los diablos!
Ni aquello albarda; y os digo
Que solamente me callo
Porque pienso que hay misterio
En porfiar lo contrario.
Porque ¡voto á tal! (y al aire
Diz que echó un redondo taco)
Que no me den á entender,
Pues nunca he sido tan sandio,
Que no es esto una bacía
Ni esotro albarda de asno.
—Podría ser de borrica,
Dijo el Cura.—Monta tanto
O tanto monta, responde
Con gran cólera el criado;
Lo que aquí saber importa
Es si es prenda de caballo
O de jumento.—Y yo digo,
Gritó en esto con enfado
Uno de los cuadrilleros
Que últimamente llegaron,
Que esa albarda es tan albarda
Como mi padre, y declaro

Que debe estar hecho uva
El que no diga otro tanto.
—Pues yo os juro que mentís
Como bellacón villano,
Gritó á su vez Don Quijote
Su fuerte lanzón alzando
Y procurando con él
Dar al cuadrillero un palo
En la cabeza; mas pudo
El agredido evitarlo,
Y el lanzón dando en el suelo
Hízose al punto pedazos.
Esta acción del caballero
Fué señal del zafarrancho;
Que los cuadrilleros todos
La voz en seguida alzaron
Pidiendo favor y ayuda
Y diciendo:—Vengan cuantos
En nuestra Santa Hermandad
Sean compañeros y hermanos!»
El ventero, que lo era,
Fuese al punto acelerado
Por su varilla y su espada
Y vino para auxiliarlos.
Los criados de Don Lüis
Á su señor rodearon
Temiendo que se escapase
La ocasión aprovechando.
El barbero asió la albarda;
Sancho Panza hizo otro tanto,
Y Don Quijote colérico
Esgrimió con fuerte brazo
Su espada, tirando á todos
Los cuadrilleros mil tajos.
Don Lüis en vano daba
Ordenes á sus criados,
Y Don Fernando y Cardenio
Auxiliaban al hidalgo.
El Cura la paz predica
Sin que nadie le haga caso;
Y la ventera reniega;
Su hija se sumerge en llanto;

Chilla y llora Maritornes;
Dorotea está mirando
Confusa lo que sucede;
Luscinda absorta en sus brazos
Toma luego á Doña Clara
Que es víctima de un desmayo.
Y mientras que esto sucede
Pegaba el barbero á Sancho;
Sancho mordía al barbero;
Don Luis sacudió á un criado
Una terrible puñada
Porque osó asirle de un brazo;
El Oidor le defendía;
Y el valiente Don Fernando
Á un cuadrillero le andaba
Midiendo el cuerpo con garbo.
El ventero nuevamente
La Santa Hermandad llamando
Daba mil voces agudas
Ensordeciendo el espacio...
Finalmente, aquella venta,
Era un espantoso caos
De gritos y confusiones,
De temores, sobresaltos,
Mojicones, cuchilladas,
Coces, mordiscos y palos,
Sin saber en qué á parar
Vendrían extremos tantos,
Ni por qué puerta saldrían
De aquel laberinto mágico,
Donde bien puede decirse
Que un sólo loco hizo tantos
Como allá se están volviendo,
Que dá pena el contemplarlos.
Por fortuna para todos,
Sintió en su mente el hidalgo
Una idea repentina
Fúlgida como un relámpago.
Creyó que estaba metido
De hoz y de coz en el campo
De Agramante, y dando un grito
Estridente, agudo y agrio

Exclamó:—¡Ténganse todos
Cuantos me están escuchando;
Todos envainen su acero,
Todos sosieguen su ánimo,
Óiganme todos si todos
Su vida estiman en algo.»
Por saber lo que decía
La lucha al punto dejaron,
Y él prosiguió:—¿No afirmaba
Yo, señores, que habitado
Está este negro castillo
Por una legión de diablos?
¡Oh sí! ya lo veis, ahora
Lo estamos todos mirando.
Esto ya no es fortaleza,
Es sólo un revuelto campo.
Unos allí con vehemencia
Por la espada están luchando;
Otros aquí se disputan
Un magnífico caballo.
Acullá van por el águila;
Acá por el yelmo vamos,
Y la discordia nos tiende
Horribles y arteros lazos
Sin poder saber siquiera
Por qué razón peleamos.
Venga, pues, vuestra merced,
Señor Oidor, venga ufano
También aquí el señor Cura,
Pues son abonados ambos,
Y sirva el uno de Rey
Agramante afortunado,
Y el otro de Rey Sobrino
No menos digno del caso.
Que los dos en paz poniéndonos
Y las cosas aclarando
Harán que no se batalle
Por asuntos tan livianos.»

CXXXI

Auto de prisión.—Apóstrofes.

Asociándose al hidalgo
Al punto mostraron todos
Que á los cuerdos muchas veces
Sirve la lección de un loco.
Bien mirado, entre los muchos
Que armaban tanto alboroto
Sólo el mísero barbero
Está agraviado y quejoso.
Pero como Sancho Panza
Le anda sacudiendo el polvo,
Sométese á ver si logra
Salir por bien más airoso.
Todos van apaciguándose,
Queda en calma el auditorio,
Y el Oidor y el Cura buscan
Algún desenlace cómodo.
Mas ¡ah! que apenas tranquilos
Piensan encontrar el modo
De terminar el asunto,
Metió la pata el demonio.
Uno de los cuadrilleros
Que lleva varios exhortos
Para prender á unos cuantos
Por delincuentes y prófugos,
Del bolsillo un pergamino
Sacó, y con atentos ojos
Examinó los mandatos,
Fijóse luego en el rostro
Del andante caballero,
Y con muchísimo aplomo
En silencio efectuaba
Un cotejo minucioso.
Tenía en efecto orden
De prender á un hombre anónimo,

Cuyas señas expresaba
El escrito misterioso,
Por andar en despoblado,
Por caminos y villorrios,
Librando á los galeotes
Que eran del país oprobio.
Esto leyó el cuadrillero
No sin sentir cierto gozo,
Y cuando se vió á su gusto
Certificado del todo
De que Don Quijote era
El que buscaba, y no otro,
Asiéndole por el cuello
Gritaba con grande encono:
—¡Favor! favor á la Santa
Hermandad! acudan pronto
En mi ayuda, que aquí tengo
Un mandato y testimonio
De prender á este malvado
Salteador; yo nada pongo
Ni quito al llevarle preso
Pues con la orden respondo.
Tomó el mandamiento el Cura,
Y al leerle, no halló modo
De negar que se trataba
De nuestro hidalgo famoso;
Mas este, que por el cuello
Se vió asido, con rabioso
Ademán, llevó ambas manos
Al del cuadrillero, y fosco
Con tal fuerza le apretaba
Que puso al pobre en un potro
Y aun le hubiera extrangulado
Á no encontrarse allí todos.
Corrió el ventero en su ayuda,
Su mujer rompió en sollozos,
Y su hija y Maritornes
Formaban con ellos coro;
Entre tanto, Sancho Panza
Decía:—Ya no me asombro
De que mi amo asegure
Que este castillo famoso

Está encantado; no hay duda,
Esta es la costa y hay moros.»
Iba, pues, tomando cuerpo
El no apagado rescoldo
General; mas por fortuna
Don Fernando, presuroso
Acudió á atajar el nuevo
Incendio, encontrando modo
De despartir al hidalgo
Y al cuadrillero, que próximos
Estaban á extrangularse
Mutuamente el uno al otro.
Quedaron, pues, separados;
Mas los cuadrilleros todos
Al hidalgo reclamaban
Diciendo:—Dénnos socorro
Para prender á ese infame
Robador, que por recónditos
Parajes, va salteando
Sin temer á Dios ni al prójimo.
Venga, que á ponerle vamos
En oscuro calabozo.»
—¡Hola! el hidalgo decía
Oyéndoles desdeñoso,
¿Con que todo eso tenemos?
¿Con que yo soy algún monstruo?
Venid acá, mal nacidos;
Gente soez, viles zorros.
¿De cuándo acá se os figura
Que es un criminal antojo,
Soltar los encadenados,
Remediar menesterosos,
Levantar á los caídos,
Dar al miserable apoyo,
Y obligar á los soberbios
Á soterrarse en el polvo?
Gente infame, gente estulta,
Camada inícua de lobos,
Digna de que nunca el cielo
Alumbre vuestro meollo,
Para que apreciar podais
La fe que en mi pecho escondo

Y el respeto que merece
Quién como yo tiene solo
Por norte facer justicia
Y facerla bien y pronto
Sin que nadie me coheche
Con el infame soborno...
Salteadores en cuadrilla,
Y no cuadrilleros probos,
Que Santa Hermandad formásteis
Para hurtar con desahogo,
Decidme ¿quién que no sea
Ignorante, torpe, indocto,
Ha firmado un mandamiento
De prisión, contra un famoso
Caballero cual yo soy
Sin ver quién soy ante todo?
¿Quién es el Juez que así ostenta
Entendimiento tan romo?
¿Quién el que ignora que exentos
De judicial fuero somos
Los caballeros andantes
Cuyo poder es notorio,
Pues con la espada llegamos
Donde no alcanzan los otros?
¡Noramala para aquellos
Que hacen de letras acopio
Y con su sabiduría
Se muestran huecos y orondos,
Sin advertir que las armas
Rigen los imperios todos,
Por ser la ley de la fuerza
El recurso más heróico
Y hasta la razón más grave
De todo concepto lógico!
Y si no, decid, malvados,
Decid, si no estais beodos:
¿Cuál fué el caballero andante
Que al fisco entregó algún óbolo?
¿Cuál pagó pecho, alcabala,
Chapín de la Reina, incómodo
Canon, moneda forera,
Portazgos, ni más engorros?

¿Qué sastre le llevó hechura
De vestido, por lujoso
Que se lo hiciese? ¿Qué noble
Castellano fizo el dolo
De ofrecerle alojamiento
Para exigirle enojoso
Escote? ¿Qué Rey por alto
Que esté su dorado trono,
Á su mesa no le asienta?
¿Qué dama de bello rostro
Ó doncella candorosa
No se le aficiona pronto
Y se pone á su albedrío
Esclava de sus antojos?
Finalmente, ¿qué gallardo
Bizarro, bravo, brioso
Caballero andante hubo,
Hay ó habrá en el mundo todo,
Que no arrime cuatrocientos
Palos, á otros tantos bobos
Y cobardes cuadrilleros
Que para causarle oprobio,
Se le pongan por delante
Como pretendeis vosotros?

CXXXII

Paz octaviana.

En tanto que Don Quijote
Su gran discurso enjareta,
El Cura á los cuadrilleros
Palpablemente demuestra
Que el pobre hidalgo está loco,
Con lo cual su rabia enfrena.
Y como el hidalgo hacía
Otras mil y mil lindezas
Que confirmaban su falta
De juicio, y el Cura hiciera

Nuevos esfuerzos, trocóse
En bonanza la tormenta.
Dejaron los cuadrilleros
De hacerle tan cruda guerra,
Y hasta quisieron solícitos
Apaciguar la pendencia
Que el barbero y Sancho Panza
Sostienen con furia inmensa.
Hechas las paces, mediante
Recíprocas componendas,
Amigos los dos quedaron
Trocándose algunas piezas
De las asnales monturas
Que originaron la gresca.
En lo que tocaba al yelmo
Ó bacía, dió por ella,
El Cura al barbero, ocho
Reales en buena moneda,
Sin que el digno Don Quijote
Un trato tal entendiera.
Después de esto, y para dicha
De todos, quedó la venta
Trocada en balsa de aceite
Después de tantas tormentas.
Restaba que los criados
De Don Lüis se volvieran
Sin el joven, pues aqueste
Á ir con ellos no se apresta;
Y al efecto Don Fernando,
Declarando antes quién era,
Propuso que llevaría
Á Don Lüis á su tierra
Donde en casa de su hermano
El Marqués, hallar pudiera
Decoroso alojamiento
Y amistad sencilla y buena.
En vista de lo imposible
Que era el llevarle por fuerza,
Tuvieron que resignarse
Con semejante propuesta
Y acordaron que tres de ellos
Para la corte partieran

Quedando el cuarto al servicio
Del joven que tanto aprecian;
Lo cual causó á Doña Clara
La más dulce complacencia.
Quiso también al momento
El Oidor padre de ésta,
Concertar con el Cautivo
Su hermano, cuanto interesa
Á su bien y al de Zoraida
Á quien ama muy de veras.
—Lo que se ha de hacer, les dice,
Es que conmigo la vuelta
Déis á Sevilla llevándoos
En mi coche, y mientras llega
Á nuestro querido padre
La grande y dichosa nueva
De que vives y te hallas
Conmigo esperando, venga
Á solemnizar tus bodas
Y el bautizo de tu bella.
Un mes viviremos juntos
Pues dentro de un mes, es fuerza
Que yo parta para Méjico
Donde el destino me lleva.»
Quedaron todos conformes;
Mas el ventero que vela
Por sus propios intereses,
Notando que ya se acerca
La hora de partir, al Cura
Llamó aparte y con cautela
Le recordó los destrozos
Que el gran Don Quijote hiciera
En sus vacíos pellejos
Lo cual con ira recuerda,
Jurando que no han de irse
Ni él ni Sancho si no dejan
Á Rocinante y al asno
De aquellos gastos en prenda.
Apaciguóle el buen Cura;
Mandóle traer la cuenta
Que le abonó Don Fernando
Aunque el Oidor bien quisiera

Hacerlo; y fué tal la paz
Octaviana que en la venta
Volvió á reinar tras de tantos
Disturbios y luchas fieras,
Que todos reconocidos
Aplaudieron la elocuencia
Del Cura, admirando juntos
La liberalidad extrema
Del enamorado esposo
De la feliz Dorotea.

CXXXIII

¡Á la lid!—Impertinencias de Sancho. Furia de Don Quijote.

Puesto está el gran caballero
De hinojos ante la infanta
Micomicona; mas ella
Le ruega y luego le manda
Levantar; se alza en efecto
Y de esta manera habla:
—Fué siempre común proverbio,
Ilustre y fermosa dama,
Que la diligencia es madre
De toda ventura grata.
En las cosas de la guerra
Siempre está recomendada
La celeridad, que presta
Al valor ligeras alas.
El caudillo que previene
Diligente la emboscada
Del enemigo, y es rayo
En la lid, victoria alcanza.
Esto digo, alta y preciosa
Señora, porque la estada
Nuestra en aqueste castillo
Ya me parece asaz larga.
Porque ¿quién sabe á estas horas

Lo que en vuestra tierra pasa
Y si ya ocultos espías
Vuestros intentos delatan?
Tal vez hoy vuestro enemigo
Sabe que mi fe os ampara,
Y castillo inexpugnable
Con gigantes torres alza.
Así pues, señora mía,
Démonos al punto traza
Para dar sobre su campo
Con la presteza del águila.
Partamos á la ventura,
Que esta será tan holgada
Para vos, cuanto yo tarde
En medir con él mis armas.»
Calló luego, y la Princesa
Imitando sus palabras,
Con señorial estilo
Le dijo:—Yo os doy las gracias,
Señor caballero andante,
Viéndome objeto de tantas
Finezas como faceis
Á mis cuitas y desgracias.
Si partir presto anhelais,
Pongámonos, pues, en marcha,
Que mi voluntad es vuestra
Y en vos puse mi esperanza.
Disponed á vuestra guisa
Y talante; que por nada
Del mundo, á vuestra prudencia
Se ha de oponer temeraria,
La que una vez la defensa
De su persona os encarga
Y restauración os pide
De su trono y de su casa.
—Pues si es así, vamos luego,
Vamos luego á vuestra patria,
Donde se verá que el mismo
Infierno no me acobarda.
Sancho, ensilla á Rocinante;
Ponle á tu rucio la albarda;
El palafren de la Reina

Con gran cuidado prepara,
Y despidiéndonos luego
Del gran señor de este alcázar
Ó castillo, y de estos nobles
Caballeros y altas damas,
Vamos de aquí luego al punto;
Que media mucha distancia
Hasta aquel reino y es justo
Dar comienzo á la jornada.»
Esto dice D. Quijote,
Y el socarrón Sancho Panza
Que lo está escuchando todo,
Respóndele con cachaza
Meneando la cabeza:
—Ay! señor, ¡señor del alma!
Que hay más mal en la aldehüela
Que se suena y que se habla,
Con perdón sea dicho de
Las tocas y gente honrada.
—¿Y qué mal puede encontrarse
En ninguna aldea, plaza
Ó ciudad, que en menoscabo
Mio, suene, seor canalla?
—Si vuesa merced se enoja
No volveré á decir nada,
Por más que mi obligación
Hoy advertirle me manda.
—Pues yo te ordeno que hables,
Que si el miedo te avasalla
Yo no le tengo de oirte;
Dilo todo en confianza.
—No es, señor, que tenga miedo;
Se lo juro por mi ánima;
Sino que tengo por cosa
Cierta y bien averiguada
Que esta señora, que dice
Ser gran reina soberana
Del reino Micomicón,
No lo es más, y Dios me valga
Si miento, que lo es mi madre;
Porque si verdad hablara
No se andaría hocicando

Con alguno que aquí anda,
Yéndose por los rincones
En un quítame esas pajas.»
  Calló Sancho; y Dorotea
Se puso muy colorada
Volviéndose á D. Fernando
Que allí tiene á sus espaldas;
Y como el sandio escudero
Conoce que está turbada,
Hizo un guiño y de este modo
Volvió á reanudar su plática:
—Esto digo, señor mío,
Porque si tras la jornada
Que vamos á hacer, el diablo
Viene y tira de la manta,
Y vemos coger el fruto
De nuestra tarea ingrata,
Al mismo que en este instante
Lo madura y lo prepara,
No hay para qué darse priesa
En salir de esta posada;
Sino estar quedos en ella,
Y cada pu.....erca en su casa
Hile lo suyo, y comamos
Todos juntos lo que haya.»
  Trémulo, ansioso, mostrando
De rubor llena la cara;
Con los ojos encendidos
Como si fuesen dos ascuas;
Con los labios entreabiertos
Y con voz atropellada,
Al fin exclamó el hidalgo
Moviendo la lengua tarda:
—¡Traidor! bellaco, villano,
Maldiciente! ¿qué palabras
Proferiste en mi presencia
Y delante de estas altas
Señoras? ¿qué atrevimientos
Son esos? dí ¿dónde tanta
Deshonestidad ha visto
Tu imaginación bastarda
Y confusa? Vete, vete,

Deslenguado; húyete, aparta,
Mónstruo de naturaleza,
Depositario de falsas
Noticias, saco de embustes,
Silo de cosas bellacas,
Publicador de sandeces,
Enemigo de la fama
Y el decoro que debemos
Á la alteza soberana
De las personas reales...
Vete, ladrón, vete, mandria,
Y no parezcas delante
De mí; que si á tanto osaras,
Por Dios vivo que mis uñas
Te arrancarían el alma.»
Esto dijo, y dió en el suelo
Tan furibunda patada
Que Sancho tembló, creyendo
Que ni aun salir le dejara.
Mas la piadosa y discreta
Dorotea, que ya estaba
Impuesta en saber cuán pronto
Al hidalgo se le pasan
Los enfados y rigores,
Dijo entre alegre y turbada:
—No os despecheis, por el cielo,
Y ved, señor, con más calma
Á vuestro buen escudero
Que se vá vertiendo lágrimas.
De su buen entendimiento
Y su conciencia cristiana,
No puede nunca esperarse
Que invente tales patrañas.
Vos, señor, estais seguro
De que en aquesta morada
Ó fortaleza, residen
Hechiceros y fantasmas.
Pues bien, también persuadida
Estoy yo de que aquí andan
Esas invisibles gentes,
Y ellas han sido la causa
De que Sancho haya creído

Ver en mí cosas livianas.
—Justo! dice D. Quijote,
Vuestra grandeza preclara
Ha tocado ya en el punto
En donde yo no tocaba.
Sin duda vieron sus ojos
Algunas visiones vanas;
Que yo sé muy bien, que el pobre
Testimonios no levanta.
—Así es, y así será,
Dice D. Fernando; haya
Compasión y vuelva luego
Á gozar de vuestra gracia.
—Está bien, yo le perdono.»
. . . . . .
Y llegando Sancho Panza
Besó á su señor la mano;
Y este con voz moderada
Bendiciéndole le dijo:
—Mira, mira, si yo estaba
Firme en el asegurarte
Con razón, que cuanto pasa
En este castillo, es todo
Movido por artes mágicas.»

CXXXIV

Encantamento.

Poco después Don Quijote
Sobre un mal lecho descansa;
Pero su imaginación
Durmiendo y todo batalla.
Sueña esta vez, que soñando
Está con negros fantasmas;
Y ahora no es la locura
De aquella ilusión la causa.
De pronto grupos sombríos
De hombres que el rostro se tapan

Y ostentan sobre sus hombros
Ropones que les disfrazan,
Resueltos y silenciosos
Invaden su pobre estancia.
Van acercándose al lecho;
Se precipitan, le agarran,
Y sin piedad fuertemente
Las manos y pies le atan.
En esto, con sobresalto
Despierta, vé que se halla
Preso en tales ligaduras,
Y con la vista turbada,
Volviéndose todo oidos,
Su inquieta pupila clava
En las extrañas visiones
Que vé en torno de su cama.
—Oh! no hay duda, piensa entonces
Sin decir una palabra,
Estos son los magos viles
Que tanto envidian mi fama.»
No son magos los que mueven
Esta broma y zalagarda,
Sino el mismo Don Fernando
Y cuantos allí se hallan,
Inclusos los cuadrilleros,
El ventero y los que estaban
Con Don Luis, que siguiendo
Del señor Cura las trazas,
Disfrazándose, pusieron
En movimiento esta máquina.
Sólo entre todos hallábase
Sin disfraz alguno Panza,
Y aunque obstinado silencio
Viendo aquellas cosas guarda,
Parécele que conoce
Aquella tropa taimada.
Proseguía Don Quijote
Tieso, atónito y sin habla;
Mas vió que luego traían
Á su presencia una jaula
Y sintió que dentro de ella
Los brujos le colocaban,

Clavando luego la puerta
Hecha con palos y tablas,
Dejándole allí encerrado
Tendido y hecho una estátua.
Tomáronle luego en hombros
Como quien lleva unas andas,
Y al salir del aposento
Se oyó una voz fuerte y clara
Que con temerosas frases
De esta manera le hablaba:
—«Caballero de la Triste
Figura que de aquí marchas,
No te dé afincamiento
La prisión en que te hallas.
Ella conviene á tus fines
Para dejar terminada
Mucho más presto, la grande
Aventura que te aguarda.
La cual deberá acabarse
Cuando el que no admite tacha,
Furibundo león manchego
Y la fiel paloma blanca
Tobosina, al fin yoguieren
En uno, viendo humilladas
Las sus altivas cervices
Ante la coyunda blanda
Matrimoñesca; de cuyo
Consorcio, saldrán á plaza
O á la luz del orbe todo
Bravos cachorros, con garras
Rapantes, como las tiene
Su padre; y esta fazaña
Vendrá á realizarse antes
Que la fugitiva y casta
Ninfa, cruzando el espacio
Faga sólo en dos vegadas
La su celeste visita
Siempre con carrera rápida.
Y tú el más noble y sufrido
Escudero, que con ánsias
Á tu señor encantado
Miras, enjuga tus lágrimas

Y sigue todos sus pasos,
Que no serán defraudadas
Las promesas que te ha fecho
En mil ocasiones varias.
Sé fiel cual siempre lo fuiste;
Que de parte de la sabia
Mentironiana, asegúrote
De tu salario la paga,
Cual lo verás por la obra;
Y pues conviene que vayas
Con él, á donde pareis
Ambos, sigue sus pisadas.
Y porque ya no me es lícito
Pronunciar otras palabras,
Adios quedad, que yo vuelvo
Á donde sé que hago falta.»
Calló la voz de maese
Nicolás, que es quien le habla
Oculto; y el buen hidalgo
Se consoló con tan grata
Profecía, pues comprende
Todo lo que le presagian.
Es decir, que se aproxima
La hora feliz, dulce, plácida,
De ayuntarse en matrimonio
Con Dulcinea, su amada,
De cuyo felice vientre
Saldrá una tropa bizarra
De varoniles hijuelos
Que glorifiquen la Mancha.
No hay duda, no hay duda, esto
Es lo que allí le declaran;
Y aunque encantado se halle
Buena es al fin la esperanza.
Por eso, dando un suspiro,
Dice con voz desmayada:
—¡Oh tú! quien quiera que seas
Que me anuncias dicha tanta,
Ruégote que de mi parte
Digas á aquel que me ampara
En mis cuitas, y que debe
Ser harto ducho en la magia,

Que perecer no me deje
En esta prisión menguada.
Que si yo cumplirse miro
Estas promesas tan faustas,
Tendré por gloria mis duelos,
Por alivio estas pesadas
Cadenas; por lecho blando
Esta férrea y dura cama.
Y en lo que toca al cariño
De este mi fiel Sancho Panza,
La mano en el fuego pongo:
Él irá donde yo vaya.
Y si por mala ventura,
Por mi mediación no alcanza
La grande y hermosa ínsula
Que le tengo aparejada,
Ú otra cosa equivalente,
Por lo menos tendrá paga
De salario; que así consta
En las terminantes cláusulas
Del testamento que hice
Antes de salir de casa.»
Calló Don Quijote, y Sancho
Confuso y lleno de lágrimas,
Pidió á su señor la mano
Con objeto de besársela;
Mas como el buen caballero
Las tiene juntas y atadas,
Alargó las dos, y Sancho
Posó sus labios en ambas.

CXXXV

¡Pobre Don Quijote!

En una mala carreta
De bueyes, está el que nunca
Sintió cruzar por su mente
Ideas torpes é impuras.

Valeroso cual ninguno,
Siempre fué derecho en busca
Del bien que á todos desea
Y que los hados le truncan.
¡Pobre caballero andante!
¡Pobre loco sin ventura
Que una bacía por yelmo
Tomas sin ver que te ofuscas!
¿Por qué hiciste en hora infausta
Semejante travesura?
¿Por qué á infames galeotes
Prestaste amparo y ayuda?
¿No ves que por tales cosas,
Que tu limpio honor deslustran,
Con razón van á llamarte
El de la Triste Figura?
Razón Sancho Panza tuvo,
Y razón más que mayúscula,
Aconsenjándote un día
Lo que tú no hiciste nunca.
Si poniéndote al abrigo
De la insolente fortuna,
En vez de ir por los campos
Buscando mil aventuras,
Te hubieras ido derecho
De un conquistador en busca,
Ó de cualquier pretendiente
Que enciende civiles luchas
Saqueando las ciudades,
Dejando la tierra inculta;
Tal vez hubieras logrado
Sin mengua de la honra tuya
Alcanzar gloria y provecho,
Fuese ó no la cosa justa.
Mas querer librar á un chico
De una soberana tunda,
Ser paladín de las reinas
Á quienes el trono usurpan,
No guardar rencor á nadie
Ni aun al mismo que te injuria;
Defender ajenas honras,
No entender cobardes burlas,

Consagrarte al bien del prójimo,
Mostrar la verdad desnuda,
Ser consecuente á tu dama
Y aborrecer la impostura....
Creer que gigantes viles
Á la sociedad perturban;
Que hay entuertos á millares;
Que el fuerte al débil abruma;
Y que los desaguisados
Tanto por desdicha abundan
Que es preciso romper lanzas
En pró de quien pide ayuda;
Son cosas que no han de darte
Más que desazones muchas,
Y muchos duelos y palos
Hasta que dés en la tumba.
Si mintiendo y adulando
Á la servil turbamulta
De cortesanos subidos
Á los cuernos de la luna,
Hubieses besado humilde
Limpias manos, plantas sucias,
Labrándote sin vergüenza
Una colosal fortuna,
Para mostrarte más tarde,
Puesto ya en tales alturas,
Soberbio, orgulloso y cínico
Haciendo alarde de una
Sabiduría ficticia
Que á los incautos deslumbra,
Y al ambicioso dá alas,
Y alas de vistosas plumas...
Oh! entonces... entonces, fuérate
Consecuente la fortuna
Y por grande te aclamaran
Los que por medrar adulan.
Mas no hiciste nada de esto
Que alto renombre asegura,
Y en una jaula de palo
Los amigos te sepultan.
Y vas en una carreta
De bueyes, á donde nunca

Puedas incurrir de nuevo
En tan vulgares locuras.

CXXXVI

De cómo todos abandonaron la venta.

Sorprendido el caballero
Al mirar que le ponían
Sobre un mal carro de bueyes,
Que con tardo paso iban
Á conducirle no sabe
Á dónde, triste decía:
—Muchas y graves historias
Leí durante mi vida,
De caballeros andantes;
Mas nunca los ví en tal guisa,
Sino sobre algún hipógrifo,
Nube ó cosa parecida,
Que con ligereza extraña
Muy lejos les conducía.
Tal vez del tiempo el transcurso
Trajo una moda distinta,
Ó por ser yo caballero
Novel, así me encaminan.
¿Qué te parece, hijo Sancho,
Fiel testigo de mis cuitas,
De estas cosas?—Yo, señor,
No entiendo bien tales misas,
Que tan leido no soy
Como vuesa señoría,
En escrituras andantes;
Mas le juro por mi vida
Que estas visiones que andan
Por aquí dándose prisa,
No son del todo católicas.
—Católicas! en su vida
Lo fueron; y porque veas
Que son negras fantasías,

Ó verdaderos demonios
Que humana forma se aplican,
Húrgalos, tócalos, pálpalos,
Y verás cual se deslizan,
Como el aire ó como el humo,
Entre tus manos vacías.
—Por Dios, señor, dice Sancho,
Que ya los toqué, y diría
Que este diablo que aquí anda
Y parece que me mira,
Es bien rollizo de carnes
Y de calidad distinta
Que los demonios, pues huele
No á roña, sino á ámbar líquida.»
Al hablar de esta manera
El pobre Sancho aludía
Á Don Fernando, que estaba
Muy cerca.—Pues eso estriba,
Volvió á decir Don Quijote,
En la gran bellaquería
Del diablo que nos engaña
Por el olfato y la vista;
Mas no dudes de que huelen
Á azufre ó cosa podrida.»
De este modo conversaban
Ambos, mientras disponían
Los demás sus adminículos
Para abreviar la partida.
Don Fernando con Cardenio
En secreto departía;
Y ordenando que pusiesen
Á Rocinante la silla,
En el arzón colocaron
Adarga, peto y bacía.
Hicieron montar á Sancho
Sobre su bestia querida,
Y el señor Cura, que era
Director de aquella intriga,
Hizo que dos cuadrilleros
Fuesen en su compañía.
Entretanto la ventera
Salió al zaguan con su hija

Y Maritornes, fingiendo
Que lloraban condolidas.
Mas Don Quijote les dijo
Con mucha filosofía:
—No lloréis, buenas señoras,
Que todas estas desdichas
Son anejas á los que
Cual yo dan al mundo envidia.
Si yo fuese un caballero
De escasísima valía,
Nadie de mí se acordara
Ni en tal caso me pondrían.
Por lo demás, la virtud
Puede más que la falsía,
Y ella saldrá triunfadora
De cualquier celada indigna.
Y vosotras, perdonadme
Oh! señoras fermosísimas!
Si desaguisado alguno
Os he fecho sin malicia;
Que de voluntad á nadie
Lo fice en toda mi vida.
Rogad á Dios que me saque
De aquestas prisiones míseras
Donde un mal intencionado
Encantador me cautiva;
Que si de ellas salgo libre,
Siempre en mi memoria vivas
Estarán vuestras mercedes
Y yo dispuesto á servillas.»
Mientras Don Quijote habla
De esta suerte, en la cocina
Maese Nicolás y el Cura
De la demás compañía
Se despiden, abrazando
Ó dando la mano amiga
Á Don Fernando, á Cardenio,
Á Dorotea y Luscinda,
Al Capitan, á su hermano
El Oidor, y á Clara la hija
De éste; al jóven Don Luis;
Y cuando á salirse iban

Dijo Don Fernando al Cura
Que le avisase en seguida
Del término del viaje
Que Don Quijote emprendía;
Que él á su vez se encargaba
De darle al punto noticias
De su unión con Dorotea,
De la vuelta de Luscinda
A su casa, del suceso
Que el buen Don Luis tendría,
Y del bautismo y la boda
De Zoraida, á quien estiman
Todos mucho; y para dar
Muestras de su cortesía
Y gratitud, el ventero
Dió al señor Cura en seguida
Unos papeles escritos,
En cuyo frente decía
Novela de *Rinconete*
Y Cortadillo.—Es la misma
Letra, dijo el señor Cura
Con que estaba la otra escrita,
Y yo acepto este regalo
Que juzgo de gran valía.»
Subieron Cura y Barbero
Sobre sus caballerías;
Cubrieron con antifaces
Sus rostros; y la partida
Comenzó de esta manera:
Delante del carro iba
Su conductor; á los lados
Dos cuadrilleros caminan
Armados con escopetas;
Luego á su señor seguía
Sancho Panza sobre el asno,
Sin pronunciar una sílaba,
Llevando de rienda al célebre
Rocinante que no chista.
Detrás el Cura y maese
Van con sus caras postizas
Sobre sus gallardas mulas
Cerrando la comitiva.

Y de tal modo se tapan
Y la presencia le esquivan,
Por que si los vé el hidalgo
Y los conoce y se indigna
No habrá cárcel que no rompa
Lleno de furiosa ira.
Por fortuna, Don Quijote
Con su suerte se resigna,
Y va sentado en la jaula
Con las piernas extendidas.
Atadas lleva las manos;
Su mirada está tranquila
Cual su pensamiento absorto;
No se sabe si respira.
Arrimado va á las verjas
Tan inmóvil, tan sin vida,
Que más que un hombre de carne
Parece una estatua rígida.

CXXXVII

Donde Sancho descubre el pastel.

Poco más de un par de leguas
Estaban ya separados
De su punto de partida,
Cuando hasta ellos llegaron
Siete hombres que venían
En serdas mulas montados.
Saludáronse al momento
Cortesmente, y admirado
El que de ellos parecía
De más distinguido rango,
Que era un ilustre canónigo
De Toledo, al ver el carro
Y la jaula do vá puesto
Nuestro valeroso hidalgo,
Á quien los dos cuadrilleros
Vigilan, pensó en el acto

Que era algún facineroso
De galeras escapado.
  Llamó su atención no obstante
El misterioso aparato
Y ordenada procesión
Que en pos de aquél forman Sancho,
Rocinante, Cura y maese
Nicolás; y encuentra extraño
Que los que cierran la marcha
Lleven los rostros tapados.
Así, pues, todo curioso
Quiso la verdad del caso
Averiguar, y á uno de
Los cuadrilleros armados
Le dirigió sus preguntas;
Mas él contestó:—Es en vano,
Señor, que me pregunteis
Lo que significa el raro
Modo de viajar de aquese
Caballero; preguntadlo
Á él puesto que nosotros
De seguro lo ignoramos.
  Oyó el ilustre manchego
La plática, y dijo al cabo:
—¿Por dicha vuestras mercedes
Son peritos y versados
En los misterios que atañen
Al oficio noble y alto
Que ejercen los caballeros
Andantes?... porque en tal caso
Yo les contaré mis cuitas;
Mas si no, estaré callado.»
  Al oir esto el Canónigo
Repuso:—Sabed, hermano,
Que sé mucho más de libros
De caballerías, y hablo
Con verdad, que de las súmulas
Del discreto Villalpando.
Así, pues, podeis conmigo
Sin temor comunicaros.»
  Dejó escapar un suspiro
Al oir esto el hidalgo,

Y exclamó:—De esa manera,
Bendigo de Dios la mano.
Sabed, señor caballero,
Que en esta jaula encantado
Me llevan por artes viles
De unos envidiosos magos.
Siempre la virtud se mira
Más perseguida de malos
Que amparada de los buenos;
Esto nadie ha de negarlo.
Caballero andante soy
Y no de los más medianos,
Sinó de aquellos que un día
Se ven inmortalizados.
Por eso, á pesar de todos
Mis cobardes adversarios,
Serán mis gloriosos hechos
De las verdades dechado,
Y en los venideros siglos
Podrán arreglar sus pasos
Los que quieran de las armas
Llegar al punto más alto.
—Tiene razón Don Quijote
De la Mancha, dijo en tanto
El señor Cura llegándose
Á los que estaban hablando.
Tiene razón, y en la jaula
Donde lo veis va encantado
Más por las culpas ajenas
Que por sus propios pecados.
Á quien la virtud enfada
Y el valor no infunde agrado,
Mal pueden estas dos prendas
Exigir nobles aplausos.
Este señor que estáis viendo
Es el valiente y bizarro
Caballero de la Triste
Figura, que por sus altos
Hechos, ya su nombre tiene
Escrito en bronce y en mármol.»
Al oir estas palabras
Y al ver cual se expresan ambos,

El Canónigo y los suyos
Estaban como embobados;
Mas esta vez Sancho Panza
No pudo estarse callado
Y dijo:—Pues yo, señores,
Salga polla ó salga gallo,
Quiéranme bien ó me quieran
Mal, juraré que mi amo
Don Quijote se halla hoy
Como mi madre encantado.
Él tiene su entero juicio,
Él habla como yo hablo,
Él come, bebe y evacua
Cosas que no es necesario
Explicar; y pues tal hace
Y los que están encantados
Ni comen, ni duermen, ni hablan,
Vénganme á mí con encantos
Y verá quien tal afirme
Si yo los dedos me mamo.»
Dijo, y volviéndose al Cura
Tornó á exclamar con enfado:
—Ah! señor Cura! señor
Cura ¿para qué taparos
La cara, si yo conozco,
Á pesar de aquesos trapos,
Á vuesa merced? ¿Se piensa
Vuesa merced que no calo
Y adivino sus embustes
Con la causa de estos malos
Encantamentos? Pues sepa,
Señor, que estoy en el ajo.
En donde reina la envidia
No halla la virtud amparo;
Donde la escaseza existe
Liberalidad no hallamos.
Sepa ya su reverencia,
Y líbreme Dios del diablo,
Que si no fuera por vos
Ya sería Rey mi amo
Casándose con la Infanta
Micomicona; y yo al cabo

Conde fuera, ó por lo menos
Archiduque ó archipámpano,
En premio de la grandeza
De mis servicios pasados.
Pero está de Dios á veces
Que los que andaban en zancos
Y en pinganitos, se vean
Hoy por los suelos rodando;
Y en verdad que por mis hijos
Y mi mujer siento el caso;
Que no es lo mismo el entrar
Allá en mi casa trocado
En visorey, que el que vean
Que soy mozo de caballos.
Y esto os digo, señor Cura,
Con gran respeto, rogando
Á vuesa Paternidad
Que mire con más cuidado
Lo que debe á su concencia
Y no venga en nuestro daño.
—Adóbame esos candiles,
Dijo casi amostazado
El Barbero, al escuchar
Todo cuanto hablara Sancho.
¿También vos perteneceis
Al gremio de vuestro amo?
¡Vive el Señor! que voy viendo
Que vá á sernos necesario
Meteros en esa jaula
Donde os quedeis encantado
Con él, pues andais metidos
En el mismo tema ambos.
En mal punto os empreñásteis
De sus promesas y halagos,
Y en mal hora se os metió
Vuestra ínsula en los cascos.
—Eso, grita Sancho Panza,
Más que razón, es agravio.
Yo no tengo nada de eso
Ni de nadie estoy preñado.
Y os digo que no soy hombre
Que se deje ¡voto al diablo!

Empreñar del mismo Rey;
Pues aunque pobre, cristiano
Y cristiano viejo soy
Y no debo, cuando pago.
Si la ínsula deseo
Es porque la habré ganado,
Y si llegar puedo á Papa
No pico en quedar más bajo.
Ponga, pues, vuesa merced
Señor Barbero, cuidado
En lo que habla, y no ande
Buscando tres pies al gato.
Mire que no es todo hacer
Barbas; mire que va algo
De Pedro á Pedro, y que á mí
No me han de echar dado falso.
Si mis comadres me quieren
Mal, porque verdades hablo,
Yo sé, como cada *quisque*,
Dónde me aprieta el zapato.
Más sabe el necio en su casa
Que el cuerdo en la ajena, y algo
Quiero decirle con esto,
Pues en la nuestra se ha entrado.
Vos sin duda os disfrazásteis
Por venir de casta al galgo,
O por pensar que de noche
Todos los gatos son pardos.
Mas yo, que os he conocido,
Tras la cruz descubro al diablo,
Y á los que vienen por lana
Quisiera ver trasquilados.
Esto os digo; no me hableis
Del encanto de mi amo;
Dios sabe lo cierto; vea
Que es peor el meneallo.»

Dejó de hablar Sancho Panza
Y del cabestro tirando,
Con varonil entereza
—Arre, allá! dijo á su asno.

CXXXVIII

El Cura y el Canónigo.

Mientras que el bravo escudero
Se sacude así las pulgas,
Grave plática sostienen
El canónigo y el Cura.
Contó el segundo al primero,
Respondiendo á sus preguntas,
Por qué razón vá en la jaula
El de la Triste Figura.
Hablaron de los libracos
Y las novelas absurdas
De andantes caballerías
Que enloquecen y perturban
El juicio de quien los lee;
Y siendo personas cultas
Y discretas, lamentáronse
De ver la literatura
Tan mal llevada y traída
Por corrales y tertulias,
Toda vez que el teatro estaba
Más corrompido que nunca
Lleno de rústicos zafios
De rufianes y de brujas. (27)
Llegóse en esto maese
Y díjoles:—Pues abruma
El calor, y ya el estómago
La hora de yantar barrunta,
Soy de parecer, señores,
Que á favor de la espesura
De este deleitoso valle,
Y cabe la fuente rústica
Que brota de los peñascos
Que hay á los pies de esa gruta,
Á sestear nos quedemos
Respirando el aura pura,

Mientras que los bueyes hallan
Pasto fresco, agua no turbia.
—Bien está, dijo el canónigo,
Y pues yo la misma ruta
Llevo, y el sitio en que estamos
Hallo mejor que la sucia
Venta próxima, me asocio,
Si vuestras mercedes gustan,
Á tan buenos compañeros
Á quien pido mis excusas
Por la libertad que tomo.
Partid vosotros en busca,
Dijo luego á sus criados,
De fiambres y de frutas,
Pan y todo cuanto halléis
Á mano, que con lisura
Aquí comeremos todos
Sobre esa yerba menuda.»
Lo cual oyendo el criado
Dijo:—Señor, ya la mula
Del repuesto está en la venta
Y no falta cosa alguna
Como no sea cebada
Para las cabalgaduras.
—Pues si es así, vayan todas
Á la venta, y piensen juntas,
Que aquí parece que piensan
En no haber pensado nunca.»

CXXXIX

Preguntas capciosas que hizo Sancho á su amo.

Aprovechando la ausencia
Del Barbero y los demás,
Sancho se acercó á su amo
Y le dijo:—¡Voto á San!
Señor caballero andante,

Que no os reconozco ya.
Triste y doliente le veo
Como si fuese á espirar,
Y al advertir tales cosas
Mi concencia gritos da.
Así, pues, por descargarme
De un remordimiento tal,
Digo que este encantamento
Para mí no es de verdad.
Digo que esos que se tapan
El rostro con antifaz
Son el Cura y el Barbero
De nuestro mesmo lugar.
Digo que invidia le tienen;
Que vuesa merced no va
Encantado, sino tonto
Y embaído por demás.
Digo... no digo, pregunto,
Y vuesa merced verá
Si á lo que pregunto y digo
Me quisiere contestar,
Cuán presto habré de probarle
Que más que encantado, está
Con el juicio trastornado
Y la razón no cabal.
—Pregunta lo que quisieres,
Hijo Sancho, dilo ya;
Que yo te satisfaré
Á toda tu voluntad.
Y en lo que dices de aquellos
Que allí delante ahora van,
No has de creer ni entender
Que son de nuestro lugar,
Sino hechiceros que toman
Su forma y tal vez su faz,
Para darte á tí ocasión
De engañarte y de pecar
Mormurando contra prójimos
Que no nos ficieron mal.
Porque aunque fueran los mismos
Que tú dices, ¿con qué imán
Á esta cárcel me sujetan

Que no la puedo dejar?
Desengáñate, hijo mio,
Sosiégate, date paz,
Que encantado estoy de veras
Cual nadie lo fué jamás.
Y puesto que preguntarme
Deseas, comienza á hablar,
Que yo, magüer que hechizado,
Siempre diré la verdad.
—¡Válame nuestra señora!
Gritó Sancho con afán;
¿Será posible que esté
En esa seguridad
Y que le hayan trocado
El meollo en pedernal?
Son el Cura y el Barbero,
Y lo puedo asegurar
Por Dios y todos los santos
De la corte celestial.
Y sinó, dígame al punto,
Y así le vea sanar
Y unirse con mi señora
Dulcinea, su mitad;
Dígame señor...—Acaba
Que ya es mucho conjurar.
—Dígame bajo la fe
De caballero...—¿Hablarás?
¿No te juro que estoy pronto
Á ser cual siempre veraz?
—Pues bien, si vuesa merced
Ha de responder formal,
Yo con todo acatamiento
Pregunto: ¿Desde que vá
Encantado en esta jaula,
Tuvo gana ó voluntad
De facer aguas mayores,
Menores ó cosa tal?
—No entiendo aqueso de hacer
Aguas: explícate más.
—¿Es posible que no entienda
Vuesa merced lo que ya
Sirve en la escuela á los chicos

Que empiezan á destetar?
Pues sepa que le pregunto
Si tuvo necesidad
De hacer lo que no se escusa.
—Basta, te comprendo ya.
Tuve, y aun agora tengo;
Y si me puedes sacar
De este peligro, anda presto,
Que no todo limpio está.»

CXL

Lógica inflexible.

Dió esta vez gozoso Sancho
Un segundo y mayor grito
Diciendo:—Cogido está,
Vuesa merced, señor mio!
Venga acá y dígame al punto:
Cuando un hombre anda metido
En grande apuro y aprieto
Ó en poder de un enemigo,
¿No suelen decir las gentes:
Fulano está muy malito;
No sé que tiene, él no come,
No bebe; no anda tranquilo;
Parece que está encantado?»
Pues yo de aquesto colijo
Que tiene vuesa merced
Libre el cuerpo y el espíritu.
Vuesa merced cóme y bebe
Con grande sed y apetito;
Vuesa merced me responde
Á todo cuanto le digo;
Vuesa merced hace todas
Las cosas que ya se han dicho;
Luego al fin vuesa merced
No va encantado; es lo fijo.
—Verdad es, dice el hidalgo;

Verdad hablas, Sancho amigo;
Pero has de tener en cuenta
Las mudanzas de los siglos,
Y que lo que ayer se usaba
Pueden hoy sacar de quicio
Nuevas costumbres, logrando
Los magos que me han traído
Á este lugar, que haga cosas
Que no hicieron los antiguos
Encantados caballeros
De que están llenos los libros.
Yo sé, y tengo para mí,
Que sin voluntad camino,
Y que este encanto es más fuerte
Que mi pujanza y mis bríos.
De otro modo, yo no iría
Tan cobarde y tan sumiso
Defraudando la esperanza
De los muchos desvalidos,
Doncellas menesterosas,
Tristes ancianos y niños,
Que andarán desesperados
Demandando mis auxilios.
—Sin embargo, yo querría,
Señor, que en osequio mismo
De todos, y para ver
Si es cierto lo que le afirmo,
Procurara crebantar
Esas cadenas y grillos,
Dejando la escura cárcel
Donde le tienen metido.
Hágalo vuesa merced,
Que á darle ayuda me obligo
Con toda mi voluntad
Y mi esfuerzo que no es chico.
Monte sobre Rocinante
Alegrando al pobrecillo
Que melincólico y triste
Está cual nunca lo he visto.
Hecho lo cual, probaremos,
Libres ya y en buen camino,
Otras lindas aventuras

Que dejen al mundo bizco.
Probemos, que tiempo queda
Para volver callandico
Á la jaula, si las cosas
No salen como imagino.
Y en este caso, prometo,
Á fe de escudero dino
Y leal, meterme ahí dentro
Para hacerle mis servicios.
—Yo soy contento de hacer
Lo que dices, Sancho amigo:
Mira si hallas coyuntura,
Y mándame á tu albedrío.
Pero tú, Sancho, verás
Que te engaña tu cariño
Y que aquí esclavo me tienen
Encantadores malignos.»
Llegó en esto la carreta
Al fresco y ameno sitio
En donde están el Canónigo,
El Cura, y su buen amigo
El Barbero; dejó libres
Vagar por allí á su arbitrio
El boyero á sus cornúpetos
Animales; y movido
A compasión el buen Sancho
Ó tal vez, queriendo listo
Proporcionar la ocasión
De huir de allí, con gran mimo
Rogó al Cura que sacasen
De su prisión al cautivo
Para hacer sus menesteres
Con el recato debido
Y la oportuna decencia
Propias de un hombre tan ínclito.
Entendióle el señor Cura
Y contestándole dijo:
—De buena gana lo haría;
Mas debo á la vez deciros
Que temo se nos escape
Armándonos algún lio.
—Si eso teme, dice Sancho

Con acento aun más melífluo,
Bien puede sacarle, pues
Yo de la fuga le fío.
—Y yo también, dice á esto
El Canónigo solícito,
Y si él nos dá su palabra
De honor, en ella confío.
—Sí doy, responde el hidalgo;
Cuanto más, que el que rendido
Está, y como yo encantado,
No dispone de sí mismo,
Pues es acero obediente
Al imán de su enemigo.
Así, pues, podeis soltarme,
Que además de lo que he dicho,
Guardo cosas, que alejar
De vuestro olfato es preciso.»
Tomóle la mano entonces
El Canónigo y le hizo
Desenjaular, cosa que
Le llenó de regocijo.
Puso, pues, los pies en tierra,
Y lo primero que hizo
Fué estirarse todo el cuerpo
Que tenía entumecido.
Acercóse á Rocinante
Y acariciándole dijo:
—Por Dios te juro y su Santa
Madre, fiel caballo mío,
Que presto habremos de ver
Nuestros deseos cumplidos.
Tú con tu señor acuestas,
Y yo sobre tí subido
Ejercitando á mis anchas
Mi valiente y noble oficio.»
Y después de estas palabras
Con Sancho buscó un retiro
De donde volvió aliviado
Si bien algo pensativo.

CXLI

Pláticas eruditas.

Cuentan aquí las crónicas manchegas
Que el Canónigo, fiel á sus principios
De amor y caridad, no bien sentados
Se vieron á la sombra de unos tilos,
Dirigió la palabra al buen hidalgo
Diciéndole:—¿Es posible, señor mio,
Que haya podido tanto la lectura
De vuestros vanos mentirosos libros
Que encantado os creais? ¿Será posible
Que así os altere sin piedad el juicio,
La creencia quimérica y absurda
De que Amadises en el mundo ha habido?
¿Podeis creer en tanto caballero
Inverosímil, mágico, inaudito;
En tanto Emperador de Trapisonda,
En tanto Felixmarte, en tanto hechizo,
En tanto palafren, tanta doncella
Andante; tanto trágico artificio;
Tantas sierpes, gigantes, endriagos,
Tantas batallas, tanto laberinto
De Princesas que van enamoradas;
De escuderos que llegan convertidos
En Condes; de matronas tan valientes
Que exceden en valor á Marte mismo;
Sin contar otros mil y mil dislates
Como contienen vuestros sandios libros?
Yo de mí sé decir cuando los leo
Que alguna vez me agrada su principio,
Mas al notar al cabo sus mentiras,
Y cómo el gusto dejan corrompido,
Furioso los arrojo y pisoteo
Y hasta al fuego los diera por nocivos.
Vos de ellos sois la víctima; por ellos
Incurrís en el triste desatino

De querer amparar menesterosos
Que de vos no se acuerdan, ni os han visto.
Fuego de Dios sobre los libros tales
Que á un hidalgo tan bueno y tan cumplido
Como vos fuísteis siempre, han puesto en trance
Tan triste como aqueste en que ahora os miro,
Pues maniatado dentro de una jaula
Vais como tigre ó animal dañino.
Tiempo es ya, tiempo es ya, señor hidalgo,
De que llegue á dolerse de sí mismo
Empleando en acciones más discretas
Su buen talento y generoso instinto.
Todavía, si quiere entretenerse,
Puede leer la historia de cien ínclitos
Varones verdaderos que ilustraron
Su patria, y fueron honra de su siglo.
Busque luego en las sacras escrituras
El libro de los Jueces, é infinitos
Hechos grandiosos hallará en sus páginas
Y ejemplos altos á la vez que dignos.
Tuvo un Viriato Lusitania un día
Que fué terror de Plancios y Servilios;
Y un César, Roma; Grecia un Alejandro;
Valencia un Cid; Castilla cien caudillos
Cuyos nombres gloriosos, por ser breve
Y no cansaros, con pesar omito.
Estos son los estudios agradables
De vuestro claro entendimiento dignos
Y con los cuales conseguir podreis
No sólo haceros sabio y erudito,
Sino también amante de lo bueno,
Prudente, cuerdo, valeroso, altivo,
Para bien de la Mancha en donde creo
Que tuvo vuestra vida su principio.»
Atentísimamente Don Quijote
Oyó hasta el fin aquellos no pedidos
Consejos; pero al ver que ya el Canónigo
Dá señal de dejarlo todo dicho,
Después de haberle estado un buen espacio
Mirando, respondió con grave estilo:
—Paréceme, señor hidalgo, ó tengo
Telarañas ahora en los oidos,

Que la plática vuestra se encamina
Á querer demostrarme que los libros
Que yo estudio con fe, son todos falsos,
Dañadores, inútiles, mentidos
Y que fago muy mal en darles crédito
Siguiendo fiel el andantesco oficio.
Esto, y probarme que en el mundo nunca
Existió un Amadís, ni un Cirongilio,
Ni un Orlando, ni un solo caballero
Andante os propusísteis?—Justo, es fijo.
—Dijísteis, además, que esa lectura
Llegó á privarme de razón ó juicio
Y que por eso voy en esa jaula
Como una fiera montaraz metido;
Lo cual os mueve á aconsejarme lea
Más sustanciosos y veraces libros;
Pienso que esto dijísteis en substancia.
—Eso es lo que hablé.—Pues yo replico,
Dice alzando la voz el caballero,
Que el que encantado está y fuera de tino
Es aquel que profiere mil blasfemias
Contra aquello que el mundo ha recibido
Con aplauso y se tiene por tan cierto
Como el que un dos y un tres suman un cinco
Digo también que todo el que negare,
Como vuestra merced ahora lo hizo,
Que Amadís fué en el mundo y que otros muchos
Tan grandes como él han existido,
Debiera ir á dar en esa hoguera
Que vos pedís para mis buenos libros.
Porque ¿quién que no esté ciego del todo
Me podrá sostener que no es verídico
Lo de la Infanta célebre Floripes;
Lo de Güi de Borgoña; lo del ínclito
Fierabrás con la puente de Mantible
Que todo sucedió en el tiempo mismo
De Carlo Magno, y que es tan verdadero
Como el que aquí nos vemos hoy reunidos?
Y si todo eso es falso y mentiroso,
Tampoco ya creer nos será lícito
Que hubo Héctor, Aquiles, guerra en Troya,
Doce Pares de Francia, laberinto

En Creta, Rey Artús de Ingalaterra
Que anda hoy en un cuervo convertido
Y en su reino le esperan por momentos
Pues ya de su venida muestra indicios.
Y también se dirá que es mentirosa
La peregrina historia de Guarino
Mezquino; y jurarán que son apócrifos
Los amores y dulces desvaríos
De Don Tristán y de la Reina Iseo;
Los de Ginebra, con su buen amigo
Lanzarote; y habrá quien niegue acaso
Cómo escanciaba con primor el vino
La dueña Quintañona, que mi abuelo
Debió tratar, pues siendo yo muy niño
Al mostrarme una vieja me decía:
—Esa es la dueña Quintañona, hijo.»
¿Habrá por fin, quien niegue, aquella célebre
Historia y los sucesos acaecidos
Á Pierres y su linda Magalona
Conservándose de ellos un testigo?
Id, si no lo creeis, á la Armería
De los Reyes, y en ella en cierto sitio
Hallareis la clavija del caballo
De madera que Pierres atrevido
Montaba caminando por los aires;
Cuya clavija mágica se ha dicho
Que es mayor que el timón de una carreta;
Y junto á ella encontrareis de fijo
La silla de Babieca; y en el pueblo
De Roncesvalles os harán sus hijos
Ver el gran cuerno de Roldan, tamaño
Como una viga; y si esto es positivo
Claro está que hubo Pares, que hubo Pierres,
Que hubo Cides, que hubo cien distintos
Caballeros andantes que cruzaron
Ciudades y veredas y caminos.
Niéguenme á mí las grandes aventuras
De Juan de Merlo que á Borgoña vino;
De mosen Pierres fuerte y valeroso;
De Enrique Remestan, varón temido,
Y de los dos bizarros españoles
Pedro Barba, y el no menos magnífico

Gutierrez de Quijada (de quien yo
Que he llevado hasta hoy ese apellido,
Por línea recta de varón desciendo
Recogiendo la herencia de sus bríos).
Nieguen, en fin, que muchos caballeros
Mi noble profesión han ejercido,
Y que un Guevara, un Falces, un Quiñones
No hicieron las acciones que ahora imito;
Que al incrédulo y torpe que me diga
Que es farsa todo cuanto dejo dicho
Yo le tendré la lástima que debe
Mostrar el cuerdo al que le falta el juicio.»

CXLII

El caballero del Lago.

Calló el hidalgo y su gentil arenga
Dejó á todos al punto boquiabiertos;
Mas no quiso el Canónigo rendirse
Á la fuerza de tanto y tanto ejemplo
Donde estaba mezclada la mentira
Con la verdad, en maridaje estrecho.
Así, pues, reanudando aquel diálogo
Se expresó de esta suerte con sosiego:
—Yo no puedo negar de modo alguno,
Mi señor D. Quijote, que sea cierto
Algo de lo que hablais, especialmente
En lo que atañe á nobles caballeros
Andantes españoles; cuyos nombres
Conozco bien y escucho con respeto.
Quiero á la vez creer que en Francia hubo
Doce Pares insignes; mas no puedo
Conceder lo que escribe el Arzobispo
Turpin, que pinta mil absurdos hechos.
Que fueron caballeros escogidos
Por los reyes de Francia, bien lo creo,
Pues fué una religión ú orden famosa
La que formaron tales caballeros

Como los de Santiago y Calatrava
Honra de España en los presentes tiempos.
Hubo un Cid Campeador, hubo un Bernardo
Del Carpio; pero dar no puedo crédito
Á los milagros que colgarles quieren
Historiadores falsos y embusteros;
Pues al fin el valor tiene sus límites
Y lo posible encuentra siempre un término.
En cuanto á la clavija de que hablásteis
Hoy mi ignorancia y ceguedad confieso,
Que no he logrado verla en la Armería
De los Reyes, dó estuve hace algún tiempo.
—Pues allí está, replica D. Quijote;
Y dicen, por más señas, que la han puesto
En una hermosa funda de baqueta
Por que no tome moho.—Estaré ciego
Pues no la ví; mas puesto que conceda
Lo que vos afirmais con tanto empeño,
No por eso me obligo á convencerme
De la existencia de esos caballeros
Amadises, que fueron por el mundo
Tantos prodigios sin cesar haciendo
Como suponen esos malos libros
Que turban vuestro claro entendimiento
Y dan vida y calor á mil fantasmas
Hijas de locos y obstinados sueños.»
No pudiendo sufrir el buen hidalgo
Que así se ataque á su ideal más bello
Dijo:—De modo que los libros tales,
Que con Real permiso están impresos,
Y que con gusto general leídos
Son por grandes y chicos, por plebeyos
Y nobles, por letrados é ignorantes,
Causando admiración en todo género
De personas, de hoy más deben tenerse
Por sólo un gran tejido de embelecos?
¿Con qué es decir que estando consignados
En sus páginas, fechas, nombres, pueblos,
Los parientes, el día, la hora en punto
En que tales fazañas se ficieron,
Todavía con ánimo rebelde
Se niegan á ver luz los ojos vuestros?

Calle vuestra merced, no diga tales
Blasfemias; tome al punto mi consejo
Y engólfese prudente en la lectura
De esos libros si quiere hallar contento.
Si no, dígame, dígame al instante:
¿Hay mayor regocijo y pasatiempo
Que el mirar ahora mismo ante nosotros
Un lago colosal de pez hirviendo
Á borbollones, por el cual nadando
Van serpientes, lagartos y mil géneros
De animales feroces y espantables
Que por ojos y boca arrojan fuego,
Y que del medio del profundo lago
Sale una voz tristísima diciendo:
—*Caballero, quien quiera que tú seas,*
Que estás mirando el temeroso piélago,
Si quieres alcanzar la bienandanza
Que estas aguas encubren en su seno,
Muestra el valor de que te ves dotado
Tan ámpliamente por favor del cielo.
Arrójate en mitad de este encendido
Licor que exhala sus vapores fétidos;
Por que si así al instante no lo hicieres
No serás digno nunca ¡oh caballero!
De contemplar las altas maravillas
Que en sí contienen y que encierran dentro
Siete castillos de las siete Fadas
Que aquí debajo yacen; y al momento
Que el caballero escucha ese discurso
Verle valiente y arrojado y presto,
Sin quitarse siquiera de las armas
La gran molestia y fatigable peso,
Encomendarse á Dios y á su señora
Y arrojarse en mitad del lago negro
Donde vé, cuando menos se lo cata,
Unos campos floridos y risueños
Que compiten en gala y hermosura
Con los Elíseos..... Ah! ¿no es gran contento
El verle respirar las auras puras
Que dan ensanche á su oprimido pecho?
Allí el cielo es más puro y transparente,
El sol allí despide más reflejos;

Los árboles que bordan la floresta
Se ostentan á la vez más corpulentos,
Más lozanos, más verdes, más frondosos,
De frutas de oro á la sazón cubiertos.
Por doquiera se escucha el dulce canto
No aprendido, de pájaros ligeros
Pintados de colores que extasían
El ánimo del digno caballero.
Allí descubre frescas enramadas;
Aquí un manso clarísimo arroyuelo
Que sobre arenas de cernido oro
Y puras perlas se desliza inquieto.
Acullá vé una fuente artificiosa
Hecha de jaspe, y mármoles diversos;
Acá descubre otra que una rústica
Mano parece que hizo á lo brutesco
Poblándola de conchas amarillas
Y retorcidos caracoles huecos.
Más allá todavía, de improviso
Ante sus ojos se descubre un bello
Deslumbrador alcázar que parece
Un ardiente encendido Mongibelo.
Son sus murallas de macizo oro,
Son sus almenas de diamantes gruesos,
Las puertas de jacintos; finalmente
Él es tan admirable, tan soberbio,
Que con ser de diamantes, de carbunclos,
De rubíes, de perlas, de oro, es menos
Valiosa la parte que le forma
Que el artificio con que está dispuesto.
Mas si ya cuanto llevo, señor, dicho
Es deleitable, plácido, selecto,
¿Qué diréis cuando os cuente los primores
Que nos quedan por ver y allí están dentro?»

CXLIII

La dama encantada.

Al llegar á este punto hizo el hidalgo
Ligera pausa por tomar aliento

Y luego prosiguió con más vehemencia
Lleno de ardor y de entusiasmo lleno:
—Mirad, señores, ved esos prodigios
Que contemplando estoy con ojo atento:
Ya del alcázar ábrense las puertas,
Y en ordenada procesión saliendo
Cien doncellas bellísimas, avanzan
Ostentando sus trajes hechiceros.
Y la más principal de todas ellas
Tomando de la mano al caballero
Que al lago se arrojara, le conduce
Con grave pompa hasta el alcázar régio.
Allí todas, quitándole las ropas,
Déjanle al punto sin chistar en cueros
Y con aguas templadas y olorosas
Le bañan y le untan luego el cuerpo
Desde la nuca hasta los pies con muchos
Olorosos balsámicos ungüentos.
Camisa rica de cendal delgado
Le hacen vestir y un gran mantónsoberbio,
Que vale una ciudad, sobre los hombros
Le echan al cabo con recato honesto.
Ah! ¿quién tal vió? ¿no os dán, señor, envidia
Y júbilo á la vez tales sucesos?
¿No dá gozo el mirar cómo le llevan
Á un bello comedor, donde el concierto
De las mesas, es tal, que suspendido
Y admirado se queda y casi ciego?
¿Qué es ver allí el echarle agua á manos
Toda de ámbar con jarrón espléndido?
¿Qué el hacerle sentar sobre una silla
De marfil blanco con filetes de ébano?
¿Qué el mirarle servido por cien ninfas
Hermosas, que no turban el silencio?
¿Qué el traerle manjares tan sabrosos
Tan regalados y tan bien dispuestos,
Que la mente elegir no sabe absorta
Y el apetito quédase suspenso?
¿Cuál será oir la música invisible
Y los puros suavísimos acentos
Que suenan sin saberse quien los canta
Ni quien tañe los dulces instrumentos?

Y finado el comer, ya levantadas
Las mesas y el salón casi desierto,
Pues sólo en él se queda dormitando
Nuestro feliz valiente caballero,
¿Qué será ver entrar por una puerta
De la sala, á deshora y con sosiego,
Una hermosa doncella, cuyo rostro
Y cuyo traje y majestad del cuerpo
Excede á todas cuantas vió hasta entonces?
La cual tomando junto á él asiento
Le cuenta cómo allí se vé encantada
Con otras cosas que decir no quiero,
Pero que admiran al lector que sigue
Con atención la historia de estos hechos.
¿Á quién no causa gusto y maravilla
Una lectura de tan gran provecho
Pues infunde valor, cortesanía,
Discreción, suavidad, tacto é ingenio?
Yo de mí sé decir que desde el punto
Que me troqué en andante caballero,
Soy liberal, valiente, comedido,
Blando, paciente, generoso y bueno;
Y aunque há poco encerrado en una jaula
Como loco me ví, si me da el cielo
Ayuda, presto haré que de mi brazo
El mundo vea el varonil esfuerzo.
Entonces mostraré que agradecido
Soy al favor que alguno me haya hecho.
Gane yo una corona, siquier sea
De algún remoto dilatado imperio,
Y ya verán si premio á mis amigos,
Y más aún á Sancho mi escudero
Á quien en pago de su leal servicio
Un Condado ofrecí que darle intento,
Si bien temo que no ha de gobernarle
Con grande aplauso y delicado acierto.
—Eso, señor, observa Sancho Panza,
No debe preocuparos ni doleros,
Que amén de no ser bobo, me parece
Que no me faltan prendas de gobierno.
Y si acaso faltaren, hombres hay
Que toman esas cosas en arriendo,

Con lo cual y cobrando linda renta
Yo dormiré mientras que velan ellos.
—De todos modos, añadió el hidalgo,
No faltan en la historia otros ejemplos,
Y Conde de una ínsula famosa
Hizo Amadis de Gaula á su escudero.
Así, pues, no te apures, hijo Sancho,
Eso y más tus servicios merecieron;
Pronto, muy pronto llegará la hora
De darte honroso y merecido premio.»

CXLIV

Una cabra fugitiva.

Suspenso quedó el Canónigo
Y admirado más que nadie,
Al oir los concertados
Y solemnes disparates
Que le ensartó Don Quijote
Con aplomo tan notable
Que parecía haber visto
Con sus ojos, arrojarse
Al Caballero del Lago;
El cual bajando triunfante
Á la floresta encantada
Vió en ella prodigios tales.
Y si esta rara manía
Y poéticos dislates
Le causaron tal sorpresa,
No fué á la vez menos grande
La que sintió al ver á Sancho
Que gozoso y rozagante
Se andaba pavoneando
Con el rostro hecho un tomate,
Pensando en la hermosa ínsula
Que su señor iba á darle.
En vano intenta el Canónigo
Hacerle ver lo muy grave

Que es gobernar, pues á todo
Responde Sancho que él vale
Tanto como otro cualquiera
Hecho de hueso y de carne;
Y que en haciendo su gusto
Lo demás no importa á nadie.
Llegaron en esto al sitio
Donde están nuestros viandantes,
Los criados del canónigo
Que sendo repuesto traen;
Y puestos todos en círculo
Á la sombra de los árboles,
Matando el tiempo, mataron
Á la vez la sed y el hambre.
En esto llegó hasta ellos
Por aquel lado del valle
Cierto rumor, y mirando
Qué es lo que puede causarle,
Vieron una hermosa cabra
Salir de unos matorrales,
Y detrás de ella un cabrero
Que la llamaba, aunque en balde,
Pues despavorida vino
Junto á todos á ampararse.
Llegó el cabrero, y asiéndola
De los cuernos, cual si hablase
Con persona que entendiese
Sus conceptos y sus frases,
Dijo:—¡Ah cerrera, cerrera!
¿Por qué el aprisco dejaste?
¿Cómo andais vos estos días
Que dais de espanto señales
Y nunca se os vé tranquila
Ni allí ni en ninguna parte?
Mas ya entiendo que sois hembra,
Y esto me explica bastante
Que sois de perverso instinto
Y de condición mudable.»
Dieron gran contento á todos
Estas quejas y otras tales
Que dió el cabrero, y al punto
Dijo el Canónigo afable:

—No os acucieis tanto, hermano,
Por llevaros al instante
La cabra, que si ella es hembra
Como hace poco observásteis,
No habrá fuerza que la obligue
Ni discurso que la ataje
Si tirar al monte quiere
Aunque se despeñe y mate.
Tomad, buen hombre, un bocado,
Bebed un trago y las paces
Haced con ella, dejándola
Que aquí un momento descanse.»
Al decir esto, el Canónigo
Le dió los lomos fiambres
De un conejo; comió el hombre,
Bebió, y al fin sosegándose
Dijo:—En verdad, no querría,
Señores, pues me escuchásteis
Hablar con esta alimaña,
Que por simple me tomáseis.
Rústico soy, mas no tanto
Que á las bestias equipare
Con los hombres; si algo dije
Que encontreis vituperable,
Sabed que no sin misterio
Hablé cosas semejantes.
—Eso creo firmemente,
Dijo el Cura, y tan distante
Estoy de creeros simple,
Cuanto que el tiempo á enseñarme
Vino, que los montes crían
Letrados, y en miserables
Chozas de pastores, suelen
Nacer filósofos grandes.
—Á lo menos, el cabrero
Replica, suelen mostrarse
Amparadores de tristes
Escarmentados, que traen
Á la soledad sus duelos
Y al silencio sus pesares.
Y á fin de que esta verdad
Resulte clara y palpable

Yo me convido á mostrárosla,
Aunque no me invite nadie,
Siempre que mi fiel relato
No os desazone ni os canse.»
Tomó la palabra al punto
Don Quijote, y dijo:—Hable;
Que esto trasciende á aventura
Y á caballeresco sabe.
Yo os oiré con mucho gusto,
Y estos señores amables
Lo harán también cual discretos
Amigos de novedades
De esas que suspensos dejan
Los sentidos corporales,
Y á las potencias del alma
Dan un deliquio suave.
Así, pues, comience y díganos
Esos misteriosos lances
Que todos escucharemos.
—Menos yo, dice al instante
Sancho, que saco la mia
Y en eso no tomo parte.
Voime á aquel arroyo con
Esta empanada ú hojaldre
Donde para un par de días
Pienso á mis anchas hartarme.
Que según dice mi amo,
Todo escudero de andante
Campeón, está en peligro
De perderse en un salvaje
Bosque, ó en alguna selva
Escura é impenetrable,
Donde sin hallar salida
Puede morirse de hambre
Y hasta convertirse en momia
Si no prepara buen lastre.»

CXLV

El cabrero cuenta su historia.

Dió su venia Don Quijote
Á su glotón escudero,
Y tendiéndose la cabra
Cabe los pies de su dueño
Así comenzó á decirles
El complaciente cabrero:
—Tres leguas de aqueste valle,
Y en un sitio muy ameno,
Está una pequeña aldea
Rica y de agradable aspecto.
En ella un buen labrador
Vivía, rico en extremo;
Más querido por sus prendas
Que por sus muchos dineros.
Según él la mayor dicha
Que le concediera el cielo
Fué una hija, cuyo rostro
No admite encarecimiento.
Su discreción y donaire
Y su virtud tales fueron
Que al cumplir dieciseis años
Era un ángel verdadero.
La fama de su belleza
Se fué doquiera extendiendo
De tal modo, que venían
Á verla desde muy lejos.
Su padre, en tanto, guardábala
Como oro en paño, advirtiendo
Que ella ponía candados
Á su honor limpio y honesto.
Era, en fin, tan codiciada
Por todos los de su pueblo
Y requerida por tantos
Diligentes forasteros,

Que su padre se mostraba
Indeciso y aun perplejo
Sin saber á quién daría
Una joya de tal precio.
Era yo, señores mios,
Uno de los que primero
Solicitaron su mano
Con enamorado empeño.
Y como prendas tenía
Por ser limpio mi abolengo,
Grande mi hacienda, y no poca
Mi fama de hombre de ingenio,
Llegué á tener esperanzas
De alcanzar feliz suceso.
Quiso, no obstante, la suerte,
Que otro joven compañero
De mi infancia, y que tenía
Iguales merecimientos
Que yo, también la pidiera
Por esposa al propio tiempo.
Quedó el padre complacido;
Mas dudoso en tal extremo
Que no supo contestarnos;
Antes bien, como discreto,
Quiso que su amada hija
Leandra (que así en efecto
Se llama la rica hermosa
Que en tal miseria me ha puesto),
Eligiese al que pudiera
Inspirarla más afecto.
Esta indicación del padre,
Que yo justa considero,
No sé si encontró en Leandra
El mejor acogimiento;
Sólo sé que desde entonces
Se nos vino entreteniendo
Con decirnos que era corta
Su edad, y que con el tiempo
Tal vez uno de nosotros
Llenaría sus deseos.
Llámase, señores mios,
Mi competidor, Anselmo

Y á mí mis honrados padres
Diéronme el nombre de Eugenio;
Cuyos nombres os declaro
Por daros conocimiento
De los personajes todos
De este trágico suceso
Que aunque no está concluído
Tendrá desastroso término.
Digo, pues, que á la sazón
En que estábamos temiendo
Y esperando una respuesta
Que al uno diera contento
Y pena al otro, acertó
Á volver á nuestro pueblo
Un Vicente de la Rosa,
Hijo de un pobre labriego,
El cual, de Italia venía
Y de otros puntos diversos
Vestido á la soldadesca
Muy pintado y muy compuesto;
Muy lleno de relumbrones;
Muy estirado y muy tieso,
Con mil dijes de cristal
Y cadenillas de acero.
Hoy se ponía una gala
Y mañana otra; siendo
Todas sutiles, pintadas,
Sin tomo, valor, ni peso.
Vió la gente labradora
Tan galanos embelecos,
Y como de suyo es
Maliciosa en todo extremo,
Notó y contó sus preseas
Por matar ocios y tiempo,
Y vió que de tres vestidos
Era legítimo dueño
Al parecer; pero hacía
Tantos guisados con ellos
Combinando los colores,
Medias, ligas y plumeros,
Que de no haberlos contado
Con tan minucioso empeño

Le hubiera dado cualquiera
Veinte trajes por lo menos.
Este tal, solía sentarse
Sobre un poyo que está puesto
Bajo un álamo frondoso
Que hay en la plaza del pueblo,
Y allí nos tenía á todos,
Admirados, boquiabiertos,
Pendientes de las hazañas
Que nos iba refiriendo.
No había tierra en todo el mundo
Que él no hubiese visto; ni hecho
Memorable, donde dado
No hubiera muestras de ingenio.
Él solo mató más moros
Que hubo en Túnez y en Marruecos,
Y en desafíos parciales,
Fué un Gante, un Luna, un Don Diego
Paredes, sin que ninguno
Le hubiese tocado el cuerpo.
Hablaba de *vos* á todos
Sus iguales, y poniendo
Su linaje en zancos, iba
Siempre ufano, orondo y hueco.
Rasgueaba una guitarra,
Componía malos versos,
Y finalmente se andaba
Holgando por todo el pueblo,
Con todos y en todas partes
Campando por su respeto.»

CXLVI

El cabrero prosigue.

—«Ese soldado que os pinto,
Ese la Rosa que os muestro,
Ese galán, ese músico,
Ese vate callejero,

Fué el mortal que amó Leandra
Con afán demente y ciego.
Vióle por una ventana:
Y sus galanes arreos,
Su arrogancia impertinente,
Sus pujos de caballero,
Sus guerreras aventuras,
Su desenfado grotesco,
Bastaron para robarla
Toda la razón y el seso
Antes que el mismo la Rosa
Se diese cuenta de ello.
Y á tanto su ceguedad
Llegó, que su casa y tierno
Padre, abandonó, fugándose
Á deshora de su pueblo.
Admiró el suceso á toda
La aldea, quedé suspenso;
Anselmo atónito; el padre
Sumido en abatimiento;
Los parientes afrentados;
Los envidiosos riendo:
Solícita la justicia,
Y listos los cuadrilleros.
Tomáronse los caminos,
Registróse el bosque espeso,
Y solo al pasar tres días
La pista encontrar pudieron.
Halláronla en una cueva
En camisa, sin dineros,
Y sin las joyas preciadas
Que llevó en su mal acuerdo.
Lleváronla á la presencia
Del padre herido y colérico;
Preguntóla éste irritado
Y confesó sin rodeos
Que Vicente de la Rosa
La engañó, dándole pérfido
Para sacarla de casa,
Palabra de casamiento.
Contó, en fin, cómo el soldado
Aprovechando el silencio

De la noche, la condujo
Por ignorados senderos.
Llevóla á un áspero monte
Donde su malvado intento
Consumó, si bien no hizo
De su posesión aprecio
Y gozoso con robarla
Dejóle su honor entero.
Esta relación, señores,
Causó en todos un efecto
Singular; pues parecía
Difícil y hasta violento
El creer tal continencia
En semejante sujeto;
Mas ella con tantas lágrimas
Lo afirmó una vez y ciento,
Que el desconsolado padre
Quedó un tanto satisfecho,
Al comprar con sus riquezas
Algo de esperanza y crédito.
No pudo, á pesar de todo,
Dejar de mostrarse recto,
Y destrozándose el alma
Llevó al punto á un monasterio
Á la mal aconsejada
Leandra, por ver si el tiempo
Nos mata á todos, ó hace
Gastar algo el mal concepto
De aquella que siendo cuerda
Obró con tal desacuerdo.
Llevóla á encerrar su padre,
Y desde entonces Anselmo
Y yo, nos quedamos tristes
Sin ver la luz de su cielo.
Pareciónos una tumba
Nuestra casa y nuestro pueblo,
Y pasábamos el día
Al soldado maldiciendo.
Finalmente, concertamos
Dejar la aldea, y viniéndonos
Á este valle, en él pasamos
La vida con más sosiego,

El cuidando un gran rebaño
De ovejas suyas; yo haciendo
De pastor de muchas cabras
De las que también soy dueño.
Aquí, juntos ó apartados
Alzamos la voz al cielo
Y su ausencia bendecimos
Aunque la echamos de menos.
Muchos de los que la amaban,
Ó su mano pretendieron,
Viniéndose aquí, trocaron
En Arcadia este desierto.
Lleno está de cien pastores
El valle, y el monte lleno
De amantes desengañados
Que aunque con vista, están ciegos.
El nombre de ella grabado
En todos los troncos vemos;
Y en lo intrincado del monte,
Al borde del arroyuelo,
Distintamente le oimos
Repetido por el eco.
Sin esperanza, esperamos,
Sin razón compadecemos;
Sin justicia maldecimos
Y sentenciamos el pleito.
Que si ella no quiso á nadie
Ni en público ni en secreto,
Solo obró en su propio daño
Y á nadie traición ha hecho.
Esta es la causa, señores,
Por la que triste reniego
No sólo de esa cuitada
Si no de todo su sexo.
Por eso á esta cabra, dije
Semejantes improperios,
Que es hembra y la tengo en poco
Aunque es la mejor que tengo.
Si en mi historia fuí prolijo
Seré en el serviros presto,
Que cerca está mi majada
Y si á ella vais, os ofrezco

Leche pura, frutas varias
Y sabrosísimo queso.»

CXLVII

Mientes como puños.

General gusto causó
Y aun mucho más al Canónigo,
El relato del cabrero
Que los tuvo un rato absortos.
—Razón teneis, señor Cura,
Dijo aquel; en los recónditos
Montes, se crían letrados
Y en las chozas hombres doctos.»
Con esto dieron á Eugenio
Las gracias con finos modos,
Y Don Quijote le dijo
Entre afable y pesaroso:
—Por cierto, señor cabrero,
Que si consagrarme al prójimo
Hoy pudiera, obedeciendo
Á mis marciales antojos,
Y á los sentimientos mios
Que son siempre generosos,
Ahora mismo partiría
Sobre mi corcel indómito;
Y llegando al monasterio
Donde encerrada supongo
Sin voluntad á Leandra
Y puesta en un calabozo,
Yo de allí la sacaría
Aunque la Abadesa y todos
Los que la oprimen, quisieran
Estorbarlo; y presuroso
En seguida la pondría
Á vuestras plantas de hinojos
Para que con ella hiciérades
Cuanto debe un hombre probo

Facer con una doncella,
Magüer de ella esté celoso.
Yo en Dios, sin embargo, espero
Que habré de salir muy pronto,
Y cuando menos lo cate,
De este estado que deploro.
Que no ha de poder la fuerza
De un mago lleno de encono
Más que el influjo benigno
De encantadores piadosos.
Y si llegare ese instante
Que no debe estar remoto,
Yo para entonces prometo
Mi favor y ayuda, como
Me obliga mi profesión
Y me demandan los votos
Que fice de remediar
Siempre á los menesterosos.»
Miróle el cabrero, y viéndole
Tan desaliñado y roto,
De admiración dando muestras
Al Barbero, que más próximo
Encontró, dijo:—¿Quién es,
Señor, ese raro aborto
Que tal talle tiene y habla
Con aires tan belicosos?
—¿Quién ha de ser, le responde
El Barbero; es el famoso
Don Quijote de la Mancha;
El que nunca tuvo asomos
De pavura; el caballero
Más discreto y valeroso
De cuantos se dedicaron
Á ir por el mundo todo,
Ora desfaciendo agravios,
Ora castigando el dolo,
Ora enderezando entuertos,
Ora en fin quitando estorbos,
Para que todos le aclamen
Por sus méritos notorios,
Terror de magos y brujas,
Y de gigantes asombro.»

—Eso, replica el cabrero.
Parece que tiene asomos
De semejarse bastante
Á lo que ciertos *infólios*
De caballeros andantes
Nos cuentan; mas yo supongo
Que vuestra merced se burla
Al echarle esos piropos,
O que aqueste gentil hombre
Tiene ya seco el meollo
Y enteramente vacíos
Los aposentos más hondos
De la cabeza.—Y yo juro,
Gritó el hidalgo furioso,
Que vos sois un gran bellaco
Malandrín de tomo y lomo.
Que sólo vos sois vacío
Y menguado y torpe, y bobo,
Pues yo me encuentro más lleno,
Más lleno ¡voto al demonio!
Que pudo estarlo en su vida
La que os parió de mal modo.»
Diciendo de esta manera
El hidalgo valeroso
Tomó un pan que cerca estaba,
Y dió con él en el rostro
Del cabrero, remachándole
Las narices; pero el mozo,
Que de burlas no entendía,
Levantándose de pronto
Sin tener respeto á nadie
Y atropellándolo todo,
Saltó sobre Don Quijote,
Y puesto sobre sus hombros
Tanto le apretó el pescuezo
Con ambas manos furioso
Que de seguro le ahogara,
Si Sancho, no menos fosco
Que los dos, no arremetiera
Al cabrero, y con encono
No le arrojara de espaldas
Dejando los platos rotos,

Los manteles arrollados,
El vino trocado en lodo,
Los manjares por el suelo...
Siendo tal el alboroto
Que se armó, tanta la broma
Y aun el maligno alborozo
De aquellos espectadores,
Que hasta se rió el Canónigo.

CXLVIII

Puños como mientes.—Los disciplinantes.

Ayudado Don Quijote
Por el bravo Sancho Panza
Y libre ya de las férreas
Manos que le sujetaban,
Cogió al cabrero debajo
Y con inaudita rabia,
Cerrando el huesoso puño,
El rostro le aporreaba.
Entre tanto, su escudero
Daba coces y patadas
Á Eugenio, y este un cuchillo
De la mesa buscó á gatas,
Decidido á sepultarlo
Del hidalgo en la garganta;
Cosa que el Cura y Canónigo
Con gran cuidado evitaban.
Hizo, no obstante, el Barbero
Una gran barrabasada,
Pues sin quitar ni poner
Rey, como el Beltrán de marras,
Hizo que quedase encima
El Cabrero; que se harta
De dar fuertes mojicones
Sobre el héroe de la Mancha
Que ya tiene las narices
Y encías ensangrentadas.

Sigue el fragor de la lucha,
Este azuza, el otro ladra,
Y los dos competidores
Se golpean y se arañan.
Sancho está desesperado
Porque sujeto se halla
Por un mozo del Canónigo
Que de la lucha le aparta.
En tal estado los unos
Y los otros se encontraban,
Cuando llegó á sus oidos
El son doliente, y la extraña
Voz, de una aguda trompeta
Que tristísima sonaba.
Volvieron todos los ojos,
Ganosos de ver la causa
De aquel rumor repentino;
Pero quien sintió en el alma
Mayor duelo y alboroto
Y más quebranto y más ansias,
Fué el insigne D. Quijote
Que bajo el cabrero estaba,
Y que dijo de repente:
—No des, espérate, basta,
Hermano de los demonios;
Que del demonio es tu raza
Puesto que las fuerzas mias
Con las tuyas avasallas.
Tente, y por sólo una hora
Concertemos tregua franca,
Que ese clarín que escuchamos
Á nuevas lides me llama.
No me quites hoy la gloria
De aquesta aventura rara
Ni dejes huérfano al mundo
De mi protección magnánima.»
Calló el hidalgo, y Eugenio
Que ya de moler se cansa
Y de ser molido, accede
Desde luego á la demanda.
Pónese en pie D. Quijote,
Queda libre Sancho Panza,

Y ambos ven á muchos hombres
Que de un recuesto bajaban
Vestidos de blanco, á modo
De silenciosos fantasmas.
Eran gentes de una aldea
Que no lejos de allí estaba
Y que en procesión venían
Á una ermita venerada
Rogando á Dios que enviase
Á su sedienta comarca
El bienestar que prodiga
Lluvia benéfica y grata.
Y aunque D. Quijote ha visto
Cien veces y mil las prácticas
Religiosas de los pueblos
Que así su fe y esperanza
Mantienen, no las recuerda:
Sólo contempla las trazas
De aquellos disciplinantes
Que por el recuesto bajan
Trayendo sobre sus hombros
Una imagen enlutada
Que él toma por gran señora
Y no por la Virgen Santa.
—Sin duda aquellos follones,
Dice para sí, encantada
Ó presa, llevan ahora
Alguna doliente infanta.
Ya verán los malandrines
Lo que ahora les aguarda.
Dice; con gran ligereza
Mueve la segura planta
Y arremete á Rocinante
Que allí paciendo se halla.
Quita del arzón el freno;
Enfrena, toma la adarga;
Monta de un salto; le pide
Al escudero la espada
Y volviéndose hacia todos
De esta manera les habla:
—Agora mismo veredes,
Dignísimas camaradas,

Si importa que haya en el mundo
Quien profese la orden magna
De andante caballería
Que así alivia las desgracias.
Agora veredes, digo,
Cómo al librar á la alta
Señora, que va cautiva
Por aquella ruín canalla,
Comprendeis los mil servicios
Que prestamos á la patria.»
Y en diciendo esto, apretó
Los muslos con tales ganas,
Pues de espuelas carecía,
Que á todo galope marcha
El bueno de Rocinante
(Porque carrera tirada
No se lee en esta historia
Que diese aquella alimaña),
Yendo en busca de la gente
Que con voz devota canta.
En vano el Cura, el Barbero
Y el Canónigo trataban
De hacerle volver; en vano
El infeliz Sancho Panza
Con grandes voces decía:
—Ah ¡señor! ¿á dónde marcha
Vuesa merced? ¿qué demonios
Le incitan para que vaya
Contra nuestra fe católica,
Sólo porque en unas sábanas
Se envuelven esos devotos?
Advierta y mire, ¡malhaya
Yo! que son disciplinantes;
Y la que vá en la peana
Es la imagen benditísima
De la Virgen pura y sacra.
Mire, señor, lo que hace
Perdiendo el cuerpo y el alma.»
Esto dijo el escudero;
Mas por mucho que gritara,
Don Quijote iba empeñado
En librar á la enlutada,

Y un paso atrás no daría
Aunque el rey se lo mandara.

CXLIX

El golpe de gracia.

Llegó el caballero al sitio
Por donde el cortejo pasa,
Y parando á Rocinante
Que aquietarse deseaba,
Con turbada y ronca voz
De esta manera les habla:
—Vosotros que por no ser
Buenos, os tapáis las caras,
Atendedme, y escuchad
Con atención mis palabras.»
Detuviéronse al instante
Los que la imagen llevaban,
Y uno de los cuatro clérigos
Que letanías cantaban,
Mirando la catadura
De Don Quijote, la escuálida
Figura de Rocinante
Y otras muchas circunstancias
De risa, que descubrió
En el héroe de la Mancha,
Le dijo:—Señor hermano,
Si de hablarnos tiene ganas
Hable presto, que esos pobres
Hermanos, las carnes blandas
Se abren con sus disciplinas
Y hay que abreviar la jornada.
Díganos, pues, lo que guste,
Mas dígalo en dos palabras.
—En una yo os lo diré,
Dijo el hidalgo con calma;
En una y es esta: dejen
Al punto libre á esa alta

Hermosísima señora,
Cuyas tiernísimas lágrimas
Me hacen ver que la lleváis
Por vuestra fuerza obligada,
Y que algún desaguisado
La facéis en hora mala,
Ó de lo contrario sois
Conmigo en campal batalla.»
Oyendo tales razones
Aquellos que le escuchaban,
Considerando sin duda
Que está loco el que les habla,
Comenzaron á reirse
De tan buenísima gana
Que furioso Don Quijote
Echó la mano á la espada
Y arremetió de improviso
Á los que van con las andas.
Entonces, uno de aquellos
Que en sus hombros las llevaban,
Dejando á sus compañeros
Su preciosísima carga,
Al encuentro del hidalgo
Salió, y con no menos rabia
Enarbolando la horquilla
Que para el caso llevaba,
Paró con ella el impulso
De la primer cuchillada
Ó tajo que el caballero
Furibundo le asestara.
Quedóse rota en dos partes
La horquilla desventurada;
Mas quedando á aquel un tercio
De ella en las manos, con tanta
Furia descargó al hidalgo
Un golpe, que ni la adarga
Le valió, ni evitar pudo
Que un hombro le destrozara
Haciéndole dar en tierra
Desfallecido y sin habla.
Llegábase allí entre tanto
El infeliz Sancho Panza

Que corriendo jadeante
De esta manera gritaba:
—Basta, no le dé otro palo;
Mire, hermano de mi alma,
Que es un pobre caballero
Encantado, que no trata
Ni trató en su vida, de
Hacer mal á nadie; basta,
No le pegue, no le mate,
Que sería acción malvada.—
Guardó silencio el villano;
Mas no fué porque escuchara
Los ruegos del escudero
Que corriendo se acercaba,
Si no por ver que el hidalgo,
Inerte como una estatua,
Ni mano ni pie bullía
Ni señal de vida daba.
Teniéndole, pues, por muerto,
Se alzó la túnica blanca
Y dió á huir por la pradera
Demandando al miedo alas.
Llegaron en esto todos
Los que al hidalgo acompañan,
Inclusos los cuadrilleros
Que sus ballestas preparan:
Y temiendo un mal suceso
Ó una próxima batalla,
Alzados los capirotes,
Puestos á su vez en guardia
Los disciplinantes, giran
En derredor de las andas.
Sus disciplinas empuñan
Y los ciriales agarran
Dispuestos á defenderse
Y á ofender con tales armas.
Mas la fortuna lo hizo
Mejor que todos pensaban,
Pues Sancho no hizo otra cosa
Que arrojarse con mil ánsias
Sobre el cuerpo del hidalgo,
Y vertiendo un mar de lágrimas

Sobre él hizo la más triste
Y más risueña plegaria
Ó llanto, creyendo muerto
Á quien tan de veras ama.
El Cura fué conocido
De otro cura que allí estaba,
Y esto á los dos escuadrones
Dió sosiego y confianza.
El primer Cura al segundo
Explicó en breves palabras
Las cosas de Don Quijote;
Y una vez vuelta la calma
Á los inquietos espíritus
Trataron de ver si estaba
Muerto en efecto el hidalgo;
Mas antes que esto lograran
Sólo vieron al cuitado
Dolorido Sancho Panza,
Que arrancándose el cabello
Y mesándose las barbas
Deshecho en copioso llanto
Diz que así se lamentaba.

CL

Lamentaciones.—Vuelta al hogar.

—Flor de la caballería
Que con sólo un garrotazo
Acabaste la carrera
De tus bien gastados años!
¡Oh, honra de tu linaje,
Gloria y honor de los campos
Manchegos y hasta del mundo
Entero, que de tí falto
Quedará lleno de viles
Malhechores y bellacos!
¡Oh, liberal sobre todos
Los más grandes Alejandros!

Pues sólo por ocho meses
Que á servirte me consagro
Me diste la mejor ínsula
Que rodea el mar salado!
¡Oh humilde con los soberbios
Y arrogante y temerario
Con los humildes; ilustre
Acometedor de agravios
Y peligros; sufridor
De afrentas; enamorado
Sin causa; sabio entre todos
Los que el mundo llamó sabios;
Imitador de los buenos,
Fiero azote de los malos.
Enemigo de los ruines,
De los follones espanto;
Y en fin, caballero andante
En tiempos tan aciagos
Que es cuanto decirse puede,
¿Cómo no oyes que te llamo?»
Con las voces y gemidos
Que hablando así daba Sancho,
Cuenta la veraz historia
Que al fin revivió su amo;
Y las primeras palabras
Que salieron de sus labios
Fueron estas:—Quien de vos
Vive ausente y apartado,
Dulcísima Dulcinea,
No espere mejores tratos.
Ayúdame, Sancho amigo,
Á ponerme sobre el carro
Encantado, pues no estoy
Para andar puesto á caballo
Y tengo el hombro derecho
Por desdicha hecho pedazos.
—Eso haré de buena gana,
Señor mio, dice Sancho:
Volvámonos á la aldea
De la que lejos no estamos
En compañía de aquestos
Señores, pues ó me engaño

Mucho, ú os tienen afeto
Y no han de ir á dañarnos.
Una vez allí, daremos
Orden de hacer con recato
Otra salida que sea
De más provecho y aplauso.
—Bien dices, Sancho; replica
Con parsimonia su amo,
Y hasta creo que es prudente
Aguardar á que los astros
Cambien en bueno, el influjo
Que agora parece malo.»
El Canónigo y el Cura
Y el Barbero lo aprobaron
Todo, diciendo que era
De hombres cuerdos el ser cautos.
Y poniéndole en su jaula
Como antes, celebrando
Las muchas simplicidades
De que hacía gala Sancho,
La procesión su camino
Siguió, volviendo á sus cánticos.
Despidióse el buen cabrero
De todos; los ya cansados
Cuadrilleros, deseosos
De volverse se mostraron,
Y el Cura les satisfizo
El jornal estipulado.
Finalmente, dió el Canónigo
Al señor Cura un abrazo
Suplicando aquél á éste
Que le avisase del caso
Si sanaba Don Quijote
Como deseaban ambos.
Fuéronse todos, excepto
El Cura, el Barbero y Sancho,
Y el boyero unció sus bueyes
Moviéndose al fin el carro.
Iba el triste caballero
Sobre un haz de heno echado
Y con la más rara flema
Creyó seguir en su encanto.

Seis días, seis días lentos
Fueron de este modo andando,
Y un domingo al medio día
En la aldea penetraron.
Llena se hallaba la plaza
De hombres desocupados,
Y llenas las puertas todas
De mujeres y muchachos.
Los cuales, viendo la jaula
Y dentro de ella al hidalgo,
Mostráronse al punto todos
Con razón maravillados.
Llegó la noticia á casa
Del manchego temerario,
Y su sobrina y su ama
Rompieron en triste llanto.
Y fué cosa de gran lástima
Oir sus desesperados
Gritos, y las bofetadas
Que á sí mismas se pegaron
Dando las greñas al viento
Y al infierno los libracos
De andantes caballerías
Que á Don Quijote robaron
El seso en hora menguada
Poniéndole en tal estado.

CLI

Teresa ó Juana.

Á las nuevas de la vuelta
Del valeroso manchego
La mujer de Sancho Panza
Vino á buscarle al momento
Preguntándole ante todo
Si venía el asno bueno.
—Mejor viene que mi amo,
Dice al punto el escudero,

Y ella replica:—¡Bendito
Sea Dios que tal bien me ha hecho!
Y agora, amigo, contadme:
¿Qué bien sacásteis de vuestros
Viajes y escuderías
Y vuestros largos paseos?
¿Qué saboyana traeis
Para mí? ¿qué sayal nuevo?
¿Qué zapaticos y medias
Que luzcan los hijos vuestros?
—Á decir verdad, responde
Sancho, yo no os traigo eso;
Mas os traigo, mujer mía,
Cosas de mayor momento
Y consideración.—Pues digo
Que recibo gusto en ello.
Mostradme, amigo, al instante
Esas cosas, que deseo
Alegrarme el corazón
Que estuvo tan descontento
Y tan triste, en estos siglos
En que ausente, os dí por muerto.
—En casa os las mostraré,
Mujer, ensanchad el pecho
Y por agora las gracias
Dad al Señor; que en saliendo
Otra vez con mi amo en busca
De aventuras, vereis presto
Convertido á Sancho en Conde
Ó en Gobernador, y dueño
De una ínsula que sea
Tamaña como un gran reino.
—Mucho, señor, me holgaría
De cuanto me estais diciendo,
Aunque no sé lo que es ínsula.
—Tienes razón, no se ha hecho
La miel, para dar en boca
Del asno; sólo te advierto
Que á su tiempo lo verás,
Y que te dará contento
El oir que señoría
Te llamarán con respeto

Tus vasallos.—¿Qué me dices,
Sancho, que ya no te entiendo?
—No te acuciés, Juana (28) cállate;
Guarda, si puedes, silencio,
Y sábete solamente
Que es cosa de mucho precio
Y lo más lindo del mundo
Servir á los caballeros
Andantes, que van buscando
Aventuras; pues si es cierto
Que algunas salen torcidas
Y hay golpes y manteamientos,
Yo sé de propia experiencia
Que es cosa linda por cierto
Ir atravesando montes,
Escudriñando senderos,
Pisando peñas, cruzando
Selvas y bosques inmensos,
Visitando los castillos
Y las ventas, dando al cuerpo
Lastre y gusto al apetito,
Sin pagar ningún dinero,
Con otras cosas que callo
Y habré de contarte luego,
Si bien digo, que hay maletas
Con escudos de por medio.»
De este modo conversaba
Con su mujer, el travieso
Y positivista Sancho,
En tanto que el caballero
Don Quijote, es en su casa
De gran pesadumbre objeto.
Cuidadosas la sobrina
Y el ama, en su antiguo lecho,
Después de verle desnudo
Le echaron con mucho tiento.
Él en tanto las miraba
Con atravesado gesto
Sin caer acaso en cuenta
De lo que con él han hecho.
Finalmente, el señor Cura
Á las dos contó en secreto

Las trazas que él y maese
Para traerle se dieron;
Y al encargarlas que cuiden
De que no se escape luego,
Otra vez los malos libros
Con el alma maldijeron
Y á los que escriben patrañas,
Y mentiras y embelecos.
Con lo cual se retiraron
Al punto el Cura y Barbero
Dejando postrado en cama
Al valeroso manchego.

. . . . . .

CLII

Nebulosidades.

Duró mucho la dolencia
Del insigne caballero?
¿Volvió á salir por el mundo
De amor y esperanzas lleno?
¿Tornó á ejercer Sancho Panza
Las funciones de su empleo?
Y en tal caso ¿en qué aventuras
Ambos á dos se metieron?
Grandes nebulosidades,
Noticias vagas, recuerdos
Misteriosos envolvían
Tan intrincados sucesos.
Súpose sólo al principio
Que se esparció por los pueblos
Comarcanos, la noticia
De haber el hidalgo muerto.
Después se supo que varios
Importantes académicos
Del lugar de Argamasilla
Epitafios escribieron
En honor de Don Quijote,

De su entusiasta escudero,
De la simpar Dulcinea,
Y hasta (el caso es algo feo)
De Rocinante y del asno
Que con nadie se metieron.
Después salió á luz un libro
De un autor tordesillesco
Que oculto tras un seudónimo
Mostróse injusto y grosero. (29
Insultando al gran Cervantes,
Autor del Quijote viejo
Y legítimo, se puso
Á dar un Quijote nuevo.
Mas Cervantes, que aun estaba
Lleno de vida y de ingenio,
Rebosando en justa ira
Mató al intruso soberbio,
Y otra vez sacando á plaza
Al Quijote verdadero
Demostró que aun existía
El ingenioso manchego,
Según hallará el curioso
Que quiera seguir leyéndonos,
Y que en la parte segunda
Verá casos estupendos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

NOTAS

(1)

Tú, cuya cuna modesta
Fué ocasión de cien litigios
Como lo fué la de Homero
Entre los pueblos antiguos.»

(DEDICATORIA Á CERVANTES, página 5.)

Sabrán nuestros lectores, y si alguno lo ignora creemos oportuno manifestárselo, pues no siempre se ha de escribir sólo para las personas doctas y eruditas, que una vez muerto Cervantes, el cual jamás consignó en sus escritos el nombre de su pueblo, con lo que se demuestra que no debió irle muy bien en él, fueron muchas las poblaciones de España que se disputaron la posesión legítima de la verdadera cuna de aquel inmortal escritor cuya fama póstuma fué cundiendo de día en día á pasos de gigante, entre naturales y extranjeros. Madrid, Sevilla, Lucena, Esquivias, Toledo, Consuegra, Alcázar de San Juan y Alcalá de Henares, se disputaron durante un largo período de años, y casi con encarnizamiento, aquella especie de gloriosa paternidad; siendo las dos últimas de las antes citadas poblaciones las que con mayor razón continuaron adelante con su pleito. Las tradiciones que se conservan en Alcázar de San Juan, de haber vivido allí un Miguel de Cervantes, y el existir en sus libros parroquiales una partida de bautismo en que consta que fué cristianado en dicha población en 9 de Noviembre de 1558 un niño hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, al cual se le puso el nombre de Miguel, daban gran fuerza á estas argumentaciones. Alcalá de Henares, por su parte, poseía entre sus antiguos registros eclesiásticos otra partida de igual índole en la cual se consigna que fué bautizado allí en la parroquia de Santa María, también con el

nombre de Miguel, otro niño que nació el día 9 de Octubre de 1547, siendo sus padres Rodrigo Cervantes y la mujer de este, Doña Leonor de Cortinas. A la vista de tales documentos los demás pueblos, incluso el de Consuegra, donde se ha encontrado en estos últimos tiempos otra partida de bautismo haciendo constar que en 1.º de Septiembre de 1556 Diego Abad de Árabe, clérigo, bautizó á Miguel, hijo de Miguel López Cervantes y de su mujer María de Figueroa, al margen de cuya partida hay una nota en la cual se afirma que aquel Miguel fué autor de *Los Quijotes*, tuvieron que desistir por razones poderosas, de sus pretensiones y disputas, quedando Alcazar y la antigua *Cómpluto* en posesión de sus pretendidos derechos que todavía siguieron disputándose, alegando la primera entre otras, la importante y significativa circunstancia de figurar en el documento legal que posee, el apellido Saavedra que Cervantes usó constantemente en vida; y apoyándose la segunda en la concordancia de ciertas fechas y muy principalmente en que Cervantes, ó sea el verdadero autor del Quijote, asistió como soldado y perdió su mano izquierda en la célebre batalla naval de Lepanto, ocurrida en 1571, fecha en que sólo hubiera tenido 13 años a ser el nacido en Alcázar, siendo por lo tanto mucho mas verosímil que lo fuese el bautizado en Alcala que ya contaba 23. Por esta razón, que no deja de ser convincente, y por que en la partida de rescate de nuestro héroe y en algún otro documento se indica que fué natural de Alcalá, la opinión pública ha dictado su fallo en favor de esta última famosa ciudad; mas no por eso ha dejado de protestar Alcazar, como puede verse por el libro que con el título de: «Juicio analítico del Quijote» publicó en 1863 D. Ramón Antequera, Alcalde que fué de Argamasilla de Alba, el cual, aunque con falta de buen estilo literario y sobra de inútiles disquisiciones, no ha dejado de hacer algunos curiosos comentarios

De todo lo antedicho, se deduce que los contemporáneos de Cervantes y los inmediatamente sucesores de éstos, se cuidaron muy poco entonces de averiguar la gloria que pudiera caber á la verdadera patria de nuestro esclarecido novelista. Por estas razones ha dicho con sobra de justicia el sensato y estudioso escritor Sr. Benjumea, que «los pueblos semejan á los buitres, aficionados á carne muerta, pues abandonan á sus hijos cuando vivos y luego se disputan sus cadáveres.»

Y antes que este reputado escritor hemos dicho nosotros en nuestra continuación de El Diablo Mundo de Espronceda:

«Que al vivo niegan con el pan la gloria
y prestan luego adoración á un nombre.»

(2)

«Que entre duelos engendraste
Ó en calabozo sombrío.»

(DEDICATORIA, página 6.)

Es opinión muy generalizada la de que Cervantes concibió y escribió la primera parte de *El Ingenioso Hidalgo*, hallándose detenido arbitrariamente en la cárcel de Argamasilla, por efecto de cierta célebre y estupenda alcaldada; y que en la persona de su héroe trató de poner en ridículo á cierto hinchado hidalgo manchego, llamado Quesada, Quijada ó Quijano, que fué el que le prendió. También se dice que quiso zaherir á un tal Rodrigo Pacheco, pero nosotros opinamos, que sus intentos debían tener mas altos fines, pareciéndonos improbable que una obra de tal magnitud y trascendencia, fuese hija de una tan rápida improvisación, hallándose su autor en tales condiciones y circunstancias. Más lógico nos parece creer que la escribió en Sevilla, durante su larga permanencia en dicha capital, y lo corrobora el saber que Lope de Vega citó mucho antes de estar Cervantes en Argamasilla el título del *Quijote*. Dió sin duda lugar á la suposición que antes hemos apuntado, y tal vez á la supuesta prisión de Argamasilla, que va perdiendo mucho de su crédito, el haber dicho Cervantes que aquel espiritado hijo de su imaginación había sido engendrado en una cárcel; mas aparte de que puede creerse que hablaba en sentido figurado aludiendo á las estrecheces, miserias, privaciones y pesares de su azarosa vida, ¿quién sabe si ya no pasó alguna vez la sombra del andante caballero por la precoz imaginación de nuestro autor, cuando éste se hallaba en las obscuras mazmorras argelinas? De todas maneras, causa verdadero asombro el que un hombre tan combatido por la desgracia, como lo fué Cervantes, pudiese escribir sin amilanarse y sin caer en el mas profundo desaliento, una obra tan aguda y llena de donaires que encerraba a la vez tan provechosas y admirables enseñanzas.

(3)

«Blanco de Paz te calumnia,
Lope te insulta engreído,

Te excomulga un sacerdote
Y un juez te cuelga un delito.»

(DEDICATORIA, página 6.)

Juan Blanco de Paz, fué un avieso y envidioso fraile dominico, natural de Montemolín, que estuvo cautivo en Argel con Cervantes, y que delató á éste, cuando intentaba realizar una escapatoria con otros cristianos españoles á quienes ayudaba un renegado llamado Girón. Salvó á Cervantes de una muerte segura y terrible su serenidad, su valor, su juventud y su abnegación unidas al alto concepto que de su ingenio y de su virtud tenían los demás cautivos y hasta los mismos moros incluso su rey; pero Blanco de Paz, convertido en vil soplón del Santo Oficio, del cual se fingía comisario, escribió a España acusando á Cervantes de tibio en la fe cristiana, y calumniándole de mil maneras, dignas de la universal reprobación que después ha recaído sobre el nombre de aquel miserable. Estas calumnias pesaron siempre en el ánimo de las gentes crédulas ó malvadas, amargando en muchas ocasiones el alma del que se sentía herido alevosamente, sin que le valieran los certificados de buena conducta que trajo á su vuelta de Africa, y la serenidad de su conciencia. Con razón se ha dicho que de la negra calumnia siempre queda algo.

*
* *

Tal vez por tales motivos sufrió ingratos desdenes, por parte de algunos hombres de raro talento que debieron admirarle. El gran Lope de Vega, que en vano quiso competir con Cervantes escribiendo novelas en prosa, trató á éste con un despego que rayaba en feo y grosero insulto. Tal vez no existían más causa ni razón que la de verle abatido por la desgracia y que había medrado tan poco en su carrera militar, puesto que no pasó de soldado; pero así y todo, nuestro héroe merecía mayor consideración y estima por su valerosa conducta en Lepanto, por su noble integridad probada mil veces, y por el genio que revelaban sus inmortales escritos. Lope de Vega, estrechado tal vez por su propia conciencia y por el concepto públ ico, llegó á confesar que aquel tullido valía algo; pero arrepentido después, le injurió más ó menos en secreto, bien por sí, ó bien por medio de sus amigos, entre los cuales se contaba el supuesto Avellaneda.

*
* *

La excomunión lanzada contra el autor de *Don Quijote* fué sin duda un acto impremeditado, por el mismo que la fulminó y que sin duda no turbó mucho la tranquilidad de la con-

ciencia del excomulgado; pero que de todas maneras, debió perjudicarle en el ánimo de las personas timoratas. «Don Diego de Valdivia, alcalde que era de la Real Audiencia de Sevilla, dice el señor Benjumea en su Novísima historia de Cervantes, dióle orden y comisión, de que fuese á la ciudad de Écija y tomase y embargase el trigo que en sus fábricas estaba para el servicio del Rey. Cervantes hubo de cumplir esta orden al pie de la letra; pero contra el beneplácito de la autoridad eclesiástica de dicha ciudad, que fulminó contra él censura y excomunión.» «Este hecho increible, añade el señor Benjumea, que muestra la irritabilidad de los señores Provisor y Vicario de aquella Diócesis, y cuán prontos estaban para lanzar á cada paso, y contra inocentes, tan terribles rayos, se halla perfectamente comprobado.»

*
* *

Hallándose Miguel de Cervantes casi en los extremos de su poco afortunada existencia, vino también á amargársela un incidente que nuestro célebre escritor y laureado poeta D. Manuel José Quintana explica del siguiente modo:

«Al tiempo en que se publicó la primera parte del *Don Quijote*, vivía Cervantes con su familia en Valladolid, donde la corte se hallaba, y como la suerte quisiese hacerle pagar con un desaire la palma literaria que acababa de conseguir, aguardó á aquella ocasión, para uno de los más amargos desabrimientos que pudieran sucederle. En un encuentro que hubo junto á su casa entre dos caballeros la noche del 27 de Junio de aquel año (1605) fué herido mortalmente uno de ellos llamado Don Gaspar de Ezpeleta, natural de Navarra, joven y dado, según la costumbre de entonces, á rondas y á galanteos. Dió voces, pidió socorro, y cayendo y levantando, con la espada desnuda en una mano y el broquel en la otra, se acogió al portal de la casa de Cervantes. Acudió éste á los gritos del herido, y entre él y otro morador de la casa, le subieron á la habitación de Doña Luisa de Montoya, viuda del cronista Esteban de Garibay, que también allí vivía. Murió Ezpeleta en la mañana del 29, y de resultas de las diligencias judiciales practicadas para la averiguación de aquel funesto lance, Cervantes, su hija Doña Isabel de Saavedra, su hermana Doña Andrea, y la hija de esta Doña Constanza de Ovando, fueron puestos en la cárcel sin que valieran al escritor sus canas y sus respetos, ni á ellas su sexo y su calidad.»

Este proceso al cual aluden el señor Quintana y otros varios biógrafos de Cervantes, fué hallado no hace muchos años, y extractado y comentado por el erudito señor Pellicer.

y si bien se viene por él en conocimiento de la inculpabilidad de nuestro gran novelista, respecto al desafío y muerte de Ezpeleta, desde luego se vé que ha sido origen del cúmulo de infames calumnias con que hasta en nuestros días ha procurado alguien afear la conducta del príncipe de nuestros ingenios, suponiendo que pudo vivir al calor de ciertas femeninas granjerías. Consta, en efecto, en dicha causa, que todas las señoras que vivían en aquella casa, y que fueron llamadas á declarar, se echaban unas á otras la nota de recibir malas visitas; mas aparte del significativo testimonio del Sr. Benjumea, que luego citaremos, y por el cual se puede conocer, que curiales interesados pudieron malear el curso y letra de las actuaciones, sabido es hasta dónde pueden llegar los agravios y desagravios mujeriles y la falta de compasión con que muchas veces suelen tratarse recíprocamente, en particular si existen ofensas ó rivalidades entre ellas. De todos modos, no es digno, ni lógico, ni admisible, el creer que el bravo y pundonoroso militar, el eminente escritor, que tenía la conciencia de su valer; el hombre en fin que había soportado su pobreza con heróica resignación, siempre entregado al trabajo, que suele ser el antídoto de los vicios y de los crímenes, llegase á prostituirse y envilecerse hasta el punto de trocarse en miserable rufian de nadie, y menos de personas tan allegadas y queridas Esta grosera y malvada suposición que deshonra más al que la hace que al mismo contra quien se dirige, viene a demostrarnos, que sólo la lejana posteridad ha sabido hacer respetables los merecimientos de quien cometió el horrible delito de ser pobre, siendo á la vez tan grande.

Hay que advertir al propio tiempo, que en la época á que nos referimos, la fama de Cervantes estaba ya bien cimentada, y que aunque le faltaba el apoyo de los políticos y cortesanos, en cuyos círculos no cabía su carácter independiente y veráz, el Conde de Lemos le protegía; el público recibía sus obras con gusto, y al fin y al cabo, algo debían producirle éstas, para atender siquiera á sus más apremiantes necesidades sin descender a ninguna clase de bajezas ó inmoralidades.

Se desprende, pues, de todo lo dicho, que nuestro célebre manco de Lepanto, sufrió un injusto atropello por parte de un juez y de una curia que obraron con pérfida intención ó con sobrada ligereza, queriendo colgarle el milagro de la muerte de Ezpeleta. Y esta opinión nuestra la confirma plenamente el referido señor Benjumea, quien al ocuparse en el incidente á que nos referimos, se expresa de este modo:

«Como era consiguiente, dice, la justicia comenzó la sumaria en averiguación del hecho, y aunque Cervantes no tuvo otra parte que la de su héroe en todas las desdichas, que

fué ayudar y socorrer al doliente y menesteroso, tuvo la desgracia de ser atropellado por el juez y preso en unión con su familia. Tomáronle declaraciones, y su inocencia se mostró tan al descubierto, que á los seis días fué puesto en libertad, igualmente que los suyos, cosa notable en aquellos tiempos, en que la acción judicial no solia ser muy expedita, y que habla muy alto en favor de la absoluta inculpabilidad de los atropellados.»

A lo cual añade luego el significativo y substancioso párrafo que sigue:

«Recientes averiguaciones dan por resultado que la dama en cuestión (la que fué causa del desafío y muerte de Ezpeleta), era mujer de un escribano de punta en Valladolid, y dicho se está que para salvar la honra de un funcionario público de tantas uñas y valimiento en aquella época, no se encontró víctima mas á propósito que el noble caballero que corrió á socorrer á un herido. No en balde cuando ocurre una desgracia huyen los hidalgos españoles á todo correr, por no verse envueltos como testigos en las causas criminales.»

Hasta aquí el mencionado escritor; nosotros sólo añadiremos que así se juega en muchas ocasiones con la honra de los hombres por más que ellos sean probos é inocentes. Un *error judicial*...! buena está la palabra; bien nos parece la calificación; pero si el error envuelve una terrible sinrazón, un verdadero crimen, ¿dónde está la vindicta humana que no aplica el condigno castigo y no exige la debida responsabilidad á los jueces inconscientes que incurren en tan trascendentales ligerezas?

¡Cuántas veces se haría Cervantes estas observaciones en los seis días que duró su prisión! Y si hubiera podido adivinar las abominables deducciones y los falsos comentarios que de ello habían de sacar algunos en lo sucesivo, fundándose en aquel proceso vicioso, ¡cuántas amarguras no hubiera devorado!

(4)

Á un señor Duque de Béjar
Rica joya ofreces tímido,
Y él, desdeñándote, muestra
Que de tal favor no es digno.

(DEDICATORIA, página 6).

«El Duque de Béjar, cuya protección buscó Cervantes para la primera parte del Quijote, después de admitir dificultosa-

mente este obsequio, alzó la mano en los favores que le dispensaba, instigado de un fraile cuya autoridad era grande en su casa. Dicen que Cervantes retrató al vivo el carácter de este impertinente, en el eclesiástico con quien altercó D. Quijote: El religioso, pues, y Cervantes, eran incompatibles. Venció el primero, y el Duque, olvidando al escritor, se llenó de ignominia á los ojos de la posteridad irritada de su preferencia.» (Pellicer) (Quintana).

Véase á su tiempo lo que decimos acerca de este particular, en una de las notas que acompañan á la segunda parte de este ROMANCERO.

(5)

«Por falsos Avellanedas
Te miraste escarnecido.
Te robaban é insultaban
Cometiendo dos delitos.

(DEDICATORIA, página 6.)

Había publicado Cervantes en 1605 su gran novela, que en la primera edición dividió en cuatro libros; y andaba ocupándose en redactar la continuación de la misma, cuando con gran sorpresa suya llegó á sus oidos, la inverosímil é inesperada nueva de que acababa de ver la luz pública, otro libro titulado segunda parte ó *tomo segundo del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que contiene* (decía) *su tercera salida, y es la quinta de sus aventuras, compuestas por el licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la villa de Tordesillas, con licencia en Tarragona, en casa de Felipe Roberto;* año de 1614, en 8.°»

Nueve años tardó este miserable intruso en confeccionar su obra, y durante tan larga fecha, conservó siempre la animadversión á Cervantes que se traduce de aquella, de la cual tuvo éste noticia cuando tenía muy adelantada su segunda parte.

Como aun nos hemos de ocupar de tan indigno escritor, sólo diremos aquí que según todas las probabilidades, Cervantes conoció su verdadero nombre, y que el P. Murillo y D. Juan Antonio Pellicer, opinan que aquel supuesto autor de Tordesillas era un fraile dominico, compositor de comedias y aragonés, llegando algunos á asegurar que era el confesor del Rey. Como quiera que sea, la posteridad sólo ha concedido á su nombre y á las groseras injurias con que atacó á Cervantes, el más profundo desprecio.

(6)

«Que es tu prosa fácil verso
Según suena en mis oidos.

(DEDICATORIA, página 7.)

No diremos, como aseguró el célebre literato Don José Mamerto Gómez Hermosilla en su *Arte de hablar en prosa y verso*, que el *Quijote* de cuya obra era sumamente apasionado, se halle escrito en verso. Esta afirmación que raya en la hipérbole y en la paradoja, hizo reir á muchos, particularmente á ciertos y determinados versificadores, que careciendo de oido poético tienen que ir contando por los dedos, y una á una las sílabas de las rimas que con ímprobo trabajo componen. Por lo demás, el señor Hermosilla no fué del todo exacto al hacer semejante afirmación. La obra imperecedera de que tratamos está escrita en admirable, castiza y gallarda prosa: pero hay en ella tales cadencias, giros tan encantadores y tal dulzura y tan admirables harmonías, que desde luego puede asegurarse que apenas existirá un sólo libro escrito en castellano que se preste con más facilidad á los giros de la más galana y perfecta metrificación; pudiendo asimismo afirmar por nuestra parte que apenas nos ha costado trabajo alguno el convertir en romance algunos pasajes. La descripción que hace Don Quijote, hablando con Vivaldo, de las prendas personales de su simpar Dulcinea; el cuento que Sancho refiere á su amo hallándose ambos en Sierra Morena: la carta que dirige Don Quijote á su amada; la escena del encantamento de ésta; las palabras que una voz misteriosa dirige al caballero del Lago y otros muchos que sería demasiado prolijo enumerar, están escritos de tal suerte y con tan admirable y poética dicción, que más que en prosa parece que están escritos en verso.

Se hallan á cada paso intercalados en su admirable prosa, octosílabos y endecásilabos tan llenos y rotundos que hemos juzgado oportuno intercalar algunos en nuestro ROMANCERO. Entre otros muchos recordamos los siguientes:

«Al volver de una punta de una peña
. . . . . .
Dando voces por estas soledades
. . . . . .
Que la fortuna, de mi mal no harta.

Tiene tomados los caminos todos

. . . . . .

Término de la humana gentileza.

Con otros muchos que sería demasiado prolijo citar.

(7)

«Y deja en cien lenguas cultas
Sus altos hechos escritos.»

(DEDICATORIA, página 7.)

Antes de pasar á mejor vida, pudo sentir Cervantes la legítima satisfacción de ver traducida su obra en casi todas las lenguas cultas de Europa. En las notas que acompañan al segundo tomo de nuestro ROMANCERO añadiremos algo referente á este particular.

(8)

¡Feliz loco que así piensa
Realizando altos prodigios!
Feliz loco una y mil veces
Que admirarse al mundo hizo!

(DEDICATORIA, página 8.)

Quisiéramos ser muy sobrios, sumamente parcos, al redactar las presentes notas, sabiendo, como sabemos, y no debemos olvidar, que particularmente en lo que vá transcurrido del presente siglo, se ha tratado hasta la saciedad, de Cervantes, de sus obras y de su época; sin que haya habido un sólo escritor ni un sólo periodista, de más ó menos encumbrados vuelos literarios, que haya dejado de echar su cuarto á espadas con motivo de ese manoseado asunto, que no por eso deja de ser siempre interesante.

La abundancia de pareceres y de más ó menos importantes y concienzudos estudios, ha venido á darle proporciones extraordinarias, y á ofrecer datos curiosísimos y vida y vigor á la controversia: pero por mucho que se haya discutido acerca del valor intrínseco, de la importancia de *El Quijote*, y del éxito asombroso que obtuvo su publicación, particular-

mente en el extranjero, donde fué mayor la resonancia, todavía creemos que no se ha pronunciado el último fallo ni la última palabra. Y como nosotros, por el trabajo que hemos emprendido, y porque hemos analizado esa magnífica obra, nos creemos en el deber de dar nuestra humilde opinión sobre ella y sobre su autor, rogamos á nuestros lectores que nos dispensen las proporciones extraordinarias que damos á estas mal pergeñadas líneas, y que nos permitan dejar correr la pluma un poco desahogadamente.

Han dicho algunas personas doctas, y así lo vemos consignado en el «Diccionario enciclopédico» y en el «Diccionario biográfico», publicados por la casa editorial de Gaspar y Roig, dirigido el primero por literatos y hombres políticos eminentes, que si bien el gran mérito de Cervantes está reconocido universalmente, *tiene quizá la tacha de haber combatido un fantasma, ridiculizando las costumbres caballerescas que ya habían caído en completo descrédito.*»

Nosotros nos conformaríamos con semejante opinión, y la acataríamos por proceder de personas tan caracterizadas y dignas de respeto, si no tuviéramos formado un concepto completamente distinto de la verdadera intención profundísima que ocultaba Cervantes al escribir la historia de su amojamado y valiente caballero. Ingenioso Hidalgo le llamó su autor con absoluta y discretísima propiedad, y muy ingenioso tenía que ser en efecto para no herir las quisquillosas susceptibilidades de los poderosos de su época, promoviendo los enojos del Santo oficio, que no le hubiera perdonado jamás la idea de poner abiertamente en ridículo las extravagantes costumbres y las negras creencias que á la sazón preponderaban en aquella sociedad devota, fanática, intolerante y supersticiosa.

Han creido algunos que nuestro célebre novelista quiso poner en evidencia y combatir con las poderosas armas del ridículo, la tendencia constante de los Carlos y Felipes de la decadente dinastía de la casa de Austria, tan amiga de avasallar al mundo entero y tan descalabrada en todas partes donde quiso establecer ó consolidar su dominación. Los que han opinado de esa manera han creido entrever en la desdichada figura del asendereado caballero, la personificación de aquella política invasora y desatentada que costó á España tanta sangre y tantísimos tesoros además de la despoblación del reino. Nosotros no rechazamos ni nos adherimos á esa sospecha que puede ser tan verosímil como aceptable; pero estamos firmemente persuadidos de que los móviles ocultos que inspiraron la magnífica concepción de el Quijote, que tanto éxito obtuvo en las naciones más cultas de Europa, eran mucho más levantados y transcendentales, según hemos dicho y según más adelante procuraremos demostrar.

Volviendo por el pronto á nuestro tema anterior, debemos decir que Cervantes era demasiado conocedor de la literatura de su época, para no comprender desde luego que los vanos, mentirosos y disparatados libros de la andantesca caballería, eran cuerpos caducos y casi putrefactos. Existían á la sazón las novelas *lupanarias*, tales como *La Dorotea* de Lope de Vega y *La Celestina*, comenzada por Rodrigo de Cota ó por Juan de Mena, continuada por Fernando de Rojas y puesta en verso más tarde, al menos una parte de ella, por Pedro de Urrea que imprimió este último trabajo en Logroño en 1613; habiendo obtenido dicha obra tan notable éxito que llovieron imitaciones sobre ella; pudiendo afirmarse desde luego, que vino á iniciar el género realista ó naturalista, lleno de desnudeces y obscenidades, que hoy han puesto tan en boga, presentándolo como cosa flamante, el famoso novelista francés Mr. Emilio Zola y cuantos se han apresurado á seguir su escuela, imitándole con más ó menos afortunado éxito.

Además de las antes citadas producciones (*La Dorotea* y *La Celestina*) llamadas impropiamente comedia la una y architragedia la otra, pero que jamás pudieron caber en el teatro, á pesar de estar dialogadas, conocíase también en España, cuando Cervantes escribió su obra maestra, las novelas del llamado género *picaresco*, de que fueron buenas muestras *La vida de Lazarillo de Tormes, sus fortunas y adversidades*, que se publicó en Amberes en castellano el año de 1553, reimprimiéndose un año más tarde en la misma ciudad y en la de Burgos, lo cual demuestra el buen éxito que obtuvo; y la titulada *El Pícaro Guzman de Alfarache*, compuesta por el sevillano Mateo Alemán. Tanto esta como la anterior hallaron numerosos imitadores entusiastas y fueron continuadas por otros escritores con mayor ó menor acierto y con más ó menos próspera fortuna.

Existía asimismo en aquella época la novela sentimental llamada *amatoria*, cuyo género inspiró las tituladas *Aurelio é Isabela hija del rey de Hungría*, que escribió Juan de Flores, mereciendo esta obra el ser traducida en lengua italiana, francesa é inglesa; la llamada *Historia de los amores de Clareo y Florisea*, compuesta por Alonso Nuñez de Reinoso, natural de Guadalajara y residente en Venecia, cuya obra, al decir de algunos literatos versados en tales lecturas, parece que fué algo imitada por Cervantes en los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, á no ser que en ello hubiese involuntarias coincidencias. Finalmente, entre las novelas de esta índole, más ó menos interesantes y entretenidas, figuraban en la mencionada época la *Selva de Aventuras* de Gerónimo de Contreras, otro libro del mismo autor, titulado *Dechado de varios sujetos* ó sea la historia en verso y prosa de algunos varones ilustres españoles; la *Historia de la Reina Sevilla*, de autor desconocido.

El libro de los honestos amores de Peregrino y de Finebra, por Hernando Díaz, impreso en Salamanca en 1548; *La enamorada Elisea*, original de Gerónimo de Covarrubias, que vió la luz pública en 1594, y otras varias que parece ocioso enumerar.

Entre otras obras de grato pasatiempo y de diverso carácter que D. Buenaventura Carlos Aribau en su «Discurso preliminar sobre la primitiva novela española» y sobre los novelistas anteriores á Cervantes, califica de *novela miscelanea*, se contaban *El Patrañuelo*, *La sobremesa* y *Alivio de caminantes*, de Juan de Timoneda; *Los cuentos* de Juan Aragonés, y *Los cuentos inéditos* de Alonso de Villegas; pero ninguna de estas producciones era digna de fijar la atención del inmortal autor del Quijote.

También existía en su tiempo la novela *histórica*, que abrió tan ancho campo á la literatura del porvenir y á las felices disposiciones de los hombres de viva imaginación y de esclarecido talento. «Un tal Antonio de Villegas (dice el señor Aribau en su citado Discurso), de cuya condición y sucesos no tenemos más noticia, dió á luz en Medina del Campo, año de 1565, un libro titulado *Inventario de obras en metro castellano*, y entre ellas se leen algunas páginas en prosa de un valor muy subido, que contienen la *Historia del Abencerraje y la hermosa Jarifa*. Remitimos á nuestros lectores, (añade), á esta lindísima composición, de que pudiera gloriarse la pluma más aventajada.»

Todavía, sin embargo, encerró mucho mayor mérito y obtuvo con justicia más general y unánime aceptación, el hermoso trabajo de Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia, autor célebre de las *Guerras civiles de Granada*, de cuya obra se han hecho numerosas ediciones, siendo tal su mérito y tan brillante su estilo, que como observa con justa razón el citado señor Aribau, si tomamos cualquier pasaje de esa obra, nos parecerá escrito modernamente por una diestra pluma, después que el lenguaje ha participado del progreso de los conocimientos en materias ideológicas. Parece que adivinó el modo con que habían de hablar los españoles más de dos siglos después que él.»

Tales eran las fuentes literarias que existían respecto á la novela, y tales los modelos que podían tomarse en cuenta cuando escribió Cervantes el *Quijote*. Los insípidos libros de la andantesca caballería, iban ya efectivamente de capa caida, y el espíritu exageradamente aventurero y caballeresco era una cosa completamente caduca, caida ya en desuso. ¿Por qué quiso nuestro inmortal novelista combatir con lo que se dice que era á la sazón un cadáver? ¿Es que quiso dar vida á un fantasma para aniquilarlo después? ¿Es que no estaban latentes y encarnadas en la sociedad las mil monstruosida-

des de tiempos anteriores? Y si éstas estaban arraigadas y eran permanentes, ¿de qué mejor modo podía ponerlas en evidencia, sin afrontar peligros y persecuciones sin cuento, que sacando á luz á un pobre loco aferrado á las antiguas tradiciones, crédulo hasta el fanatismo; soñador, visionario, sustentador de todo lo que pudiera ser absurdo, sobrenatural y maravilloso? ¿De qué mejor manera hubiera podido presentar á los hombres de su tiempo el espejo de la verdad donde pudieran ver exactamente reproducida la imagen de sus flaquezas, de sus miserias, de sus aberraciones y hasta de sus crímenes? ¿De qué mejor modo podía tratar de corregir sus costumbres, que deleitándolos y haciéndoles reir?

No dejaba de ser, sin embargo, sumamente difícil producir hilaridad á los graves y empingorotados familiares del Santo Oficio, al espíritu teocrático que todo lo avasallaba y al egoismo é indiferencia de ciertos poderosos magnates y hombres de Estado que imponían sus orgullosos mandatos á las clases ignorantes y desvalidas.

Habían sido Europa y Asia un ensangrentado palenque en el cual se peleaba algunas veces por cosas grandes, sublimes y santas, y otras por objetos tan nimios y baladíes como la miserable albarda de un jumento y la abollada bacía de un barbero, que convirtieron en campo de Agramante la pobre venta situada en las llanuras de la Mancha, que tan admirablemente nos describe Cervantes. El poder feudal y la andantesca caballería habían dejado ya sus huesos en la codiciada Palestina; pero antes y después de iniciarse la gigantesca lucha sostenida con tanto empeño por los príncipes cristianos y por innumerables caballeros de todas las naciones con el fin de ganar el Santo Sepulcro, y de colocar en el trono de Jerusalén á Godofredo de Bouillón, habían renacido con tal fuerza las antiguas leyendas, que no hubo cruzado, por insignificante que fuese, que no fuera tenido por un héroe digno de competir con cualquiera de aquellos Doce Pares famosos á quienes la fábula había engalanado con maravillosos y estupendos atributos.

Cesaron las cruzadas, derrumbóse aquel nuevo imperio, se extinguió el feudalismo, callaron los magos y encantadores, pereció la flor y nata de los caballeros andantes, y acabaron los juicios de Dios y las pruebas del agua y del fuego; pero cuando parecía que estaba próxima una era de brillante y magnífica civilización, el espíritu pendenciero, la intolerancia y el fanatismo volvieron á crear nuevos conflictos, á engendrar nuevos monstruos y á intimidar los espíritus mas valientes. Los abusos de la teocracia, que una vez destruido el poderío de los señores feudales robusteció el de los reyes y príncipes, dieron margen á la Protesta y á la Reforma, y entre los pueblos cristianos se entabló una lucha san-

grienta y enconada de las que fueron víctimas innumerables combatientes. Cundió el terror por todas partes; y la excomunión, el entredicho y los castigos fueron cada día más exagerados.

Allá en el tiempo en que vivía Cervantes se escribían ya muy pocos libros de caballerías; pero las creencias más absurdas se enseñoreaban del mundo, y las negras supersticiones se hacían cada vez mayores en las naciones más adelantadas de Europa. Alemania, Italia, Inglaterra y Francia, sin contar otros países más atrasados, eran un inmenso semillero de preocupaciones absurdas, de falsos milagros y de errores comunes. Se creía en pavorosas apariciones de almas en pena; eran temidos los días climatéricos; temblaban las gentes ante la idea de que Satanás viniera á pedirles el alma; de que una vieja bruja les hiciera mal de ojo; de que un muerto viniese por permisión divina á demandar misas y demás sufragios; ó de que por las noches al doblar una esquina, ó al sentirse la campana de la queda ó del cubre fuego, cargase con sus cuerpos una legión de diablos, duendes, fantasmas ó hechiceros, con objeto de llevarlos á misteriosos antros poblados de vampiros sedientos de sangre humana, de astrólogos judiciarios, de practicantes de la magia negra ó de perversos expendedores de filtros, bebidas abortivas y toda clase de drogas infernales; todo lo cual endurecía las conciencias, engendraba terrores imaginarios y se traducía en los rigores de las leyes y en las sentencias que dictaban los Tribunales. No bastaba decapitar ó quemar á un reo. Antes de llevarle al cadalso se le pellizcaba con tenazas enrojecidas, y como si esto fuese poco, se vertía sobre aquellas quemaduras recientes, sobre aquellas heridas ó llagas horrorosas, aceite ó pez hirviendo y plomo derretido. Esta pintura será demasiado sombría: pero es completamente exacta.

No hay precisión de asegurar, que España se puso al nivel y casi pudiéramos decir que á la cabeza de esta carrera de fatal retroceso y oscurantismo. Terminada la grandiosa epopeya, que también puede llamarse hecatombe, de su reconquista, los cristianos vencedores fueron inexorables con los moriscos vencidos, pues no sólo les impusieron sus leyes y sus costumbres, sino que para conservar á todo trance la unidad religiosa les obligaron á renegar de sus creencias y de su culto; y como si no fuese bastante que se presentaran en público como fervientes católicos cristianos, se creó un tribunal poderoso y temible que debía fiscalizar todos los actos de su vida privada procurando sondear los senos más recónditos de sus inseguras y confusas conciencias. Entonces cualquier malvado pudo realizar sus venganzas y satisfacer sus odios acusando al vecino de haberse ejercitado en llevar á cabo los más abominables crímenes religiosos. Los odios de

raza ó el deseo de hallar recompensa, fingiéndose santurrones y devotos, convirtieron en delatores á muchos malvados ó fanáticos que decían haber sido testigos de actos diabólicos y de profanaciones terribles. Se acusaba á cualquier prójimo ó prójima de tener pacto con el demonio, y las brujas, los aparecidos, los duendes y los trasgos llenaron los espacios invadiendo los hogares y atemorizando las conciencias. Pobláronse los calabozos, funcionó sin cesar el tormento, y los dolores horribles que éste producía en las pobres víctimas arrancaban confesiones de hechos falsos é imaginarios que las llevaban muchas veces á la hoguera donde eran quemadas vivas ante numerosa concurrencia de personas reales, magnates y altos dignatarios que se gozaban viéndolas padecer y morir.

No tenemos tiempo, ni espacio, ni humor para extendernos en explicar tantos horrores producidos por el fanatismo, la hipocresía y la superstición. Los que quieran convencerse de que no recargamos el cuadro pueden ver, si gustan, á más de otras muchas obras en las cuales se describen aquellas repugnantes y pavorosas escenas, los célebres procesos incoados en aquella época y otras posteriores, y muy particularmente los seguidos por la Inquisición de Valencia en 1583 y 1653 contra Gracia Herrera y Esperanza Badía, acusadas de hechiceras. También es digna de especialísimo estudio la relación del Auto de fe celebrado en la ciudad de Logroño, en los días 6 y 7 de Noviembre de 1610 que comentó y publicó nuestro insigne compatriota el renombrado literato D. Leandro Fernández de Moratín. Allí se vé al diablo convertido en macho cabrío y en otras alimañas, siempre en constante comunicación con los pícaros procesados; y á las brujas y hechiceras adorando sapos repugnantes, embadurnando sus cuerpos con asquerosos untos, cabalgando sobre palos de sendas escobas, cruzando el espacio tañendo zambombas, panderas, gaitas ó castañuelas, al dirigirse todos los sábados á sus aquelarres, donde celebraban sus sombríos conciliábulos y sus lúbricas saturnales, en tanto que el *quiquiriquí* del gallo vigilante y madrugador no les anunciaba la venida de un nuevo día. Y todos estos absurdos y visiones se traducían en oscuros procesos; y las declaraciones de culpabilidad que arrancaba el trastorno físico y moral producido por la tortura, venían á ser como sancionadas por el inexorable tribunal sentenciador que aparentaba tomar en serio tan horribles despropósitos.

Tal era el negro cuadro que presentaba la sociedad europea en el período histórico en que floreciò Cervantes; el cual como hombre de ingenio y de corazón, debió condenar en el fuero interno de su conciencia tantas y tan monstruosas aberraciones; formando el generoso y levantado propósito de

combatirlas ridiculizándolas; pero no siéndole posible atacarlos de frente porque esto le hubiera costado tal vez la libertad, y aun acaso la vida, recurrió á su poderoso ingenio y á su inventiva maravillosa poniendo de relieve con la magia de su estilo, con la novedad de sus risueñas imágenes, con sus bellas descripciones, con sus chistes chispeantes, con la infinita variedad de sus episodios, de sus tipos llenos de donosura y de sus máximas sublimes, todo lo que había de ridículo y de espantoso en aquellas costumbres odiosísimas; y como quiera que éste gran pensamiento no cabía en los estrechos moldes que le ofrecía la literatura de su época; como la fina sátira en que debía envolver su valiente, colosal y generoso intento no podía entrar en los límites de la novela lupanaria, de la novela picaresca y mucho menos de la sentimental y amatoria, ó en la histórica, vióse precisado á inventar y dar vida á un nuevo género festivo, lleno de encantadora novedad, y escribió un libro *sui generis* completamente suyo que nadie hasta hoy ha podido ni sabido imitar.

Su pensamiento, pues, era generoso y levantado; su tendencia altamente humanitaria. Fingiendo combatir á los fantasmas del pasado, combatía los del presente y los del porvenir. Los libros de la caballería andantesca fueron sólo un pretexto; la realidad estaba en las malhadadas costumbres y en las negras supersticiones que atacaba. Era preciso velar todo lo posible su tendencia humana y civilizadora, y así lo comprendieron los hombres ilustrados de todos los países que leyeron con avidez el *Quijote*. En vano insistió Cervantes en asegurar una y cien veces que su único propósito era dar al traste con las mentirosas leyendas caballerescas. Algo pudo haber de esto y mucho le valieron semejantes afirmaciones para librarse de terribles venganzas y persecuciones; pero es probable que el duque de Bejar, Avellaneda y otros muchos presintieran algo de lo que su feliz ingenio supo disimular de una manera admirable.

Desgraciadamente las quimeras y errores que nacen al calor de las ardientes fantasías del vulgo, suelen ser plantas nocivas y mortíferas que tardan mucho en desarraigarse. Cerca de un siglo después de haberse publicado la primera parte del *Quijote*, vemos subir el oleaje de la hipocresía y de la superstición por encima del elevado trono que ocupaba el infeliz rey de España D. Carlos II, á quien se hizo creer que tenía los enemigos en el cuerpo, y que con mengua de su egregia estirpe permitió que le exorcizaran. Mucho más tarde el célebre y erudito Padre Feijoo, tuvo pie para escribir muchos volúmenes con el sólo objeto de combatir la idea de los falsos milagros, de las santidades apócrifas, de los días climatéricos, de las mentidas apariciones, del mal de ojo, de los zahoríes, de los nigrománticos, de los saludadores y de otras

mil ficciones absurdas que á pesar de todo han llegado hasta nuestros días, puesto que aun existen personas tan ignorantes que creen en los duendes, en las almas que se aparecen y en otros mil agüeros y quiméricas consejas.

No obsta esto, sin embargo, para que dejemos de estar persuadidos de que Cervantes vertió con gran éxito las semillas de la verdadera ilustración que se va difundiendo por todas partes, y que si ahora pudiera levantar la cabeza aquel ingenio eminente, le sería lícito exclamar con legítimo orgullo: —«Yo fuí el primero que presentando á mi sublime loco en abierta lucha con tanto trasgo y tantos accidentes preternaturales, conseguí ahuyentar las nubes pavorosas que ocultaban ese sol resplandeciente que ilumina hoy los horizontes del presente y del porvenir de la humanidad.»

(9)

Y aún que aprendan de memoria
Algún pasaje los niños?

(DEDICATORIA, página 10).

Al ocurrírsenos la idea que expresan los anteriores versos, creíamos ser los primeros que intentaran poner al alcance de las imaginaciones infantiles lo mismo que de los lectores adultos amigos de la brevedad, la gran obra del inmortal Cervantes. Posteriormente y cuando llevábamos muy avanzado nuestro trabajo, llegó á nuestras manos un libro de autor anónimo titulado «El Quijote de los niños», en el que descarnando y abreviando, sin más que suprimir pasajes, la historia del *Ingenioso Hidalgo*, se reduce considerablemente su volumen, aunque al reducirlo conserva siempre su sabor clásico. A pesar de esto, que á nuestro juicio le ha de hacer poco grato y seductor para los lectores á quienes se dedica, obtuvo excelente aceptación, como lo prueba el estar declarado de texto para las escuelas por el Consejo de Instrucción pública, y el haberse hecho de ella seis ediciones hasta el año 1877, fecha del ejemplar que tenemos á la vista.

Nosotros, que hemos trabajado muchísimo para poner al alcance de todas las inteligencias nuestro ROMANCERO, sin hacer horribles mutilaciones y procurando conservar todo lo más saliente de la admirable obra de Cervantes, desearíamos obtener los estímulos y el buen éxito que alcanzó al parecer, el libro de que queda hecha mención.

(10)

«Que se apellidó Quijano»

(ROMANCE II, página 16).

A pesar de que Cervantes hace decir á su héroe al ocuparse de las glorias de antiguos caballeros andantes, que él desciende por línea de varón de los Gutierre *Quijada*, en cambio pone en boca del Cura al hablar de D. Quijote en las famosas aventuras de la venta, el apellido *Quijano*.

En la obra titulada «Juicio analítico del Quijote, por Don Ramón Antequera» trata este de demostrar con verdadera prodigalidad de detalles, que el verdadero apellido era Quijano, y que este existió realmente. Nosotros nos contentamos con indicar los dos que le asigna Cervantes.

(11)

Seis días ya transcurrieron
Y mi señor no parece.

(ROMANCE XI, página 39).

En todas las ediciones del Quijote que hemos tenido á la vista dice el ama lo siguiente:

«*Seis días ha* que no parece él, ni el rocín, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí!»

Y sin embargo, la ausencia del ingenioso hidalgo, en su primera salida, sólo duró dos días con una noche, pasando esta en la venta en donde fué armado caballero. Según el curioso cómputo hecho por el ilustre y laborioso Académico de la lengua D. Vicente de los Ríos, D. Quijote salió por primera vez de su casa en busca de aventuras el día 28 de Julio de 1604 y volvió el 29 del mismo mes y año.

Hay que creer que Cervantes incurrió en una equivocación, ó que quiso indicar que el ama mentía exagerando á sabiendas la gravedad de su situación.

(12)

..... Casi todos
Pasto de las llamas fueron.

(ROMANCE XI, página 40).

El capítulo VI del *Ingenioso Hidalgo*, donde el Cura y el

barbero llevan á cabo el escrutinio de la librería de D. Quijote es, tal vez, la parte de aquella gran joya literaria donde su inmortal autor da más pruebas de su facundia y fina sátira, á la vez que de un conocimiento perfecto de la literatura de su época. En este capítulo se pasa revista á un gran número de obras y de autores, poniendo de relieve en pocas, pero intencionadas frases, los defectos de las unas, las bellezas de otras, y la valía de aquellos, sin que entre los últimos se olvide Cervantes de sí mismo poniendo en boca del licenciado, á propósito de *La Galatea*, las siguientes frases: «Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena intención, propone algo y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete; quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada, señor compadre.»

De las demás obras y autores de que se hace escrutinio, con galano estilo y concienzuda crítica, son condenadas al fuego, tras de ligero examen, las tituladas: *Las Sergas de Esplandian*, *Amadis de Grecia*, *Don Olivante de Laura*, *Florismarte de Hircania*, *El caballero Platir*, *El caballero de la Cruz*, *Palmerín de Oliva*, *La Diana Segunda del Salmantino*, *El Pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares*, *Desengaño de celos*, *Bernardo del Carpio* y *Roncesvalles*.

Después de destinar al fuego las expresadas obras, son exceptuadas de dicha pena las de *Amadis de Gaula*, por ser la primera en el género de la caballería andantesca; *Espejo de caballerías* por contener algo verdadero de la historia de Francia; *Palmerín de Inglaterra* por estar compuesto por un discreto rey de Portugal; *D. Belianis* condenado sólo á destierro con la *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*, por contener menos exageraciones que los otros. Pasando luego de las obras de caballería á las poéticas, son salvadas del fuego: *La Diana de Jorge de Montemayor* después de pequeño expurgo; *La Diana*, de Gil Polo, *Los diez libros de Fortuna de amor*, por Antonio de Lofraso, *El Pastor de Filida*, *Tesoro de varias poesías*, *El cancionero*, de López Maldonado, *La Galatea*. *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, *La Austriada*, de Juan Rufo, *El Monserrate* de Cristóbal de Virués y *Las lágrimas de Angélica*.

Recomendamos la lectura del capítulo á que nos vamos refiriendo, ya que la índole de nuestra obra nos impide reproducirlo íntegro como quisiéramos, por ser una hermosa muestra del gran ingenio de Cervantes, á la vez que una brillante demostración de sus conocimientos literarios tan donosamente sentidos como magistralmente expresados.

(13)

«Dejar que en este torneo
Nos venzan los cortesanos.»

(ROMANCE XII, página 41.)

Aquí expresa Cervantes, valiéndose de la locura de Don Quijote, las grandes amarguras que debía sentir su corazón al verse manco, y cubierto de gloriosas cicatrices, viviendo en el abandono y la indigencia, mientras que el fastuoso valido del Rey, Duque de Lerma, que no quiso protegerle cuando volvió de su cautiverio, derramaba el oro y los honores á manos llenas sobre mil y mil infatuados y estúpidos cortesanos, que sólo sabían mentir, adular y arrastrarse ante el poderoso Ministro. Por eso dijo también Cervantes en otra parte «que el gobierno de S. M. trataba de proveer para que se socorriesen los soldados viejos y estropeados en servicio de la patria.» ¡Triste ironía y verdad amarga, que sin duda le proporcionaban mayor número de irritados é implacables enemigos, á pesar de verse tan ingeniosamente envueltas entre delicados y tupidísimos velos!

(14)

«Erupto se dice, Sancho.»

(ROMANCE XXI, página 62.)

Lo del erupto lo hemos anticipado tomándolo de la segunda parte.

(15)

«De erudición tan extraña
Tantas muestras multiformes.»

(ROMANCE XXXIX, página 107.)

Nada, en efecto, se ha escrito en lengua castellana que encierre tantas y tan perfectas bellezas como estas admirables fantasías creadas por la extraviada razón del *Ingenioso Hidalgo*. Todo el capítulo décimooctavo de la primera parte, es á no dudarlo un modelo de inventiva y de magnífica dicción, por lo cual recomendamos su lectura íntegra ya que no nos ha sido posible trasladarlos fielmente á nuestro ROMANCERO, como hubiéramos deseado.

(16)

«Ó gentes que algún delito,
Con sumo cuidado tapan.»

(Romance XLIII, página 122.)

La aventura del cuerpo muerto conducido por los campos en medio de la noche, con tan temeroso y poco común aparato, ha hecho pensar á muchos discretos comentaristas que Cervantes quiso aludir y aludió de hecho á algún suceso misterioso y extraño acontecido en aquella época. Creyó Navarrete, y otros varios aceptaron su opinión, que nuestro gran novelista quiso referirse á la traslación de los restos de San Juan de la Cruz, de Úbeda á Segovia y restitución de Segovia á Úbeda, «en cuyas jornadas sucedieron grandes milagros de apariciones, voces y diálogos;» pero aparte de que esto no se ajusta bien al texto de la mencionada aventura, creemos más aceptable y factible lo que opina el Sr Benjumea, quien recordando muy oportunamente lo muy apasionado que se mostró siempre Cervantes de su jefe militar y protector especial el célebre D. Juan de Austria, y teniendo en cuenta ciertos rumores sobre las antipatías de Felipe II hacia el vencedor de Lepanto y la muerte de éste, atribuída en público á unas *calenturas pestilentes* y en secreto á los efectos de un veneno administrado por orden del Rey, cree que sólo Cervantes pudo sacar á plaza semejante suceso apelando á los recursos de su traviesa, discreta y poderosa fantasía.

«La noche, la oscuridad (observa sobre esto el citado señor Benjumea), la manera de aparecer como *satanases del infierno* con la presa de un cuerpo muerto en sus manos, y el carácter anti caballeresco que toma D. Quijote trasformándose en Juez residenciador de los enlutados y teniendo á sus pies á un delincuente, son magníficos rasgos decorativos de la solemnidad y pavor del hecho que se recuerda y del interrogatorio que vá á tener lugar, después que hubo apaleado á todos los de la murmuradora comitiva. El responder el bachiller caído que el cuerpo muerto era de un *caballero*, (no dice santo ni fraile), el preguntar D. Quijote breve, curiosa é inquisitivamente ¿Quién le mató? El replicarle que Dios por medio de unas *calenturas pestilentes que le dieron*, la observación irónica, insinuante y sospechosa de incredulidad que hace el hidalgo, el desprecio y aun crueldad con que Sancho habla de los vencidos, cosa contra su carácter y su costumbre, y otras varias circunstancias y señales, sin olvidar que hay en este capítulo traza de recortes y supresiones á última hora en el manuscrito de Cervantes, todo concurre á ver una referen-

cia clara y manifiesta á lo ocurrido con D. Juan de Austria y no al suceso insignificante de fray Juan de la Cruz.»

El autor del párrafo que acabamos de transcribir se extiende en otras consideraciones para demostrar la exactitud de sus asertos. Nosotros creemos que hay bastante con lo dicho y nos limitamos á llamar la atención sobre la singular destreza, admirable sagacidad y gran valor que necesitó Cervantes para escribir sobre tales cosas, reinando en España un hijo de Felipe II y estando como estaba ojo avizor el temido y suspicaz poder del Santo oficio.

(17)

Por romper una silleta
Delante del Papa, el Cid
Fué excomulgado de veras.

(ROMANCE XLIV, página 124).

Aquí respira Cervantes por su propia herida al hacer que D. Quijote aluda a la excomunión formulada contra el Cid, puesto que él como hemos insinuado, fué también objeto de entredicho. Es raro que la censura le permitiese tales desahogos cuando vemos en otros pasajes que debió sometérsele á muchas y muy raras y pueriles exigencias.

El hecho referente al Cid lo han consignado en sus paginas diferentes historiadores, y en uno de nuestros antiguos romances se explica de este modo:

«En la iglesia de San Pedro
Don Rodrigo había entrado,
Dó vido las siete sillas
De siete reyes cristianos,
Y vió la del Rey de Francia
Junto á la del Padre Santo
Y la del Rey, su señor,
Un estado más abajo.
Fuese á la del rey de Francia
Con el pie la ha derribado;
La silla era de marfil,
Hecho la ha cuatro pedazos
. . . . . .
El Papa cuando lo supo
Al Cid ha descomulgado;
Sabiéndolo el de Vivar
Ante el Papa se ha postrado.
—Asolvedme, dijo, Papa;
Sino seráos mal contado.»

(*Romancero del Cid*).

(18)

«Llevando la hurtada prenda.»

(ROMANCE LIX, página 168).

La idea del robo del asno que llevó á cabo Ginés de Pasamonte, y que dá lugar á las graciosísimas lamentaciones de Sancho, debió ocurrirle á Cervantes cuando ya tenía terminada la primera parte y esta se hallaba próxima á imprimirse. Por esta razón, y no habiendo puesto cuidado en corregir oportunamente el resto del original, se nota más adelante en varios pasajes el contrasentido que resulta al decir que Sancho iba caballero en el rucio que ya no poseía. En la segunda edición aparece corregido en dos pasajes el indicado anacronismo; pero aun queda subsistente en otros tres. Tampoco se dan á conocer en dicha primera parte las trazas que se dió Ginesillo para hurtar el asno sin que Sancho lo advirtiese, cosa que sólo explica Cervantes en la segunda. Nosotros hemos anticipado esa explicación para evitar la repetición de advertencias inútiles.

(19)

«Que cargado con su albarda
Anduvo más de una legua...»

(ROMANCE LIX, página 169).

Nada dice Cervantes respecto á lo que hizo Sancho con la albarda que quedó en su poder después de serle robado el rucio; pero dada la miserable condición del codicioso escudero, y dado que más tarde fué la citada albarda manzana de discordia y objeto de gran discusión en la famosa venta, es indispensable inferir que Sancho debió conservarla á todo trance y cargar con ella, según nosotros decimos.

(20)

Según es de conocida
En el mundo literario.

(ROMANCE XCIX, página 288.)

La novela del *Curioso impertinente*, verdadera joya de nuestra literatura, es conocidísima y ha servido más de una vez de patrón y norte á escritores de gran valía, tanto por la galanura de su estilo, cuanto por el interés de su fábula; aunque es opinión muy admitida que esta no fué ideada por

Cervantes, atribuyéndole algunos una antigüedad mucho más remota. De todos modos, su mismo autor reconoció que no estaba en el Quijote más que ingerida ó intercalada. Por esta razón hacemos de ella tan brevísimo extracto.

(21)

«Maravillados del caso
Celebráronle á sus anchas»

(ROMANCE CIII, pág. 302.)

En el romance que acaba con los dos versos precedentes hemos dejado correr nuestra pluma más allá de los límites que nos hemos trazado al procurar ajustarnos siempre á la esencia, cuando no al texto exacto del original; toda vez que en esta ocasión hemos puesto en boca de Cardenio frases enérgicas dirigidas á su rival. Creemos, no obstante, que el inmortal autor del Quijote no pudo, al escribir su obra, falsear el carácter de ese personaje episódico hasta el punto de convertirle, ya estuviese loco, ó ya cuerdo, como ahora lo estaba, en un sér tan abyecto, meticuloso y degradado, que al ver á Luscinda en brazos de su raptor, se sintiese intimidado hasta el inconcebible extremo de dejar que sólo su amada y Dorotea, afrontasen las circunstancias difíciles en que unos y otros se encontraban. En todos los pasajes anteriores, bien en sus accesos de demencia, ó bien en sus momentos de lucidez, el buen Cardenio apostrofó siempre al fementido hijo del Duque, tachándole de hombre sin fe y sin palabra; y al oir la sentida y triste historia de Dorotea contada por ella misma, su indignación sube hasta el punto de ofrecerle sus buenos servicios *prestándola juramento, por la fé de caballero y de cristiano, de no desampararla hasta verla en poder de Don Fernando; y que cuando con razones no le pudiese atraer, haría uso de su libertad de caballero para con justo título desafiarle.* (Capítulo XXIX de la primera parte.)

No se aviene con estos antecedentes, la conducta observada por el desesperado amante en aquel inesperado encuentro. Dice el texto, que al oir Cardenio el grito que dió Dorotea, salió despavorido del aposento inmediato y lo primero *que vió fué á Don Fernando que tenía abrazada á Luscinda. También Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les había sucedido.*

Parecía natural que Cardenio, enamorado, celoso y ofendido, manifestase de algún modo las explosiones de su justa ira, reconcentrada durante tantos días de locura y sufrimientos; mas no sucede así, siendo Luscinda la que arrodillada á los pies del aristócrata, declara su amor á Cardenio y le pide

que le quite la vida; oyendo lo cual Dorotea, que ha vuelto de un desmayo, viendo que aquél retiene todavía entre sus brazos á Luscinda, poniéndose también de hinojos ante su seductor, le pide gracia para ella que es su única, legítima y amante esposa; y sólo cuando el hijo del Duque movido por las razones de Dorotea, abre los brazos á ésta soltando á Luscinda, quien á su vez cae desmayada, vemos de nuevo aparecer á Cardenio, es decir, al amante ultrajado y ofendido que, según el mismo texto, «se había puesto *á las espaldas de Don Fernando porque no le conociese*, y que ahora pospuesto todo temor y aventurando á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, etc.»

Aquí no sólo resulta rebajado y falseado el carácter de Cardenio, sino que además, se ve y se palpa la más flagrante contradicción, que no puede ser hija de las distracciones más ó menos frecuentes en que Cervantes pudo incurrir durante el largo transcurso de su complicada y amenísima obra. Se trata de un mismo capítulo, de unos mismos incidentes, y es imposible suponer con fundamento que cuando acababa de afirmar *que ambos rivales se habían visto y reconocido*, dijese casi á renglón seguido, que el uno, el más agraviado, fuera á *ponerse á espaldas del otro á fin de que éste no le reconociera.* ¿Y quién era, por otra parte, Don Fernando para infundir tanto pavor y tantas temerosas consideraciones? ¿Quién era aquel hombre ante el cuál se mostraba Cardenio tan irresoluto y amilanado que no sólo guardaba inverosímil silencio después de tanto ultraje como de él había recibido, sino que ni aun siquiera osaba ponerse ante su vista?

Lo diremos de una vez: D. Fernando era hijo de un opulento Duque. ¿Tuvo miedo Cervantes al dedicar su obra al de Béjar, de herir las susceptibilidades de este potentado y de otros nobles que pudieran tener hijos semejantes? Para nosotros está fuera de duda, aunque no lo hayan consignado los comentaristas del Quijote, que el capítulo de que se trata debió sufrir grandes variantes y modificaciones de última hora, antes de ser entregado el manuscrito á la imprenta. Por esta razón y porque hoy no existe el miedo que entonces infundían aquellos magnates poderosos, hemos puesto en boca de Cardenio lo menos que éste podía decir á su altivo rival. En una palabra, hemos escrito lo que nos parece lógico, dada la situación de los personajes, y lo que en nuestro concepto debió escribir Cervantes de primera intención.

(22 y 23)

Me ví sólo, abandonado

(ROMANCE CX, página 323.)

Algunos escritores y comentaristas del Quijote, entre

otros el P. Sarmiento, creen ver en la historia de Rui Pérez de Viedma la disfrazada relación de los hechos acaecidos á Cervantes durante su cautiverio, llegando algunos hasta atribuir á la hermosa Zoraida la maternidad de una niña (Isabel de Saavedra) hija natural de aquél, y fruto de los novelescos amores descritos en la narración del cautivo. Nosotros, apoyándonos en las mismas atinadas observaciones que para destruir aquella opinión consigna el Sr. Fernández de Navarrete, creemos que si bien Zoraida no es un personaje nacido al calor de la fantasía del insigne autor de aquella historia, ni tal vez lo sea tampoco el mismo protagonista, no por eso alude en ella Cervantes á sus propias aventuras que no coinciden en puntos esencialísimos con los datos irrecusables que de ellas se conservan, pues ni él fué capitán, ni en su rescate intervinieron otras personas que no fueran su familia y el P. Gil, que fué quien trató con el rey Azán su amo, ni concuerdan, en fin, otros detalles referentes á Zoraida, si esta era realmente, como Cervantes la pinta, una poderosa y bellísima hija de un dignatario llamado Agi Morato. Más bien nos inclinamos á creer que existiese la historia, y que conocida por Cervantes, así como el personaje Rui Pérez de Viedma, añadiese detalles de su propio cautiverio, reuniéndolo todo en tan interesante fábula, que adornó con todas las bellezas que le inspiró su fantasía.

Consignarémos, por último, como prueba que destruye la idea de las relaciones entre Zoraida y Cervantes, que consta que Agi Morato era en 1581 uno de los alcaides más ricos que vivían en Argel, el cual tuvo una hija que casó con Muley Maluch, rey de Fez, en 1576, según hace constar Antonio de Herrera en su *Historia de Portugal.*

Todo lo antedicho demuestra á nuestro parecer, que Cervantes mezcló con ingenioso artificio hechos verídicos y pasajes novelescos en la historia del cautivo, pero que sólo aludió ligeramente á sus propias aventuras.

(24)

Llamado tal de Saavedra

(Romance CXI, pág. 326)

En este pasaje es donde realmente se alude Cervantes á sí mismo, al poner en boca del capitán Rui Pérez de Viedma, algunos elogios que por su moderación revelan su grandísima modestia. Su accidentada vida, constituye una verdadera novela, que bien quisiéramos poder extractar siquiera en nuestra obra; pero, privados de esto, consignaremos al menos á continuación, algunos detalles de su cautiverio, recomendando á aquellos de nuestros lectores que deseen co-

nocerla por extenso, los notables y extensos estudios biográficos de Mayans, Quintana y otros, y muy particularmente los de Ríos y Navarrete, que encabezaron con sus estudios las dos ediciones costeadas por la REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, cuya docta Corporación ha protegido en todo tiempo con extraordinaria y paternal solicitud, la inmortal obra de Cervantes.

Respecto al cautiverio de éste, que según todas las probabilidades comenzó el 26 de Septiembre de 1575, se han podido reunir curiosos é irrecusables datos. Sábese, pues, que fué apresado ó que correspondió en el reparto de presas al arraéz Alí Mamí ó Dalimamí, renegado griego, quien rindió la galera *El Sol* donde iba Cervantes, el cual debió defenderse valerosamente. Una vez cautivo, fué encerrado en el *baño real*, especie de corral donde depositaban los que, según la opinión del amo, habían de rescatarse: pasando luego á ser propiedad de Azán Bajá, que empezó su gobierno incautándose de la mayor parte de los cautivos de rescate, contándose entónces (hacia fines del año 1577) como hasta dos mil compañeros de infortunio, entre los cuáles se distinguió siempre nuestro inmortal autor. El motivo de pasar Cervantes á poder de Azán Bajá fué la intentada fuga de unos cristianos, descubierta y achacada á nuestro héroe, quien por su parte, no sólo pretendió cuatro veces escapar de su esclavitud, con grave riesgo de su vida, sino que concibió también el atrevido propósito de producir en Argel una revolución y entregar la ciudad al rey Felipe II, según refieren el capitán Gerónimo Ramírez, y el Doctor Antonio de Sosa, ambos amigos y compañeros de reclusión de Cervantes, que se captó las simpatías de la mayor parte de sus desgraciados compatriotas, tanto por su amable trato y sutil ingenio, como por su audacia, patriotismo y virtuoso proceder; debiendo exceptuarse de aquéllos, el doctor Juan Blanco de Paz, que según antes hemos dicho, era fraile dominico, y que llevó á tan alto grado su odio á Cervantes y sus villanas persecuciones, que no sólo delató al rey Azán uno de los proyectos de fuga de aquél, sino que según también hemos indicado, fingió tener autorización del Santo Oficio para proceder contra él y abrir una información en contra suya.

De tantas desgracias, de tan crueles pruebas, consiguió librarse Cervantes, viendo su honra acrisolada salir airosa por medio de una información que á su ruego se verificó en Argel en 10 de Octubre de 1580, ante el ilustre y M. R. Señor Fr. Juan Gil, redentor de España. En este documento, hacen cuantos testigos comparecen, toda clase de pronunciamientos favorables á nuestro insigne novelista, que gozoso con aquella prueba de sus buenos procederes, llegó á España á fines del año 1580, después de obtener su rescate por

la suma de 500 escudos, á la que contribuyeron su madre y hermanos, quienes ayudados del P. Gil, de la caridad de la Orden de Redentores y de algún particular, completaron la cantidad de 6.770 reales, á que según los curiosos cálculos que consigna en su obra el señor Navarrete, ascendió el total de gastos del rescate.

Una vez en su patria, lejos de realizarse sus legítimas pretensiones de adelantamiento, obtuvo como premio de sus trabajos y meritorios servicios, el abandono de unos y la indiferencia de los otros, no permitiéndonos la índole de nuestra obra seguirle paso á paso en la azarosa senda de su vida singular y extraordinaria.

(25)

Todos son marfuces.

(Romance CXII, pág. 331).

La palabra *marfúz*, que significa *falso*, *pérfido*, *engañador*, pertenece al arábigo en el que Cervantes llegó á tener bastantes conocimientos por su larga permanencia en Argel; como lo prueba el haber arabizado su apellido trocándolo en Cide Hamete Benengelí, pues según opinión de D. José Antonio Conde, Ben Engelí, significa *cerval* ó *cervanteño*, con lo que se alude no sólo al apellido Cervantes sino á las armas que usaba esta ilustre familia, que tenía grandes ramificaciones en la Mancha.

(26)

Vendré por tí el primer *juma*.

(Romance CXIII, pág. 338).

Quiere decir el próximo viernes.

(27)

Lleno de rústicos zafios,
De rufianes y de brujas.

Romance CXXXVIII, pág 424).

Como comprobación de lo depravado que se hallaba entonces el arte escénico, citaremos la opinión del Dr. Suarez de Figueroa, que así escribía del teatro de su época: «Represéntanse comedias escandalosas, con razonados obscenos y concetos humildísimos, lleno todo de impropiedad y falto de verosimilitud...»

«Allí habla sin modestia el lacayo, sin vergüenza la sirviente; con indecencia el anciano y cosas así.»

No es de extrañar, pues, en Cervantes el lenguaje que emplea al tratar de las comedias de su tiempo, ni el respeto que mostró hacia Lope de Vega, único que pudo encauzar algo la corrección de costumbres en el arte escénico.

(28)

No te acucies, Juana, cállate

(ROMANCE CLI, pág. 468).

Al principio de la obra llama Cervantes Mari Gutierrez á la que ahora nombra Juana. Ya hemos dicho y diremos algo, más adelante, de estas frecuentes y disculpables distracciones del inmortal autor del Quijote.

(29)

Mostróse injusto y grosero.

(ROMANCE CLII, pág. 470).

En la nota número 5 nos hemos ocupado ya del falso Avellaneda y de las diatribas é injurias que estampó en su obra contra Cervantes. Á ella remitimos al lector, así como á las de la segunda parte de nuestro libro, en las que hablaremos aún del insolente y malvado autor anónimo al cual nos referimos.

No terminaremos estas notas sin hacer presente que al comenzar nuestro ROMANCERO lo hicimos por puro pasatiempo: que nos estimuló más tarde la benévola acogida que dispensó á nuestro pensamiento una parte respetable de la prensa periódica de Madrid, de provincias y aun del extranjero, á la cual ofrecemos el leal y sincero testimonio de nuestra gratitud: debiendo añadir que al acabar hoy nuestro trabajo y al darle á luz, sólo abrigamos el propósito de refrescar la memoria de aquellos que hayan leído una ó más veces el *Quijote*, interesando al propio tiempo á los que no lo hayan leído para que no dejen de estudiarle con detención. Tal vez con esto lograremos llenar el vacío que produjo la falta del verdadero *Buscapie* que ofreció publicar Cervantes, el cual tal vez no llegó á ser escrito por éste, ó por desgracia para las bellas letras, debió perderse para siempre.

Madrid, Diciembre de 1889.

FIN DE LAS NOTAS.

ÍNDICE

Á Cervantes.—Dedicatoria, página 5.—Romance I. Vocación malhadada, 13.—II. Preparativos, 16.—III. La primera salida, 18.—IV. Cabe la venta, 20.—V. Paréntesis, 21.—VI. Don Quijote y el Ventero, 24.—VII. Vela de armas. Espaldarazos, 27.—VIII. Andresillo y su amo, 31.—IX. Á casa, 34.—X. Lluvia de palos. 35.—XI. Escrutinio, 38.—XII. Descanso forzoso, 40.—XIII. Segunda salida. Los molinos de viento, 43.—XIV. Don Quijote y Sancho. Pláticas familiares, 46.—XV. Los frailes y el coche, 47.—XVI. Petición de Don Quijote, 50.—XVII. Reto vizcaino, 52.—XVIII. Furia del caballero, 53.—XIX. Esperanzas de Sancho, 55.—XX. Juramento singular, 56.—XXI. Cabreros hospitalarios, 60.—XXII. Reflexiones de Don Quijote, 62.—XXIII. Medicina barata, 63.—XXIV. El enamorado Crisóstomo, 64.—XXV. Don Quijote abre su pecho, 66.—XXVI. El entierro. La aparición, 70.—XXVII. Tan discreta como hermosa, 73.—XXVIII. Deslices de Rocinante, 76.—XXIX. Los yangüeses, 78.—XXX. Efectos de una paliza, 79.—XXXI. Otra venta ó castillo, 83.—XXXII. Maritornes, 85.—XXXIII. El puño de un gigante, 88.—XXXIV. Un miembro de justicia, 90.—XXXV. Confidencias íntimas, 92.—XXXVI. El bálsamo de Fierabrás, 96.—XXXVII. Manteamiento, 99.—XXXVIII. Quimeras heróicas, 104.—XXXIX. La pedrada, 107.—XL. Nuevos contratiempos, 109.—XLI. Coloquios, 112.—XLII. Aventura espantable, 114.—XLIII. Afanes escuderiles, 119.—XLIV. Los temores de Sancho, 123.—XLV. Ruidos incomprensibles, 125.—XLVI. Valor y miedo, 127.—XLVII. Donde Sancho cuenta un cuento, 131.—XLVIII. Donde Sancho se

extralimita, 137.—XLIX. Á bromas de escudero, veras de caballero, 140.—L. La cuestión de los batanes, 142. —LI. El yelmo de Mambrino, 144.—LII. Dulces pláticas, 148.—LIII. Los galeotes, 151.—LIV. Sancho se conmueve, 154.—LV. Don Quijote se interesa, 156.—LVI. Triunfo, 161.—LVII. Derrota, 164.—LVIII. Precaución, 166.—LIX. La gran pena de Sancho, 167.—LX. Hallazgo en Sierra Morena, 170.—LXI. El desconocido, 172.—LXII. Encuentro, 175.—LXIII. Cardenio comienza su historia, 178.—LXIV. Sancho se despide, 183.—LXV. El mensaje, 187.—LXVI. La penitencia, 193.—LXVII. Apuros de un escudero, 195.—LXVIII. De cómo Sancho contó al Cura y al Barbero las hazañas de su amo, 199.—LXIX. Conspiración, 202.—LXX. El Cura y el Barbero encuentran á Cardenio, 205.—LXXI. Cardenio reanuda su historia, 208. —LXXII. Luscinda, 211.—LXXIII. Don Fernando, 213.—LXXIV. Un nuevo encuentro, 217.—LXXV. Dorotea, 220.—LXXVI. Nobleza y villanía, 221.—LXXVII. La promesa olvidada, 225.—LXXVIII. Triste y fugitiva, 229.—LXXIX. Reconocimiento, 234.—LXXX. La vuelta de Sancho Panza, 236.—LXXXI. Todos conspiran, 238.—LXXXII. La demanda, 241.—LXXXIII. A la lid, 244.—LXXXIV. Conjuración, 247. —LXXXV. El señor Licenciado se despacha á su gusto, 249.—LXXXVI. Sancho tira de la manta, 252. —LXXXVII. Palinodia, 254.—LXXXVIII. Historia de la Infanta Micomicona, 255.—LXXXIX. Fin de la historia, 258.—XC.—Alegrías de Sancho y su amo, 260. —XCI. El gozo en el pozo, 261.—XCII. Reconciliación, 265.—XCIII. Fausto suceso, 267.—XCIV. Dulcinea pintada por Sancho, 268.—XCV. Al Micomicón, 273.—XCVI. Otra vez Andresillo, 275.—XCVII. Mientras Don Quijote duerme, 279.—XCVIII. Obras caballerescas, 283.—XCIX. El curioso impertinente, 285. —C. Cuchilladas en..... cueros, 288.—CI. Diluvio de huéspedes, 293.—CII. La tapada, 295.—CIII. La voz del honor, 297.—CIV. Decepciones. Pena de Sancho, 303.—CV. Ligerezas escuderiles. Enojos de Don Quijote, 305.—CVI. Los que vienen y se irán, 309.—CVII. Llegada del cautivo y de su hermosa compañera, 310. —CVIII. Las armas y las letras. (Discurso de Don

Quijote), 313.—CIX. Donde el cautivo comienza su historia, 317.—CX. Sigue la historia, 321.—CXI. La caña benéfica, 325.—CXII. Zoraida. Carta morisca, 328.—CXIII. Entrevista, 332.—CXIV. Astucia mujeril, 338.—CXV. Rapto y fuga, 340.—CXVI. La maldición del moro, 344.—CXVII. Fin de la historia del Cautivo, 347.—CXVIII. El Oidor y su hija, 351.—CXIX. Temores y sobresaltos, 354.—CXX. Suceso feliz, 358.—CXXI. Los amores de Clara. Tristezas de Don Quijote, 362.—CXXII. Soliloquios, 364.—CXXIII. Lazos traidores, 367.—CXXIV. Los caminantes, 369.—CXXV. El reto. Sucesos varios, 373.—CXXVI. La venia. El amante de Clara, 377.—CXXVII. Un nuevo personaje, 380.—CXXVIII. El yelmo y la albarda, 381.—CXXIX. Prosigue el mismo pleito, 385.—CXXX. El campo de Agramante, 390.—CXXXI. Auto de prisión. Apóstrofes, 395.—CXXXII. Paz octaviana, 399.—CXXXIII. A la lid! Impertinencias de Sancho. Furia de Don Quijote, 402.—CXXXIV. Encantamento, 407.—CXXXV. ¡Pobre Don Quijote!, 411.—CXXXVI. De cómo todos abandonaron la venta, 414.—CXXXVII. Donde Sancho descubre el pastel, 418.—CXXXVIII. El Cura y el Canónigo, 424.—CXXXIX. Preguntas capciosas que hizo Sancho á su amo, 425.—CXL. Lógica inflexible, 428.—CXLI. Pláticas eruditas, 432.—CXLII. El caballero del Lago, 436.—CXLIII. La dama encantada, 439.—CXLIV. Una cabra fugitiva, 442.—CXLV. El cabrero cuenta su historia, 446.—CXLVI. El cabrero prosigue, 449.—CXLVII. Mientes como puños, 453.—CXLVIII. Puños como mientes. Los disciplinantes, 456.—CXLIX. El golpe de gracia, 460.—CL. Lamentaciones. Vuelta al hogar, 463.—CLI. Teresa ó Juana, 466.—CLII. Nebulosidades, 469.—NOTAS, 471.

519670
Carrillo de Albornoz, Maximino
Romancero de El ingenioso hidalgo Don
Quijote de la Mancha.
Vol.1.

LS
C3176r

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED